

TAMARA VARELA

INFINITO



QUE EL MIEDO A **SUFRIR**
NO TE IMPIDA **VIVIR**

TAMARA VARELA

INFINITO

más  *uno*

Título: *Infinito más uno*
© 2018, Tamara Varela Lamazares

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Puedes seguirme en:

IG: [@tamaravarelaautora](#)

Twitter: [@libroadicta24](#)

Página de Facebook: [Tamara Varela Autora](#)

Blog: Adicción a los libros www.reflexionesdeunalibroadicta.blogspot.com

Índice

CAPÍTULO 1: AQUÍ EMPIEZA TODO...

CAPÍTULO 2: TOMA DE CONTACTO

CAPÍTULO 3: EL INCIDENTE

CAPÍTULO 4: EL BIPOLAR CABALLERO ANDANTE

CAPÍTULO 5: DE VUELTA AL PRESENTE...O NO.

CAPÍTULO 6: RESACA Y REFLEXIÓN

CAPÍTULO 7: EL KARMA ME ODIA

CAPÍTULO 8: EL KARMA ME ODIA (PARTE DOS)

CAPÍTULO 9: LA REUNIÓN

CAPÍTULO 10: NO TE DEBO UNA MIERDA

CAPÍTULO 11: LA “CITA”

CAPÍTULO 12: NADIE ES INMUNE AL AMOR

CAPÍTULO 13: TU, SOBRE TODO, NO TE ENFADES

CAPÍTULO 14: EL MALDITO PASILLO...OTRA VEZ

CAPÍTULO 15: VERGÜENZA. Y SOLEDAD

CAPÍTULO 16: LO QUE PUDO SER Y NO FUE

CAPÍTULO 17: SOLO CON ELLA.

CAPÍTULO 18: CORAZÓN HERIDO

CAPÍTULO 19: DE PERDIDOS AL RÍO

CAPÍTULO 20: A CASA

CAPÍTULO 21: EL VIAJE DE LOS COJOxxx

CAPÍTULO 22: LO QUE ESTÁ MUERTO NO PUEDE MORIR

CAPÍTULO 23: ESTO NO TENÍA QUE PASAR

CAPÍTULO 24: ESPERARÉ

CAPÍTULO 25: NO TE RINDAS

CAPÍTULO 26: ...SI NO ELLA

CAPÍTULO 27: NUEVO CAPÍTULO

CAPÍTULO 28: OJALÁ SE PUDIESE ATRAPAR EL HUMO.

CAPÍTULO 29: SER SINCERO, SER VALIENTE

CAPÍTULO 30: EL DESTINO ES UN CABRONAZO

CAPÍTULO 31: QUÉ EMPIECE EL JUEGO

CAPÍTULO 32: ¿FELICES EN LA INOPIA O INFELICES EN LA VERDAD?

CAPÍTULO 33: ENTENDERLO TODO

CAPÍTULO 34: ...EL RESTO DE MI VIDA

CAPÍTULO 35: CUMPLIR PROMESAS

CAPÍTULO 36: TÚ Y YO.

CAPÍTULO 37: INFINITO MÁS UNO

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

*A Martiño, para que cuando no se sienta especial recuerde que lo es tanto
que alguien, un día, le dedicó un libro entero.
Ya mis tres estrellas brillantes. Gracias por guiarme.*

Só a lembranza de onde veño, me axuda a saber cara onde vou
Rosalía de Castro
(Solo el recuerdo de dónde vengo, me ayuda a saber hacia dónde voy
Rosalía de Castro)

CAPÍTULO 1: AQUÍ EMPIEZA TODO...

22 de julio de 2007

Es un día cualquiera de julio y estoy más estresada que si estuviese en época de exámenes. Son las cuatro de la tarde y llevo diez minutos corriendo por mi habitación intentado arreglarme para la piscina, después de haber estado una hora tirada en la cama mirando las musarañas y jugueteando con mi teléfono. Hasta que me he dado cuenta de que iba a llegar tarde a reunirme con mis amigas, como de costumbre. En fin, la historia de mi vida. Ya me iréis conociendo

Cojo mi mochila azul, que tengo tirada en el suelo y cuando creo que ya lo tengo todo me acerco por última vez al espejo de cuerpo entero, que domina gran parte de mi cuarto, y repaso mi aspecto. Y creedme cuando os digo que necesito hacer esto. La última vez que salí de casa con prisas y sin mirarme antes en el espejo acabé en la parada del autobús en pleno invierno, con las zapatillas de andar por casa en los pies y dispuesta a ir al instituto. Desde entonces nunca salgo de casa sin antes haberme cerciorado de que me he puesto los zapatos o me he quitado el pijama. Vamos, cosas básicas del *dress code* de una chica de casi dieciocho años. En este caso mis ojos azules repasan mi aspecto en el espejo y observan que todo está en su sitio. Camiseta del derecho, pantalones abrochados, sandalias en los pies y pelo rubio recogido en una trenza deshilachada que deja mucho que desear. Aceptable. Me echo la mochila al hombro, recojo las llaves y salgo pitando de la habitación.

—¡Mamá, me voy! — grito mientras corro escaleras abajo en dirección a la puerta principal.

—¿Esta noche vendrás a cenar no Ariadna? — me pregunta sin salir de la cocina. En realidad, sé que no lo está preguntando. Que haya terminado la frase con mi nombre completo significa claramente que se trata de una contundente y rotunda orden.

—¡Sí mamá!

—Cenamos a las nueve, no a las nueve y cuarto, ni a las nueve y media Ari, a las nueve — responde mi madre

—Valeee...

El tono de fastidio es evidente en mi voz. La verdad es que estoy un poco harta de que cada vez que salgo de casa me digan lo mismo. «Ni que llegase tarde a todas partes» pienso. Pero cuando miro mi reloj y veo que ya son las cuatro y media, tengo que tragarme mis palabras y salir pitando de casa al grito de:

—¡Adiós mamá!

Fuera hace un calor espantoso, la verdad es que no recuerdo un verano más caluroso en toda mi vida. Desde hace un par de semanas, los termómetros apenas han bajado de los veinticinco grados y para una persona como yo, que lleva mejor el frío y la lluvia que el sol, ha sido mucho más que agotador soportar estas temperaturas.

Miro el reloj, las cinco menos veinte. Casi estoy llegando, al final de la calle ya puedo distinguir la llamativa mochila amarillo fosforito de mi amiga Lara, en la misma esquina de nuestro barrio en el que siempre quedamos. Justo enfrente de la pastelería en la que solemos refugiarnos en las frías tardes de invierno.

A medida que me voy acercando voy distinguiendo mejor la cara de cabreo que tiene mi amiga la que, por supuesto, con mi llegada no solo no mejora, sino que va a peor.

—Lo sien...

—¡Pero se puede saber qué horas son estas! ¡Llevo más de media hora esperándote aquí de pie, plantada, con el solano en toda la cabeza! ¡La próxima vez me voy, te lo juro, no vuelvo a esperarte más!

—No te enfades... — digo poniendo mi mejor carita de pena — Prometo que no volverá a pasar...enserio. Te lo juro.

—¡Llevo escuchándote decir eso desde los tres años!, ¿acaso te crees que conociéndote desde hace tanto tiempo te voy a creer ahora?

A pesar de su cara de enfurruñamiento, una sonrisa amenaza con escapársele y noto que su cabreo se va disipando.

Lara ha sido mi amiga desde que tengo uso de razón a pesar de que tiene dos años más que yo. Cuando éramos unas crías vivíamos puerta con puerta y nos pasábamos días enteros la una en casa de la otra volviendo loco a cualquiera al que le tocase cuidarnos. Pero cuando cumplió doce años, sus padres se separaron, vendieron la casa en la que vivían y ella y su madre se

trasladaron a un pequeño apartamento a un par de manzanas de allí. La separación de sus padres y su mudanza lejos de mí (aunque solo fuera a unos diez minutos andando) sé que supuso para ella la peor época de su vida. Jamás nos hemos separado y siempre ha sido algo así como mi hermana mayor. La quiero a rabiar.

—Vamos, enserio que lo siento Lari, te juro que intentaré que no vuelva a pasar... — imploro a mi mejor amiga, en un intento de ablandar su cabreo, cosa que aparentemente funciona.

—Vale, te perdonaré si dejas de poner esa estúpida cara de cordero degollado, y sobre todo si no vuelves a llamarme Lari nunca más en la vida.

—De acuerdo. ¡Uiii como te quiero! — digo intentando abalanzarme sobre ella para plantarle un beso. A lo que ella responde con un sonoro refunfuño y un intento de manotazo que esquivo con habilidad.

Ambas sonreímos y comenzamos a caminar calle abajo, en dirección a la piscina. Y si no fuera porque no nos parecemos en nada podríamos pasar por una versión femenina y moderna de Zipi y Zape.

Lara es bastante más alta que yo y también más delgada. Tiene el pelo largo y negro y unos ojos marrones preciosos. Pero, como siempre digo, lo más fascinante de su físico son sus delgadas e interminables piernas, que hacen que parezca incluso más alta de lo que ya es. Y, sin embargo, a pesar de lo jodidamente impresionante que es por fuera, lo que de verdad te hace enamorarte de ella es su personalidad amable y sincera de la que es imposible escapar. Tampoco es que quieras, pero, una vez que pruebas su calma, sus consejos y su amabilidad, ya es imposible vivir sin ellos. Y agradezco enormemente a la vida que nos haya puesta a la una en el camino de la otra. A saber, que habría sido de mí sin ella.

A medida que avanzamos por el camino siento que me falta el aire y que se me van a quedar los pies pegados a la puñetera acera. El calor es horroroso y solo deseo llegar de una vez a la dichosa piscina y tumbarme. Este calor me agota sobre manera. Me agota tanto que apenas soy capaz de responder con monosílabos durante la conversación que mantenemos Lara y yo durante el trayecto. Bueno más bien durante la conversación que mantiene ella conmigo. En algún momento de esa charla sé que ha mencionado algo de unos chicos y a Bibi, pero la verdad es que creo que mi cerebro se ha derretido y no soy capaz de mantener la concentración en nada más que en no caerme desplomada por deshidratación.

Después de quince minutos por fin llegamos al recinto de la piscina y lo primero que hago es pasarme por el quiosco y coger una botella gigante de agua helada, de la cual no queda más que la mitad cuando encontramos un sitio donde colocarnos. Al final, lo hacemos justo al lado de unos chicos más pequeños que nosotras a los que creo reconocer del instituto. Cuando estiramos nuestras toallas y empezamos a desvestirnos para quedarnos en bikini, empiezo a notar como los ojos de los dos críos, nos están dando un repaso de arriba abajo de esos que hacen que, a pesar de estar de espaldas, te sientas incómoda. Incluso creo que uno de ellos suelta un obsceno silbido de cavernícola, mientras me agacho a recoger mis pantalones cortos después de quitármelos. A pesar de que lo que más me apetece en este momento es sacarles el dedo y decirles que se vayan a paseo o a ver Pocoyó, hago caso omiso de sus asquerosas miradas y me acuesto boca arriba en mi suave toalla gigante.

Nos pasamos así un buen rato. La verdad es que no tengo ni idea de cuánto tiempo es pero, de repente, llega un punto en el que mi termómetro fisiológico no aguanta más el asfixiante calor. Así que me levanto de un salto y le propongo a Lara que vayamos a darnos un baño.

Cuando llegamos al pie de la piscina casi tengo que entornar los ojos para distinguir si lo que estoy viendo es una piscina o una jodida olla de lentejas. Está llena hasta los topes y dudo mucho que meterme ahí vaya a mejorar mi sensación de calor. Así que, después de sopesar un rato nuestras opciones, decidimos usar las duchas que hay al lado de la piscina para refrescarnos todo lo que nos es permitido. Ya que solo dos minutos después de que me meta bajo el agua, ya se ha formado una cola de tres personas justo detrás de mí. Me obligo a salir de la refrescante sensación del agua fría y ambas nos dirigimos de nuevo a nuestras toallas.

Cuando nos acercamos a ellas, los dos chicos de antes vuelven sus ojos hacia nosotras mirándonos de forma totalmente indecente y cuchicheando entre ellos. ¡Están empezando a tocarme mucho las narices! Y eso no es bueno. Pero cuando estoy a punto de girarme y decirles cuatro cosas o ir y cruzarles la cara, por salidos...

—¿Y si le sacáis una foto? Os duraría más — suelta una masculina y sugerente voz a mis espaldas.

Giro sobre mi misma buscando de donde procede el sonido y me encuentro con un atractivo chico de pelo negro, que me mira con una sonrisa pícaro en la cara.

Así, a simple vista, podría decir que apenas será unos años mayor que yo, aunque su cara no me suena de nada. Lleva el pelo bastante largo y peinado hacia atrás. Pero lo que más llama la atención de él son sus ojos. Tiene los ojos más verdes y espectaculares que he visto en mi vida. Creo que hasta los mismísimos montes gallegos se morirían de envidia ante ese sugerente y extraño color. Está recostado apoyando los codos en su toalla y ahora es él el que repasa mi cuerpo con sus hipnotizantes ojos. Y, aunque sé debería molestarme de la misma forma que con los chicos de antes, lo cierto es que no me incomoda en absoluto. Es la incoherencia del ser humano, supongo.

Como no sé qué hacer y empiezo a parecer de lo más rara, aquí plantada mirando a la nada, decido hacer caso omiso de su intervención y hacer lo mismo que lleva haciendo Lara todo este rato: tomar el sol sin enterarse absolutamente de nada.

Me siento en la toalla y alcanzo mi mochila de dónde saco el iPod. Mientras me acuesto y me coloco los cascos, mis ojos se posan de nuevo en el misterioso chico que ahora está enfrascado en una animada conversación con uno de sus colegas que, al contrario que él, tiene el pelo rubio y goza de un bronceado de playa envidiable. Meneo la cabeza y aparto mi vista de ellos. ¿Qué coño me pasa? Me acomodo en la toalla, enciendo el reproductor y enseguida me envuelve el sonido de Extremoduro a través de los auriculares. Cierro los ojos y trato de poner la mente lo más en blanco que puedo aunque sea misión imposible y sólo consiga pensar en verde, como en los anuncios de Heineken. Pero dudo que, en mi caso, se deba a la cerveza.

Sigo en mi trance del color del césped un rato más hasta que un manotazo de Lara me obliga a abrir los ojos y girarme hacia ella mientras me quito los cascos.

—Bibi está llegando. Necesito ir al baño, ¿pero puedes fijarte en la puerta y avisarla de dónde estamos cuando la veas entrar? — me pregunta

—Sí, claro — le sonrío y me incorporo sentándome con las piernas cruzadas en dirección a la puerta. Apago el iPod y bebo otro trago del agua que a estas alturas está tan caliente como debe de estar la de la piscina.

Dos segundos después y de forma totalmente involuntaria (lo juro) mis ojos se dirigen en el sentido contrario al que deberían estar mirando buscándole entre la gente. Y a pesar de que no sé por qué, siento una punzada de decepción al comprobar que el chico misterioso de sonrisa pícara ya no está en su sitio y tampoco su toalla. Solo su amigo rubio continúa allí sonriendo con picardía a una preciosa chica morena.

Cavilando en mis cosas y en porque me siento así, dirijo de nuevo mi mirada hacia la puerta justo en el momento en el que una preciosa cabellera rubia platino entra por ella. Me levanto un poco sobre mis rodillas y extendiendo el brazo hacia arriba para hacerme ver por encima del bullicio de gente que hay por todo el césped. No necesito hacer nada más, Bibi me localiza al instante y se dirige resuelta hacia mí.

Mientras lo hace no puedo evitar pensar que está guapísima, como siempre. Es un poco más alta que yo, tiene unos ojos color miel extremadamente bonitos y es la persona más rubia que jamás he conocido. ¡Y natural eh! Por otro lado, su forma de ser es envolvente y fascinante. Siempre está de broma y es una cachonda por naturaleza. Recuerdo que cuando Lara me la presentó, unos años después de que se mudará, me sentí un poco celosa. Ambas vivían en la misma calle y pasaban casi todo el tiempo juntas (como yo había hecho en otra época) con lo que tuve la sensación de que me estaban reemplazando. Pero cuando me di una oportunidad para conocerla, supe que me caía bien al instante. Siempre sonriendo y de broma y siempre pendiente de ayudar y colaborar en todo lo que puedas necesitar.

—¡Ojazos! — dice al tiempo que se arrodilla frente a mí y me da uno de esos achuchones que siempre me hacen sentir mejor — ¡Te he echado tanto, tanto de menos!

—Y yo a ti, cabeza loca — respondo mientras nos separamos.

Cinco minutos después Lara está recibiendo su dosis de abrazos, cortesía de Bibi y, tras estirar su toalla en medio de nosotras, se acuesta y empieza a contarnos todas las aventuras habidas y por haber que le han pasado en Canarias. “Ni que Canarias fuese Hawai” pienso, aunque no la interrumpo, ella es así de apasionada.

Tras un largo rato de charlas y cotilleos. Nos quedamos un momento calladas y pensativas, con los ojos cerrados y recibiendo los últimos rayos de sol de este día tan caluroso. La temperatura ahora es bastante agradable y por primera vez en toda la tarde consigo dejar la mente en blanco, hasta que...

—¿¿Qué hora es?? — pregunto nerviosa y alborotada. La verdad es que la pregunta no va dirigida a nadie en concreto, más bien es un clamor al cielo para que alguien responda que todavía no son las ocho.

Bibi palpa la toalla y tantea hasta que alcanza el móvil y lo mira con un ojo a medio abrir.

—Las ocho y media — contesta tan pancha

—¿¿Qué?? Mierda, mierda, mierda... — murmuro entre dientes mientras

me pongo en pie de un brinco y empiezo a vestirme y meter mis cosas apresuradamente en la mochila.

La tarde se ha pasado en un suspiro, sobre todo desde que Bibi ha llegado, y como no salga pitando y llegue a casa antes de las nueve la cara de malas pulgas de mi madre va a ser digna de immortalizar. Es más, si no consigo llegar a tiempo es muy probable que mis planes de salir con mis amigas esta noche se vayan al traste. Y no sé por qué, pero algo me dice, que esta es una de esas noches que recordaré el resto de mi vida.

Son las nueve menos dos minutos de la noche, y corro por las calles de la ciudad como hace muchos años que no lo hago, esquivando a la gente que a esas horas camina aletargada por las aceras, observando escaparates y paseando con la familia.

Miro el reloj, son casi las nueve. Acelero la carrera, ya casi estoy, sólo me queda doblar la esquina y ya podré ver al final de la calle mi pequeña casa de dos plantas. Solo espero, por mi bien, y los de mis planes nocturnos que el coche de mi hermano aún no esté allí. Hoy viene a cenar y como no llegue antes que él a casa...

Doy la vuelta a la esquina, y casi me llevo por delante a un señor regordete que trastabilla cuando choco con su hombro y refunfuña cuando me disculpo mientras sigo corriendo. Al tiempo que me acerco voy sacando las llaves del bolsillo exterior de la mochila. Hago el último sprint y me planto delante de la puerta.

«Mierda. Me cago en Marcos y su puntualidad Suíza». Me paro un segundo, recobro el aliento e introduzco la llave en la cerradura rezando porque no me lleve la segunda bronca del día por mi impuntualidad. Giro la llave, empujo la puerta y entro.

CAPÍTULO 2: TOMA DE CONTACTO

Son las 23:22 de un veraniego sábado de julio y a pesar de que he llegado a casa cinco minutos más tarde de la hora establecida, mi madre estaba demasiado ocupada mimando a su polluelo mayor y ni se ha dado cuenta. Por si no se entiende bien, el polluelo mayor es mi hermano Marcos que tiene ya veintisiete tacos y se está quedando calvo. Esto último no es relevante, pero me encanta picarle con el tema de que ya se le ve el cartón.

En fin. Marcos hace dos años que se ha ido de casa a vivir con su novia de toda la vida, Miriam. Y aunque solo se ha mudado a un barrio a unos diez minutos en coche de aquí, para mi madre es como si se hubiese ido a la Conchinchina. Que ni sé dónde queda ni me interesa demasiado, pero me imagino que está bastante lejos. Lo dicho que, aunque he llegado tarde por segunda vez en el día, en esta ocasión me he librado de la bronca. ¡Bendito síndrome del nido vacío!

El caso es que me lo he pasado tan bien en la post-cena con mi familia que cuando he querido darme cuenta eran las 22:45 y yo aún estaba con el bikini puesto, sin duchar y sin ninguna pinta de haber quedado en cuarenta y cinco minutos. «Os dije que era la historia de mi vida». Menos mal que «Super Marcos» se ha ofrecido, no sólo a llevarme a la zona de marcha, sino a devolverme sana y salva a casa cuando ellos se recojan también a dormir. ¿A que es un amor de hermano?

Pues eso, que ahora mismo son las 23: 25 ya de la noche y aunque con las prisas casi me desnucó en la ducha, estoy casi lista. En escasamente una hora he conseguido hacer todo aquello que otras noches me ocuparía durante al menos dos. Y aun así voy a llegar tarde. «¿Cómo lo hago?»

En fin, el caso es que antes de salir mantengo mi ritual y observo mi reflejo en el espejo comprobando que todo esté en su sitio. Me retoco los brillos del maquillaje y hago movimientos con los labios para extender bien el pintalabios. La verdad es que nunca me ha gustado ir demasiado recargada, pero sí me gusta que se note que me he arreglado. Y en especial, adoro los labiales potentes. De hecho, son como una especie de droga, que me impide

parar de comprarme tonos de rojo como si existiesen infinitos distintos de ese mismo color. Qué le voy a hacer.

—¡Ari, o bajas ya o nos vamos! — grita la voz de mi hermano desde la escalera.

—¡Ya voy! — respondo gritado también y dando un respingo frente al espejo que me hace volver a ponerme en movimiento en el acto.

Giro sobre mí misma y acabo de meter mis cosas atropelladamente en un pequeño bolsito de fiesta. Me agacho al lado de la cama y cojo los tacones negros de 10 cm que antes he dejado ahí. La verdad es que yo soy más de ir en zapato plano o tacones más anchos y bajos, pero después de haberme probado casi todos los pares que tengo en el armario estos eran los que más me convencían con la ropa que me he puesto.

Corro escaleras abajo. En la puerta principal está mi hermano, con la chaqueta ya puesta y listo para marcharse, y Miriam, que tiene la chaqueta apoyada en el sofá, y charla animadamente con mi madre.

—Ya...podemos irnos — digo sin aliento.

—Ya era hora — me refunfuña mi hermano — Adiós mamá, traeremos a Ari cuando nos vayamos nosotros a casa, no te preocupes.

—Bueno, pero no vengáis muy tarde ¡eh! Y tu pórtate bien y no bebas — dice mi madre atravesándome con esa mirada tan seria que solo ella sabe poner y que casi me hace prometerle en silencio que no lo haré.

«¡Y una leche!» me espeta mi subconsciente.

—Sí mamá — digo mientras le doy un beso en la mejilla, trato de ponerme los zapatos sin besar el suelo y salgo detrás de mi hermano.

Media hora después, Marcos aparca y, tras haberme advertido cuatro veces que debo estar pendiente del móvil para que me avise cuando nos vayamos, me despido de ellos y echo a andar, sin prisa (por si me la pego con los tacones) pero sin pausa, hacia La Caverna, mi local favorito de toda la ciudad. Y es que, de día es una simple cafetería de barrio, pero por las noches se convierte en una especie de pub hogareño y muy acogedor en el que se puede bailar, pero también mantener una buena conversación con los demás.

Abro la puerta y desde el umbral echo un vistazo rápido hacia el interior tratando de buscar el rostro de mis amigas. Las veo al final de la barra y me dirijo hacia ellas esquivando a toda la gente que a esta hora ya se encuentra

bailando en medio del local.

—¡Hombre, por fin! ¡Ya era hora señorita tardona! — refunfuña Lara.

Le doy un abrazo rápido y me fijo en que esta noche está guapísima. Bueno, en realidad como siempre. Lleva un precioso vestido azul, ajustado y corto que hace que sus interminables piernas lo parezcan incluso más y su largo y oscuro pelo liso le cae sobre la espalda.

—Lo siento...he tenido que arreglarme en tiempo récord — digo

—Claaaro, por eso llevamos casi una hora esperándote — responde Bibi sarcástica asomando por detrás de Lara y regalándome su mejor sonrisa. Ella también está muy guapa con su espectacular vestido de beis con estampado de flores y su rubia melena rizada y colocada sobre uno de sus hombros.

—¿Y si dejáis de regañarme y me pedís algo de beber? — respondo con voz de agotamiento tratando de zanjar de una vez por todas el tema de mi falta de puntualidad.

—Espera, antes tengo que presentarte — responde Bibi.

Le doy la espalda un segundo mientras que me quito la chaqueta y la dejo cuidadosamente encima de las suyas y, cuando me vuelvo para descubrir a quién se refería, casi me caigo de culo al ver a tres chicos algo más mayores que nosotras que me miran de hito en hito. Aunque yo sólo puedo mirar a uno de ellos. El morenazo de ojos verdes y seductora voz.

Una sonrisa pícaro se dibuja en su cara, mientras me da un repaso de arriba abajo, y yo estoy segura de que mi rostro ahora mismo debe de ser un chiste. Y de los malos.

—Ari, estos son Carlos, Manu y Hugo; chicos esta es Ari — dice Bibi sacándome de mi ensoñamiento, y señalando a cada uno de los chicos que tengo delante.

«Hugo, se llama Hugo. Mmm. Qué sexy. Qué seductor. Como si fuese un macarra rebelde de barrio, o un peligroso policía o.... *¡Sí, o unos gayumbos de marca! ¿Quieres acercarte y saludar de una vez?»* me increpa mi recién descubierta vocecilla interior, que al parecer es un poco borde. Aunque tiene razón creo que estoy destinada a parecer una imbécil delante de tan guapísimo espécimen masculino.

Y guapísimo es quedarse corto. Tiene la cara más masculina y a la vez más bonita que he visto jamás. Pelo moreno y alborotado, nariz prominente, pero sin ser exageradamente grande, labios carnosos y unos ojazos que son capaces de atraparte con solo una mirada. Lleva puesta una camiseta gris de

algodón con detalles en azul, vaqueros negros y converse del mismo color. Eso por no hablar de todo lo que se intuye bajo esa ropa. Aproximadamente un metro ochenta de cuerpo musculado y fibroso, apostaría que debido a toda una vida de práctica de algún deporte. Por sus piernas, que se intuyen compactas y fibrosas, probablemente fútbol. Si se me diesen tan bien los estudios, este año habría aprobado primero de bachillerato con matrícula de honor y noticia en el periódico, porque a mi madre le habría dado algo de la emoción.

Tras todo este tiempo en mi mundo mis pies parecen reaccionar y me acerco a cada uno de ellos al tiempo que digo «hola» y les doy dos besos. El ultimo al que saludo es a Hugo y cuando su mano roza mi cintura para acercarse y saludarme, un millón de fuegos artificiales estallan en mi estómago. Mis ojos se anclan a los suyos y por un instante siento que acabo de perderme en algún remoto lugar de ellos del que no estoy segura de poder escapar. Por eso agradezco en el alma la intervención de Bibi cuando propone, a voz en grito, una ronda de chupitos.

Se presenta interesante la noche.

CAPÍTULO 3: EL INCIDENTE

Una hora más tarde, y después de haberme calzado cuatro chupitos de tequila en medio de los aplausos de Manu y Carlos, noto que empiezo a ir un poco pedo. Aun así, me conozco y sé que todavía no he llegado al punto en el que debo dejar de beber para no acabar cayéndome de culo o durmiendo la mona en algún portal. Así que, con mi mejor sonrisa y mi amago de cogorza propongo otra ronda a la que, por desgracia para mí, nadie quiere sumarse.

«Rajados»

Lara y Bibi parecen demasiado ocupadas tratando de ligarse a Carlos y Manu y han decidido que lo mejor es dejar de beber o tomárselo con más calma, pero dado que yo no tengo intención de ligarme a nadie esta noche, me acerco a la barra y pido otro tequila con sal y limón para mí.

Mientras el camarero me lo sirve y me dirige esa sonrisa amable que me pone siempre, yo apoyo el peso sobre los tacones de mis zapatos mientras me agarro a la barra y trato de aliviar así el dolor de pies que ya me acompaña desde hace un rato. Y que me hace desear haber elegido otro calzado, aunque me hubiese quedado peor con la ropa que llevo puesta. En ese momento, no sé si por culpa del alcohol o simplemente porque la barra está mojada y resbala, uno de mis tacones se escurre hacia delante, mis manos se sueltan de la superficie a la que me estaba agarrando y estoy a punto de abrazar el suelo justo en el momento en que unos brazos fuertes me agarran de la cintura y evitan un bochornoso y seguramente feo moratón en mi trasero. Cuando me giro, para observar a mi salvador y agradecerle que me haya rescatado, mis ojos se encuentran con una intensa mirada de color verde que atraviesa todas y cada una de las fibras de mi cuerpo.

—Creo que deberías dejar de beber — me susurra Hugo con un tono a medio camino entre la sugerencia y la orden, sin apartar su brazo que rodea mi cintura y acercando su boca a mí oreja.

Me recompongo como puedo y me aparto un poco de él para que deje de tocarme o corra el riesgo de empezar a hiperventilar. Vuelvo mi vista hacia la barra y respondo con toda la indiferencia que soy capaz de reunir.

—Estoy bien, gracias

—Hace dos segundos no lo parecía — responde con un deje divertido.

—La barra está mojada, me he resbalado — respondo sin mirarle y con la firme intención de sonar arisca, aunque lo único que consigo es un tono añinado como el de una cría que parece estar a punto de entrar en modo rabieta. Maldita sea.

—Ya. Aun así no deberías beber más. Este es el quinto. — me responde de nuevo acercándose un poco más a mi espalda. Y mi cuerpo, que es un maldito traidor, reacciona a ese gesto como la pólvora lo hace al fuego.

«Espera, ¿los lleva por cuenta?» Porque narices un tío al que apenas conozco de nada habría de llevar por cuenta cuanto alcohol he bebido esta noche. Ni siquiera mis mejores amigas, a las que supuestamente les importo algo, sabrían decirme cuantos chupitos me he echado al gaznate hoy.

Estoy a punto de responderle que no es asunto suyo cuanto bebo o dejo de beber cuando el camarero termina de servirme el tequila. Le entrego un billete de cinco para pagar y mientras rebusca en la caja registradora mi cambio, me paso la lengua por el dorso de la mano y me hecho sal. Después cojo el pequeño vaso y me lo bebo de un trago. Recojo la sal de nuevo con mi lengua y chupo un poco de limón. El líquido baja quemándome por la garganta y sigue haciéndolo incluso cuando me llega al estómago. El camarero me entrega mi cambio, lo guardo en el bolso y doy media vuelta para dirigirme a la pista a bailar un rato. Cuando lo hago, veo que Hugo sigue detrás de mí y me está mirando con cara de pocos amigos.

Quiero gritarle que qué coño le pasa y que por qué no deja de observarme, pero me muerdo la lengua cuando me doy cuenta de que a una parte de mí le encanta que me preste atención. Aparto ese pensamiento de mi embotado cerebro y me dirijo a la pista sola sin molestarme en preguntarles a Lara o Bibi si quieren acompañarme. Están demasiado ocupadas.

En cuanto llego al centro del local, me sumerjo en el mogollón de personas que están bailando unas con otras y empiezo a moverme al ritmo de la música. La canción que suena es «Labios Compartidos» de Maná y me encanta el efecto sedante que tiene siempre en mí. Así que poco a poco voy dejando que me inunde y guie mis pasos de borracha, ajena al resto del mundo. Bueno en realidad ajena a todos no. Cuanto más entro en trance más pienso en Hugo y en porque no le he dicho cuatro cosas cuando casi me ha ordenado que dejase de beber. Y sé porque no lo he hecho. Porque en el fondo me ha encantado sentir que estaba pendiente de mí. Sobre todo, cuando el resto de la noche apenas había cruzado dos palabras conmigo. Una punzada de dolor

recorre mi cuerpo en cuanto empiezo a divagar sobre porqué me habrá ignorado todo el tiempo y sólo se ha acercado a mí para regañarme. Es entonces cuando noto como alguien se me acerca por detrás y empieza bailar restregándose un poco.

Me doy la vuelta como puedo, evitando caerme a pesar de lo borracha que estoy, y veo a un chico moreno que parece tener al menos diez años más que yo. Esta sudado y me mira con la sonrisa más lasciva e indecente que he visto en toda mi vida. Decido hacer caso omiso de su insinuante cara de baboso y doy un par de pasos a la izquierda para poner distancia entre nosotros. Le doy la espalda y trato de sumergirme de nuevo en la música y acompañar mi ritmo con ella.

Ni siquiera sé cuánto ha pasado, pero en lo que, juraría que es menos de un minuto, el baboso sudado ya está de nuevo a mi espalda, restregándose contra mi culo y acercando peligrosamente sus manos a mis caderas. Me giro cabreada y lo miro con mi peor cara. Como no parece darse por enterado, pongo las manos en su pecho, lo empujo con todas mis fuerzas y le espeto:

—¡Déjame en paz!

Me doy la vuelta y trato de avanzar un poco en medio de la multitud. Pero el gilipollas borracho me agarra del brazo y tira de mí hasta que me estrello contra su pecho sudado y asqueroso. Su cara está demasiado cerca de la mía, y a pesar de la moña que llevo, puedo percibir el olor a whisky que sale de su pestilente boca.

—Venga nena, si lo estás deseando — dice arrastrando las palabras y sobándome descaradamente el culo.

Levanto la mano que tengo libre en el aire y sin pensarlo dos veces le cruzo la cara. Pero, aun así, no solo no me suelta, sino que acerca su boca más a la mía y dice:

—Cuanto más te haces la estrecha más ganas te tengo.

Y en ese momento y a pesar de todo el alcohol que llevo en el cuerpo, empiezo a asustarme. Miro a mi derecha y a mi izquierda pidiendo ayuda con la mirada, pero nadie parece prestar la más mínima atención a la pequeña chica rubia que un tipo asqueroso tiene retenida por la fuerza. Vuelvo a dirigir mi mirada hacia él y veo que su vomitiva sonrisa se ha hecho más grande. Forcejeo intentando liberar mi brazo cautivo, pero es inútil. Creo que, aunque estuviese serena, jamás hubiese podido soltarme.

—¡Suéltame, joder! ¡Suéltame! — le grito mientras sigo forcejeando con todas mis fuerzas.

—¡No, guapa! ¡Sé que lo dese...!

En ese momento y por un segundo, no soy consciente de lo que está pasando. El tío baboso y sudado desaparece de mi vista sin terminar la frase y todo cuanto puedo ver delante de mí es una ancha y fornida espalda que, a pesar de mi estado, me resulta familiar.

—¡Ha dicho que la dejes en paz! — gruñe Hugo por encima del bullicio.

Trato de ponerme a su lado para observar la escena, pero la gente se ha arremolinado entorno a nosotros y lo único que alcanzo a ver es la cara del tipo baboso, que parece realmente asustado mientras Hugo lo sostiene de la camiseta y su cuerpo se convulsiona de ira.

Por un momento, cuando mis ojos se encuentran con los de mi acosador, siento pena de él. Y, a pesar de mi cerebro ralentizado por alcohol, sé que debo intervenir y evitar que el tío que ha intentado besarme por la fuerza y que me ha sobado el culo sin consentimiento, acabe su noche de juerga en el hospital.

Tan firme como puedo, me acerco a Hugo y entro en su campo de visión dándole la espalda al tipo sudoroso al que hora estoy intentando que no le partan la cara. Lo miro a los ojos y un simple gesto negativo de mi cabeza basta para que su mirada me demuestre que ha entendido que no quiero que le haga daño. Su cuerpo poco a poco se relaja ante mi tacto y de un empujón suelta al cobarde salido.

—¡Si vuelves simplemente a acercarte a ella, te encontraré y terminaré lo que no he hecho ahora! ¿Me has entendido? — le gruñe en su cara.

El tipejo salido no puede más que asentir acobardado y salir del bar tan deprisa como sus pies de borracho se lo permiten. Hugo lo observa hasta que ha salido completamente mientras yo pienso que si las miradas matasen el borracho asqueroso habría muerto veinte veces antes de llegar a la puerta.

En cuanto lo perdemos de vista, yo empiezo a sentirme realmente mal. Con toda la tensión del momento y tras todos mis esfuerzos por mantenerme estable y firme, a pesar de la borrachera, no me había dado cuenta de la gravedad de la situación que acabo de vivir.

Desde muy pequeña he odiado la sensación de sentirme acorralada y retenida. De hecho, con solo ocho años, entré en pánico una vez que mi madre me sujetó de ambos brazos para regañarme por haberle roto un macetero jugando a la pelota dentro de casa. Y no lo hice porque mi progenitora estuviese gritando, sino porque me estaba sujetando con fuerza y me sentía acorralada. Y la situación que acabo de vivir me ha agobiado hasta tal punto

que, sin ser del todo consciente, empiezo a notar como mis rodillas ceden y mi cuerpo se vuelve tan pesado que acabo en el suelo, sentada sobre mis talones y sollozando como una niña.

Por suerte, no permanezco demasiado tiempo allí, porque, antes de que me dé cuenta, unos brazos fuertes y que me son más conocidos de lo que cabía esperar, me sujetan de la cintura para incorporarme y me sacan con firmeza del maldito local.

CAPÍTULO 4: EL BIPOLAR CABALLERO ANDANTE

El tibio aire de julio me golpea en la cara en cuanto salimos al exterior. En la calle se escucha mucho bullicio que, conforme avanzamos en la noche, se va disipando y dando lugar a un leve murmullo en la lejanía. Soy consciente de que estoy sollozando como una loca en los brazos de un completo extraño que me estará llevando, vete tú a saber dónde. Pero en este momento no me importa lo más mínimo. Después de mi estúpida borrachera y de todo lo que he vivido en ese jodido local sólo quiero que alguien me aleje lo máximo posible de allí para que pueda llorar en paz. Y si ese alguien, en este momento es este chico, que así sea.

Después de unos minutos caminando, Hugo se para. Y con la mayor delicadeza posible me obliga a levantar la cara de su pecho. A pesar de que con las lágrimas rodando por mis mejillas no soy capaz de ver con claridad, en su rostro se intuye una mezcla de emociones desconcertante. Tristeza, furia, lástima...

Aparto mis ojos de él y echo una rápida visual a la zona. El lugar en el que estamos es como una especie de barrio residencial completamente desierto y muy mal iluminado. A ambos lados de la calle puedo divisar elevados edificios de viviendas y pequeños chalés con verjas bajas y jardín. El sitio parece bonito, aunque un poco deprimente bajo esta tenue luz.

—¿Te encuentras bien? — pregunta Hugo preocupado sacándome de mi trance y examinándome con la mayor preocupación del mundo.

Asiento con la cabeza porque soy incapaz de articular palabra. Noto como el efecto del alcohol se disipa, pero mi cerebro aun no es capaz de pensar con claridad. Miro al suelo y empiezo a sollozar otra vez.

—Toma bebe agua, te sentirás mejor — dice mientras me levanta la barbilla con su mano suave y fría, y atrapa una de las lágrimas que corre por mi cara.

No sé de dónde ha sacado el agua ni tampoco por qué se está comportando de este modo conmigo sin apenas conocerme de nada, pero asiento y cojo la botella que me ofrece. Bebo un par de tragos y se la entrego

de nuevo. Vuelvo a fijar la vista en mis zapatos y sollozo en silencio. No puedo parar. De verdad que me gustaría hacerlo, pero no puedo. En el fondo no quiero que Hugo me vea vulnerable y débil, pero entre el alcohol en mi organismo y toda la mierda de esta noche no puedo dejar de llorar. Pego la barbilla a mi pecho y trato de ocultar mi llanto todo lo que puedo.

Entonces Hugo, vuelve a levantar mi rostro, hasta que mis ojos llorosos se encuentran con la calidez de los suyos que son capaces de transmitirme tantas sensaciones que me asusta incluso pensarlo.

—No te escondas de mí, Ari. Por favor

Sé que tengo que hablar. Sé que tengo que decir algo, aunque sólo sea un pequeño agradecimiento por haberme quitado de encima a aquel baboso, por haberme sacado de allí y por haberse portado tan bien conmigo. Pero mi cerebro y mi boca deben de haberse desconectado el uno del otro y no responden. Así que me sorprendo a mí misma avanzando hacia el desconocido que tengo enfrente y abrazándolo con todas mis fuerzas igual que un náufrago abrazaría a un trozo de madera en medio del mar.

Hugo me envuelve con sus fuertes brazos y me aprieta contra su pecho al tiempo que deja reposar su barbilla sobre mi cabeza. Y, a pesar de que nos acabamos de conocer su abrazo me resulta tan familiar que da hasta miedo. Como si, sin darme cuenta, llevase toda mi vida esperando a encajar de esta forma tan natural con alguien. O como si en otra vida, él y yo, ya llevásemos años abrazándonos el uno al otro de este modo.

No tengo ni idea del tiempo que pasamos en esa postura. Solo sé que ha sido mucho menos del que me habría gustado. Como si pudiese pasarme la vida entera abrazándole. Pero en cuanto empiezo a recomponerme un poco, decido que es hora de poner a funcionar mi cabeza de nuevo. Temblorosa me aparto de él y me enjugo las lágrimas como puedo. Recobro la compostura y me digno a hablar por primera vez desde hace (calculo) unos treinta minutos.

—Gra...gracias por todo — es todo lo que acierto a decir

—Ari, por favor, no me des las gracias. Ese tío es un mierda que debería agradecerte que no le haya hecho una cara nueva. — dice, y noto como la ira vuelve a teñir su cara mientras aprieta los puños a sus costados.

—No habría servido de nada, sólo te habrías metido en problemas — respondo, mientras sorbo atronadoramente por la nariz en un gesto muy impropio de una señorita.

A pesar de que parece que poco a poco voy recobrando a mi cerebro y a

mi boca de donde coño se hubiesen metido hace media hora.

—Y eso qué más da. Sólo de pensar en cómo te ha tocado...

—Por favor — digo, devolviendo mi vista al suelo y tratando de olvidar todo lo sucedido con el asqueroso borracho.

—Lo siento, Ari. Es sólo que me hubiese encantado partirle la cara.

Levanto la vista hacia su rostro y puedo comprobar que lo dice totalmente en serio. El cabreo le tiñe la cara y su respiración se agita pensando en todo lo que ha pasado. Por algún motivo que todavía no alcanzo a comprender, este chico moreno de ojos verdes está revolviéndose por dentro porque cree que no ha hecho todo lo que debería para defenderme.

Casi como atraída por una fuerza invisible recorro la poca distancia que nos separa y coloco mis manos en su fuerte pecho. En cuanto lo hago su respiración parece recobrar la normalidad y nuestras miradas se encuentran mientras la sensación de familiaridad vuelve a inundar cada parte de mi ser. Por un segundo me sorprende a mí misma deseando que me bese y borre de nuestro organismo todo lo sucedido en la última hora. Él parece leer mis pensamientos y poco a poco se inclina sobre mí al tiempo que ladea de forma estudiada la cabeza. Cuando ya casi puedo notar su aliento en mi boca... una sonora musiquita empieza a sonar en el bolsillo de sus vaqueros.

Hugo tarda unos segundos en reaccionar, pero cuando es consciente de que el dichoso teléfono no dejará de sonar a menos que haga algo para que deje de hacerlo, se aparta de mí con recelo y sacándolo del bolsillo, responde bruscamente:

—¿Qué coño quieres Carlos? Sí está aquí...

Él me mira un instante y me da la espalda enfrascado en su conversación. Yo me doy la vuelta y empiezo a caminar de forma lenta y distraída, alejándome de él. Miro al suelo y empiezo a darle patadas a una pequeña piedra para distraer mi mente agotada y ligeramente resacosa ya. Entonces me doy cuenta de que estoy helada y caigo en la cuenta de que hemos salido tan atropelladamente del pub que me he dejado allí todas mis cosas, incluido el bolso. Giro sobre mí misma y me dirijo de nuevo hacia Hugo, que sigue con el teléfono en la oreja y que parece estar discutiendo con su interlocutor. En cuanto me ve acercarme levanta una mano, como diciéndome que le dé un minuto para que termine la llamada. Pero como sé que Carlos está al otro lado, aprovecho la oportunidad.

—¿Puedes decirle que recupere mis cosas? Me las he dejado en el bar
— Hugo asiente y vuelve a darme la espalda.

—Que sí. Ya sé lo que tengo que hacer. Y oye, traed sus cosas — separa el teléfono de la oreja y cuelga.

—¿Va a venir aquí? — pregunto.

—Sí, Bibi y Lara estaban preocupadas por ti, hace como una hora que no te ven.

Asiento. La verdad es que con todo el follón que he vivido y la poca claridad con la que puedo pensar gracias a mi creciente resaca, apenas me había acordado de ellas. Conociéndolas, Lara se habrá vuelto loca buscándome mientras Bibi le sacaba hierro al asunto, apuntando que seguramente me habría fugado con Hugo. «Si es que las conozco como si las hubiese parido» pienso mientras empiezo a pasear de nuevo y recupero mi jueguito con la dichosa piedra.

Tengo los brazos helados. La que debería ser una suave brisa de verano que acariciase mi piel, yo la noto como una de esas ventiscas que atraviesan cada parte de tu cuerpo dejándolo todo congelado a su paso. Me abrazo a mí misma y trato de controlar el castañeteo constante de mis dientes mientras froto mi piel suavemente tratando de entrar en calor. Un minuto después, sin darme cuenta, algo calentito y pesado cae encima de mí, aliviando mi destemplado cuerpo.

—Así mejor — me dice Hugo sonriéndome amablemente. Le devuelvo la sonrisa y me envuelvo bien en su chaqueta de cuero desgatado, seguramente a causa de la infinidad de veces que se la habrá puesto. Huele a él y me gusta tanto ese olor que mentalmente acabo de convertirlo en mi nuevo aroma favorito. Estoy a punto de murmurar un tímido gracias, cuando oigo pasos detrás de mí que me hacen girarme para ver a mis dos mejores amigas acercarse a mí seguidas de Carlos y Manu.

En cuanto llegan hasta nosotros Bibi se acerca portando mi chaqueta y me mira fijamente a los ojos sonriéndome de forma amable con esa sonrisa que siempre me recuerda a la de una mamá gallina protegiendo a sus polluelos. Así que deduzco que alguien le habrá contado lo sucedido esta noche.

—¿Estás bien, cielo? — dice mientras sigue escrutándome concienzudamente.

La miro a los ojos y asiento lentamente mientras trato de que entienda que no me apetece hablar del tema ahora. Ella parece darse por enterada y me da un leve abrazo antes de dirigirse a hablar con los demás. Me vuelvo hacia ellos y me quito la chaqueta de Hugo para luego ponerme la mía mientras me

acercó tímidamente a él y se la devuelvo.

—Gracias — logro decirle mientras me atraviesa con su penetrante mirada de ojos verdes.

—De nada — musita indiferente.

Y su repentino cambio de actitud me trastoca por completo. No es que lo conozca demasiado, pero en el poco tiempo que hemos compartido a solas habría jurado que podía ser de todo menos una persona arisca y borde.

Sus ojos se apartan de los míos como si le quemaran y de repente me siento decepcionada por como su forma de tratarme ha cambiado repentinamente. A pesar de todo lo que ha pasado me gustaría volver al momento en el que me abrazaba para calmar mi llanto y su mano me reconfortaba acariciando mi espalda.

Intento distraer mi mente de todos los pensamientos que atormentan mi resacoso cerebro, y saco mi móvil del bolso. Pulso la tecla de desbloqueo y veo que el panel de notificaciones esta hasta arriba de mensajes y llamadas perdidas. Cuatro de ellas son de Lara y Bibi y la otra es de mi hermano. Cuando reacciono veo que son las cinco de la mañana y caigo en que seguramente Marcos querrá irse a casa ya. Y dado que no le he contestado a la primera llamada sé que me va a caer una monumental en cuanto le llame.

Elijo su nombre y me acerco el teléfono a la oreja mientras me separo un poco del grupo para poder hablar con mayor tranquilidad. Al segundo tono mi hermano contesta al otro lado de forma seca y poco amable.

—¿Dónde coño estas? — me gruñe

«Esa es una buena pregunta» pienso mientras vuelvo a repasar con la mirada la zona tratando de encontrar una respuesta decente, ya que ni yo misma sé dónde estoy. Después de unos segundos sin encontrar que decir, me encojo de hombros como si mi hermano pudiese verme y me mantengo en silencio. Afortunadamente el parece entender que o bien no quiero decirle donde estoy o bien voy demasiado pedo como para contestar. Así que vuelve a hablar:

—Dentro de media hora te quiero en el coche. Nos vamos ya

En cuanto abro la boca para responder un mísero vale, Marcos termina la llamada y yo me quedo mirando la pantalla de mi móvil, incapaz de procesar nada. Cuando esta se vuelve totalmente negra, reacciono y me dirijo hacia el grupo.

—Yo me voy — digo evitando mirar siquiera a mi salvador de esa noche que ahora se ha convertido en poco más que un completo desconocido para mí.

«Siempre ha sido un completo desconocido para ti» me espeta mi subconsciente. Lo mando a freír espárragos con una peineta mental y me vuelvo para dirigirme a mis amigas.

—Hablamos mañana

—¿Pero te vas sola? — me pregunta Bibi mirando más a Hugo que a mí. El parece no darse cuenta, y yo intento con todas mis fuerzas que no me importe que me ignore.

—Sí, el coche de mi hermano creo que está cerca de aquí — digo poco convencida a la vez que giro sobre mí misma tratando de adivinar por donde se sale de esta dichosa urbanización.

La verdad es que estoy bastante desorientada y no tengo ni la más remota idea de que dirección tomar para llegar a mi destino, pero no pienso admitirlo delante de ninguno de ellos, bastante patética he estado ya esta noche como para sumar más bochornos a mi cuenta.

Me despido de mis amigas con un leve abrazo y con un adiós colectivo para el resto del grupo, y me dirijo hacia donde me lleven mis pies, rezando porque mi subconsciente se acuerde del camino mejor que yo y me lleve hacia donde tengo que ir.

A medida que vago por las calles mal iluminadas de la urbanización, empiezo a desesperarme porque todas me parecen iguales y ni siquiera sé si me estoy acercando al coche de mi hermano o me estoy alejando de él a cada paso que doy.

—¿Cómo coño se sale de aquí? — digo en voz alta mientras la desesperación va dejando paso a la ira.

—Deberías haberme pedido que te acompañase — dice una voz conocida a mis espaldas haciendo que dé un respingo al tiempo que unas ondas invisibles de electricidad estática recorren cada parte de mi cuerpo.

Me giro y veo a Hugo tranquilamente apoyado en una farola con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos. Su rostro denota diversión, cosa que a mí no hace, sino que enfurecerme más. Desde que el resto del grupo se reunió con nosotros ha decidido ignorarme como si no fuese más que otra pieza del mobiliario urbano ¿y aun así pretendía que yo le hubiese pedido que me acompañase? Está como una cabra.

—No necesito que nadie me acompañe — digo con el tono más neutro que soy capaz, dándole la espalda.

—Ya — dice casi riéndose — ¿Por qué no me pides de una vez que vaya contigo?

¿Pero este tío se ha vuelto majara? Vale que me haya salvado del acosador, vale que me haya consolado durante mi llorera, vale incluso que haya estado a punto de besarme, pero para mí nada de eso compensa la bipolaridad que me ha demostrado en cuanto hemos dejado de estar a solas. Y, además, no pienso inflar el ego de machito salvador a ese desconocido por segunda vez durante esta noche.

—Mejor ¿por qué no me suplicas tú a mí que te deje acompañarme? — respondo sin ni siquiera girarme y con el mayor tono de firmeza que soy capaz de poner.

En cuanto una sonora carcajada escapa de sus labios casi me dan ganas de correr hacia él y abofetear su preciosa cara. Mi cuerpo bulle de ira y solo quiero patear su bonito trasero hasta quedarme sin aliento. Pero como ya he tenido bastantes mierdas esta noche, decido que lo mejor es que eche a andar y le deje ahí plantado con su actitud prepotente y su sonrisa de brabucón.

En cuanto he avanzado unos metros una mano fuerte me agarra del brazo y hace que me detenga y me dé la vuelta. Sus ojos de color verde me están mirando con amabilidad y su mano libre reposa en mi cintura.

—Deja de ser tan cabezota, rubia — dice casi en un susurro sin apartar su mirada de la mía.

Bajo su contacto noto como cada parte de mi piel se electriza por dentro, y en este momento me descubro a mí misma observando su carnosa boca y deseando para mis adentros sentirla sobre la mía. Otra vez.

Pero ¿qué coño me pasa con este chico? Me gusta, eso lo tengo claro desde hace bastante rato, y la verdad es que con lo guapo que es, lo raro es que no les guste a todas y cada una de las chicas de este universo. Pero ¿es solo eso? ¿Atracción pura y dura? Entonces ¿por qué cada vez que me toca desearía que no dejase de hacerlo jamás? ¿Por qué cada vez que nuestras miradas se unen es como si me hubiese perdido en un espeso bosque del que no deseo escapar? A penas lo conozco, y la verdad es que los latigazos de su personalidad que he sufrido hace solo unos minutos, han desconcertado por completo mi percepción de lo que anteriormente me había parecido un caballero andante de brillante armadura, pero, aun así, hay una parte de mí que no quiere alejarse de él.

—¿Y bien? ¿Vas a dejar de ser tan testaruda y a pedirme que te acompañe? — dice suavemente sacándome de mis cavilaciones mientras me mete un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

Su mano sigue reposando sobre mi cintura y sus ojos posados en los

míos. Y, aunque intento no perderme en esa hipnotizante mirada, no lo consigo. Me tiene completamente fascinada y lo peor es que no tengo ni idea de si a él le pasará algo que se parezca lo más mínimo a lo que me pasa a mí.

—¿Puedes ayudarme a salir de este maldito sitio, por favor? — digo sin apartar la mirada.

—Estaría encantado, rubia

Su tono es agradable y cálido, aunque odio profundamente ese apelativo “cariñoso” que parece que ha decidido endosarme. Su mano en mi cadera se vuelve más firme mientras me dirige hacia la derecha y emprendemos el camino en silencio. Estoy segura de que no le he dicho dónde está el coche de mi hermano, pero el parece saber perfectamente hacia donde debe llevarme.

Después de unos minutos caminando, sin que se rompa el contacto entre nosotros, el ruido de la gente de fiesta empieza a ser más alto y me doy cuenta de que casi hemos llegado a la zona de bares. El camino hasta aquí se me ha hecho demasiado corto para mi gusto, pero sé que no puedo esperar más para irme o Marcos se cabreará mucho. En cuanto nos encontramos a escasos metros de La Caverna me paró y me giro para mirarle.

—Desde aquí puedo llegar sola al coche de mi hermano

—¿Estás segura? Puedo acompañarte hasta allí si quieres — noto el anhelo en su voz, pero soy consciente de que es mejor para mí y para todos que nos despedamos en este punto y que cada uno coja su camino.

Demasiadas cosas en un espacio demasiado corto de tiempo. Creo que, por hoy, he tenido suficiente.

—Sí, tranquilo. Ya has hecho bastante por mí esta noche. Te lo agradezco, pero puedo ir sola.

Sus ojos se tiñen de... ¿rabia, tristeza...? La verdad es que no sabría decirlo, pero como si mirarlo fuese acabar con la poca determinación que había en las palabras que acabo de decirle, aparto la mirada y la dirijo a mis incómodos zapatos.

Hugo inspira con dificultad y se mete las manos en los bolsillos.

—Debería haber hecho mucho más esta noche, Ari. Ojalá la situación fuese distinta.

Lo dice como en un susurro y su voz se tiñe de deseos no cumplidos, aunque no soy capaz de adivinar que deseos pueden ser esos. De hecho, no tengo ni idea de a que se refiere con que la situación fuese distinta. Pero es mejor no preguntar. La ambigua personalidad de Hugo es algo que acabará sacándome de quicio, hasta el punto de perturbar mí ya de por sí, dispersa

mente. Así que prefiero irme a mi casa y evitar pensar (todo lo que me sea posible) en lo sucedido esta noche. Estoy exhausta, en todos los sentidos.

—Adiós, Hugo — digo mientras me giro y empiezo a caminar hacia el coche de Marcos.

—Adiós, rubia — oigo a mi espalda y sus palabras susurradas se me meten muy dentro conforme me alejo de él.

Y es que, a cada paso que doy en la dirección opuesta a este chico siento que a mis pulmones les cuesta el doble procesar el aire que entra en ellos. Como si algo dentro de mí me impidiera seguir respirando si el oxígeno que los inunda no es el mismo que inunda también los suyos. No sé qué me pasa, y mucho menos sé lo que siento. Pero algo en mí ha cambiado, algo que me dice que después de esta noche nada volverá a ser lo mismo.

CAPÍTULO 5: DE VUELTA AL PRESENTE...O NO.

16 de febrero de 2016 (9 años después)

—¿Me podéis decir porque seguimos viniendo a este local a esta hora si sabemos que siempre está abarrotado?

—Porque es la *Happy Hour* cielo, copas a mitad de precio — me dice Bibi mirándome insinuante haciéndose oír por encima de la ensordecedora música.

—Ya, pero es que lo que beba lo voy a sudar al minuto entre toda esta multitud — digo exasperada. De hecho, acompaño la frase con una caída de hombros bastante teatrera, para darle más dramatismo. No surte efecto.

—Venga Ari no seas aguafiestas. Si este es el mejor local del mundo.

Esa es su manera de zanjar el asunto cada vez que yo me quejo cuando salimos y acabamos en este tugurio de música *house* lleno hasta la bandera. Lástima que no compartiera para nada su concepto de “mejor local del mundo” y gracias a dios que no compartía su gusto musical. El *house* no es lo mío.

Pongo cara de perrito apaleado y la sigo hasta el final de la barra donde dos jovencitas con mucha más piel a la vista que ropa, bailan de forma desenfadada. «Juventud divino tesoro» pienso. No deben de tener ni veinte años y yo ya estoy más cerca de ser catalogada de treintañera. De hecho, quedan solo dos semanas para mi cumpleaños. Qué depresión. Veintisiete añazos ya. Si parece que fue ayer cuando me mudé a Barcelona para cursar la carrera y alejarme de todo. Y mírame ahora con una casa propia, un trabajo estable...

—¿Quién quiere unos tequilas? — grita Lara por encima del “*chunda, chunda*” de la música que ya empieza a darme dolor de cabeza.

...y las mismas locas del coño por amigas. Qué suerte que algunas cosas no cambien nunca. Qué suerte tenerlas desde hace tanto tiempo. Aunque ahora a Lara tenga que conformarme con verla muy de vez en cuando porque vive en otra ciudad con su novio Carlos. Y llevan ya casi nueve años, quien lo iba a

decir. Ella trabaja de secretaria en un importante bufete de abogados y él es monitor de gimnasio. Y se quieren tanto que dan asco. O sea...ya me entendéis. Son asquerosamente felices.

Bibi en cambio vive en el mismo edificio que yo. Concretamente en el piso que está justo encima del mío. ¿Qué por qué no vivimos juntas? Lo intentamos, pero no salió bien. A ver, no me malinterpretéis la quiero a rabiar, pero también quiero mucho a mi estabilidad mental. Y ella ni siquiera sabe lo que significa ese concepto. Así que decidimos vivir juntas, pero separadas. Bueno, era eso o acabar saliendo en las páginas de sucesos del periódico local. El titular sería algo así como: “Chica de veintiséis años asesina a su compañera de piso asfixiándola mientras duerme”. Y no creo que yo durase mucho en la cárcel. Lo dicho, que mejor así.

—¡Los chupitos, chicas! — grita Lara mientras me pasa el vaso y un pequeño salero.

En cuanto me lo bebo y chupo la sal del dorso de mi mano, el chupito baja quemándome el esófago en su descenso hasta mi estómago. Pero ya no tengo dieciocho años así que tengo que hacer un esfuerzo sobre humano para no vomitar todo lo que he cenado en medio del local. «Aggg...ya no estás para estas coñas, Ariadna» me dice mí, ahora mismo, asqueado subconsciente. Cojo la copa que Bibi me ofrece y me bajo casi la mitad de un trago. Parece que se queda dentro, menos mal.

Un par de horas y unas cuatro copas después, mi vejiga está tan llena que creo que parte de mis otros órganos se han desplazado para dejarle espacio.

—Necesito ir al baño — le digo a Bibi que baila como una loca haciendo que la pobre Lara se tambalee de un lado a otro.

—¿Quieres que te acompañemos?

—Qué va, habrá una cola de mil demonios y ese pasillo es enano. No os preocupéis, ahora mismo vuelvo — le digo mientras les sonrío.

Para mi propio asombro, cuando llego al lúgubre y diminuto pasillo, solo hay una chica haciendo cola. Aunque por la cara que tiene parece llevar un rato esperando su turno. Apoyo la espalda en la pared y cruzo los pies a la altura de los tobillos. Espero que la de dentro agilice un poco, porque no voy a tardar mucho en empezar a moverme como la chica que tengo delante, a la que parece haberle entrado el baile de Sambito hace rato. Resoplo y estoy a punto de preguntarle cuanto lleva esa chica ahí dentro, cuando un agudo grito desde el interior me hace ponerme en guardia. La de la samba se para en seco y se queda mirando la desvencijada puerta con expresión de desconcierto. Me

acercó hasta allí y trató de escuchar atentamente que pasa al otro lado. En cuanto escucho la voz grave de un hombre seguida de otro grito de mujer se me disparan todas las alarmas.

—¿Hola? ¿Te encuentras bien? — grito mientras golpeo fuerte la puerta.

Silencio. De repente es como si las, al menos, dos personas que parecen estar ahí dentro se hubiesen evaporado. Eso no puede ser bueno. De los gritos al silencio. Mal rollo. Decido intentarlo otra vez.

—¿Oye? ¿Estás bien? Haz algún ruido si necesitas ayuda.

Estoy a punto de empezar a patear la puerta cuando de repente se abre de golpe. De ella sale un tipo alto y fornido arrastrando a una jovencita delgada y con cara de asustada. Le aprieta tanto el brazo que se le está empezando a poner morado. Ella me mira a los ojos y el brillo de súplica que los inunda hace que se erice hasta el vello de la nuca.

—¿Estás bien?

La sostengo con delicadeza del otro brazo y ya sé la respuesta a mi pregunta antes si quiera de que la conteste.

—Está perfectamente. Suéltala — me dice el asqueroso tipejo en tono intimidatorio y apretando con más fuerza a la pobre chica.

—No estaba hablando contigo, se lo pregunto a ella.

Ni siquiera le miro a él. No quiero cometer el error de hacerlo y dejar que me acojone su cara de loco y peligroso energúmeno. Además, solo necesito que ella me dé una señal para sacarla de allí cuanto antes.

—¡Me importa una mierda que me hables o no a mí! ¡Te estoy diciendo que está perfectamente! ¡Suéltala de una vez!

Cada vez está más alterado. Sea lo que sea lo que tenía pensado hacer con esa chica yo lo estoy retrasando. Y eso parece enfurecerle. Aun así, y a pesar de que cada vez me tiemblan más las rodillas, no dejaré que se la lleve a menos que ella me lo diga. No podría dormir después si lo hiciera. Trato de serenarme y vuelvo a mirar a la asustada chiquilla. Joder, no tendrá ni veinte años.

—Escucha, sino quieres irte con él no tienes por qué hacerlo. Sólo dímelo y nos iremos las dos a tomarnos unas copas. Yo invito, de verdad. — digo tratando de sonar lo más tranquila y relajada posible.

—¡Es que no me has oído, maldita zorra! ¡Está conmigo y se irá conmigo! — me escupe tirando de ella con tanto ímpetu que la hace caer de bruceas al suelo. La chica suelta un gritito ahogado mientras se queda en el suelo sollozando.

Trato de acercarme a ella y levantarla, pero el tío me empuja contra la pared con tanta fuerza que tengo que boquear como un pececillo para recuperar el aliento. Cuando vuelvo a enfocar la vista lo veo tratando de llevársela arrastras mientras ella trata de soltarse.

Ni siquiera lo pienso, me acerco a él y trato de soltar la mano con que la mantiene sujeta.

—¡Suéltala, joder! ¡Suéltala!

Y de hecho consigo que lo haga, pero solo un segundo antes de agarrarme a mí de los dos brazos mientras me zarandea y me empotra de nuevo contra la pared

—Pero ¿¡quién cojones te crees que eres, maldita guarra!? ¡Es mi chica y me la llevaré donde me dé la gana! ¡Y si no quieres sufrir las consecuencias, déjanos en paz de una puta vez!

Mierda. De nuevo esa sensación. Hacía muchos años que no me sentía así. Atrapada y acorralada. Pero ya no soy una jovencita desamparada e indefensa. Ahora tengo casi treinta años y ninguna persona, mujer u hombre, va a volver a tratarme así. Miro detrás del mastodonte que tengo delante clavándome los dedos en los brazos, y veo que la chiquilla se ha puesto de pie y nos mira con la mayor cara de terror que haya visto jamás. Me centro en sus ojos y le hago saber, con un imperceptible movimiento de la cabeza, que tiene que irse. Ya.

Parece entenderlo porque desaparece en la pista de baile como alma que lleva el diablo. Así que estoy sola. La chica del baile acrobático anti pérdidas de orina lleva todo el rato encerrada en el baño imagino que temerosa de salir y ser también el blanco de la ira de este imbécil. No la culpo. Hasta yo sé que lo más sensato hubiera sido pasar del tema y seguir con mi noche. Pero mi moralidad pesa mucho más que mi capacidad para mantenerme a salvo.

El gilipollas sigue sujetándome e insultándome unos segundos más antes de girarse y descubrir que su presa ha huido. Vuelve a mirarme de nuevo y no tengo ni tiempo para reaccionar ante el semejante guantazo que me hace girar la cara hacia la puerta del baño. Joder, me han castañeado hasta los dientes, la boca me sabe a sangre y me pitan los oídos. Forcejeo con el tratando de soltarme, pero con cada uno de mis movimientos noto como sus enormes dedos se me hunden un poco más en la piel. Es imposible que me suelte de este modo.

—¡Ves lo que has hecho, puta! ¡Mi chica se ha ido! — me grita. Acto seguido acerca su cara a la mía y baja el tono mientras sigue hablando.. — A

lo mejor es que quieres sustituirla.

Giro la cara y me obligo a calmarme. «Vamos Ari, esto lo has practicado con Raúl en el gimnasio. Puedes hacerlo. Sólo mantén la calma». Vuelvo la cara hacia él y tomo aire. Cuando trata de acercarse de nuevo lo exhalo con fuerza y levanto la rodilla acertando de pleno en su centro neurálgico. Suelta un profundo gruñido y se encorva sobre sí mismo agarrándose la entrepierna. En cuanto me suelta yo corro en dirección a la discoteca tratando de alejarme lo máximo posible de semejante psicópata. Pero cuando estoy a punto de doblar la esquina me choco de pleno con un duro y fuerte torso que me hace trastabillar. Como puedo trato de sujetarme a su brazo para no besar el suelo.

—¡Ei! Ve con cuidado, fiera. Podrías hacerte daño — me dice divertido el oportuno desconocido. Con una mano sujeta una enorme caja de cervezas vacías mientras que con la otra me sostiene de la cintura a mí.

Su voz es suave y cálida. Y hay algo en ella que se me antoja familiar, aunque ni siquiera puedo verle la cara en la penumbra del pasillo. Sin embargo, no es el mejor momento para jugar a «Adivina quién soy». No creo que el energúmeno al que acabo de golpear tarde demasiado en recomponerse y yo ya no tengo fuerzas para seguir defendiéndome de él. Necesito...necesito salir de aquí. Desaparecer entre la gente.

Sobrepasada y al borde del colapso, me aparto del chico y trato de ir hacia mis amigas. Pero él me sujeta con más fuerza y me obliga a mirarle a la cara. Unos impresionantes ojos verdes me observan con curiosidad.

—Eh, ¿te encuentras bien? — me pregunta preocupado — Tienes sangre en el labio ¿Qué te ha pasado?

Antes de que pueda responder, unos torpes y pesados pasos a mi espalda me hacen levantar la guardia de nuevo. Mierda, otra vez no por favor.

—Tengo... tengo que salir de aquí. Ese... ese tío. Yo... tengo que irme — digo a punto de empezar a hiperventilar.

El chico me mira con cara de no entender ni una palabra de lo que estoy diciendo. Y la verdad es que no me extraña. Ni yo misma sé muy bien que quiero decir, solo necesito alejarme de los dichosos baños. Vuelvo a mirarle a la cara y me doy cuenta de que algo detrás de mí acaba de captar su atención. Y no necesito girarme para saber el qué. Mira al mastodonte y a mi alternativamente un par de veces hasta que parece que las piezas del puzle le encajan.

Entonces, se oye un gran estrépito y puedo ver como las botellas vacías se precipitan al suelo, como si sucediera a cámara lenta, hasta que acaban

haciéndose añicos. El chico me aparta a un lado con delicadeza y avanza a grandes zancadas hasta el otro tío. En cuanto le alcanza lo estampa contra la pared y le propina un fuerte puñetazo en toda la nariz haciendo que la sangre chorree en todas direcciones.

—¡Te he dicho mil veces que no quiero verte por aquí! ¿Y aun así vienes y golpeas a una chica aquí dentro!? ¡Si vuelvo a verte cerca del local, me encargaré yo mismo de que te encierren de por vida! ¿Me has entendido, pedazo de mierda?

Por su cara de terror yo diría que lo ha entendido. Aunque con semejante tío gritándote en la cara después de haberte roto la nariz como para no darte por enterado. El chico lo suelta y el energúmeno pasa a mi lado golpeándome en el hombro al salir. Me giro y le veo desaparecer entre la gente en dirección a la puerta. Suelto un profundo suspiro y relajo la postura de mis hombros por fin. Maldita sea, estoy agotada. Estoy a punto de volverme para agradecerle su ayuda al apuesto desconocido, cuando una cabellera negra como la noche entra en mi campo de visión.

—¿Se puede saber por qué tardas tanto? Pensé que te había tragado el wáter, hija — me regaña Lara mientras se acerca a mí. Sus ojos se detienen en el corte de mi labio y la cara se le contrae de preocupación — ¿¡Qué coño te ha pasado, Ari?! ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien Lara, no te preocupes.

—¿Lara? ¿Ari? — pregunta el chico a mis espaldas con voz de desconcierto.

Voz que por otra parte cada vez me resulta más familiar. Como si el chico al que pertenece ya hubiese pronunciado mi nombre antes con la misma naturalidad y delicadeza.

Me giro e intento enfocar su cara a través de la oscuridad que reina en el pasillo. Él camina lentamente hacia nosotras y, cuando la tenue luz de la discoteca enfoca su rostro y me deja ver de nuevo sus ojos verdes, sé que en otro momento de mi vida yo ya me había perdido en ellos. Y de repente, es como si volviese a bañarme en aquella playa a la que iba de pequeña y sus olas me resultasen cálidas y familiares. Como si hubiese vuelto a casa. Tardo dos segundos en darme cuenta de quién se trata y del peso que ha tenido en mi vida. Y aun así no me muevo de mi sitio a pesar de que no puedo ni articular palabra. Pero no importa, Lara lo hace por mí.

—¿Hugo? ¿Hugo Peñas?

Sus blancos dientes se distinguen en la oscuridad cuando esboza una

amplia sonrisa al escuchar su nombre. Mira un instante a Lara y después a mí. Que, por si no es evidente, me acabo de quedar como si acabase de ver aparecer por el pasillo a *Fluffy*, el perro de tres cabezas de Harry Potter.

—¡No me jodas! ¿Ari? ¿Es que tú y yo siempre tenemos que encontrarnos de esta forma? — me pregunta a medio camino entre la diversión y la sorpresa. Pero con un resquicio de ilusión y felicidad en la voz que hacen que el estómago me dé un vuelco

Yo, en cambio, no puedo corresponder a su gesto. Así que le miro por última vez y sin decir ni una palabra me dirijo a la salida con la mayor decisión que soy capaz. Me abro paso a empujones y alcanzo la calle.

El frío viento de febrero me azota la cara y hace que suelte el aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo. Y es justo en ese momento cuando los recuerdos de todo lo que vivimos Hugo y yo hace casi nueve años vuelven a mi cabeza como un torrente de nítidas imágenes. Hay imágenes alegres, pero en su gran mayoría se corresponden con momentos tristes, dolorosos y traumáticos. Sólo éramos críos, pero eso no significa que fuésemos insensibles a nuestras emociones. O por lo menos yo no lo era. Y sinceramente no tengo ganas de revivir ninguno de aquellos momentos. Sobre todo, aquellos que sucedieron cuando se fue y que dejaron marcada mi vida para siempre. No, ya no soy esa Ari y no pretendo volver a serlo.

CAPÍTULO 6: RESACA Y REFLEXIÓN

Hoy ha sido el domingo menos productivo de toda mi vida. Y eso que nunca me he caracterizado demasiado por aprovechar a fondo el último día de la semana. Pero hoy, definitivamente, me he lucido. Me he despertado alrededor de la una del mediodía y desde entonces el máximo esfuerzo que he hecho ha sido moverme de la cama al sofá y pedir comida china al restaurante que hay justo debajo de mi casa. Y sí, he dicho pedir. Porque ni siquiera he tenido la decencia de bajar a por ella. La he encargado a domicilio. «¿Que? Estoy muerta, tengo resaca y anímicamente no es mi mejor día. Creo que me lo merezco ¿no?».

Lo dicho que en todo el día no he dado ni golpe. La tarde se me ha ido volando entre malas películas de sobremesa y helado de vainilla en ingentes cantidades. Ni siquiera he sido capaz de contestar a los numerosos mensajes de Bibi y Lara preguntándome que tal me encuentro. Porque, aunque trato de convencerme a mí misma de que su interés se basa en como llevo la resaca, en el fondo sé que lo que quieren saber es hasta qué punto me ha afectado mi reencuentro con Hugo. Y ¡joder!, yo no quiero averiguar ese dato. Me aterra descubrir que, a pesar de los años, verle me afecta. Que todo este tiempo he estado bien, solo por el hecho de haber vivido en un continuo y autoimpuesto: «ojos que no ven, corazón que no siente».

Pero ayer mis ojos volvieron a ver. Y mis oídos a oír. Y por un segundo, creo que hasta mi cordura se ha vuelto a perder en esas verdes praderas que son sus ojos. Nueve años. Nueve años sin verle, sin mirarle y casi sin recordarle. Nueve años en los que he intentado por todos los medios recomponer cada una de las partes de mi ser que cayeron aquel verano y sobre todo aquel maldito día de abril. ¡Maldito abril de 2008 y todos los meses que vinieron después! ¡Maldito Hugo Peñas! Y ¡maldita yo con diecisiete años! La de veces que me había jactado a esa edad de saberlo todo. Y la hostia tremenda que me di con la puta pared cuando por fin la vi. Y tardé demasiado en hacerlo. Hasta que ya no había más maneras de negar que estaba allí. Hasta que, literalmente se me cayó encima.

En fin, se acabó. No más Hugo, no más praderas verdes y no más

autocompasión. De la Ariadna Robles de los diecisiete años ya no queda nada. Solo su rubia cabellera, sus ojazos azules y su sonrisa perenne. El resto lo encerré hace tiempo en la parte más recóndita de mi cerebro con una valla electrificada a su alrededor y un cartel gigante que dice «Cuidado, la dueña muerde». Y con la de sudor, lágrimas y tequila que me costó hacerlo, no pienso sacarlo de allí jamás. Ya venga Leonardo Di Caprio o el puto Brad Pitt en taparrabos. Bueno...con Brad Pitt me lo pienso. No, enserio, no estoy dispuesta a volver a aquello.

Lo dicho, que me he pasado todo el domingo haciendo la segunda cosa que mejor se me da: vegetar. Y digo la segunda porque, aunque no os lo creáis, lo que mejor hago en el mundo es mi trabajo. ¿Qué a que me dedico? Pues desde hace algo más de dos años soy la responsable de marketing de una de las mejores empresas de publicidad de Barcelona.

Empecé allí justo después de la universidad con una beca de prácticas y desde entonces mi carrera no ha dejado de crecer. A día de hoy estoy sólo a un peldaño de ser la jefa absoluta de mi departamento. El sueño de toda mi vida. Aunque me temo que nunca podré alcanzarlo. No en esta empresa, al menos.

Mi jefa inmediata se agarra al cargo con uñas y dientes. Y no parece predispuesta a soltarlo en un largo período de tiempo. Aun así, de momento me va muy bien. Mis proyectos salen adelante y tengo un sueldo fijo del que no puedo quejarme. Es más, a pesar de mi domingo sabático, mañana debo presentar mi último encargo ante mis jefes y el cliente. La presentación esta lista desde hace dos días, y aunque no la he vuelto a tocar desde entonces, confío cien por cien en mi instinto a la hora de presentar mis trabajos. Aunque ahora mismo mi mente esté en otra parte pensando en verde. Estupendo, mi vida se ha convertido en un puto *dejá vu*.

* * *

Cuando mi despertador suena el lunes a las ocho de la mañana estoy tan cansada que creo que aún me dura la resaca. Aunque no tengo claro si es la del alcohol o la emocional. Sea como fuere, no me permito dudar ni dos segundos en la cama. Me doy una ducha calentita y rebusco en mi armario hasta encontrar que ponerme. Al final me decido por un vestido gris con rayas blancas de corte a la cintura y caída hasta la rodilla. Lo acompaño de mis botines negros de cuña y una cola alta con aspecto desenfadado. Corrector, un poco de rímel y ya estoy lista para comerme el mundo, los clientes y, si tengo

tiempo, un delicioso bollito de canela. Que sí, que sí, ¡guerra a las grasas trans! pero hoy lo necesito.

Para mi sorpresa, y la de Alicia, mi jefa, llego a la oficina con más de diez minutos de antelación. Y digo sorpresa porque la edad habrá pasado por mis arruguitas de expresión y mi proyecto de patas de gallo, pero no por mi impuntualidad. Aunque en mi defensa diré que, con el tiempo, he ido mejorando...más o menos. En fin, que como me sobran unos minutos, decido irme a la sala de personal a por ese bollito que tanto me pide el cuerpo. En cuanto entro me encuentro con Yanira, de espaldas a la puerta, tomándose el café y ojeando concentrada su teléfono. Con sigilo me acerco a hurtadillas y cuando estoy justo detrás le grito en la oreja poniendo la voz más grave que soy capaz:

—¡Señorita Pons, póngase a trabajar!

Del susto se le cae el teléfono al suelo y apunto está de derramarse el café por encima. Sin darse la vuelta se agacha a recogerlo mientras farfulla unas disculpas ininteligibles de manera atropellada. Se gira visiblemente nerviosa y cuando me ve, por un momento pienso que me va a tirar el contenido de su taza a la cara. Tampoco la culparía si lo hiciera, pobrecilla.

—¡Joder Ari! ¿Te has propuesto matarme de un infarto? Que aún me queda mucho que chuscar antes, nena.

Ea pues ya se ha presentado. Esa frase ha sido Yanira en estado puro. La primera vez que quedé con ella fuera del trabajo y se mostró de verdad tal y como era, no supe si reírme o lavarle la boca con jabón de Lagarto. Es malhablada, bruta y está como un cencerro. Pero es la persona más sincera y auténtica que conozco. Ella lleva más de cinco años trabajando en la empresa como responsable de administración, tiene treinta y dos años y, cito textualmente: “las tetas más grandes que dos melones de Villaconejo”. Y no miente. Las tiene.

—¿Qué haces aquí tan pronto? ¿Te has caído de la cama? — pregunta divertida mientras se asegura de que no le ha pasado nada al móvil.

—¿Qué pasa una mujer no puede llegar temprano a su puesto de trabajo?

—Tú, no. ¿Qué ha pasado? ¿Se acaba el mundo? Mierda, y yo con estos pelos.

—Noooo. Es solo que tengo una presentación a las 10 y he venido pronto — respondo con total indiferencia.

—Ya y yo llevo dos semanas sin tirarme a nadie. Venga Ari, que cuando tú vas yo vengo de allí.

—Vale, Chenoa. Pero enserio que no me pasa nada. Aunque si me invitas a comer yo me invento una historia cojonuda y te la cuento — digo mientras me acerco a la encimera y cojo uno de esos riquísimos bollitos de canela que solo dios sabe de dónde salen cada mañana. Si la miro dos segundos más a la cara, acabaría por darse cuenta de que le miento.

Yanira es mi amiga y le confiaría hasta mi vida. Pero no quiero hablar de Hugo y mucho menos recordar nuestra historia después de tantos años. Aquello hizo de mí lo que soy ahora pero no quiero recordar el proceso previo hasta llegar aquí. Lo mío me ha costado vivir con todo ello y olvidarme de la persona que lo provocó. Así que por lo que a mí respecta Hugo Peñas sigue tan muerto y enterrado como lo estaba hasta el sábado, y mi pasado no ha decidido darse un paseíto por mi saturado presente.

Mientras me como el bollito pienso que, si me dejasen, podría pasarme horas zampándome la caja entera. Hasta que tengan que bajarme a la calle con una grúa porque ya no quepo en el ascensor. Lástima que mi jefe no tenga la más mínima intención de dejarme disfrutar ni del primero.

—¡Señorita Pons! ¡Señorita Robles! ¿Acaso les pago por pasarse el día aquí cotilleando como dos marujas? — grita el señor Ramírez, desde el umbral de la puerta.

¡Joder! Del susto me atraganto con el bollo y no puedo más que empezar a toser como si fuese a necesitar un boca a boca de un momento a otro. Yanira sin embargo apenas puede contener una carcajada mientras me da ligeros golpecitos en la espalda. Cuando somos capaces de recobrar nuestra profesionalidad, ambas salimos de la sala riéndonos por lo bajini.

* * *

La reunión con los clientes no podría haber ido mejor. Mis ideas les han encantado y quieren poner el proyecto en marcha cuanto antes. Así que a la hora de la comida cuando me reúno con Yanira en La Traviata, (un restaurante italiano que hay justo enfrente de la oficina), estoy como loca de contenta. Comemos entre cotilleos y burradas varias, todas por parte de Yanira claro, y a las tres de la tarde ya estoy tras la mesa de mi despacho esperando a que arranque el ordenador. Aunque hoy no tenga demasiado que hacer. Poner al día mis correos, dar luz verde para que se inicie el proyecto que se ha aceptado esta mañana y elaborar dos planes de marketing online para dos de nuestros clientes habituales. Pan comido. Tres horas más tarde, lo tengo todo listo y

enviado a Alicia para que le dé el visto bueno y yo pueda irme a mi casa. Pero de pronto suena el teléfono. Es la línea interna.

—Ariadna Robles ¿dígame? — respondo de forma profesional.

—Ariadna, soy Alicia. Necesito que atiendas hoy a un nuevo cliente. — contengo un resoplido. «Era demasiado bonito, para ser verdad». — Se trata de un par de viejos bares de copas que acaban de modernizar y que necesitan un empujoncito en su nuevo despegue. Algo sencillo, pero que necesitamos conseguir. ¿Puedes encargarte?

—Claro. ¿A qué hora me reúno con los dueños? — respondo fingiendo profesionalidad, mientras abro mi agenda por el día de hoy.

—Estarán en tu despacho en una hora. Aún no sabemos que quieren exactamente, pero creo que podrías ir preparando un poco la parte online. Del marketing directo y del merchandising nos encargaremos cuando lo tengamos todo claro.

—Perfecto. Me pongo a ello Alicia.

—Estupendo, Adiós Ariadna. — y cuelga.

«Ni un gracias ni nada. Para qué, hoy en día, la educación está sobre valorada», pienso irónica, mientras cuelgo el teléfono y empiezo a documentarme sobre el tipo de marketing online que solemos hacer con los bares de copas. La verdad es que no hemos publicitado a demasiados negocios de ese sector, por lo que ahora entiendo porque Alicia dice que necesitamos que quieran contratarnos. Unos diez minutos antes de la cita, ya tengo toda la información necesaria para poder enseñarles una mínima parte de lo que podemos hacer por ellos. Lo estoy imprimiendo y ordenando, cuando llaman a la puerta.

—Adelante — digo mientras me siento tras el escritorio.

—Ari, tu cita de las siete ha llegado. ¿Le hago pasar? — me pregunta Cristina, mi secretaria, desde la puerta. ¿Ah que no os lo había dicho? Pues sí, tengo secretaria. Bueno no es solo mía, la comparto con los otros cuatro despachos de la planta, pero eso es un detalle sin importancia.

—Sí, dile que pase.

Me pongo de pie, me aliso el vestido y me paso un mechón de pelo suelto tras la oreja mientras oigo como Cristina hace pasar a mi cliente.

—Adelante señor Peñas ya puede pasar.

“¿Peñas?” No, no puede ser...

CAPÍTULO 7: EL KARMA ME ODIA

Levanto la vista de mi vestido sobresaltada a tiempo de ver como Hugo, en toda su envergadura y masculinidad, entra en mi despacho haciendo que todo el aire que hay aquí dentro desaparezca. Lleva puesto un vaquero viejo que le cae de cine por las caderas y un sencillo jersey de punto negro que marca y contornea todos y cada uno de los músculos de sus brazos. «Madre mía».

En cuanto ha entrado y Cristina cierra la puerta, dejándonos solos, siento como sus preciosos ojos verdes me roban hasta la última molécula de oxígeno que tengo en el cuerpo dejándome al borde del colapso mental. Él, sin embargo, y a pesar de no poder disimular su sorpresa, sonrío encantador mientras clava su mirada en la mía. Aunque quisiera, no podría controlar el escalofrío que recorre cada centímetro de mi columna vertebral.

En este momento quiero correr. Correr muy rápido y no parar hasta que me dé de bruces con la maldita Torre Eiffel. Es más, por un segundo estoy tentada de hacerlo. Pero me importa demasiado mi trabajo para arriesgarme a perderlo. Bueno, eso y que, en un rápido repaso mental, me he dado cuenta de que mis ahorros no me durarían ni un año. «Tengo que dejar de comprarme zapatos» pienso. Tras un par de segundos en el que ninguno de los dos se atreve a moverse, mi cerebro vuelve y conecta el modo profesional.

—Buenas tardes, señor Peñas. Tome asiento por favor – digo mientras le indico con un gesto de la mano la silla que hay enfrente de mi mesa.

—Ari...

—Soy Ariadna Robles. La subdirectora de marketing. Desde Bruma Publicidad le agradecemos de antemano haber pensado en nosotros – le corto mientras me siento en mi sillón. Él tarda un par de segundos en reaccionar hasta que decide sentarse donde le he indicado. – ¿Había pensado en algo en concreto para la publicidad de sus locales?

Hugo me mira descolocado y yo no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Mi cerebro va por libre y ha tomado las riendas. «Apártense todos que voy en automático». Sin embargo, soy consciente de que es absurdo que me comporte con él como si fuésemos dos auténticos desconocidos. No lo somos y nunca podremos serlo por más que yo me empeñe en negar que existe.

Porque lo hace. Y está en mi despacho mirándome fijamente tratando de averiguar si es que en estos nueve años se me ha ido la cabeza del todo.

—Ari, esto no... — dice al fin

—Señor Peñas, por favor. Hagamos esto fácil. Usted me dice que es lo que busca para sus negocios y yo le presento mis ideas. Cuanto antes nos pongamos de acuerdo, antes acabaremos con esto.

Todo esto lo he dicho mirándolo directamente a los ojos. Por propia experiencia sé que es la única manera posible de que consiga lo que quiero. Aunque no siempre funciona y eso es algo que aprendí a las bravas. Hugo aguanta mi mirada, hasta que al final parece darse por vencido. Suspira y un segundo después empieza a hablar.

—He adquirido hace tiempo dos locales de copas en el centro de la ciudad. Hasta ahora han ido bien, pero a medida que los lugares de alrededor crecen nosotros nos quedamos estancados. Y aunque los hemos modernizado y reformado seguimos sin aumentar nuestra clientela. Por eso creo que lo que necesitamos es una mejor publicidad. Darnos a conocer de una forma original y personal.

Hugo habla con tono firme y serio. Por lo que soy consciente de que tiene muy claro lo que quiere hacer con sus negocios. Bien, espero que esto sea rápido e indoloro.

—¿Estaríamos hablando de publicidad integral? Es decir: *marketing* directo, *online* y *merchandising*? — pregunto mientras empiezo a anotar cosas en el dossier que he impreso antes.

—Sí. Para los dos locales.

—Bien. ¿Podría decirme qué características tiene cada uno de ellos? ¿Estilo de decoración, ambiente, tipo de música...? — ya lo sé, uno de ellos me lo conozco, pero ya he dicho que mi cerebro está en modo profesional.

—Uno de ellos tiene aspecto modernista, con ambiente y música house. El otro es de decoración clásica ambientado en la música rock española de los ochenta y noventa: Extremoduro, Platero y Tú...

Al oír el nombre de mis dos grupos favoritos, levanto la vista del papel en el que estoy escribiendo y la clavo en la suya. Por cómo me mira sé que los ejemplos no son al azar. Lo ha dicho para hacerme ver que no puedo actuar como si fuese un extraño al que acabo de conocer, porque probablemente sea una de las personas que mejor me conozcan del mundo. Y eso no hace otra cosa más que enfurecerme y conseguir que esté a punto de salirme de mi papel de alta y eficiente ejecutiva. Me recompongo enseguida y tras decirle que nos

reuniremos en un par de semanas para presentarle mis ideas, doy por finalizada la reunión. Me levanto y de la forma más profesional de la que soy capaz le tiendo mi mano para que entienda que tiene que irse ya. Un rocecillo no me matará ¿no? Sin embargo, él ni la mira y levantándose con extremada lentitud, apoya las manos en el escritorio y se encorva hacia delante, acercándose peligrosamente a mi cara.

—Ari, no tienes por qué seguir haciendo esto. Yo te conozco, tú me conoces, mejor que nadie diría yo. Así que déjalo ya, ¿quieres?

¿Qué? ¿Está de coña no? No puede ser que tenga la cara dura de tratarme con semejante condescendencia. Sino fuera porque estoy en mi lugar de trabajo de buena gana le enseñaba todo lo que estos meses Raúl me ha enseñado en mis clases de *Kick Boxing*. De hecho, en este momento nada me haría más feliz que patear su bonito y engreído trasero de gilipollas. Pero he de ser fría. Si lo hago le demostraré que me afecta que haya aparecido de nuevo y además me quedaré sin trabajo. Así que retomo mi careta de seriedad y respondo:

—Lo siento señor Peñas pero estoy segura de que no le conozco en absoluto. Es más, creo que tiene tantas caras ocultas que ni usted mismo se reconoce en el espejo. Así que, si hace el favor, la reunión ha terminado y yo tengo trabajo que atender.

En cuanto termino, me siento de nuevo en mi sillón y empiezo a mover los papeles de mi mesa de un lado a otro. No los leo, no los entiendo y ni siquiera los veo. Pero cualquier cosa es mejor que dejar que mi seguridad se pierda en el jodido verde de sus ojos. Hugo se levanta y camina lentamente hasta la puerta. Agarra el pomo y lo gira abriéndola un poco. Y cuando creo que por fin podré relajarme y respirar...

—Sé lo que pasó Ari. Sé lo que hice y como acabó lo nuestro. Pero reencontrarme contigo ha sido la sorpresa más agradable de los últimos años. Tú puedes hacer como que no existo o como que nunca me has conocido. Pero yo te conozco. Siempre lo he hecho. Te veo en un par de semanas.

Y con la misma, sale del despacho dejándome a medio camino entre la sorpresa, el rencor y el miedo. Sorpresa, porque no me esperaba que volviese a aparecer y mucho menos que me hablase así. Rencor, por tener las narices de decirme que siempre me ha conocido y que ha sido bonito volver a verme. Y miedo, porque ni puedo, ni quiero volver a pasar por lo que pasé hace nueve años. Porque él sigue siendo Hugo y yo Ari. Porque, aunque parece distinto no creo que en realidad lo sea. Y porque, joder, el pasado es pasado y allí se

debe quedar.

Mierda, estoy sofocada, cabreada y confundida. Apresuradamente apago el ordenador recojo mis cosas y me encamino a la puerta. «Necesito urgentemente una sesión con Raúl».

* * *

Las dos horas que me paso golpeando el saco de boxeo ante la insistente y autoritaria voz de Raúl desaparecen en un suspiro. Cuando me dice que la clase se ha acabado a mi aún me quedan fuerzas para patear y pegar unas cuantas horas más. Y sí. Todos los golpes que he dado al saco en mi mente se los ha llevado Hugo. Su bonita cara, su trabajado torso, su culito prieto... Cada una de las jodidas partes de su anatomía han sido machacadas por mis puños de acero. Lástima que solo haya sido en mi cabeza.

—Ari, me ha encantado lo motivada que has estado en la clase de hoy. Si sigues así tendré que pedirle al jefe que nos cambie el saco en menos de un mes — me dice Raúl cuando estoy recogiendo mis cosas para irme.

Me quedo petrificada. Me resulta tan extraño que trate de mantener una conversación conmigo más allá de lo estrictamente profesional que no sé cómo reaccionar. En los dos meses que llevo en sus clases lo único que me ha dirigido son palabras de motivación y ánimo en plan sargento de la mili. No estaba segura de que pudiera conversar más allá de eso.

—Ya, bueno hay días en que una necesita descargar — digo terminando de cerrar mi mochila.

Cuando levanto la vista me fijo en su cara y parece como si en su cabeza se librara una encarnizada batalla interna que no alcanzo a comprender. Como no sé qué decir decido caminar hasta la puerta y salir cuanto antes de este incómodo silencio. Odio los silencios incómodos. Esos en los que sabes que estás inmersa, cuando sientes la imperiosa necesidad de hablar con la otra persona de cualquier absurda gilipollez que se te pase por la cabeza. El tiempo, la salud, la vida... Cualquier cosa sin sentido y escasamente interesante que consiga llenar esa ausencia de conversación que te provoca las mismas ganas de echar a correr que encontrarte de frente con un león en plena calle.

Estoy a punto de marcharme, cuando le oigo soltar el aire a mi espalda y empezar a hablar en apenas un susurro de voz.

—Oye Ari, me preguntaba si te apetecería tomar algo conmigo. Hoy he

acabado mi turno y...no sé. A lo mejor no tenías planes y te apetecía tomarte una cerveza.

¿Perdón? ¿Me está pidiendo salir? A ver no es que el chico esté mal, que ni de lejos. O sea, para que os hagáis una idea es un *chulazo* de metro ochenta, rubio, con unos ojazos color miel impresionantes y tan cuadrado como un armario ropero de seis puertas. Joder, no es como los *culturetas* esos que viven de las proteínas, pero tampoco es que esté demasiado lejos. Lo que nunca me hubiese imaginado es que me invitaría a tomar algo. Como ya he dicho, en dos meses nunca hemos intercambiado más de dos palabras fuera de las órdenes que siempre me da durante las sesiones. Así que, ni en mil años me habría imaginado esta situación. Lástima que hoy no sea el mejor día para invitarme a mí a nada.

—Lo siento Raúl, pero hoy estoy un poco cansada. No ha sido un buen día en la oficina y... —a medida que voy hablando veo como su cara se convierte en una mueca de auténtica vergüenza y decepción — Pero podemos quedar otro día, si te apetece. — me apresuro a añadir. Aunque no sé muy bien por qué...

—Claro. Me encantaría. Los lunes, miércoles y viernes salgo antes del curro. Ya me dirás cuando te viene bien. ¿Tienes mi número verdad? — pregunta emocionado

—Sí.

—Perfecto. Pues lo vamos hablando ¿te parece?

A ver, pero ¿desde cuándo este chico es tan mono y adorable? Desde luego con sus gritos a lo teniente O'Neill no lo parecía.

—Claro. Bueno tengo que irme. Nos vemos el miércoles. Adiós — me despido mientras salgo del aula en dirección a la salida.

Y no, no soy una cerda porque me voy sin ducharme. Es solo que el gimnasio está a cuatro edificios de distancia de mi casa. En la misma acera y todo. No tengo ni que cruzar la calle. Por lo que veo un poco tonto no aprovechar para relajarme en la intimidad de mi propio cuarto de baño. Y no rodeada de diez tías más en pelota picada.

Cuando llego a casa estoy tan cansada que, tras la ducha, mi cena no es más que un yogur a punto de caducar y una manzana verde. De postre una buena ración de helado de vainilla acompañada de ralladura de cabeza de buena calidad. Pero como no me apetece estar sola. Decido coger el bol y subir a compartirlo con mi mejor amiga. Bueno el helado y mis agobios

personales. No todo va a ser dulce ¿no?

Toco al timbre y espero mientras meto la cuchara en la tarrina y luego me la llevo a la boca. Llevo unas pintas de loca que asustarían hasta al más pintado: pijama rosa de conejitos, zapatillas de vaca y el pelo mojado. Pero me importa una mierda, sobre todo cuando Bibi me abre y veo que su *outfit* no es mejor que el mío. Parece una vagabunda sacada del peor parque de toda la ciudad. ¡Joder! Si esos pantalones de pijama ya los tenía cuando íbamos al instituto.

—Vienes a las once de la noche, en pijama y con un bol de helado de tres kilos ¿qué te ha pasado? – pregunta poniendo cara de hermana mayor nada más abrir la puerta.

—¿Tan evidente es? – respondo chupando la cuchara. Me extraña hasta que me haya entendido.

—Para los que te conocemos mejor de lo que te conoces tu misma, sí.

—He vuelto a ver a Hugo.

—Pasa anda – dice apartándose y dejándome entrar.

En cuanto lo hago, me dejo caer agotada en el sofá de cuero negro que hay en medio del salón. Su piso es exactamente igual que el mío. Cocina americana con barra de granito gris y dos taburetes altos que la separan del salón, un sofá grande y dos más pequeños alrededor de una mesa baja, todos girados en dirección a una gran televisión de plasma. En el caso de este solo cambia la decoración. La mía es más clásica y tradicional. La suya es... más Bibi. Ostentosa, personal y auténtica. Colorines por aquí, cuadros abstractos y tremendamente feos por allá...

—Venga desembucha. ¿Qué es eso de que has vuelto a ver a Hugo? – dice mientras se sienta a mi lado y me quita la cuchara de la mano. La vuelve a meter en el helado y se la lleva a la boca levantado las cejas incitándome a hablar.

—Es mi cliente. Ha venido a la oficina para que le hagamos un plan de marketing. Resulta que es el dueño del garito ese que tanto te gusta y de otro más.

—¡Joder! Sí que le ha ido bien al cabrón ¿no? Dueño de al menos un exitoso bar de copas en el centro.

—Pues tan exitoso no será si ha venido a que le ayudemos con la promoción – respondo a la defensiva arrancándole la cuchara justo cuando iba a metérsela en la boca de nuevo.

Y no tengo ni idea de por qué lo hago. Lo de ponerme a la defensiva

digo, no lo de la cuchara. Lo que pasa es que no tendría por qué molestarme que a Hugo le vaya bien. No es que yo no haya triunfado en lo mío. Me gusta mi trabajo, se me da bien y llevo una buena vida. Así que estoy segura de que no es envidia. Más bien creo que lo que me pasa es que, en algún lugar de mi corazón albergaba la esperanza de que, tras lo nuestro, todo le hubiera ido como el culo. Y qué si algún día nos reencontráramos, él me pediría perdón de rodillas argumentando que si yo no estaba en su vida nada en ella podía funcionar.

Lo que es la mente humana ¿no? Con lo que todos presumimos de lo buenas personas que somos, y resulta que en el momento de la verdad nuestro Mr. Hyde desbanca a nuestro Jekyll y nos convertimos en otra persona. Una más ruin y despreciable que espera que a su ex las cosas le vayan mal solo por el hecho de no estar con ella. Pero eso no es todo. Porque resulta que los motivos por los que tenemos esos pensamientos no son el rencor, ni el odio. Que va. Los tenemos única y exclusivamente para poder demostrarle a ese capullo que su mayor error fue marcharse. Y hasta en algunos casos, esperamos que si todo le va mal él regrese a nosotros. Como si frotándonos la panza como a un jodido buda fuésemos a traerle la buena ventura.

—¿Y qué te ha dicho? ¿No habrá sido borde no? Porque sé donde trabaja – dice Bibi sacándome de mis cavilaciones mientras mete el dedo en la tarrina del helado.

—Aggg, no hagas eso tía. Es asqueroso – la regaño poniendo cara de asco. No me hace ni puto caso porque acaba de hundir tanto el dedo que creo que ha tocado el fondo.

—No me seas remilgada y habla de una vez. ¿Cómo fue el encuentro?

—Profesional. Tenso. Y una mierda bien grande y bien gorda. Como todo lo que tiene que ver con él, básicamente.

—Ari, eráis críos. Y ha pasado mucho tiempo. ¿No crees que deberías pasar página de una vez?

Por suerte para Bibi las miradas no matan, porque acabo de fulminarla ahora mismo con la mía.

—¿Estás de coña? Después de todo lo que me hizo y ¿quieres que pase página? Me jodió la vida Bibi o ¿es que ya no te acuerdas, de todo lo que me pasó por su culpa?

—Claro que me acuerdo. Pero tienes que reconocer que solo eráis niños que jugaban a quererse. Y no digo que no le quisieras – dice acallándome cuando iba a protestar – Pero es que es imposible tener una relación madura a

esa edad. El la cagó a lo grande y aunque tú le perdonaste, se fue sin dar explicaciones. Pero tenía veinte años, cielo, no podías pedirle mucho más. Y menos con los rollos chungos que se traía. Lo que vino después no es su responsabilidad, Ari. Él no es aquellos cabrones.

Me mira un segundo y al ver que no digo nada decide continuar.

—El tiempo pasa, Ari, para todos. Y aunque el pasado siempre estará ahí, nosotros decidimos con que partes queremos quedarnos. No dejes que lo que pasó hace nueve años te siga lastrando ahora. Se valiente y suelta de una vez por todas esa mochila de rencor y dolor que cargas desde hace tanto. Y no digo que lo olvides y le perdones. Solo que te perdones a ti misma y te permitas vivir plenamente de una vez.

Tras dos horas de atracón de helado y charlas filosóficas *made in* Bibi. Regreso a casa pensando que quizás mi amiga, esa que tan bien me conoce y que mete todo el dedaco en el helado, tenga razón. Llevo demasiados años arrastrando un pasado que no hace otra cosa más que entorpecer mi camino hacia el futuro. Y creo que me merezco poder iniciar ese recorrido con la mochila vacía y con espacio suficiente para lo que venga. Pero ya se sabe que, como todo en esta vida, la teoría es mucho más sencilla que la práctica.

CAPÍTULO 8: EL KARMA ME ODIA (PARTE DOS)

Los días siguientes son una sucesión de largos periodos de reflexión interna y trabajo a raudales. Por no hablar de los dos kilos que seguramente he engordado en mi afán de dormir todas las noches abrazada a la tarrina del helado. Y todo ¿para qué? Pues no tengo ni idea, ya que, aunque sé que mi mejor amiga tiene razón y debo pasar página, hay algo en mi fuero interno que no me permite dar ese paso. Es como si en el fondo me aterrara zanjar el asunto de forma definitiva. Como si olvidarme de Hugo y de nuestro pasado fuese, a la vez, lo que necesito y lo que temo. ¿Sabéis esa sensación de quiero, pero no puedo y de puedo, pero no quiero que todos hemos vivido alguna vez? Pues así me siento yo. Atrapada en un limbo imaginario entre el sí y el no. Entre vaciar la mochila del todo o dejar que se llene hasta que no pueda ni con ella. Y ya sé que la decisión debería ser muy fácil. Pero ¿qué puedo hacer yo, si soy toda una experta en convertir la ecuación más simple en el teorema más complicado que jamás ha enunciado el hombre?

Cuando llega el viernes estoy agotada física y psicológicamente. Y eso es porque mi cerebro no me ha dado ni un solo minuto de tregua en estos cuatro días. Ni siquiera por las noches. Así que no solo acumulo horas de melé mental, sino que además apenas he podido conciliar el sueño desde el lunes. Vamos que, a estas alturas, parezco un chino con insomnio paseándome por la oficina.

Sin embargo, me paso toda la mañana dando las últimas pinceladas al proyecto de Hugo. Y aunque soy consciente de que la próxima semana tendré que presentárselo a Alicia y también a él, trato por todos los medios de no pensar en ello. Bastante tengo con lo que tengo. Ya me encargaré de ese pequeño detalle más tarde. Aún queda mucho hasta que tenga enfrentarme de nuevo a su jodida presencia. Reviso uno por uno todos los folios del dossier y cuando llego a los anexos, donde deberían estar los nuevos carteles publicitarios que hemos diseñado para los locales, no los encuentro por ningún lado. Sin esperar ni un segundo llamo a Rocío, la jefa de diseño

gráfico, que responde al segundo tono.

—¿Sí?

—Hola Rocío. Soy Ariadna de Marketing. Una cosa, estoy con el proyecto Peñas, el de los locales de copas. Y al revisarlo me he dado cuenta de que faltan los nuevos diseños para los carteles publicitarios. ¿Aún no los habéis terminado? — pregunto revisando de nuevo el dossier por si se me han escapado por algún lado.

—Ni terminado, ni empezado. Alfredo, el fotógrafo, lleva toda la semana en la cama con una gripe del quince. Y nosotros sin las fotos de los locales no podemos hacer los carteles. — responde tan pancha, pero con cierto hilo de nerviosismo en la voz.

—¡Joder! ¿Y no se lo habéis comunicado a Alicia para que mande a alguien a hacerlas en su lugar? — sí he sonado igual que lo habéis leído: borde y exasperada.

—Claro que sí, Ari. Dijo que lo solucionaría. Pero a día de hoy aún no hemos recibido nada. Lo siento.

Por el tono en el que lo dice sé que de verdad se siente mal por no haber podido hacer los carteles en el plazo previsto, aunque haya sido por motivos ajenos a ella. Así que decido suavizar el tono. Ella no tiene la culpa de nada y además es una de las chicas más dulces que conozco. No tenemos una relación muy estrecha pero siempre es un gusto compartir con ella un café en la sala de descanso. Aunque creo que la que más disfruta de los encuentros con cualquier empleado del género femenino es ella. Y no me extraña, se pasa ocho horas al día en su departamento rodeada de hombres.

—No te preocupes Rocío. No es culpa vuestra. Hablaré con Alicia y os las enviaremos cuanto antes. Gracias. — digo antes de colgar y marcar la extensión de la dulce y simpática de mi jefa, nótese la ironía.

—Alicia Santalla —responde más seca que un bocadillo de felpa. Me temo que hoy no es su día. «Como si en realidad alguno lo fuese.»

—Hola Alicia, soy Ariadna. Estaba terminando de ultimar el proyecto Peñas y me he dado cuenta de que los nuevos carteles publicitarios no están. Así que he llamado a Diseño Gráfico y me han dicho que aún no les han llegado las fotos que se incluirán en ellos. ¿Qué hacemos?

—Ir a hacer las fotos

«Y el premio a la obviedad del día es para...»

—¿Podrías mandar a alguien a hacerlas, por favor? — digo tratando de mantener la poca serenidad que mi madre me ha dado. — Me han dicho que

Alfredo el fotógrafo lleva toda la semana de baja.

—No tenemos a nadie que pueda hacer las fotos Ariadna. Durante esta semana cada responsable ha tenido que ir a los locales y hacérselas él mismo. Tendrás que ponerte en contacto con el dueño e ir tú en persona.

—Pero... Alicia, mis conocimientos de fotografía son nulos, y... — estoy empezando a ponerme muy nerviosa. Y no precisamente por las fotos. La sola idea de volver a ver a Hugo antes de lo previsto me da taquicardias. «Desfibrilador en el despacho dos, por favor»

—Pues tendrás que apañártelas. Concierta una visita para esta misma tarde. Así tendremos un poco de margen por si tus fotos no son adecuadas. Sabrás arreglártelas. — Y cuelga. Y yo creo que además del desfibrilador necesito tequila en vena. Solo así la tarde que me espera sería medianamente llevadera.

Me recuesto en el respaldo de mi sillón de piel y suspiro profundamente. ¿De verdad tengo que ver a Hugo así de repente? ¿Sin anestesia? ¿Sin concienciarme previamente? ¿Sin estar borracha, colocada o agonizando en mi lecho de muerte? Estoy entrando en pánico. Así que decido llamar a una de las pocas personas que puede hacerme poner los pies en la tierra.

—¡Hola cielo! ¡Qué sorpresa más agradable! —me responde la dulce voz de Lara al otro lado de mi móvil.

—Hola Lara ¿te pillo bien?

—Claro cariño, en este despacho lo más emocionante que tenemos es la porra semanal de a quien le caerán más gritos del jefe —dice en tono divertido —¿Qué pasa?

—Esta tarde tengo que ver a Hugo—y tengo la certeza de que no necesito decir nada más.

Después de todos estos años conociéndolas, sé de sobra que Bibi ya la ha puesto al corriente de los últimos acontecimientos y probablemente de nuestra charla del otro día. Y he de decir que no me molesta en absoluto. Oye, es un trabajo que me ahorro. Lo que menos me apetece en este momento es volver a explicarle a Lara lo mismo que ya le expliqué a Bibi.

—¿Es obligatorio?

—Si no quiero perder mi trabajo, sí. Aunque supongo que siempre podría buscarme otro, tengo un buen curriculum... —no pienso en absoluto lo que acabo de decir, pero la desesperación habla por mí.

—No digas estupideces. Lo que tienes que hacer es ir a esa reunión, demostrarle lo buena profesional que eres y conseguir que te afecte lo mínimo

posible. Sé que Bibi ya te lo ha dicho, pero yo te lo repito. Eráis niños. El demasiado cabrón, tu demasiado ingenua. Te destrozó y tú terminaste de destrozarte a ti misma. Así que, por el amor de dios, sal de una vez al mundo real y vive. Después de nueve años ya no puede afectarte así. Sé adulta, madura y haz tu trabajo lo mejor que sabes. Convierte el dolor en valor.

«¡BAM! Golpe de realidad» ¿Entendéis ahora porque mis amigas son las mejores que uno podría encontrarse? Con cuatro frases Lara ha conseguido traerme de vuelta llevándose con ella mi miedo. Y no dorándome la píldora sino cantándome las cuarenta alto y claro. Porque tiene razón, joder. Ya no soy esa niña de diecisiete años. He crecido, he madurado y he aprendido de mis errores. Que me afecte es normal, nada de lo que me pasó puede olvidarse, pero no puedo pasarme la vida paralizada cada vez que aquella jodida noche vuelve a mí cabeza. Hugo solo es un retazo más de aquella etapa que con tanto ahínco he intentado olvidar. Pero puedo soportar su presencia. Es solo trabajo, y como la profesional que soy lo haré mejor de lo que lo he hecho jamás.

Tras darle las gracias a mi amiga, cuelgo el teléfono y empiezo a rebuscar entre los papeles del dossier Peñas. Cuando doy con el número de contacto, lo marco y empiezo a ponerme tensa. Me sudan las manos y tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para serenarme. La sugerente y masculina voz de Hugo responde al tercer tono.

—¿Si?

—Señor Peñas, soy Ariadna Robles de Bruma Publicidad. ¿Podríamos hablar un momento? — fuerzo mi voz hasta parecer lo más profesional posible. No tengo ni idea de si lo estoy consiguiendo, pero pongo todo mi empeño en ello.

—¿Ari?... —mi nombre en sus labios es puñetera música para mis oídos. Su tono es de sorpresa y fascinación al mismo tiempo. Desde luego no se esperaba esta llamada y mucho menos que yo la hiciera. Pero se recompone a tiempo de ahogar un suspiro con un viril carraspeo — Claro, en que puedo ayudarla.

¿Ahora es él el que está en modo profesional? No recuerdo que la última vez que hablamos me tratase de usted. Y aunque no tendría que importarme lo más mínimo, de hecho, es lo que he querido desde el principio, a algo dentro de mí parece no gustarle demasiado este nuevo trato.

—Hemos tenido ciertos problemas de personal esta semana. El fotógrafo encargado de hacer las fotos a sus locales para los nuevos carteles ha estado enfermo estos días. Con lo que, nuestros diseñadores gráficos no han podido

hacer su trabajo. Por tanto, y dado que debemos presentarle el proyecto la próxima semana, he de concertar con usted una cita para acudir yo misma a realizar las fotografías. A la mayor brevedad, si es posible. ¿Le vendría bien esta tarde, por ejemplo? —si lo hubiese ensayado no me habría salido mejor. Gracias papá por mis dotes comunicativas en situaciones de estrés.

—Emm...claro, estaría libre a partir de las siete de la tarde ¿a esa hora le parece bien?

—Estupendo, me pasaré sobre las siete y media por el local *house*. Luego nos acercaremos al otro. Muchas gracias por su ayuda señor Peñas.

—No hay de qué. Nos vemos a las siete y media, señorita Robles. Hasta luego. —y cuelga.

Espera un momento, ¿me ha llamado señorita Robles? ¿Dónde coño ha quedado el Ari de hace unos días o de hace apenas unos segundos? «¿De qué te quejas? Era lo que querías no, que fuese como si no os conocieseis de nada» me espeta mi subconsciente. Y tiene razón, desde que me lo encontré por casualidad en aquel bar, deseé con todas mis fuerzas no conocerle de nada. Que no existiese un solo vínculo que nos uniera. Y así se lo di a entender cuando nos reunimos en mi despacho. Pero que de repente haya decidido hacerme caso y optar por los formalismos, no solo no me satisface en absoluto, sino que hace que algo en mi estómago se contraiga de dolor, rabia y algo más que no logro identificar. ¿A ver si va a ser verdad eso que siempre decía mi abuela de que «nunca llueve a gusto de todos»?

Cuando consigo aparcar en el centro son las siete y veinticinco de la tarde más lluviosa que hemos tenido en Barcelona en los últimos años. El cielo está tan encapotado que de no saber la hora diría que está anocheciendo. Solo los rayos iluminan, de tanto en tanto el cielo, mientras se precipitan a morir en el suelo. Menos mal que a pesar de las cuatro vueltas que he tenido que dar a la manzana, al final he conseguido aparcar relativamente cerca. Me bajo del coche a toda prisa mientras corro endiabladamente rápido hacia la puerta del local. Llevo a cuestas tantas cosas que parezco un sherpa a punto de escalar el Everest: el bolso, la carpeta con el dossier, mi cámara réflex y unos focos plegables que he encontrado en el almacén de fotografía. Aunque quisiera no podría cargar más cosas sin desestabilizar mi centro de gravedad.

En cuanto llego allí, golpeo la madera suavemente al mismo tiempo que trato, en vano, de guarecerme bajo la inexistente cornisa del edificio. Espero unos segundos, pero no recibo respuesta. Lo intento de nuevo. Ahora mis

nudillos golpean la puerta con más fuerza, aunque con el mismo resultado. La única diferencia es que yo ya empiezo a notar la tela de mi gabardina color beis pegada al cuerpo y el goteo incesante de mi pelo en la espalda.

Tras dos minutos esperando bajo la insistente lluvia, decido que lo mejor será ir hacia el coche y guarecerme allí sino quiero acabar con un trancazo de tres pares. Sin embargo, cuando me doy la vuelta casi se me caen todos los bártulos al suelo ante la sugerente visión que acaba de aparecer ante mis ojos. Hugo. Y por si eso fuera poco, Hugo empapado de pies a cabeza dirigiéndose hacia mí con paso firme pero agónicamente lento. Con su vieja chaqueta de cuero y una chorreante camiseta negra pegada a su torso haciendo que se le marquen todos y cada uno de los músculos del vientre. Sin embargo, yo solo puedo fijar mi vista en el ondulado cabello moreno que le cae mojado sobre la frente y le gotea en esos ojos que siguen iluminando la tarde a pesar de la tormenta. ¡Mierda! Es como una jodida aparición Mariana. Si hubiese llegado acompañado por un halo de luz brillante y una música celestial me hubiese vuelto creyente al momento.

Cuando llega hasta mí, me mira primero a los ojos para acabar haciendo un exhaustivo repaso a mi cuerpo empapado por la lluvia. «Dónde las dan las toman» pienso. Aunque no es hasta que bajo la mirada avergonzada cuando me doy cuenta de porque sus ojos se han abierto de par en par. Esta mañana me he puesto una holgada camisa blanca por dentro de mi falda de tubo negra que me llega hasta la rodilla. Y con la lluvia la parte de arriba empieza a pegarse a la piel transparentando mi sujetador beis con encajes rosa. «¡Anda que he acertado quedándome aquí de pie calándome hasta los huesos!» Levanto la mirada y Hugo sigue allí plantado, mirándome como si fuese la primera vez que lo hace. Y aunque no debería, su mirada me hace sentir bien. Deseada, atractiva...especial. Como si fuese el único hombre de la tierra capaz de mirarme de ese modo. O como si fuese el único que yo quisiera que lo hiciera. No sé, el caso es que esos pensamientos no deberían estar ahí. Así que les doy un manotazo mental y me centro en taladrarlo con la mirada hasta que se recompone y empieza a acortar la distancia entre nosotros. Mi corazón se pone a latir como si llevase años sin hacerlo, y de ello dependiera mi supervivencia.

—Siento el retraso. Tenía una cita y digamos que se ha alargado. Déjeme que la ayude. —me dice mientras me coge los focos portátiles que cuelgan de mi hombro.

Su proximidad me pone cardíaca, aunque lo único que debería ponerme

es de mala leche con él. Con nuestra historia. Con el jodido destino que nos ha vuelto a unir y se descojona de mí. Con esta lluvia. Yo que sé, pero no es lógico que lo único que sienta es ganas de lanzarme sobre él y apartarle de la cara el pelo que le chorrea sobre la frente.

Se gira e introduce la llave en la cerradura abriendo la puerta y cediéndome el paso. Entro procurando no rozarle y me encuentro con el local que tantas veces he visto hasta la bandera iluminado únicamente por la tenue luz de los carteles de las salidas de emergencias. Hugo cierra la puerta detrás de mí mientras se acerca a la alarma que hay junto a la entrada y teclea la clave. Luego, deja los focos encima de la barra y desaparece en el pasillo donde sé que están los baños. Ese es el que le vi por primera vez después de nueve años. Ese es el que golpeó a aquel energúmeno después de que él me golpeará a mí. Ese maldito pasillo por el que de repente siento un odio tan visceral como irracional. «Genial, ahora soy una odiadora de pasillos»

Dos segundos después las luces del local se encienden y él aparece de nuevo frotándose el pelo con una toalla. En cuanto llega hasta mí, me tiende otra perfectamente doblada y limpia.

—Tome. Le vendrá bien secarse sino quiere coger un resfriado.

—Gracias — es lo único que consigo decir mientras cojo la toalla.

Y ha sido inhumano el esfuerzo que he tenido que hacer para no titubear en el intento. Porque me he dado cuenta de que, que me trate de usted me molesta y me pone cachonda a partes iguales. Lo sé, no tiene sentido. Aunque creo que yo también he dejado de tenerlo desde que él ha vuelto a aparecer en mi vida. Es el maldito efecto Hugo Peñas. Ese que tanto me gustaba (o gusta) pero que no me puedo permitir. No de nuevo.

—¿Ha pensado en cómo quiere hacer las fotos? — me pregunta mientras se coloca tras la barra.

En cuanto está detrás se agacha y recoge algo para dos segundos después empezar a quitarse la camiseta sin ningún tipo de reparo. Creo que se me ha quedado cara de lerda, en cuanto su firme y desnudo torso empieza a quedar visible. Y sin poder evitarlo, mis ojos deciden darse un paseo por toda esa perfecta anatomía con la que el dichoso universo ha decidido premiarle. «Que injusta es la vida» pienso. Que fácil resultaría para mí, si con el paso de los años aquel chiquillo hubiese mutado hasta convertirse en el jodido hermano feo de Shrek. Pero no, ha tenido que convertirse en el maldito primo guapo de Jon Kortajarena.

Su vientre está mucho más trabajado de lo que yo recordaba y el tatuaje

que adorna su pecho (el cual no consigo identificar bien) y su brazo le dan un aire duro y varonil que casi me hace perder la cabeza. «Lo que me gusta un chico tatuado, oye». No sé cuánto tiempo llevo perdida en la profundidad de sus músculos cuando su voz grave me saca de mis calenturientas cavilaciones. Creo que hace rato que se ha puesto una camiseta seca, aunque no podría decir cuando ha sucedido.

—¿Señorita Robles?

—Perdone ¿qué? — vale, me estoy luciendo hoy.

—¿Qué si sabe ya cómo quiere hacer las fotos? — y tiene una media sonrisa dibujada en la cara que me provoca las mismas ganas de abofetearle que de besarle. «Por dios, ¿Qué me está pasando?»

Nos pasamos la siguiente media hora, decidiendo donde colocar los focos portátiles y jugado con las propias luces del local, hasta que conseguimos crear un ambiente que más o menos nos convence a ambos. Hago varias fotos, desde varios ángulos y luego se las voy mostrando para que me diga que le parecen. E inexplicablemente esos son los treinta minutos más cómodos que he pasado con Hugo en los últimos años. Como si de repente solo fuéramos dos desconocidos sin ningún tipo de pasado en común. Como si a nuestro alrededor no flotasen los reproches, los miedos y el rencor de nuestras acciones pasadas. Y ese es un pensamiento que me asusta. Porque no puedo permitir, que su presencia y su compañía, me resulten nada más que repulsivas. Porque hacerlo abriría la puerta a todos esos demonios que tanto esfuerzo me ha costado mantener escondidos y encerrados a cal y canto en su madriguera.

Tras terminar con las fotos del primero de los locales, nos encaminamos hacia el otro. Caminamos a la par y en silencio, los escasos cuatrocientos metros que los separan. Ha dejado de llover y se respira ese ambiente limpio y natural que se queda después de una fuerte tormenta. Cojo aire y aspiro fuerte ese dulce aroma que siempre me evoca a mi niñez y me hace sentir en casa. Un gesto que no pasa desapercibido para Hugo

—Sigue gustándote el olor a limpio después de una tormenta ¿verdad?
— dice sin apartar los ojos de la calle por la que llevamos poco más de dos minutos caminando.

Por suerte o por desgracia, hace ya un rato que ha desistido en lo de tratarme de usted. Se le notaba a leguas el esfuerzo sobre humano que tenía que hacer cada vez que se dirigía a mí de esa forma tan formal. Casi el mismo que le supone tener que morderse la lengua y no llamarme Ari, quedándose en

el frío y extraño “Señorita Robles”. Un apelativo que no nos satisface a ninguno de los dos, pero que a mí me ayuda a ponerme freno a mí misma cuando empiezo a tratarle de forma menos profesional.

—¿Y a quién no? Es como si se renovase todo el oxígeno que respiramos. Como si el aire fuese más ligero, más sano...Es el renacer de la vida a nuestro alrededor. El despertar de una nueva etapa natural.

Hugo suspira y de repente suelta la frase más adecuada por traerme de nuevo a la realidad:

—No has cambiado nada

«¿Qué no he cambiado nada?! ¡¿Qué no he cambiado nada?!» Desde hace nueve años he dejado de ser quién soy para convertirme en lo que más me conviene ser. De la Ariadna Robles de hace nueve años, no queda más que el envoltorio exterior que alberga una nueva personalidad que me he esforzado mucho en hacer mía. De la Ariadna Robles de hace nueve años, no quedan más que las migajas inservibles que quedaron tras su marcha y que me he esmerado en barrer bajo la alfombra para olvidarme de que algún día existieron. Claro que he cambiado, he cambiado por completo.

—Está claro que no me conocías en absoluto. — y lo escupo sin pensar y con tanta rabia impregnada que casi me atraganto al decirlo.

—Rubia...

Y oír de nuevo aquel apelativo cariñoso con el que se dirigía a mí hace años no hace más que colmar el vaso que he ido llenando de rencor todo este tiempo. Incapaz de mantener más mi careta de profesional reputada y de “yo a ti no te conozco de nada”, dejo que parte de mi rabia hacia él se desborde, haciendo que todo se vuelva negro por un segundo.

—¡No me llames así joder, lo odio! Y además no tienes ningún derecho a hacerlo. Lo perdiste hace mucho tiempo. ¡Te largaste, Hugo! Sin explicaciones y de la forma más cobarde del mundo. Así que no te atrevas a tratarme como si fuésemos dos viejos colegas del instituto que están poniéndose al día.

En cuanto me callo me doy cuenta de que he ido demasiado lejos. Y no porque él no se lo merezca, sino por mí. Porque soy yo la que no me merezco sentirme así de nuevo después de nueve años. Porque a pesar de los consejos de mis amigas y de mi intento, fallido, de aparentar indiferencia he vuelto a demostrarle que me afecta. Que todo lo que pasó sigue latente en mi vida de alguna forma que ni entiendo, ni sé si quiero entender. Así que antes de que pueda responderme decido que lo mejor es poner punto y final a esta conversación que no nos va a llevar a ninguna parte. O por lo menos a ninguna

parte agradable para mí.

—Lo siento Hugo, no he debido estallar así. Esto es una reunión de negocios en la que los asuntos personales no tienen cabida. Hagamos las fotos que faltan y así cada uno podrá seguir con su vida.

Hugo responde con un ligero asentimiento de cabeza acompañado de una mirada tan indescifrable como perturbadora que sé que me perseguirá hasta mis pesadillas las próximas noches.

En más o menos una media hora ya he terminado de sacar todas las fotos que necesito para los carteles. Desde que zanjé la conversación de camino al local, el ambiente entre Hugo y yo se ha enrarecido hasta límites en los que he sentido que nos asfixiaba a ambos. Mientras hacía mi trabajo a penas nos hemos dirigido la palabra un par de veces, y solo para preguntarnos «que si las luces mejor así o así». En fin, que treinta minutos después ya he recogido mis cosas y estoy deseando salir de aquí.

—Muchas gracias por tu colaboración. Mis compañeros de diseño gráfico tendrán hechos los carteles para la presentación de la próxima semana y podrás decirnos si son o no de tu agrado.

—Seguro que lo serán —afirma categórico.

—Esperemos —y sí, ha sonado a ruego al cielo para que le guste todo el maldito proyecto y pueda por fin recuperar mi tranquila vida. —En fin, tengo que irme. De nuevo, muchas gracias Hugo.

Me giro y camino hacia la puerta a toda la velocidad que soy capaz con el montón de cachivaches que llevo a cuestas. Cuando la abro y pienso que por fin puedo volver a respirar con normalidad, un susurro apenas audible, que ni siquiera sé si he oído o me he imaginado, atraviesa mi corazón haciendo que bombee con mucha más fuerza contra mi pecho.

—No voy a rendirme Ari. No otra vez. Esperaré hasta que algún día quieras escucharme.

CAPÍTULO 9: LA REUNIÓN

26 de mayo de 2008

—Hola Ariadna ¿cómo te encuentras hoy?

¿Qué cómo me encuentro? Ese es el problema que no me encuentro, que no estoy y que desde luego no quiero estar aquí. Como siempre, hace frío y huele demasiado a frambuesa. Además, odio a esta señora con todas mis fuerzas. Bueno, con las pocas que me quedan. Pero Marcos me ha obligado. Como las cuatro veces anteriores en las que he tenido que venir prácticamente arrastrada por él y por Miriam. Dice que contarle como me encuentro a esta mujer regordeta hará que me sienta mejor. Pero yo no tengo intención de hablar de nada con esta odiosa desconocida. Así que mientras ella me interroga durante una hora y media, yo me limito a sentarme aquí y a no abrir la boca en todo ese tiempo. Pero ella no se rinde. Día tras día continúa con su perorata de «que tengo que abrirme y soltar todo lo que llevo dentro». Es más repetitiva que un maldito loro.

Lo que ella no sabe es que no puedo soltar lo que llevo dentro porque dentro de mí ya no hay nada. Solo vacío y una profunda calma que me tiene más «pa allá que pa acá». Creo que en alguna ocasión la he oído diciéndole a Marcos que hay que tener paciencia. Que mis reacciones son normales porque aún permanezco en estado de shock. Yo no sé si es el shock o que directamente me he rendido y he dejado de tener ganas de vivir. Lo único que quiero es que todo el mundo se olvide de que existo y me deje en paz. Que me ignoren y hagan como que Ariadna Robles ha muerto, porque en realidad eso es lo que me gustaría que hubiese pasado. Suena feo y es egoísta, pero es lo que querría. Mi familia y mis amigos habrían sufrido, pero tras un tiempo estoy segura de que lo hubieran superado. Y yo...yo por fin habría podido descansar.

—Ariadna tienes que hablar conmigo. Tu familia y tus amigos están preocupados por ti. Tienes que encontrar las fuerzas para reponerte y salir adelante. —yo permanezco en silencio. Me gusta mucho el silencio— ¿Ariadna me estás escuchando?

No señora psicóloga, no la escucho. Hace exactamente un mes y dieciséis días que no escucho, veo o siento nada. Hace exactamente un mes y dieciséis días que vago por el mundo sin ser ni siquiera consciente de lo que hago. Oigo, pero no escucho. Miro, pero no veo. Estoy viva, pero hace exactamente un mes y dieciséis días que es como si no lo estuviera. Como si aquel momento que tantas veces revivo en mi mente se hubiese llevado todo lo que era, dejándome hueca, vacía, inservible para la vida.

Así que, por favor, señora psicóloga no insista en querer rescatarme, porque ya no existe nada que pueda salvar. Mi cuerpo y mi mente ya no están conectados. Se separaron aquella misma noche en aquella solitaria y puñetera calle. Aunque casi lo prefiero así. Eso evitó que pudiese sentir nada de lo que me estaba pasando. Y así han seguido durante este último mes y medio. Haciéndome libre del dolor provocado por mis miedos, por mis sentimientos y por mi trauma. Incluso me han impedido sentir el dolor físico de aquellas heridas abiertas que siguen cicatrizando lentamente en mi espalda y que dejarán una huella imborrable en mi cuerpo. Hace exactamente un mes y dieciséis días que no vivo, sobrevivo.

26 de febrero de 2016

Cuando entro en el gimnasio debo tener la misma cara que llevan los cerdos cuando se dirigen al matadero. Sólo es martes y ya estoy agotada. Entre ayer y hoy mi jefa me ha tenido esclavizada mirando y remirando el dichoso proyecto Peñas. Mañana es la presentación y quiere que todo esté más que perfecto. Así que no he tenido ni un solo minuto de tranquilidad para dejar de pensar en el dichoso Hugo. Y por si eso fuera poco, llevo dos noches de sueños intranquilos en los que aparecen retazos de mi pasado de forma inconexa. Hacía años que eso no me pasaba.

Pero aquí estoy, un martes a las ocho de la tarde obligándome a mí misma a venir a entrenar. Aunque lo que más me apetezca ahora mismo es estar tirada en el sofá, tapada con la manta y abrazando a mi gran amigo el helado de vainilla. Pero no, no pienso volver a encerrarme en casa. Tuve suficiente con hacerlo hace años.

Entro en el vestuario, me cambio de ropa y en cinco minutos estoy lista para empezar mi clase con Raúl. Que, por cierto, hoy está especialmente guapo con su ajustada camiseta de deporte roja y sus flojos pantalones de chándal grises. Para comérselo, vamos. En cuanto me ve aparecer se acerca

rápidamente hacia mí, taladrándome con esa mirada color miel que parece demasiado dulce para un hombre tan fornido.

—¡Ari! Ya pensaba que hoy no venías. — y lo dice con el mismo tono de voz que pondría un niño si viese por primera vez a Papá Noel y eso, sin darme cuenta, me hace sonreír.

—Pues no te creas que no lo he pensado. Llevo un par de días de locos y no me apetecía lo más mínimo. Pero vamos que dicen por ahí que para presumir hay que sufrir así que...

— Tú no necesitas sufrir para eso, tal y como eres ya puedes presumir.

Y lo suelta tan pancho. Como si ese no fuera el cumplido más bonito que me han hecho desde hace años. Cosa que es jodidamente triste por mi parte. Pero si lo pienso bien, creo que lo más bonito que me han dedicado en los últimos tiempos fue una vez, en un garito de esos que le gustan a Bibi, cuando un tío me dijo que tenía unas tetas perfectas para beber chupitos en ellas. Con eso lo digo todo.

La clase se me va en un suspiro, como siempre. A pesar de que antes de empezar, mis ganas de repartir guantazos eran nulas, en cuanto me he enfundado los guantes, la adrenalina se ha apoderado de mi cuerpo y me he vuelto a sentir con fuerzas. Como siempre las ordenes de Raúl han conseguido que dé todo de mí, descargando toda la rabia y el estrés acumulado estos días. Y me ha sentado tan bien que en cuanto termina la clase, he decidido que es el momento de aceptar esa “cita” que Raúl me propuso la semana pasada. Y sí, digo cita entre comillas, porque no sé ni lo que es, pero necesito desconectar. O conectar, según se mire.

Necesito desconectar de todos estos días de pensamientos caóticos y dolorosos y empezar a conectar de nuevo con personas que no me recuerden continuamente a mi pasado. A ver, no me malinterpretéis adoro a Bibi y a Lara y mataría por ellas, por mis amigos y por mi familia. Pero hace tiempo que no dejo entrar en mi vida a gente que sea del todo ajena a ella. Sólo Yanira ha sido capaz de traspasar esa barrera con los desconocidos que me he impuesto desde hace años. Así que creo que sí, ha llegado el momento de permitirme conocer a alguien de una manera más íntima. De enterrar por fin ese miedo atroz a dejar que me vean.

—Al final creo que ha sido buena idea venir. Me voy agotada pero mucho más relajada — digo mientras recojo mi toalla y mi botella de agua del suelo.

—Sí, ha sido una buena sesión. Estás avanzando mucho con tu técnica. El jueves introduciremos un par de golpes nuevos para seguir progresando.

—Me parece genial. Por cierto, Raúl...— allá va. «No te acojones ahora Ariadna» — Me preguntaba... si te apetecería quedar esta semana para esas cañas que me propusiste el otro día. En fin, mañana salgo a las siete y no sé...había pensado que...Vamos que si tú no puedes no importa lo dejamos para otro día...Pero si quieres...

—¡Claro! Me encantaría. Yo también salgo antes, así que podría recogerte en el trabajo, si te parece bien. Conozco un sitio genial donde sirven unas tapas estupendas.

Está sonriendo tanto que creo que se le va a desencajar la mandíbula de la emoción. «Es tan adorable».

—Genial, trabajo en Bruma Publicidad, a dos calles de aquí. ¿Te mando la dirección y me recoges allí, sobre las siete?

—Me parece perfecto.

La intensidad con la que sus ojos brillan mientras me mira, hace que sienta como que ve a través de mí. Y, aunque trato de obviarlo no es una sensación que me haga sentir demasiado cómoda. A ver, dejaré que me conozca, pero no voy a abrirme en canal a la primera de cambio. Ni a la segunda, ni a la tercera... «¡Joder! Ya me estoy arrepintiendo. No creo que esté preparada para dejar entrar a nadie de nuevo. No en ese plano al menos». Pero tengo que estarlo, tengo que encaminar mi vida personal. Tengo que dejar de esconderme. Y sobre todo tengo que dejar de huir.

A la mañana siguiente cuando me levanto, siento como si tuviese un volcán apostado en mi estómago a punto de entrar en erupción. Es como esa sensación de extraña anticipación que se siente cuando estás a punto de montar en una montaña rusa. Te da miedo y temes subirte a ella. Pero en el fondo, sabes que es algo que debes hacer, a menos que quieras pecar de acojonada el resto de tu vida. Lo único que no tengo claro es el motivo de ese sentimiento. Sé que no es por la cita con Raúl, o al menos no solo por eso. Más bien me inclino a pensar que mi inminente reencuentro con el señor Peñas, es la verdadera razón de que esté a un paso de vomitar la cena de anoche.

Cuando salgo por la puerta de casa ni siquiera he podido tomarme un café. Con las cañas de la presentación (o de que voy a ver a Hugo), me he pasado casi veinte minutos mirando mi armario sin saber que ponerme. Al final me he decidido por unos pantalones rectos negros a la altura del tobillo,

una camisa rosa palo de pedrería en el cuello y mi americana negra de estilo marinero. Todo esto acompañado de mis «bebés», los manolos negros brillantes que me regalaron mis padres cuando cumplí los veinticinco y a los que quiero más que a mis amigas. Bueno, a lo mejor no, pero los quiero mucho. En fin, que cuando llego al trabajo pasan diez minutos de mi hora de entrada, cosa que no parece importarle lo más mínimo a nadie. Todo el mundo se encuentra recluido en sus despachos y nadie me ha prestado la más mínima atención.

Toda la mañana se me va entre la creación de un nuevo proyecto para una pastelería en el centro y el acondicionamiento de la sala de juntas para la presentación. Ni siquiera he bajado a comer. Mi estómago estaba tan cerrado que solo me he zampado un bollito de canela a media mañana junto con una taza humeante de café. Y, cuando me quiero dar cuenta, quedan poco más de diez minutos para que empiece la reunión.

Antes de salir de mi despacho, cojo las tres copias del dossier del proyecto que imprimí ayer y trato de acompasar el ritmo de mi respiración, que no sé si está acelerado por el estrés del día o de pura anticipación. Ya me entendéis. Y es que cada vez tengo más claro que mi desazón interna no es más que la respuesta fisiológica de mi cuerpo a lo que sucederá hoy. Porque hoy, no solo voy a ver Hugo, sino que también le diré adiós de nuevo. Bueno, quien dice de nuevo dice por primera vez, puesto que hace nueve años ni siquiera tuvo la decencia de darme esa opción. Pero, esta tarde, tanto si Hugo decide seguir adelante con el proyecto como si no, nuestros caminos volverán a separarse. Si dice que no, tendrá que irse con la música a otra parte. Y si dice que sí, su proyecto dejará de ser mi responsabilidad para pasar a manos del departamento creativo. Yo solo diseño, no ejecuto. Sea como fuere, hoy nuestra relación profesional se acabará y no sé muy bien si eso me hace feliz o me da un poco de miedo.

Cuando llego a la sala de juntas Alicia ya está allí junto a su secretaria y un chico del departamento de diseño gráfico que creo que se llama Abel.

—¿Todo en orden Ariadna? — pregunta alzando la vista hacia mí.

Estoy a punto de responder que sí o de vomitar encima de la mesa, cuando llaman a la puerta y Cristina, mi secretaria, nos anuncia que el cliente ha llegado. «Inspira, expira. Inspira, expira. Debería ser sencillo ¿no?». Alicia le indica que le haga pasar y dos segundos después Hugo entra en la sala haciendo que tenga que agarrarme a la mesa para no caerme de la silla en la que estoy sentada. «Está tan guapo». Mi jefa, que parece estar más cuerda que

yo, se levanta y le saluda.

—Bienvenido señor Peñas — le tiende la mano y... ¿le sonrío? «¿Qué coño ha sido eso? ¿Le está dando un ictus?» — Estos son mi secretaria Marta y Abel del departamento de diseño gráfico. A la señorita Robles ya la conoce.

—Encantado — dice Hugo dándoles la mano a todos. Cuando llega mi turno y extiende el brazo, sus ojos conectan con los míos y me atraviesa con su mirada como si fuese capaz de leer en mi interior — Señorita Robles.

—Señor Peñas — es lo único que mi cerebro embotado acierta a decir. Y estoy tentada de aplaudirle, porque ha supuesto un esfuerzo sobrehumano hacerlo sin tartamudear.

Cuando nuestras manos se unen, siento como una descarga eléctrica recorre cada tejido de mi piel durante todo el tiempo que nos mantenemos así. Tiempo que a mí me resulta una eternidad. O quizás un suspiro, no lo tengo muy claro. Menos mal que Alicia se encarga de romper el momento.

—Por favor señor Peñas tome asiento. Ante usted tiene el dossier donde aparecen todos los puntos de la campaña que hemos pensado para sus negocios. Está explicado con detalle y de forma clara. Además, la señorita Robles y Abel realizarán una breve exposición de los puntos clave del proyecto. Por favor, si tiene alguna pregunta no dude en interrumpirlos para formularla. Ariadna, cuando quieras.

«Ariadna, cuando quieras puedes morirme, ¿no?» Porque tengo las mismas ganas de exponer nada ante Hugo, que de correr diez kilómetros con los tacones que llevo. Pero a menos que quiera engrosar las interminables listas del paro, debo hacer mi trabajo. Así que, consciente de que Hugo no me quita la vista de encima, me levanto y respiro hondo mientras me acerco al proyector. Me encomiendo a todos los santos en los que no creo, y empiezo con la presentación.

—Y ese sería el plan integral de marketing para sus dos negocios. Por supuesto usted no tendría que preocuparse de nada, nosotros desde aquí organizaríamos desde la publicidad hasta la gestión de sus redes sociales, siempre acorde a sus decisiones y gustos. — concluyo.

Después de casi una hora y media hablando, por fin he terminado la presentación. Durante todo este tiempo Hugo se ha mantenido serio y atento en su silla con un rictus de concentración que nunca antes le había visto. Lo que me hace pensar que probablemente haya madurado mucho más de lo que a mí me gustaría reconocer. Se le ve centrado y eso es algo que nunca pensé que

vería en Hugo. Al menos, no en mi Hugo. Pero supongo que ni es mi Hugo, ni es el mismo.

—¿Alguna duda señor Peñas? — pregunta Alicia mirándole fijamente.

—No, la verdad es que no. Estoy gratamente sorprendido con todo el trabajo que han realizado en solo dos semanas. Especialmente la señorita Robles. — Me mira fijamente y siento la gratitud y la admiración en sus ojos — Muchísimas gracias. Estoy deseando ponerlo en marcha.

—¿Eso quiere decir que acepta que trabajemos para usted? — Alicia, lo de las obviedades como que no.

—Por supuesto — responde Hugo emocionando — Y cuánto antes mejor.

—De acuerdo señor Peñas — digo acercándome a la mesa para buscar el contrato entre mis papeles. — Ahora solo tenemos que discutir el presupuesto, los plazos y firmar el contrato. Lo haremos en mi despacho si le parece...

—Disculpa Ariadna, has trabajado mucho en esto y creo que por hoy ya has hecho bastante. Así que yo cerraré los trámites con el señor Peñas.

Y sí. La que acaba de hablar es mi jefa. Esa que en cuanto un cliente dice que sí, se escapa a su despacho alegando alguna excusa y nos deja el papeleo a los demás. Esa que trata lo mínimo e indispensable con los clientes porque es más feliz en su lúgubre y solitaria cueva. Esa que ahora mismo sonrío de oreja a oreja y con depredadora mirada al apuesto señor Peñas. «¡Será zorrón!»

Miro a Hugo y le veo esbozar una sonrisa ladeada que me revuelve de nuevo el estómago. Sin embargo, mi cara debe de ser un poema, porque me he quedado tan perpleja que casi no puedo ni pestañear. «¿Mi jefa y mi ex novio? ¡Anda ya! Esto tiene que ser una broma de mal gusto». Y no es solo por la diferencia de edad, que si lo miras bien es lo único que no importa. Además, a pesar de sus cuarenta tacos Alicia está estupenda. Tiene un cuerpazo de infarto y una larga melena caoba que la hace parecer diez años más joven. «Bueno la melena y los veinte kilos de Botox que debe de llevar en cada pómulos». Lo que digo, es que yo he debido de hacer algo muy malo en otra vida para que estás cosas solo me pasen a mí.

—Señorita Robles, solo queda media hora para cerrar así que puede irse a casa. Los demás también podéis ir. Buen trabajo. — ¿lo habéis pillado? Sí, me está echando. Y pretende que me vaya contenta porque me regala media horita de descanso. Lo que no sé si sabe es que me debe muchas medias horitas de mi vida en extras.

—Ehmm...claro, por supuesto. — logro decir mientras recojo atropelladamente mis cosas. Antes de salir cuadro los hombros y me despido de mi cliente-exnovio al que en este momento parezco resultarle la mar de divertida. «Cabrón». — Un placer señor Peñas. Y muchas gracias por confiar en nosotros.

—El placer ha sido mío, señorita Robles. —me estrecha la mano y rodea la mesa hasta que se queda parado a escasos centímetros de mí. Entonces baja la voz y susurra mirándome directamente a los ojos: — Siempre lo es.

Como en el saludo inicial nos quedamos absortos el uno en el otro, lo que parece una eternidad. Como siempre que le miro, sus ojos verdes parecen transportarme a otro lugar. Uno muy lejos de aquí en el que solo existimos él y yo. Donde no hay miedos, ni pasado. Donde cada día es un nuevo comienzo con el que sorprendernos. Donde... ¡Donde mi jodida jefa salida, no carraspea con insistencia cortando el momento!

Le suelto la mano como si quemara, y salgo de la sala todo lo rápido que puedo y evitando mirar atrás y ver a Hugo sentado al lado de Alicia.

CAPÍTULO 10: NO TE DEBO UNA MIERDA

En cuanto llego a mi despacho, apoyo las manos en la vieja mesa de roble y respiro profundamente un par de veces. Necesito tranquilizarme para no volver a esa sala y llevarme a Hugo arrastras lejos de esa arpía.

«¿Pero que estoy pensando?» Hugo ya no es nada mío. Joder, si por no ser no es ni mi amigo. ¿Qué derecho tengo yo a sentirme como si trataran de robarme algo que me pertenece? Y mucho menos cuando esta tarde tengo una cita con otro tío al que pretendo conocer de forma más... ¿íntima?

«¡Mierda! La cita». Miro el reloj y veo que son las seis y media. Así que me acerco hasta mi mesa y recojo una pequeña bolsa que hay a sus pies. En ella he traído algo de ropa con la que cambiarme para no tener que pasar por casa antes de mi cita.

En cuanto entro en el baño lo primero que pienso es que está en llamas porque de uno de los habitáculos sale más humo que en las fallas de Valencia. Me acerco con precaución hasta la puerta y me doy cuenta de que unos estupendos *peep toes* en color coral asoman por el hueco que hay hasta el suelo. Al momento, sé de quién son y no puedo resistirme.

—¡Señorita Pons, salga de ahí inmediatamente!

Yanira tose como una loca y tira de la cadena antes de abrir la puerta abanicando el aire con una mano. Su cara es un poema cuando me ve convulsionándose de risa mientras me sujeto el estómago.

—¿Eres una zorra lo sabías? Una vez tiene gracia, pero a la segunda me dan ganas de meterte la cabeza en el retrete y tirar de la puta cadena. — aún está tosiendo y tiene la cara más blanca que el gotelé de la pared.

—Tenías que haberte visto la cara — digo mientras me sigo partiendo yo sola — Era digna de enmarcar.

—Para enmarcar va a ser la hostia que te voy a dar la próxima vez que me des un susto de estos. ¡Que una está mayor, joder!

—¿Qué haces fumando aquí dentro, loca? Si te pilla mi jefa puedes darte por despedida.

—Tía, necesito hacer tiempo hasta que den las siete. Hoy ha sido un día

de mierda. El imbécil de mi jefe me ha hecho repetir el mismo cuadro de cuentas tres veces, porque según él — y aquí pone la voz que ella cree que tiene su jefe — los datos no estaban bien especificados. ¡Anda y que te follen, viejo verde y amargado!

¿Os había dicho ya lo bruta que es?

—¿Y tú que haces aquí? ¿También te escaqueas de tu jefa? No es propio de ti, señorita responsable. — inquiera con suspicacia.

—Qué va. Hemos terminado la presentación de un proyecto y me ha dicho que podía irme antes a casa.

—Mírala que maja. A ver si aprende el botijo de mi jefe. No he salido antes del curro desde el día que el muy idiota se grapó un dedo a sí mismo y nos mandó a casa antes de irse al hospital.

—¿Maja? Ya. Lo que pasa es que quiere ligarse a nuestro nuevo cliente. La muy zorra — y suelto la última frase con tanta mala baba, que sé que me costará un interrogatorio de mi amiga para averiguar el por qué.

—Desembucha, Cenicienta. — sí, me llama así. Yo que sé, paranoias de Yanira. No queráis entenderla. — ¿Qué me he perdido?

—¿Qué? Nada — la miro y ella alza las cejas en plan: «¿te crees que me he caído de un guindo?» Que, por cierto ¿qué coño es un guindo? En fin, da igual, que me disperso. Lo importante es que de esta no me escapo.

—Es mi ex — suelto mientras empiezo a sacar mi ropa de la bolsa.

—¿Tu ex? ¿Tú tienes un ex? — la miro enarcando una ceja — O sea, no me malinterpretes, pero creí que nunca habías tenido pareja. Siempre dices que no estás preparada para estar con nadie en ese sentido.

—Y no lo estoy. — afirmo — No desde Hugo.

Levanto la cabeza de la bolsa y la miro a través del espejo. Su expresión es cálida, como si comprendiera que es una historia de la que no me gusta hablar.

—Lo dejaré estar, por ahora. Pero prométeme que me... — su voz se va apagando y de repente soy consciente de por qué.

Me he quitado la camiseta delante de ella y me está mirando la espalda. «¡Mierda, joder!»

Trato de ponerme el jersey de cuello barco que he traído a toda prisa, rezando porque no se le ocurra comentar nada al respecto. Lo que no he pensado es que es Yanira y que ella solita montaría en cólera y se haría su película.

—¡Ari! Para, estate quieta — dice mientras trata de evitar que me vista

— ¿Qué cojones es esto? No me digas que... ¿Te lo hizo él? ¿Ese tal Hugo?

—¿Qué? ¡No! — bien, menudo berenjenal en el que me he metido.

—Ari, puedes decírmelo. Saldré ahí y le mataré. Solo eso — y en su mirada puedo ver ira y dulzura a partes iguales. «Si es que la tengo que querer»

—Yanira, escúchame. — digo terminando de vestirme y dándome la vuelta. En cuanto la tengo de frente, apoyo mis manos en sus hombros y la miro fijamente a los ojos. — Él no me hizo esto. Al menos no directamente. Y te prometo que algún día te contaré toda la historia. Pero ahora mismo no puedo, no estoy preparada.

Y de verdad espero que lo entienda, porque llevo años sin hablar de mis cicatrices con nadie, y no creo que soportara hacerlo ahora. Es mi amiga, y sé que se merece una explicación de porqué cargo con estas marcas sobre mi cuerpo. Pero estoy segura de que podrá esperar un poco más para entenderlo. Hace mucho tiempo, pero aun duele recordarlas, por eso siempre trato de esconderlas. Nada de escotes en la espalda o tops que puedan hacer que se vean. Por eso llevo el pelo largo, para en cualquier caso poder ocultarlas con él. Y cuando me acuesto con alguien... Bueno, por suerte eso no es algo que ocurra a menudo. Pero si lo hace, intento no darle la espalda desnuda jamás. Por suerte al tacto no se notan.

—De acuerdo. ¿Pero solo dime si estás bien? — concluye al fin mirándome preocupada.

—Lo estoy. Te lo prometo — y la abrazo tan fuerte que oigo crujir sus huesos.

Pero es que por gente como Yanira es por lo que doy gracias cada día cuando me levanto. Por tenerla a ella, a Bibi, a Lara, a Miriam y al borde de mi hermano, a Manu, a mis padres...a toda esa gente que sabes que si te caes estarán siempre ahí para levantarte. A todas esas personas que son la jodida luz del sol ante la inminente oscuridad.

—Bien — carraspea, la muy orgullosa, para intentar que no se le note que está a punto de llorar — ¿Y qué haces cambiándote de ropa?

—Tengo una cita. — y abre tanto los ojos que parece una lechuza observando a un ratón. Como no dice nada sigo hablando — Con Raúl, mi profesor de Kick Boxing.

Mientras termino de vestirme, Yanira se dedica a ponerme verde por no haberla informado a su debido tiempo de que había quedado con un macizo, para luego preguntar de forma insistente, como de bueno está el susodicho. Yo

sin embargo me concentro en arreglarme un poco el pelo y el maquillaje y así evito pensar en lo que estarán haciendo mi jefa y mi ex novio en la sala de juntas. En dos minutos estoy lista. Jersey de cuello barco, vaqueros pitillo tobilleros, mi chupa de cuero y mis manolos. Un poco de pintalabios rojo, para ser más yo. Y lista.

—Nena, va a querer follarte nada más salir por la puerta — si es que es más bestia.

Me despido de ella en cuanto salimos del baño y me dirijo al ascensor tras haber dejado la bolsa con la ropa en mi despacho. En cuanto las puertas se abren, entro y otra persona lo hace conmigo, aunque estoy tan absorta enviándole un mensaje a Raúl para decirle que ya bajo que ni siquiera me fijo en quién es. Solo cuando el susodicho se acerca mucho a mí, a pesar de que el ascensor está vacío, levanto la vista del móvil encontrándome con unos preciosos ojos verdes. «Maldita sea mi suerte».

—Hola de nuevo señorita Robles — dice Hugo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Señor Peñas — ya no estoy en horario laboral, así que mi nivel de hostilidad ha crecido bastante.

Lo miro unos segundos, y trato de dilucidar si tiene cara de recién *follao*. Hasta que me reprendo a mí misma, diciéndome que eso no es de mi incumbencia. Así que, devuelvo mi vista al móvil.

—¿Te has cambiado?

—¿Perdón? —la verdad es que la pregunta me pilla por sorpresa.

—Que te has cambiado de ropa. Me gusta más así.

—¿Perdón? — este me manda a Gaes al siguiente «¿perdón?»

—Que estás muy guapa.

Vale he tenido que reprimir otro «¿perdón?». Pero es que estoy flipando un poquito. Así que hablo sin pensar.

—Gracias. Tengo una cita — bien definitivamente he olvidado el modo profesional y estoy en modo Ariadna en estado puro. Mi filtro cabeza boca se ha ido a la mierda y suelto cosas por joder. ¿A quién? Ni idea, porque no creo que a él le importe.

Hugo se queda callado y le miro de reojo para comprobar que pasa. Y lo que veo me recuerda mucho a cuando éramos jóvenes. Tiene los brazos estirados a la par del cuerpo, con los puños cerrados y la mandíbula apretada. ¿Qué si me extraña su reacción? Sí. ¿Qué si me molesta? Pues no sabría decir. Así que lo obvio y vuelvo a mi teléfono. No estoy hoy para pensar en algo así.

Tras una eternidad, y eso que solo son 10 plantas, las puertas del ascensor se abren y salgo al vestíbulo sin ni siquiera despedirme. «A la mierda. Seguro que ya ha firmado el contrato. No necesita que le hagan más la pelota. Aunque supongo que ya se la ha hecho Alicia por todos.». Cuando estoy a punto de abrir la puerta de la calle una mano sujeta con delicadeza mi otro brazo haciendo que me detenga y me vuelva para ver a mi captor.

—¿Te gustaría cenar conmigo? — dice Hugo con sus ojos clavados en los míos.

«¿¡Qué!?»

—¿Qué? Te acabo de decir que tengo una cita. Y aunque no fuese así, no iba a quedar contigo. No somos amigos Hugo. Hace años que no somos nada. — ahora mismo soy todo desprecio.

—Pero tienes que darme la oportunidad de explicarme. Ari, por favor... — y ese último por favor suena desesperado, casi como un ruego.

—¿Qué tengo que darte la oportunidad? Te lo di todo Hugo. Todo lo que tenía. Todo lo que era con diecisiete años. Y tú me lo pagaste largándote vete a saber dónde y vete a saber con quién. Sin despedirte y sin explicaciones. Así que lo siento, pero yo a ti no te tengo que dar una mierda.

Me suelto de su brazo de forma brusca y salgo a la calle, donde el frío aire de febrero me acaricia la cara. Inspiro fuerte, levanto la mirada buscando a Raúl y lo encuentro apoyado en una farola a unos cuantos pasos de la puerta. Está guapo, o eso creo. Porque en este momento todo me importa una mierda. Me recibe con un beso en la mejilla y un brazo que rodea mis hombros mientras empezamos a caminar calle abajo. El gesto es demasiado familiar para nosotros pero ni siquiera reparo en ello. Me habla del bar al que vamos y yo no entiendo nada porque tengo la mente en cualquier parte menos aquí. Sin pensarlo y de forma instintiva mi cabeza se gira hacia atrás buscando exactamente lo que me encuentro. A Hugo con las manos en los bolsillos y sus bonitos ojos cargados de rabia clavados en mí. Esta cita va a ser una mierda, lo presiento.

CAPÍTULO 11: LA “CITA”

—¿Verdad que sí? ¿Ari?

—Perdona ¿qué?

Es la tercera vez que Raúl me hace una pregunta y es la tercera vez que yo no tengo ni pajolera idea de sobre qué me está hablando. Desde luego esta cita no está yendo, ni de lejos, como me esperaba. Desde que enfilamos la calle de Bruma Publicidad y mi mirada se encontró por última vez con la de Hugo, ya no he podido centrar mi mente en ninguna otra cosa. Ni siquiera he sido consciente de donde estaba hasta que nos hemos sentado en una de estas mesas altas en un local del centro. El sitio no me suena de nada, aunque parece bonito. Todo está hecho de madera, desde la barra hasta las, al menos, doce mesas que lo decoran. En el techo hay una especie de vigas vistas, también de madera. Y de encima de la barra penden tres gigantescos barriles de cerveza que le dan un aire muy bohemio y clásico. Os aseguro que, si no fuera porque mi mente está muy lejos de aquí, ahora mismo estaría disfrutando mucho de la decoración. Y quizá también de la compañía.

—¿Te encuentras bien, Ari? — pregunta Raúl con tono preocupado. Madre mía, este chico tiene más paciencia que músculo, y ya es decir.

—Sí, sí. Lo siento, ¿qué me decías?

—Que la última tapa que nos han traído estaba muy buena, ¿no te parece?

—Eee...sí, claro, muy rica — contesto en tono distraído.

¿La verdad? No tengo ni la más remota idea de a que sabe ninguna de las tapas que nos han traído acompañando las cervezas. Sé que me las he comido porque mi plato está vacío, pero no recuerdo haberlo hecho. Como ya he dicho, ni siquiera soy consciente de cómo hemos llegado hasta aquí. Me encuentro de nuevo en ese estado de estar, pero no estar, que me mantiene sumida por completo en mis pensamientos, que son tan caóticos que ahora mismo no sabría ni deletrear mi nombre. Y es que Hugo siempre consigue que todo a su alrededor vuele por los aires. Es llegar él y ¡BUM! todo mi cerebro explota en miles de pedazos que me convierten en alguien incapaz de razonar más allá de sus ojos.

—Y ¿qué harás el fin de semana? — el pobre Raúl sigue intentándolo y eso es algo que le honra. Así que decido que es el momento de esforzarme por salvar lo poco interesante que pueda quedarle a esta cita.

—Es mi cumpleaños.

—¿De verdad? No lo sabía. ¿Y lo celebrarás de alguna forma especial?

—Mis amigos han montado algo, aunque no tengo ni idea de qué. No han querido decirme nada al respecto. Supongo que será una cena en algún sitio cutre seguida de una fiesta en algún sitio aún más cutre. — ¿se ha notado mi emoción ante la sorpresa de mis amigos? Pues eso.

—No te gusta mucho cumplir años, ¿no? — pregunta divertido.

—¡Al revés! Me encanta el día de mi cumpleaños. Lo que me hace menos gracia es dejar su celebración en manos de esos locos. Créeme, es un suicidio en toda regla.

—No será para tanto. Seguro que te lo pasas genial. — cómo se nota que no conoce a mis amigos cuando se ponen en plan «*súper organizadores de fiestas*».

Aún recuerdo la que montaron hace años en casa de los padres de Manu. Creo que su madre se pasó dos semanas sin dirigirle la palabra. Pero es que no era para menos con el destrozo que hicimos en su pobre salón. Y eso que solo éramos los de “la manada”, como Hugo solía llamarnos.

«Hugo». Ese fue mi primer y último cumpleaños junto a él. Aún recuerdo lo feliz que fui aquel dos de marzo, rodeada de mis amigos y con un estupendo chico de ojos verdes declarándome su amor eterno esa misma noche. Quien me iba a decir a mí que dos semanas después, mi mundo se vendría completamente abajo dejando tras de sí una estela de dolor y miedo, que difícilmente lograría superar.

Salimos del bar hacia las diez de la noche, y aunque Raúl insiste en que vayamos a tomarnos una copa rápida, yo decido que es hora de irme a mi casa y reencontrarme con mi gran amigo el helado y su eterna compañera, la cama. Bueno, hoy a lo mejor paso del helado. Creo que lo que necesito es dormir mucho y pensar poco. Solo espero que mi querido cerebro comparta la misma opinión.

Para mi sorpresa no tardamos ni quince minutos andando en llegar a mi portal. El bar en el que hemos estado se encuentra tan cerca de casa que me extraña no haber reparado nunca en él. Raúl me acompaña y espera paciente a que abra la puerta, no sé si por caballerosidad o porque espera algo de mí,

que no estoy segura de poder darle. Mis dudas se disipan en cuanto acerca peligrosamente su cuerpo al mío y su mano se ancla a mi cintura.

—Me ha encantado estar contigo esta noche Ari. Deberíamos repetirlo. — dice con una preciosa sonrisa en la cara mientras su otra mano me atrae un poco más hacia él..

Yo me quedo helada y no sé cómo reaccionar. Aunque tampoco tengo mucho tiempo para hacerlo. Cuando quiero darme cuenta los carnosos labios de Raúl están sobre los míos que permanecen completamente estáticos. Con su lengua, tienta mi boca tratando de hacer que se abra y yo, por más que me esfuerzo, soy incapaz de hacerla reaccionar. En cuanto es consciente de que un casto pico será lo único que conseguirá de mí esta noche, se aleja lentamente clavando sus ojos en los míos.

—Te llamaré —dice antes de empezar a caminar calle abajo.

Y por más que sé que no debería, a mí me suena a amenaza.

HUGO

En cuanto la boca de ese tío se estampa contra la de Ari, tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no correr y apartarlo de ella de un puñetazo. Pero no puedo hacerlo. Si la rubia se entera de que he estado toda la noche espionando su cita con ese gilipollas hormonado, acabará por ponerme una jodida orden de alejamiento. Y no sería tan descabellado. Pero es que por más que lo intento no soy capaz de mantenerme alejado de ella. Desde que nuestras miradas volvieron a encontrarse en la penumbra de aquel pasillo en el pub, supe que volvía a estar irremediabilmente perdido en ella. Si es que alguna vez había dejado de estarlo.

Nueve años. Nueve putos años han pasado desde todo aquello. Desde que la dejé plantada aquel viernes de marzo, sin más explicación que un escueto mensaje que ni siquiera tuve los huevos de enviarle a ella. Nueve años, en los que no ha pasado ni un solo día en el que no me haya culpado por haber sido el maldito cobarde más grande sobre la faz de la tierra. Pero tenía veinte años, joder. Y aunque yo me creía el puto rey del mambo, la situación acabó por superarme y no supe gestionarla en absoluto.

Pero lo he pagado caro. Vaya si lo he hecho. Estar sin ella todo este tiempo fue el mayor castigo que alguien podría haberme impuesto. Recordar, cada día, todos los instantes que compartimos aquellos escasos meses que pasamos juntos. Su risa, su forma de arrugar la nariz cada vez que se enfadaba o su jodida manía de mirarme siempre a los ojos haciéndome inevitable

perderme por completo en ellos. Imágenes que no he podido apartar de mi mente, porque eso significaría alejarla por completo de mi vida. Pero Ari ha sido durante mucho tiempo ese recuerdo que siempre he querido mantener vivo en mi cabeza. Como si, no olvidarla nunca, fuese la única puerta abierta para volver a encontrarme con ella. Y así fue. El destino volvió a ponernos en el mismo camino, aunque en puntos abismalmente separados.

«Y tan separados. Ahora mismo está morreándose con otro»

¡Maldita sea!

Lo sé, no tengo derecho alguno a sentir que alguien está tocando lo que es mío y es de locos estar aquí espiándola como si fuese un jodido desequilibrado. Pero en cuanto salimos del edificio de Bruma Publicidad y vi como ese capullo la rodeaba con su brazo, ya no fui capaz de irme a mi casa. Así que los seguí. Mientras ellos tomaban algo en aquel garito raro, yo les observaba desde la cristalera del bar de enfrente. Por suerte podía verlos bien, porque se habían sentado justo al lado de un gran ventanal.

¿Qué que esperaba conseguir portándome como un perturbado mental? No lo sé. Estar cerca de ella, supongo. Como si mi sola presencia pudiera hacer que la cita fuese una mierda. Y aunque sé que no tengo nada que ver, la sensación es de haberlo conseguido. En todo el tiempo que pasaron allí, Ari estuvo como ausente. Como si estuviera sumida en sus propios pensamientos sin importarle lo más mínimo lo que sucedía a su alrededor. La conozco lo suficiente como para saber que eso solo le sucede cuando algo le preocupa mucho. Y no sé por qué, pero tengo la sensación de que ese algo, soy yo. No sé, llámame perspicaz.

Joder, había imaginado nuestro reencuentro tantas veces...y en ninguna cabía la posibilidad de que me odiara de la forma en que lo hace. A ver, tampoco pensaba que iba a lanzarse a mis brazos nada más verme, pero después de tantos años pensé que la decepción y el cabreo conmigo se habrían disipado un poco. Lo suficiente como para poder retomar nuestra amistad, a pesar de que estoy seguro de que eso no sería suficiente para mí. Pero no me importaría, tenerla en mi vida es todo lo que necesito para sentirme satisfecho, aunque no pueda besarla o abrazarla como el cuerpo me pide cada vez que la veo. Pero después de ver el desprecio y el rencor que expresan sus ojos cada vez que me mira soy consciente de que la cosa es mucho más complicada de lo que yo podía imaginar. Y lo entiendo, pero me parte en pedazos por dentro. Ari es una persona demasiado especial, como para que su pequeño cuerpo albergue semejante cantidad de odio, y mi corazón late demasiado por ella

como para que me sea indiferente que lo sienta por mí. Pero, no voy a rendirme. Lo hice una vez y no ha sido una experiencia agradable. Lucharé con todo lo que tengo hasta que decida que está preparada para tenerme de nuevo en su vida. Y aceptaré lo que ella quiera darme. No puedo alejarme otra vez, ya no.

Miro de nuevo hacia el otro lado de la calle y veo como Ari se aparta lentamente de ese chico que la mira de una forma que me revuelve el estómago. Y eso es porque lo hace casi de la misma manera en que lo hago yo. Cuando creo que ambos darán el siguiente paso y entrarán juntos en el portal, el tío le dice algo y se da media vuelta enfilando la calle. Ella se queda mirando su espalda para, segundos después, cruzar la puerta y encaminarse escaleras arriba.

No puedo negar lo sorprendido que estoy, a pesar del desastre que parece haber sido la cita. Aun así, pensé que, tras el beso, él la sostendría de la cintura y ella le arrastraría dentro del portal hasta que llegaran al apartamento y... yo me quedaría aquí, esperando a que el tío bajase, para partirle las piernas con nocturnidad y alevosía. Bueno, o para darle una colleja y salir corriendo. A ver, no tengo ninguna queja sobre mi estado físico, pero el cabrón este es enorme.

En cuanto las luces del que, supongo que es su apartamento, se encienden siento unas ganas locas de acercarme, llamar al timbre y rogarle que me deje subir a explicarle mi historia. Pero la conozco demasiado, y sé que eso solo la haría sentirse acorralada. Y recuerdo muy bien lo poco que le gusta esa sensación. Así que aprieto con fuerza su regalo de cumpleaños en mi bolsillo y empiezo a caminar calle abajo con la cabeza hundida entre los hombros.

CAPÍTULO 12: NADIE ES INMUNE AL AMOR

«Vaya mierda de día, vaya mierda de noche y vaya mierda de cita» pienso mientras acabo de subir el último tramo de escaleras hacia mi rellano. Lo mire por donde lo mire, el día de hoy no hay por donde pillarlo. Bueno sí, que ya no tendré que trabajar más con el dichoso Hugo. Por lo demás, mejor me hubiese quedado vegetando todo el día en el sofá. Estoy exhausta física y psicológicamente y no veo el momento de meterme en la cama y dormir. O por lo menos intentarlo. Pero lo que necesito ahora mismo es paz, calma y mucho tiempo a solas con mis pensamientos. En cuanto subo el último escalón, abro el bolso y empiezo a rebuscar compulsivamente en su interior tratando de encontrar mis llaves.

¿Qué tendrán los bolsos eh? No sé si os pasará a todas, pero yo tengo la teoría de que dentro de cada uno de ellos vive un pequeño duendecillo minúsculo, que se dedica a mover de sitio lo que quiera que estés buscando, para que nunca lo encuentres a la primera. Si buscas el pintalabios, encontrarás primero: la cartera, el móvil, los clínex y hasta la diadema perdida de Ravenclaw. Todo lo que tienes dentro de él pasará por tus manos antes de que des con el maldito pintalabios. Y da igual el objeto, sea lo que sea, el puñetero duendecillo lo esconderá de ti hasta que termines blasfemando por lo bajini contra el que inventó los bolsos y toda su estirpe. Más o menos como estoy haciendo yo ahora mismo, porque lo he tocado todo menos las dichas llaves... Esas que ya no voy a necesitar porque acabo de darme cuenta de que la puerta de mi casa está entreabierta y se vislumbra una tenue luz en su interior.

Mi corazón empieza a bombear sangre a mis oídos y mi estómago se contrae por el miedo. Hay alguien en mi casa. Y no debería haber nadie, porque vivo sola y es evidente que yo estoy aquí fuera y no ahí dentro, y... no sé, estoy entrando en pánico. Mi cuerpo me grita que huya. Que le deje a quien esté dentro llevarse lo que quiera y que vuelva más tarde para no molestarle. ¿Qué va a llevarse de valor? ¿La tele, el portátil, mi DVD de Cincuenta Sombras de Grey?

«A la mierda, que se lo queden. No hay millonario con látigo que valga morir en mi propio salón rajada de arriba abajo.»

Pero mi cabeza, y la poca valentía que debo tener escondida en algún lugar discrepan de mi ataque de pánico y hacen que me arme de valor y entre en el vestíbulo lo más sigilosamente que soy capaz, antes siquiera de darme cuenta. Del paragüero de la entrada cojo mi bonito paraguas de propaganda del súper y lo empuño como si fuese el arma más mortífera sobre la faz de la tierra. Respiro hondo y empiezo a caminar hacia el salón tratando de evitar el tembleque que se ha apoderado de mis extremidades. En cuanto me acerco a la estancia, veo que la luz que vislumbraba desde el rellano es la de mi nevera. Una figura menuda y encapuchada rebusca con ímpetu dentro de mi frigorífico buscando vete a saber el qué. ¿Quién entra en casas ajenas a robar comida? Y lo que es más importante ¿Quién entra en casa de una solterona ejecutiva que pasa más tiempo en la oficina que en casa, a robarle de comer? ¿No hacen los ladrones un estudio previo de que pisos que allanar, para que su golpe sea efectivo? Porque, ya os digo yo que este de la nevera poco va a poder llevarse, porque está en las últimas.

Camino un poco más y entro en la cocina. El susodicho sigue de espaldas a mí y ni siquiera se ha percatado de que ya no se encuentra solo. Así que respiro hondo una vez más y recorro la poca distancia que nos separa y que es la que necesito para poder acertarle con mi arma improvisada en toda la cabeza. «Espero tener la fuerza necesaria para, por lo menos, tumbarlo de un solo golpe». Levanto el paraguas, aguanto la respiración y cuando estoy a punto de atizarle con todas mis fuerzas el encapuchado se gira y...

—¡Ahhh! ¡Ari, joder que susto! — dice sujetando una tarrina de helado contra su pecho, mientras se quita un auricular de la oreja — ¡Casi me da un infarto, coño!

—¿Qué casi te da un infarto a ti? ¿Y a mí qué, joder? Llego a casa por la noche y me encuentro la puerta abierta y alguien encapuchado hurgando en mi nevera. ¡Podría haberte matado, Bibi!

—¿Con un paraguas del Mercadona? — ríe mientras se acerca a la pared y enciende las luces de la cocina — Lo dudo. Si hubiese sido un ladrón de verdad, se hubiese quedado hasta con tu ropa interior.

—Cállate — le digo, porque sé que en el fondo tiene razón. Si hubiesen entrado a robarme de verdad me abrían desvalijado sin remedio.

Me acerco a la entrada, dejo el paraguas en su sitio y cierro la puerta. Cuando vuelvo al salón, Bibi está sentada en el sofá con las piernas cruzadas

como un indio y comiendo helado con los dedos. La miro con desaprobación y voy a la cocina a por una cuchara y un par de cervezas. Cerveza y helado, lo sé, la combinación es horrorosa.

—¿Qué haces aquí, por cierto? ¿No tienes casa? — le pregunto sentándome a su lado mientras le paso la cerveza y la cuchara. Ella coge la botella sin levantar la mirada y sigue con su comiendo el helado a su modo. No tiene remedio.

—Casa sí. Lo que no tenía era helado. Y como sé que tú siempre tienes un alijo en el congelador como si fueses una especie de traficante, he venido a robarte un poco.

Dice la frase de forma seria y cabizbaja, como si quisiese hacerse la graciosa, pero en realidad su humor se hubiese esfumado a la otra punta del planeta. Y eso me preocupa, si Bibi y su mordacidad caen lo haremos todos. Yo la primera.

—Y necesitabas el helado porque...

—Porque...me apetecía comer helado —responde con indiferencia tratando de desviar el tema.

—Venga Bibi, que es muy tarde para jueguecitos. ¿Qué ha pasado? — pongo un dedo debajo de su barbilla y la obligo a que me mire.

Ella posa sus ojos en los míos y en ese momento sé que estoy en lo cierto. Le ha pasado algo, y ha debido de ser algo gordo si la ha hecho sentirse así. La miro fijamente y trato de hacerle entender que estoy aquí, que puede contármelo y que además no pararé hasta que lo haga.

Ella toma aire y bebe un largo trago de su cerveza.

—Estoy jodida, Ari. Bien jodida. La he cagado a lo grande. — se levanta de un salto y empieza a pasearse nerviosa por el salón.

Yo no hablo, solo la miro. Sé que eso es lo que necesita en este momento. Que esté, pero sin estar. Para Bibi es muy complicado hablar de sus sentimientos. Le cuesta horrores expresar lo que siente cuando se encuentra mal o agobiada por algo. Hasta en eso somos polos opuestos. Yo necesito soltarlo todo y para ella supone un esfuerzo terrible hacerlo. Así que esto es lo que necesita ahora. Ir a su ritmo.

—Fue hace unos meses. Empezó como un tonto inofensivo. Nos mirábamos a escondidas, nos pinchábamos el uno al otro, nos vacilábamos... Cosas sin importancia. Pero unas semanas después, en aquella conferencia en Santander todo se volvió más real. Tras las charlas, varios del trabajo salimos a tomar unas copas y cuando nos dimos cuenta nos habíamos quedado solos.

Bebimos más de la cuenta y acabamos en mi habitación. A penas recuerdo nada de aquello, joder. Solo que al día siguiente él estaba allí tumbado. Con su pelo castaño revuelto sobre la frente y sus kilométricas pestañas pegadas a sus mejillas.

Se pasa las manos por la cara nerviosa en un gesto de incredulidad y desasosiego que jamás había visto en mi mejor amiga. No para de moverse por toda la estancia y ni siquiera es capaz de mirarme. No sé de quién habla, pero desde luego es de alguien que le gusta mucho.

—En cuanto se despertó, su cara era de pura vergüenza. Recogió sus cosas de forma atropellada y se largó de la habitación sin decir nada. No me importó, lo juro. Sabía que lo que habíamos hecho estaba mal y esperaba que nunca más tuviéramos que hablar del tema. Así que cuando volvimos a Barcelona, ambos hicimos como si nada hubiese pasado. Hasta semanas después cuando él me envió un mensaje diciéndome que no podía dejar de pensar en mí y que necesitaba verme. Y nos vimos y lo hicimos otra vez. Y así empezó todo. Solo era sexo, y nadie podía saberlo. Pero ahora...joder. — se sienta derrotada en el sofá, apoya los codos en las rodillas y hunde la cara en las manos. Decido intervenir por primera vez.

—¿Y ahora qué Bibi? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño?

—No. Sí. No lo sé. Creo que yo misma me lo he hecho. Me autoconvencí de que solo éramos amantes y hasta hace unas semanas funcionó. Pero...

—Te has enamorado de él —termino yo la frase por ella, porque estoy segura de que eso es lo que pasa. Bibi se ha enamorado de alguien del que cree que no debe hacerlo. Su barrera sentimental se ha hecho añicos y ni siquiera sabe cómo lidiar con su propio corazón.

Me pongo a su lado y rodeo su cintura con mis brazos acercándola a mi cuerpo. Ella apoya la cabeza en mi hombro y respira profundo tratando de contener las lágrimas que se agolpan en sus ojos. Y creedme cuando os digo que esa es la visión más perturbadora de mi vida.

Bibi es la fuerte del grupo, la que todo le da igual y la que piensa que el amor y los sentimientos son una pérdida de tiempo si no son dirigidos a tu familia y a tus amigos. Bibi es la que, si te ve sufrir por un chico, te da un guantazo y te dice que eres gilipollas, antes de dejarte su hombro para llorar. Pero nadie es inmune al amor, por mucho que su propia vida se le vaya en intentarlo. Aunque te dediques a ir de flor en flor, como un abejorro adicto al néctar.

—¿Por qué no hablas todo esto con él, cielo? ¿A lo mejor siente lo

mismo? — digo acariciando con ternura su bonita cabellera rubia.

—No lo siente, Ari. Y nunca podrá sentirlo. Para él solo soy una de tantas con las que se divierte, mientras...mientras...

La voz se le rompe y las lágrimas vuelven a deslizarse por sus mejillas sin que sea capaz de detenerlas.

—¿Mientras qué? ¿Qué es lo que os impide estar juntos Bibi? A lo mejor son solo cosas tuyas y él también quiere estar contigo, a lo mejor tiene miedo de dar el paso, o está...

—¡Está casado Ari! ¡Y encima es mi jefe!

Oh, mierda...

CAPÍTULO 13: TU, SOBRE TODO, NO TE ENFADES

3 de junio de 2008

Hace frío. Aún debajo de todas estas mantas y estando ya en junio, mi cuerpo es como un carámbano de hielo que no puede dejar de temblar. Hace rato que no siento los pies y mis manos van camino de correr la misma suerte, sin embargo, es una sensación agradable. Cualquier cosa que me haga sentir que estoy viva lo es. A estas alturas, agradecería incluso sentir todo el dolor y el miedo que sé que tengo en mi interior. Que se haga real. Que me haga real a mí. Pero no puedo. O no quiero.

Según dice la doctora López, mi diagnóstico inmediato es que me he rendido. Que no tengo la más mínima intención de esforzarme en mejorar, y que ante eso ella no puede hacer nada. Y tiene razón, es imposible ayudar a alguien que no quiere ser ayudado. Y yo no quiero serlo. O sí, no lo sé. Las últimas semanas han sido como vivir en un continuo limbo en el que no sé qué hacer con mi vida. Una parte de mí, una muy pequeña, quiere luchar. Ser valiente, liarme la manta a la cabeza y resurgir con mucha más fuerza que antes. Pero hay otra, la más fuerte y poderosa de las dos, que prefiere seguir sumida en su burbuja particular de insensibilidad y mutismo absoluto. Y de momento la segunda es la que va ganando. No sin mi ayuda, claro está. ¿Pero, para qué voy a luchar? No merece la pena, yo no merezco la pena. Nada la merece ya. Todo es mucho más sencillo en la soledad de mi habitación, sin que nadie me moleste intentando convencerme de que tengo que ser fuerte. No quiero serlo. No sirve de nada. Por muy fuerte que uno sea, siempre habrá alguien capaz de derribar tus murallas y arrasar con todo lo que hay dentro. Te retorcerás e intentarás ser valiente, pero nunca será suficiente.

Lo sé. Todos esos pensamientos solo pueden llevarme al fondo más hondo del maldito agujero. Y no solo a mí, sino a todos los que me rodean. Porque en el pozo en el que estoy sumida no solo vivo yo, sino que he

arrastrado hasta aquí abajo, a mucha otra gente que tan solo ha tenido la desgracia de sentirse unida a mí. Pero no sé qué hacer, no sé cómo quitarme esta coraza en la que no siento nada más que frío y apatía hacia todo lo que me rodea. Ni siquiera soy capaz de llorar. Es como si lo que ocurrió hace siete semanas se hubiese llevado mi habilidad para expresar algún sentimiento o articular alguna palabra. Como si de repente me hubiese convertido en poco más que un contenedor vacío carente de capacidad alguna para ser persona. Por eso me gusta tanto la soledad. Evita que me plantee qué sentido tiene seguir viviendo sin saber siquiera cómo hacerlo.

A veces recibo visitas. En realidad, muchas más veces de las que me gustaría. Los que vienen son sobre todo Bibi, Lara, Manu y Carlos. Por lo visto la manada ha permanecido unida a pesar de que su líder haya salido por patas y a la primera dama se la haya ido la olla. Lástima que ahora mismo me importe más bien poco. Por suerte para mí, ninguno de ellos vive en la ciudad durante el año académico, así que solo vienen a verme ciertos fines de semana concretos. Bibi y Manu viven en Barcelona juntos, pero no revueltos. O eso aseguran siempre. Ella estudia segundo de derecho y él se gradúa este año en no sé qué ingeniería de electrónica e informática. Lara acaba de terminar un módulo de administración y finanzas que junto con el que ya tenía de secretariado le ha servido para encontrar un curro aburridísimo pero muy bien pagado en Bilbao. Y Carlos, que no quería separarse de su novia y que tiene menos oficio que un hippie de los setenta sin maría, se ha ido con ella a ver si encuentra algo que le llene a lo que dedicar su vida. Así que, por suerte, durante la semana puedo respirar tranquila porque sé que ninguno de ellos vendrá a mi bunker a trastocar mi tranquilidad.

El que sí lo hace a menudo es mi hermano, que desde lo mío ha vuelto a instalarse en casa junto con Miriam. No entiendo muy bien por qué, pero supongo que para que le sea mucho más cómodo taladrarme la sesera con sus teorías de la fuerza, la superación y la lucha. Miriam, en cambio, es más de hacer como si no me hubiese pasado nada y siguiera siendo aquella chica alegre de hace unas semanas. Viene a mi cuarto y se tira horas sentada en la cama contándome un montón de cosas cotidianas que ni estando bien me habrían interesado. Sin embargo, es a la que más soporto, con ella me olvido por un momento de que no estoy haciendo lo correcto y me centro simplemente en desconectar de las historias insustanciales que se dedica a contarme.

Todo esto lo sé, porque, a pesar de evitar cualquier interacción social con la gente hay una parte de mí que no logra desconectar del todo de los demás. Creo que es la misma que se empeña en seguir luchando a pesar de todo. Esa que sigue intentando brillar entre la niebla oscura de mi mente que en este momento está corrompiéndolo todo. Pero no sé cómo potenciarla, no sé cómo darle todo el poder para que empiece a iluminar mi camino de nuevo. Ese es el motivo por el que paso los días encerrada sola en mi cuarto. Para mí es mucho más sencillo abandonarme a la sensación de que no hay vuelta atrás. De que Ariadna Robles ha muerto y que intentar resucitarla es una auténtica pérdida de tiempo porque, ni siquiera ella, sabe si está preparada para volver a la vida y enfrentar todo lo que ello conlleva.

1 de marzo de 2016

Me revuelvo en la cama y me arrebujó un poco más bajo mis suaves sábanas de invierno. Hace frío. Tengo los pies tan fríos que no sé si son míos o del vecino de al lado, pero me niego en redondo a despertarme ya y ponerme a funcionar. Ya me levanto lo suficientemente temprano durante toda la semana como para que el maldito frío me obligue a hacerlo también un sábado.

¡Aggg! ¡Estoy harta de esta comunidad de vecinos! Pagamos un dineral al mes, para que llegue el invierno y pongan la calefacción comunitaria solo dos jodidas horas al día. Los pingüinos en el polo norte tienen más calor corporal que yo por las mañanas en este piso del centro de Barcelona. Además, a noche Bibi y yo estuvimos charlando y bebiendo cerveza hasta las tantas de la madrugada. Ella lo necesitaba y yo necesitaba sentirme, por una vez, como la amiga que apoya y no la que es apoyada. Y aunque al final a la única conclusión que llegamos fue a que ella debía cortar por lo sano con esa extraña relación con su jefe, nos pasamos media madrugada en vela. Así que no, no quiero madrugar hoy también.

Doy otra vuelta y alcanzo mi móvil de la mesilla para comprobar que, efectivamente son las diez de la mañana. Suspiro. «Maldita sea». Aparto las mantas y salgo corriendo hacia el baño a enchufar el calefactor eléctrico que me regaló mi padre hace unos años. Cojo el albornoz para abrigarme y voy a la cocina a prepararme un café bien caliente mientras el baño termina de descongelarse.

Media hora después estoy a punto de meterme en la ducha cuando oigo como Animals de Maroon Five empieza a sonar desde mi cuarto. «Mierda»

Corro hasta allí, solo abrigada por la toalla y al llegar ya estoy temblando de frío. Cojo el móvil y veo la cara del idiota de Manu en la pantalla guiñándome un ojo. ¿Quién sigue poniendo fotos a sus contactos? Nadie. A menos que tengas un mejor amigo imbécil que se sabe tu clave de desbloqueo.

—¿Qué coño quieres, Manuel?

—Buenos días a ti también, Ariadna — responde con sorna. «Quién me mandará empezar siempre con el juegucito de los nombres completos.» — Veo que sigues tan maja como siempre.

—Y yo veo que sigues teniendo la misma gracia que siempre, cero. — Manu se ríe al otro la de la línea.

Para los que no os acordéis, Manu era uno de los dos chicos que acompañaban a Hugo la noche en la que lo conocí. Y tras su marcha, tanto él como Carlos, que es el novio de Lara y era el otro amigo en cuestión, se quedaron con nosotras convirtiéndose en una parte muy importante de nuestras vidas. Nunca podré agradecerles lo suficiente a ambos, lo mucho que me apoyaron cuando todo aquello pasó. Sobre todo, a Manu, que me hizo abrir los ojos de una forma que ni siquiera mis amigas de toda la vida o mi familia consiguieron. Por eso lo adoro. Porque es probable que, sin él, yo aún siguiera en aquella burbuja de autocompasión y mutismo en la que sumergí con dieciocho años. Y no, ni es gay ni nunca jamás nos hemos enrollado. «Puajj, que asco». Para mi Manu es como mi segundo hermano. Ese al que chincho todo el rato y que me aporta el punto de locura justo para que no convertirme en una señora de noventa años con solo veinticinco.

—¿Qué estás haciendo? — pregunta con una vocecilla infantil, como si fuera lo que más le apetece saber en el mundo.

—Morirme de hipotermia. Me has pillado a punto de entrar en la ducha y estoy temblando en toalla en medio de mi habitación.

—Pues mira tú que bien. Mi sentido de la oportunidad sigue intacto.

—Oye ¿me has llamado solo para tocarme las narices, o querías algo más? Porque si era solo eso, puedes darte por contento y así yo llegaré a cumplir los veintiséis con todos los dedos de los pies intactos. — su risa resuena a través del auricular y yo tengo ganas de estampárselo en la cabeza.

—Que exagerada eres, hija. Solo quería saber si te apetece que comamos juntos. Mi ligue me ha fallado y no tengo una mierda en la nevera.

—¡Ah! O sea ¿qué llamas a tu mejor amiga para comer, solo porque alguna de tus veinteañeras tetonas te ha dado plantón y no tienes ganas de hacerte la comida? Eso está muy feo, Manuel. — digo haciéndome la ofendida.

A estas alturas estoy más que acostumbrada a este tipo de llamadas.

—Ariadna, yo te quiero, pero tus tetas no me ponen en absoluto. Así que no creo que pudieras satisfacerme del mismo modo que esas veinteañeras. Tendrás que conformarte con invitarme a comer.

—¡Ah! ¿Qué encima invito yo? Tienes más cara que espalda, Manu.

—Ya, pero te encanta mi cara y me quieres un huevo, así que ¿a qué hora y dónde?

—En el Viana a las dos. Y más te vale ser puntual. —y cuelgo sin despedirme porque es ya como una especie de ritual entre nosotros y porque además creo que se me han congelado ya dos dedos del pie derecho y van a tener que amputármelos.

* * *

Son más de las dos y media y el imbécil de Manu aún no se ha dignado a aparecer por el restaurante. No sé de qué me extraño. Si hay alguien en el mundo capaz de superar mi falta de puntualidad ese es Manuel Seoane. La última vez que quedamos todos para cenar, apareció cuando ya íbamos por la tercera copa de la noche. Creo que ha batido todos los récords de impuntualidad que existen en el mundo. He intentado llamarle dos veces, pero me sale apagado, así que no me queda más remedio que quedarme aquí sentadita, con mi copita de vino y mi cara de perrito abandonado, mientras espero a que aparezca.

A las tres y cuarto el camarero ya me ha preguntado dos veces que si quiero ir pidiendo y lleva un rato mirándome con cara de: «a esta pobre la han plantado y no se ha dado ni cuenta». Y lo cierto es que desde fuera debo de parecer la típica desesperada que se queda más de una hora esperando a que aparezca su cita cuando está claro que el muy capullo no tiene la más mínima intención de aparecer. «Voy a matarle en cuanto entre por la puerta. O bueno... después de comer. ¡Qué hambre, coño!»

Estoy pensando en todas las maneras en las que pienso torturarlo por hacerme esperar tanto, cuando se abre la puerta del restaurante y Manu entra con toda la chulería del mundo como si llegase con, al menos, diez minutos de antelación.

«Que guapo es y qué creído se lo tiene, el mamón».

Se quita sus gafas de sol wayfarer con cristales de espejo, se pasa una mano por el pelo y enfoca la vista buscándome. Da conmigo y empieza a

caminar hacia a mí, con una sonrisa que me apetece mucho borrarle de un guantazo. No le doy tiempo ni siquiera a saludar.

—¿¡Se puede saber qué horas son estas!?! Llevo más de una hora esperándote, Manuel.

—Buenas tardes a ti también Ariadna, me alegro de verte. Yo muy bien, gracias por preguntar. — se sienta tras quitarse la chaqueta y bebe un trago de mi copa de vino, que debe de ser ya la segunda. O la tercera. O... yo qué sé, estoy muy enfadada.

—Quedamos a las dos y son las casi las tres y media, joder. ¿Te crees que no tengo más vida, que tirarme el día entero esperando a que te salga del pie aparecer? — bueno, tampoco es que tenga gran cosa que hacer hoy, antes de lo que Bibi haya decidido hacer esta noche.

Y es que yo saber no sé nada a ciencia cierta, solo que dejé caer un par de veces que no hiciese demasiados planes para hoy. En fin, sea como fuere, no me gusta esperar. Es irónico, dado mi historial, pero es la verdad.

—¡Pero si tú eres la reina de la impuntualidad y siempre llegas tarde a todos los lados! — dice mientras se ríe en mi cara.

«Estaría feo que le clavase un tenedor en el ojo, ¿verdad?»

—Eres gilipollas — sentencio escondiéndome detrás de la carta del menú para evitar así asesinar a mi mejor amigo en medio de un local atestado de familias felices —¿Podemos comer de una jodida vez?

Entiendo su silencio como un sí. Así que tras hacer como que me pienso unos minutos que elegir (cosa que ya he hecho hace una media hora), llamo al camarero con un gesto de la mano. El chico se acerca rápidamente y anota nuestro pedido para luego irse incluso más rápido de lo que llegó. Eficiencia exquisita. Igual que en la cocina, puesto que nuestros platos llegan solo quince minutos después. Lo cual, agradezco en el alma porque estoy a punto de comerme el mantel a *bocaos* del hambre que gasto.

Una hora y media después, me despido de Manu en el portal de mi casa. Le he dicho si quería subir y tomarse unas cervezas, pero tenía una prisa del demonio tras recibir un mensaje en el móvil hace diez minutos. No necesito preguntarle qué es eso tan urgente que tiene que hacer de repente. Me lo contaría con pelos y señales y una lleva demasiado tiempo a dos velas. Bastante he aguantado ya con sus batallitas durante la comida. ¿Qué necesidad tenía yo de saber que una tal Agatha de 23 años, lleva un tatuaje de un hámster con un lazo rosa en donde la espalda pierde su santo nombre y que es muy

entretenido de ver en ciertas situaciones? Ya os lo digo yo. Ninguna. Ni la más mínima. Cero, cero, cero. Menos de cero. Pues nada oye, que se empeñó en contármelo. Y eso que le pedí dos veces que no lo hiciera. Coño, si hasta me tapé los oídos con las manos en plan niña de cinco años recitando aquello de «habla chucho que no te escucho». Y, aun así, me enteré. Maldito Manu.

Así que, aquí estoy. El día antes de mi cumpleaños, a las seis de la tarde, tirada en el sofá viendo una de esas películas cutres que echan por la tele los fines de semana. Entretenido ¿eh? Pues no. Todos sabemos lo malas que son esas películas, así que estoy más aburrida que los monos del zoo. He intentado llamar a Bibi dos veces, pero no me lo ha cogido. Y podría haber llamado a Yanira pero, este fin de semana se iba al pueblo a ver a sus padres y como que le pillaba un poco a desmano. Y...ya está. No tengo más amigos en esta ciudad, así que me toca morirme del asco hasta que Bibi se decida a dar señales de vida.

* * *

Me despierto con el timbre de la puerta que alguien está tocando como si el mundo se estuviese acabando en nuestro edificio. No sé en qué momento me quedé dormida, pero la peli cutre que estaba viendo ha mutado en Piqueras hablando de lo jodido que está el mundo. Así da gusto despertarse. Me levanto del sofá y voy hasta la puerta limpiándome la babilla y restregándome la legaña.

En cuanto la abro, veo a Bibi vestida de infarto y con un peinado y un maquillaje impolutos. Joder. Si fuese un tío pensaría que aún estoy soñando. Lleva un vestido verde botella ajustado, con un poco de «*brilli, brilli*» bajo el escote (bueno, sí, pedrería, pero a mí me gusta llamarlo *brilli, brilli*) y que le llega a medio muslo. Unos tacones altísimos y su estupenda melena rubia ondulada sobre uno de sus hombros. Está tremenda.

—¿Aún estás así? — pregunta mirándome con mala cara mientras pasa a mi lado y se va hacia el salón.

«Bienvenida Bibi, anda pasa no te quedes en la puerta» pienso, que no digo.

—¿Así como?

Vale, es obvio que se refiere a mis pintas, pantalones de pijama viejos, camiseta de los Ramones aún más vieja y moño en lo alto de la cabeza. El colmo de la elegancia y la sofisticación, vamos. Lo que no sé es porque

debería estar vestida de otra forma o porque ella va vestida para ir a una boda. Cuando llega al salón deja el bolso y el abrigo en el sofá y se gira para mirarme con cara de: «tengo una amiga lerda». La tiene, no lo dudo, pero es Lara.

—Así, sin arreglar. Vamos a llegar tarde, Ari.

—¿Tarde a dónde? — vale, por la mirada que me ha echado ahora, creo que su amiga poco espabilada soy yo.

Pero joder, no sé de qué coño me habla. No habíamos quedado. ¿O sí? No, no puede ser. Soy un poco despistada para todo, pero me extraña que se me haya olvidado una cita para salir de fiesta. Ella había insinuado algo, ya lo he dicho, pero nada en firme.

—¿No has leído mi mensaje?

—Pues es obvio que no, Bibiana. — ups, se me ha escapado.

Y no os lo he contado, pero Bibi odia su nombre completo. Manu le hace lo mismo que a mí, y a veces la llama de ese modo, y hemos tenido broncas muy gordas por el estúpido jueguecito de los nombres completos. Para ella es como nombrar al anticristo. Se le oscurece la mirada y te mira como si estuviese maquinando donde va a esconder tu cadáver después de asfixiarte con la correa de su bolso. Le falta echar espuma por la boca, para ser la niña del exorcista versión 2.0.

—No me toques los cojones, Ariadna. Te he mandado un WhatsApp hace un par de horas diciéndote que pasaría a recogerte a las nueve para irnos a celebrar tu cumpleaños.

—Joder, me he dormido y tenía el móvil en silencio. Lo siento — digo poniéndole mi mejor carita de pena. Cuando éramos crías funcionaba muy bien, ahora un poco menos. Así que decido irme corriendo a la ducha, mientras le prometo que en media hora estaré lista. «No me lo creo ni yo».

Diez minutos después, salgo del baño en toalla y con el pelo chorreando. Me he lavado la cabeza tan rápido que dudo que me haya quitado bien el champú. Pero no tengo tiempo. Sé que me llevará una eternidad escoger el modelito y tengo que aligerar en otras cosas, como aclararme bien, por ejemplo. Cuando entro en la habitación, me encuentro a Bibi plantada frente al armario con una cerveza en la mano y mirando fijamente en su interior. No sé qué es lo que ve, pero le hace fruncir el ceño.

—Tienes un montón de cosas negras. Qué aburrido. — dice sin siquiera mirarme.

—A mí me gusta. Y para el trabajo es lo mejor.

—Si eres enterrador o trabajas en una funeraria, sí. Pero para trabajar en marketing te vendes fatal por los ojos, ¿lo sabías? — ¿ojos? Los ojos como platos tengo ahora mismo. ¿Me está llamando sosa?

—Tengo cosas muy bonitas y muy sexis, aunque sean negras. — digo en tono borde.

Estoy indignadísima, enserio. Me encanta la moda y creo que tengo un estilo muy bohemio vistiendo. Pero el negro es siempre un acierto. Combina con todo, es elegante y además estiliza. ¿Qué más quiero?

—Ya. Bueno, y algo de color para hoy, ¿tenemos?

No espera ni a que le conteste para ponerse a apartar perchas como una jodida desquiciada que necesita una mota de color para seguir respirando. ¿Qué llevaba esa cerveza?

Al cabo de dos minutos que, en toalla en medio de una estancia helada se hacen eternos, se para y saca un vestido, que juro por dios que no sabía ni que estaba ahí. De hecho, no sé ni si lo he comprado yo porque no me pega en absoluto. No porque no me guste, conste, sino porque yo voy a lo seguro, ya lo he dicho. Cosas que me sirvan para trabajar y para salir. Dos en uno. Y el que sostiene Bibi en la mano no parece muy de ir a la oficina. Es un vestido color granate con mangas de encaje y falda de corte a la cintura y a medio muslo. Lo que lo hace diferente, y lo convierte en no apto para la oficina, es el pronunciado escote en V que calculo que terminará unos tres dedos por encima del ombligo. Madre mía. ¿Cuándo me he comprado yo eso?

—¡Este es perfecto! — chilla Bibi mientras lo deposita con cuidado encima de la cama — No parece muy tú. Pero te quedará genial. ¿Qué zapatos tienes para ponerle?

—Eh,eh,eh...para el carro muñeca. No pienso ponerme eso. Hace un frío del copón, Bibi. Además, ni siquiera sé qué hace ahí o en que estaba pensando cuando me lo compré.

—Por eso es perfecto, porque no pensabas cuando te lo compraste. Tiene que quedarte estupendo, Ari. Y de la temperatura ni te preocupes, dentro del local no hace frío. Pruébatelo al menos.

Y lo hago, pero porque quiero demostrarle que no me queda bien en absoluto ese precioso vestido. No porque tenga curiosidad por verme de esa guisa o porque su cara de pena sea más efectiva que la mía. Me quito la toalla, me pongo la ropa interior adecuada y me lo pruebo. Me acerco al armario y cojo (por coger) mis Manolos para ver el efecto completo, me acerco al

espejo y...

¿Sabéis lo que pasa ahora no? Pues sí, el jodido vestido me sienta de cine. Creo que no me he visto yo tan sexy y guapa en toda mi vida. El escote, a pesar de ser pronunciado, es muy elegante y mis pechos, a pesar de ser bastante grandes se adaptan perfectamente a esa tela del demonio. Lo tengo que admitir, me veo guapísima. Y eso que estoy con el pelo mojado y sin una gota de maquillaje. Si hasta los Manolos parecen haber sido elegidos a propósito para este jodido vestido. Bibi lo deja claro.

—Dios mío, Ari, estás preciosa. Tienes que recibir los veintiséis así de deslumbrante, cariño. — y por mucho que lo niegue, tiene razón.

Nunca, en mi vida me he visto así de guapa. Sí, me arreglo y a veces voy sexy, pero nada comparado con esto. Ahora mismo, aquí, mirándome en este espejo de cuerpo entero, me veo a mí misma de nuevo. No a esa Ari que siempre va formal o elegante porque así se evita comprar dos tipos de ropa y aprovecha la del trabajo para salir y viceversa. No. Veo a la Ari de verdad, a la que le gustaban los colores, las faldas largas con estampados en verano y las bufandas extra grandes en invierno. La que tenía un armario variopinto y alocado, como ella. ¿En qué momento he dejado de ser yo de esta manera?

Tras decidir que sí, que ese era el vestido que me pondría hoy, me he puesto a terminar de arreglarme mientras trataba de interrogar a Bibi acerca de lo que íbamos a hacer, y me ha entrado miedo. No solo porque no ha querido soltar prenda, sino porque me ha dicho que en el taxi debe vendarme los ojos para que no sepa a donde voy y sea una sorpresa. Y ¿sabéis qué? Que eso acojona mucho. Porque Bibi será mi mejor amiga y parte fundamental de mi vida, pero dejar que se convierta en mis ojos cuando ella no sabe ni donde tiene los suyos, es ya harina de otro costal. Así que, sí, temo empezar los veintiséis en la sala de espera de urgencias y con los piños en la mano. Además, durante todo el tiempo que le he estado preguntando sobre nuestra noche no ha parado de repetirme que, por favor, no me enfade. Y que lo diga una vez vale, porque no sé qué locura habrá preparado, pero a la cuarta ya me empiezo a mosquear.

En fin, que cuando me monto en el taxi y Bibi me venda los ojos, estoy al borde del paro cardíaco. Y que el conductor vaya como si se estuviese meando y necesitase urgentemente un lavabo, no ayuda demasiado. Mi temor de acabar en urgencias en mi cumpleaños aumenta de forma exponencial.

Cuando llegamos, calculo que habrán pasado unos quince minutos, aunque con la venda en los ojos es difícil asegurarlo. O yo me oriento como el

culo sin poder ver o Bibi me ha apretado demasiado la venda y empiezo a estar escasa de oxígeno en el cerebro.

—Quédate aquí un segundo, ahora vuelvo. Y no te quites la venda. — dice mientras oigo sus tacones perderse en la lejanía y yo me quedo aquí plantada.

¿Me ha dejado sola y ciega en medio de la acera? Pues eso parece, porque oigo a los coches ir y venir a mi espalda.

«Un cuadro tengo que ser ahora mismo».

Unos minutos después alguien me agarra del brazo y del susto que me llevo, casi le hago una de mis perfectas llaves de kick boxing.

—¡Eh! Tranquila fiera, que soy yo — dice la voz divertida de Bibi que, por lo visto, se ha dignado en volver — Joder, que peligro haberte mandado a esas clases de defensa.

—Coño, me dejas sola en medio de la calle, con una venda en los ojos y alguien me agarra del brazo...que quieres que te diga —respondo molesta.

—Vale, vale, lo pillo. Tú sobre todo no te enfades. Veas lo que veas, ¿vale?

—Joder Bibi, me estás acojonando. ¿Dónde me has traído?

—Ahora lo verás...— y suena tan poco convencida que tengo ganas de volver corriendo a mi casa y meterme bajo las sábanas. Celebrar los cumpleaños está sobrevalorado.

Me agarra con firmeza del brazo, como si pudiese leerme la mente, y comenzamos a caminar hasta que el sonido de nuestros tacones empieza a hacer eco. Aquí dentro no hace frío y tampoco se oye el ruido de los coches, así que imagino se tratará de algún tipo de restaurante o local. Lo único que me escama es el absoluto silencio únicamente interrumpido por nuestros pasos resonando en la plaqueta del suelo. Tras unos segundos caminando, Bibi se para, haciendo que yo me detenga también. Se queda a mi espalda y con cuidado de no despeinarme, empieza a desatar el nudo de la venda que aún me mantiene ciega.

La venda cae y entonces...

—¡SORPRESA!

...se desata el caos absoluto. La oscuridad desaparece y ante mí tengo unas veinte personas mirándome sonrientes y lanzando confeti al aire como si el mundo se fuese a acabar.

No puede ser... ¡Me han preparado una fiesta sorpresa! ¡Y están todos mis amigos! Manu, Lara y Carlos. Yanira, que por lo visto no se ha ido al

pueblo y hasta Raúl. Este montón de gente está aquí, por mí. Para compartir este día tan especial conmigo. No puedo ser más afortunada. Si hasta veo a algunos de mis compañeros del trabajo y del gimnasio. La sonrisa se acentúa en mi cara y me quedo tan impresionada que no sé muy bien cómo reaccionar. Así que decido mirarlos bien a todos tratando de transmitirles toda la gratitud que siento hacia ellos en este momento.

Es entonces cuando noto lo inmensamente familiar que me es el sitio en el que estamos. Un local nuevo, de aspecto futurista y con una decoración que reconozco sin ni siquiera tener que esforzarme en saber de qué. Y eso es porque yo he estado muchas veces antes, aquí. Yo he sacado unas fotos hace unos días, aquí. Yo he vuelto a reencontrarme con mi pasado...aquí.

CAPÍTULO 14: EL MALDITO PASILLO...OTRA VEZ

Mi cara debe ser un absoluto poema en este momento. No es posible. No puede ser que me hayan organizado una fiesta sorpresa justo en este lugar. En la mismísima guarida del lobo. ¿Pero qué clase de amigos tengo? ¿Cómo han podido pensar ni por un momento que me sentiría cómoda celebrando mis veintiséis años en este sitio? Tengo que salir de aquí. A la mierda la fiesta y a la mierda todo. Giro sobre mis talones dispuesta a marcharme cuando el torso firme y perfumado de Manu se interpone en mi camino.

—Déjame pasar, Manu — digo entre dientes mirándolo con toda la furia que ahora mismo tengo dentro.

—No vas a ir a ninguna parte. Y deja de comportarte como una loca que nos está mirando todo el mundo.

—¡Me importa una mierda quien nos mire! Quiero salir de este sitio.

—Pues debería importarte, joder. Esta gente está aquí por ti y tú estás montando un espectáculo. — supongo que tiene razón, pero ahora mismo me importa muy poco.

—Te dije que se lo tomaría fatal — interviene Bibi mirándonos alternativamente a los dos con cara de preocupación. Me parece genial que al menos uno de ellos parezca conocerme un poco.

Antes de que me dé tiempo a soltarle algo irónico a mí, supuesta, mejor amiga, Manu ya me está arrastrando hacia la salida mientras se escusa con el resto de invitados alegando que estoy un poco abrumada.

¿Un poco? Estoy muy abrumada, joder, pero por los motivos equivocados. Salimos fuera y el aire puro me ayuda a recuperar un poco la compostura a pesar de que mi cabreo lo único que hace es cobrar fuerza.

—¿¡Se puede saber en qué cojones estabais pensando?!

—No, ¿se puede saber en qué cojones estás pensando tú? — me espeta Manu, que sinceramente, no tengo ni idea de porqué está tan cabreado.

—¿Perdona? Es su local, Manu.

—¿Y qué? Él no está, ni tampoco va a aparecer en toda la noche. ¿Te crees que no te conocemos una mierda para no dejar atadas ciertas cosas?

Creo que eres tú la que parece no conocernos a nosotros.

—¡Podrías haber elegido otro sitio, joder! Anda que no habrá locales en todo Barcelona. — digo enfadada mientras empiezo a pasear por la acera para intentar calmarme.

Manu me mira con mala cara y temo que se avecina alguna de sus frescas. De esas que suelta sin pensar y que hacen mucho daño. Aunque esa sea la última de sus intenciones. Por suerte Bibi interviene antes de que la sangre llegue al río.

—Lo intentamos Ari. Pero teníamos este local contratado desde hace más de un mes y para cuando me contaste quién era el dueño ya estaba casi todo organizado. Nosotros en ningún momento tratamos el alquiler con el jefe sino con una de sus empleadas. Así que al saber que era de Hugo intentamos buscar otros sitios en los que poder hacer la fiesta. Pero esto es Barcelona, cielo. Y aunque, como bien has dicho existen miles de locales, nos fue imposible encontrar uno que accediera a cerrar un sábado y que nos permitiera subcontratar un catering para el tema de la cena. Todos nos exigían trabajar con los que ellos tenían y nosotros con el nuestro ya no podíamos echarnos atrás. Así que vinimos aquí y exigimos hablar con el dueño.

—¿Lo habéis visto? — la interrumpo mirándolos alternativamente a ambos. Pero es Manu el que decide contestar.

—Sí, lo hemos visto. Se llevó una sorpresa importante al encontrarse con nosotros y mucho más cuando supo que la fiesta era para ti. Pero cuando le expusimos lo que pasaba se comprometió a no aparecer por el local en toda la noche para que tu pudieses sentirte lo más cómoda posible. Fue muy amable y se ofreció a ayudarnos en todo lo posible. Es una buena persona, Ari.

—Ya — digo irónicamente poniendo los ojos en blanco. — Se nos olvidan muy rápido las cosas a todos.

Me arrepiento de lo que he dicho en cuanto lo suelto. Sobre todo, tras ver las miradas de decepción de mis dos amigos. Pero lo dicho, dicho está.

—No se nos ha olvidado nada, Ariadna. Y es bastante ofensivo que lo insinúes siquiera. Se largó, te dejó sin explicaciones y se portó fatal. Pero él no fue quien te hizo todo aquello, por mucho que tú te empeñes en cargarle el muerto. — dice Manu tirando al suelo el cigarrillo que sostiene entre los dedos mientras empieza a avanzar hacia la entrada — Y ahora voy a entrar porque, por sí no te has dado cuenta, mientras tú te comportas como una niña malcriada, dentro hay un montón de gente que ha venido hasta aquí solo porque quiere celebrar tu cumpleaños contigo.

Y con la misma, desaparece en el interior mientras la puerta se cierra y yo me quedo mirándola sin saber muy bien como sentirme con respecto a lo que acaba de decir. Por un lado, estoy cabreada, muy cabreada. ¿Quién coño se ha creído que es para hablarme así?. Pero por otro entiendo y comparto alguna de las cosas que ha dicho. Mientras yo estoy aquí fuera quejándome, en el interior hay unas veinte personas esperando para disfrutar conmigo de mi entrada en los veintiséis. Soy una jodida egoísta.

—Sabes que no comparto la manera en la que Manu dice las cosas, pero en este caso tengo que darle la razón — dice Bibi mirándome directamente a los ojos — ¿Qué más da de quien sea el local, Ari? Lo importante es que toda esa gente ha venido aquí por ti, porque te aprecia y te quiere. Ya sé que te lo digo muchas veces, pero no permitas que todo ese pasado que arrastras te impida disfrutar de tu presente. Porque no es más que eso, pasado. Dale el sitio que le corresponde.

Acto seguido, emprende el camino hacia la puerta y entra también en el local. Y yo me quedo aquí, abrazándome a mí misma y mirando a la lejanía con sus palabras repitiéndose en mi cabeza. ¿Qué me está pasando? ¿En qué momento me he convertido en una persona egoísta y caprichosa que solo es capaz de mirarse el ombligo? Desde que me he dado cuenta de dónde estaba, no me he parado a pensar ni una sola vez en todas esas personas que están ahí dentro, ni en todo el trabajo que mis amigos han tenido que hacer para organizar todo esto. Lo único que he hecho ha sido quejarme.

«Soy una jodida desagradecida».

Pero se acabó, pienso entrar ahí dentro y disfrutar de esta noche como si fuese la última de mi existencia. Pienso agradecer a todas y cada una de esas personas el que hayan venido hasta aquí para acompañarme en mi cumpleaños. Y, sobre todo, pienso olvidar en todo momento donde estoy y de quien coño es este local. Ya es hora de dejar de hacer círculos y empezar a avanzar en línea recta.

* * *

Desde que he vuelto a entrar en el local y me he comportado como debería hacerlo una mujer que va cumplir veintiséis años, la fiesta ha ido sobre ruedas. Durante toda la noche he ido pululando de un lado a otro intentando mostrarles a todos los invitados lo agradecida que me siento porque hayan venido a celebrar este día conmigo. Así que una hora después he dado ya

tantos besos y abrazos que creo que he cubierto mi cupo para todo lo que resta de mes. Y eso que soy una persona muy cariñosa. Pero es que la fiesta está siendo perfecta. Los pinchos variados que nos ha traído el catering, estaban riquísimos y el vino que los acompañaba ya ni os cuento. No sé cuántas copas me habré bebido, pero en la cuarta he dejado de contar. Todo el mundo parece pasárselo bien y yo he dejado de preocuparme de dónde estoy porque también me merezco disfrutar de mi fiesta.

Hacia las doce de la noche las luces del local se apagan y Lara y Bibi aparecen con una tarta hasta arriba de velas cantando a pleno pulmón el cumpleaños feliz. No sé por qué, pero en ese momento siento unas ganas locas de ponerme a llorar. Y no de pena, sino por la alegría de tener en mi vida a toda esta gente que me quiere y que ha sido capaz de hacer todo esto por mí. No sabría decir cuántas vidas necesito para agradecerles que, pese a lo terca e insufrible que soy a veces, sigan estando de un modo tan incondicional a mi lado.

Tras soplar las velas todo el mundo se acerca de nuevo a abrazarme porque ya estamos a día dos y oficialmente es mi cumpleaños. Yo recibo sus muestras de cariño con mucho más cariño aún y me dejo achuchar por todo aquel que quiera hacerlo. El único que no ha vuelto a acercarse a mí o a dirigirme la palabra es Manu.

Por lo visto mi comportamiento egoísta y mi falta de tacto de hace un rato le ha calado mucho más hondo de lo que me esperaba. No le culpo, pero sí me duele. No soporto estar enfadada con uno de los pilares básicos de mi vida. Pero le conozco y cuando algo le hierde siempre es mejor dejar que se le pase un poco antes de ponerle contra las cuerdas con perdones y disculpas. Si me acerco ahora solo lo estaría presionando para decir cosas que en realidad no siente, ya sean buenas o malas. Así que cuando todo el mundo ha acabado de abrazarme clavo mi vista en él y le sonrío, intentando disculparme de ese modo. Como respuesta recibo un alzamiento de copa y una mueca extraña que creo que pretendía ser una sonrisa.

«Se le pasará».

La noche continúa, el catering se lleva las mesas en las que estaban los pinchos y alguien, en la cabina del DJ, sube el volumen de la música. Oficialmente esto es una fiesta, es hora de pasarnos a las copas. Y nos pasamos, vaya si lo hacemos. Pero es que Bibi y Yanira son como el puto Bob Esponja y llevan un ritmo que empiezo a no poder aguantar. En lo que yo me bebo media copa, ellas ya llevan cinco minutos presionándome porque se han

acabado las suyas y tenemos que pedir. ¿Cómo coño aguantan? Es un misterio. Pero es mi cumpleaños y no puedo permitir que estás dos petardas beban más que yo. Así que intento aguantarles el ritmo. Lara es más lista, con la excusa de que le duele un poco el estómago lleva toda la fiesta bebiendo Nestea. Siempre ha sido la más cuerda de todas, para que engañarnos.

Con Manu seguimos igual, se ha pasado toda la noche charlando con Carlos y con alguno de mis compañeros del curro. A nosotras solo se nos ha acercado una vez y para decirle algo Bibi que no he logrado escuchar pero que los ha puesto en alerta a ambos. Bueno más bien los ha hecho fruncir el ceño. No tengo ni idea de que se trata, pero supongo que estará relacionado con algo de la fiesta puesto que Manu estuvo unos minutos hablando por teléfono antes de colgar y acercarse a nosotras. Sea lo que sea a mí lo que me molesta es que aun siga sin hablarme, y aunque me lo esté pasando en grande siento que me falta algo para que esta noche sea perfecta al cien por cien.

En un momento dado, alguien pide una canción lenta y yo no entiendo muy bien por qué hasta que Raúl se acerca a mí y me invita a bailar.

—¿Bailar esto ahora? ¿Estás seguro? Podría amputarte un dedo del pie con los tacones — digo arrastrando ya un poco las palabras.

Él me mira con una sonrisa de oreja a oreja y me guía sin decir nada hasta el centro de la pista. Cuando llegamos, se para y coloca una de sus fuertes manos en la parte baja de mi cintura, me acerca a su cuerpo hasta que no se cuele ni el aire por el medio y me mira fijamente a los ojos. Esos ojos preciosos que, aunque deberían hablar a gritos, a mí no llegan a decirme nada.

—Estás preciosa esta noche, Ari. — dice al tiempo que me sonrío con dulzura — Bueno, en realidad, siempre lo estás.

Le sostengo la mirada y él me sonrío un poco más antes de empezar a balancearse suavemente de un lado a otro. No sé si es por el alcohol o porque en este momento me siento en calma, pero me sumerjo de tal modo en el baile y en la proximidad de este cuerpo masculino que dejo de ser consciente de todo lo que pasa a mí alrededor por primera vez en mucho tiempo.

HUGO

¡Maldita sea, joder! Últimamente tengo la sensación de que alguien ha estado haciéndome vudú con un muñequito de esos que son cuatro palos y un trozo de tela vieja. Porque si no, no es posible que todo me salga del puñetero revés.

Las cosas eran muy sencillas: ayudo en el local antes de la cena, me voy

cuando todo esté listo y me quedo en mi casa el resto de la noche pensando en lo irónico que me parece que vaya a celebrar su cumpleaños en mi bar y que yo haya prometido no pisarlo esa noche bajo ningún concepto. Y sin embargo aquí estoy, en mi coche, a las tres de la madrugada, camino de incumplir otra de mis promesas. No puedo evitar pensar que yo he debido de ser un hijo de puta de cojones en otra vida para que estas cosas solo me pasen a mí.

¿Qué por qué voy entonces, si me comprometí a no hacerlo? Fácil. A una de las cañerías del baño de los tíos le ha parecido muy buena idea reventar justo esta noche y en medio de la fiesta de Ari. ¿Para descojonarse eh? Estoy que me parto de la risa. En fin, que cuando Laura (una de mis camareras) me llamó diciendo que se nos estaba inundando el lavabo de los chicos, no me quedó más remedio que vestirme y coger el coche para ir allí de inmediato. Cuando salía de casa he llamado a Manu y le he comentado, que lo sentía mucho, pero que tenía que ir. Mis locales son lo único bueno que tengo en la vida y no puedo dejar que uno de ellos acabe igual de inundado que las bodegas del Titanic. Además, su fiesta se terminaría también si eso pasara, así que...

Quince minutos después, aparco en la misma calle donde está el bar y bajo del coche tratando de que no me tiemblen las jodidas piernas. No tengo ni idea de porque estoy tan nervioso, aunque supongo que es por la anticipación de volver a verla de nuevo. O por lo menos de volver a sentirme en su presencia, ya que es probable que Bibi y Manu hayan tratado de alejarla de la entrada para que no me vea llegar.

«Qué bien me vendría una puerta trasera ahora mismo para seguir manteniendo mi promesa».

Y aun así, en el fondo, no sé si quiero cumplirla del todo. Que me haya traído sus regalos de cumpleaños conmigo, es señal inequívoca de que quizás algo muy dentro de mí espera que mi presencia no le pase en absoluto desapercibida.

Cuando entro, las luces del local están bajadas y de fondo suena una melodía lenta y armoniosa que no se corresponde para nada con el ambiente de una fiesta de cumpleaños. Miro a mi alrededor y distingo a Manu apoyado en el fondo de la barra bebiendo una cerveza. Empiezo a caminar hacia allí, con la intención de decirle que me daré toda la prisa que pueda, cuando algo, a medio camino, me hace pararme para mirar al centro de la pista. Y, joder, lo que veo me quema por dentro como si acabara de tragarme un camping gas que ha encendido su mecha en algún lugar de mi interior.

Ari baila lentamente la romántica melodía que sale de los altavoces en brazos de un tío que reconozco como el mismo mazas del otro día. Ambos se sostienen la mirada mientras se mueven rítmicamente en un suave balanceo acompasado. Y duele, duele tanto que no sé cómo gestionarlo. Y no porque la tenga agarrada de la cintura y pegada a su cuerpo como si quisiera fundirse con ella, si no por el ambiente de intimidad y deseo que parece envolverlos a los dos y que a mí me desgarran el alma. Ni siquiera sé cuánto tiempo me paso allí, sin poder apartar los ojos de ellos, antes de que la mano de Manu en mi brazo me haga reaccionar.

—Vamos Hugo, no debe verte y lo sabes. Nos lo prometiste y se lo prometiste a ella también.

Sé que tiene razón, así que cuando me agarra del brazo y me arrastra hasta el pasillo de los baños no opongo ninguna resistencia, a pesar de sentir que una parte inmensa de mí, se queda en aquella pista de baile.

ARI

Vuelvo a la realidad en el momento en el que los acordes lentos de esa canción terminan, dejando paso a una base electrónica que ya no nos permite seguir bailando así. Sin embargo, Raúl no parece tener intención alguna de soltarme. Sus ojos siguen clavados en los míos y su mano anclada a mi cintura como si temiera que fuera a evaporarme entre sus dedos.

—¿Vamos a por algo de beber? — pregunto intentando soltarme un poco de su agarre.

—Espera — dice sin moverse — Aún no te he dado tu regalo.

Mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña cajita azul envuelta en un lazo rojo precioso. Me la tiende y yo la cojo con manos temblorosas sin saber muy bien que decir.

—¿No irás a pedirme matrimonio no? Apenas nos conocemos — «¿Hola? Sí, mire, llamaba porque mi filtro boca-cabeza se ha perdido, ¿podría emitir una orden de busca y captura? Gracias».

Él se ríe y me insta con la mirada a que deje de decir estupideces y abra ya el maldito regalo. Lo hago, no se me vaya a ocurrir soltar otra de mis lindezas. Quito el lazo con cuidado y destapo la caja encontrándome dentro un delicado colgante de plata del que penden dos pequeños guantes de Kick Boxing adornados por diminutos brillantitos.

—Dios mío, es precioso Raúl. ¿Me lo pones? — digo entregándole la caja mientras me doy la vuelta y me recojo el pelo hacia un lado. Él me lo

pone con delicadeza depositando una suave caricia en mi nuca después de abrocharlo. Coloca las dos manos sobre mis hombros y acercándose a mi oído, susurra:

—Tú sí que eres preciosa

Sonríó, y me doy la vuelta volviendo a clavar mis ojos en los suyos que desprenden un montón de cosas bonitas. Es un chico estupendo. Guapo, atento y romántico. Cualquiera mujer perdería las bragas con solo una de sus sonrisas. Lástima que yo no sea una de ellas, porque os juro por lo que más quiero, que me encantaría serlo.

Por lo poco que le conozco, creo que Raúl podría llegar a ser todo eso que siempre he soñado en una pareja. Sé que le gusto y sé que se desviviría por intentar hacerme feliz. Pero hay algo en mi interior que no me permite dar ese paso con él. Y no por miedo, creo que es la primera vez que estoy totalmente segura de que no es el miedo lo que me frena, sino porque hay algunas cosas que me falta sentir para que me decida a lanzarme con él. Es un amor, y le tengo un cariño enorme, pero no siento nada más que afecto cuando me mira o cuando me toca con esa delicadeza tan suya. No hay explosiones en mi estómago, ni unas ganas irrefrenables de abalanzarme sobre él y no soltarlo nunca más. Solo hay ternura y cariño, como el que puedo sentir hacia Carlos o hacia Manu. Y lo siento por él, pero sobre todo lo siento por mí. Porque creo que me merezco a alguien que me mire como Raúl me está mirando en este momento.

Cuando me doy cuenta, vuelve a tenerme agarrada de la cintura y su boca está a escasos centímetros de la mía. Intensifica su agarre y sin pensárselo estampa sus labios contra los míos en un beso cálido y agradable que, aun así, me es totalmente insuficiente. Aunque esta vez sí trato de corresponderle, nada en mi interior despierta incluso cuando su lengua encuentra la mía.

Se acabó, por más que me esfuerce, creo que nunca podré sentir ese fuego que tan necesario me parece. Lo único que me planteo es sí, a lo mejor, yo estoy equivocada y no es imprescindible que tu cuerpo estalle en deseo cuando esa persona te toca. A lo mejor basta con sentirte a gusto con él o que él se sienta a gusto contigo. No sé. Creo que nos es el mejor momento para pensar en todo esto, así que decido poner fin al beso y planteármelo si eso mañana. Me separo un poco de él y le sonrío para que no piense que me he enfadado o molestado porque haya decidido besarme.

—Necesito ir al baño. ¿Me pides otra copa? — él asiente y se dirige a la barra mientras me encamino a los lavabos. Necesito un par de minutos a

solas.

Entro en el pasillo tan absorta en mis propios pensamientos que apenas soy consciente que hay más agua en el suelo que en la casita de Nemo. Camino con cuidado de no salpicarme demasiado y me asomo a la puerta del baño de chicas para saber si puedo entrar ahí dentro tranquilamente o debo ir a ponerme unos manguitos. Compruebo que puedo pasar sin problemas y cierro la puerta con pestillo a mi espalda. Hago pis, me arreglo el maquillaje y suspiro profundamente un par de veces pensando en que no debo dar más falsas esperanzas a Raúl hasta que tenga claro todo lo que siento por él.

Salgo del baño tan absorta en mirar por donde piso que no me entero ni de que alguien está de espaldas a mí pasando la fregona a todo el pasillo. Levanto la vista para preguntarle amablemente si puede apartarse, y...joder, distinguiría esa espalda hasta en un concurso con millones de participantes. Me entra el pánico. Bueno el pánico y la mala hostia, puesto que Manu me aseguró que no aparecería por aquí de ninguna de las maneras. Y, sin embargo, aquí está a dos metros de mí haciendo algo tan erótico como pasar la fregona. Bueno erótico, erótico...ya me entendéis.

¿Y qué coño hago yo ahora? ¿Me encierro en el baño hasta que se vaya? ¿Salgo huyendo como una loca? ¿Le ayudo a fregar? ¿¡QUÉ HAGO!>? Pues lo que mejor se me da, nada. Me quedo allí plantada, mirándole sin saber qué coño hacer con mi vida, hasta que él se da cuenta de que no está solo y se gira. Abre tanto los ojos que creo que se le van a salir de las órbitas.

—Ari...Yo...

—Dijiste que no vendrías. No, prometiste que no vendrías. — espeto cruzándome de brazos sin dejarle si quiera hablar. Estoy muy enfadada, otra vez.

—Lo siento, de verdad. Hubo un problema con una cañería y no tuve más remedio que...

—Sí, claro. Qué oportuno, ¿no?

—¿Cómo que qué oportuno? Hay agua por todo el pasillo, Ari. No es ninguna excusa, o ¿te crees que he destrozado uno de los baños de mi bar solo para venir a verte? — dice en tono borde.

¿Qué sí creo que haría algo así? Pues no, obviamente no. Después de trabajar con él, soy muy consciente del enorme trabajo que invierte en sus dos locales. No creo que fuese capaz de joderlos aposta solo para verme. Aunque en el fondo eso me duela un poco. Es de locos, ¿verdad?

—Ya, supongo que el karma me odia — digo resignada y con cara de

fastidio.

Él se queda mirándome unos segundos y puedo ver dolor y decepción en sus ojos que siguen siendo los más bonitos que he visto en mi puta vida. No sé de qué se extraña, le he vetado en su propio local, no creo que se esperara que me alegrara de verle por aquí. Como no dice nada más y se queda embobado mirándome y haciéndome sentir incómoda, doy nuestra “charla” por concluida y empiezo a caminar hacia el bar. Pero entonces, una mano firme y fría (como siempre) me sujeta de la muñeca mientras oigo como el palo de la fregona se estrella contra el suelo. No quiero admitirlo, pero mi estómago da un vuelco solo con sentir el roce de su piel sobre la mía. «Maldito traidor».

—Ari, espera por favor — y suena tan desesperado que me ablando un poco y me giro para volver a tenerle de frente. Me suelto de su agarre y vuelvo a cruzarme de brazos. — Yo...solo quería desearte un feliz cumpleaños y...Sé que no vas a querer, pero tengo unos regalos y me encantaría...

—Tienes razón, no quiero.

Me doy la vuelta de nuevo y me dispongo a, esta vez sí, largarme de nuevo a la fiesta cuando el sonido del chapoteo de sus pasos resuena en el pasillo hasta que su torso fuerte me impide el paso. «Que rápido es, coño».

—Ari, por favor, solo te pido que los cojas. No los abras si no quieres o tíralos en cuanto salgas por esa puerta, pero por favor, déjame al menos que te los de.

Sus ojos siguen fijos en los míos y el ruego sincero y claro que puedo ver en ellos hacen que me ablanden mucho más de lo que puedo considerar sano para mí.

—Está bien. — claudico.

¿Qué puedo decir? Una no es de piedra. Y aunque me empeñe en negarlo, Hugo siempre será una de las personas más importantes de mi vida. Puede que haya sido el causante directo de todo lo malo que me ha sucedido en los últimos tiempos, pero tampoco soy una víbora a la que le guste verle sufrir. Además, siempre puedo hacerle caso y tirarlos en el contenedor de la esquina en cuanto ponga un pie fuera de este local.

Un amago de sonrisa asoma en su rostro en cuanto las palabras salen de mi boca y sin decir nada, se encamina al almacén caminando sobre las aguas como el maldito Jesucristo. Unos cuantos segundos después, le veo aparecer al final del pasillo con dos pequeños paquetes que me tiende nada más llegar frente a mí. Uno es pequeño y cuadrado, como si fuese la caja de alguna joya de mediano tamaño envuelto en un papel plateado muy brillante. Y el otro...el

otro lo reconozco al instante. Es una pequeña libretita de cuero, rodeada únicamente por un delicado lazo azul a modo de envoltorio. Y la reconozco perfectamente, porque yo tengo una exactamente igual olvidada en algún lugar del altillo de mi armario.

Levanto la vista de los regalos y veo como su cara se torna de preocupación esperando que, tras reconocer uno de los paquetes, cambie de idea y vuelva a negarme a aceptarlos. No pienso darle ese gusto. Voy a demostrarle que ya no me conoce en absoluto y actuaré como menos se lo espera. Aceptando sus regalos con amabilidad y agradecimiento. Me desharé de ellos en cuanto ponga un pie en la calle.

—Gracias Hugo, eres muy amable — cojo los paquetes, finjo una sonrisa que no me llega a los ojos y vuelvo a la fiesta como si nada hubiese pasado.

Solo que en mí interior si han pasado cosas. Muchas y muy fuertes en un corto espacio de tiempo. Creo que tengo un corazón de hierro, de lo contrario habría palmado ya con tanto mini-infarto.

De nuevo en la fiesta me doy cuenta de que la cosa ha degenerado que no veas. El alcohol empieza a hacer mella y la gente está en modo despiporre a lo *Resacón en la Vegas*. Bibi está subida a la tarima bailando como una stripper venida a menos mientras lanza miraditas ardientes al DJ. Mis amigos del curro están en una mesa echando un concurso de pulsos mientras Lara y Carlos los jalean. Y de Manu y Yanira no hay ni rastro. Al igual que de Raúl. ¿Comprendéis lo que digo? Me llevan siglos de ventaja borracheril. Así que, tras dejar los regalos en el bolso, me acerco a la barra y pido una copa y dos chupitos de tequila para brindar conmigo misma por mi “fabulosa” y divertida entrada en los veintiséis.

CAPÍTULO 15: VERGÜENZA. Y SOLEDAD

Estupendo, oficialmente el Pájaro Loco se ha venido a vivir a mi cabeza. Bueno, eso, o que mi cerebro ha cerrado por obras y han comenzado a picar ya. El caso es que me duele la cabeza cosa mala. Llevo un rato despierta, pero aún no me he atrevido ni a abrir los ojos. Sinceramente, tengo dudas de que el maquillaje de anoche, que aún sigue en mi cara, me permita hacerlo. Creo que tengo las pestañas de arriba pegadas a las de abajo como dos trozos de velcro.

«Agg, por qué no me desmaquillaría ayer al llegar a casa».

¡Ah! Sí, claro, porque no me acuerdo ni de cómo llegué ayer a mi casa. Y sí, sé que es mi casa porque reconozco el olor del suavizante que impregna mi olfato cada vez que me muevo. De no ser por eso, no sabría ni donde estoy.

«Aunque, podría estar en casa de alguien que use el mismo suavizante que yo».

Nah, que va, esta es mi cama, y si no lo es me la pido para siempre porque es muy cómoda.

En fin, el caso es que no tengo ni la más remota idea de cómo llegué anoche aquí, ni de en qué condiciones. Bueno, las condiciones, es obvio que eran malas, dado que tengo lagunas mentales del tamaño de la provincia de Lugo y llevo puesta la misma ropa de ayer. Pero ¿de quién me trajo hasta aquí? Ni pajolera. Lo último que recuerdo es brindar conmigo misma unas cuantas veces más, antes de que me pareciera buena idea subirme a la tarima a bailar con Bibi. Y todo para que dos segundos después, ella se cayera de morros y yo me partiera de risa antes de seguir sus pasos. Tengo que tener un moratón que corrobore la escena, aunque he de decir que Bibi amortiguó bastante mi aterrizaje. Bufff, que vergüenza, madre mía. Si es que ya nos decía mi padre siempre que no se nos puede sacar de casa, y menos, juntas. Que sabio, el buen hombre.

Me revuelvo en la cama y cambio de postura. Desde que me he despertado no acabo de encontrar la posición adecuada que me haga sentir mejor. Me duele la cabeza, me duele el estómago y ahora mismo me bebería hasta el agua de los floreros. Si tuviera floreros, que no tengo, porque detesto

las plantas. Por lo menos las que necesitan agua, porque eso implica tener que cuidarlas y yo no me cuido ni a mí misma como para encargarme de otro ser vivo. Quitá, quitá, se me morirían hasta las de plástico. Pero, en momentos como este, es cuando odio fervientemente vivir sola. Si viviera con alguien más le regalaría hasta mi alma si me trajera, ahora mismo, una buena botella de agua fresquita. Pero como eso no va a pasar y no me apetece una mierda morir el día de mi cumpleaños por deshidratación alcohólica, decido que es el momento de enfrentarme a mí destino e intentar levantarme de la cama.

Aparto las sábanas y me arrastro, cual culebrilla de río, hasta el borde del cochón. Dejo caer los pies, los apoyo en el suelo y hago el esfuerzo titánico de impulsarme hasta quedar de pie. Cuando lo consigo, durante una milésima de segundo, veo la habitación danzar a mi alrededor en un baile psicodélico más propio del efecto de unas setas alucinógenas que de una resaca. Abro los brazos a los lados buscando el equilibrio y consigo que mis piernas me sostengan. «¡Bien por mí!» Salgo de la habitación a paso lento y voy directa a la cocina. Cuando paso por delante del espejo del pasillo veo mi imagen reflejada en él y casi me parece estar mirando al mejor figurante del jodido *The Walking Dead*: pelos de loca, maquillaje de oso panda y cara de no haber dormido en un mes entero. «Ay Mari Carmen, para lo que hemos *quedao*».

Tras beberme media botella de agua del tirón y darme una ducha con alto riesgo de desnucamiento contra el mono mando, estoy tirada en el sofá viendo un capítulo viejo de *Anatomía de Grey*. Son las cinco de la tarde y mi resaca no solo no ha disminuido, sino que creo que acaba de alcanzar su punto álgido con las intensas ganas de vomitar que tengo ahora mismo.

«¿Pero vomitar el qué? Si no he comido nada desde ayer».

Estoy a punto de levantarme a la cocina a por un par de galletas que ajusten mis niveles de azúcar cuando mi móvil empieza a sonar en mi regazo. Miro en la pantalla de quien se trata y sonrío ampliamente cuando veo el nombre de mi hermano parpadeando en ella.

—¡Hola, hermanito!

—Hola — ¿efusividad? Cero, rozando valores negativos. Así es Marcos — Felicidades.

—¡Gracias! Ya pensaba que no te acodarías.

—No te he llamado antes porque sabía lo de tu fiesta de anoche y deduje que estarías agonizando lenta y dolorosamente. Así que no quería interrumpir. — «Qué bien me conoce el cabrón»

—Un detalle por tu parte Marcos, pero no estoy agonizando. Ayer me porté muy bien — no me lo creo ni yo, va a creérselo él...

—Ya. ¿Qué tal todo? ¿Alguna novedad?

—Qué va. Todo igual: a tope de curro y sin tiempo para nada. ¿Y vosotros? ¿Qué tal Miriam?

—Bien, aquí a mi lado metiéndome prisa para que le pase el teléfono. Que sí, que ya va Mari Angustias — dice apartándose un poco el auricular.

—Oye, ¿y cuando venís? Me apetece mucho veros.

Y es verdad. Llevo desde nochebuena sin verlos a ellos y a mis padres y lo cierto es que me muero por comprobar cómo le ha crecido ya la tripita a Miriam. ¡Ah! ¿Qué no os lo había dicho? Pues sí, Miriam está embarazada y en septiembre seré tía de una preciosa niña. Estoy casi más emocionada yo que el futuro padre. Mentira. Marcos está que se le cae la baba, pero es demasiado serio para demostrarlo.

—¿Y por qué no vienes tu a vernos de vez en cuando? Barcelona está en la otra punta del país no en la otra punta del mundo. Podrías escaparte un fin de semana. Papá y mamá están deseando verte.

—Ya lo sé y yo a ellos. Pero tengo muchísimo trabajo y no sé si podré escaparme así por la buenas. Aun así, te prometo que lo intentaré — y lo digo en serio, tengo muchas ganas de volver a casa, aunque no sea por Navidad, como el turrón.

—De acuerdo. Oye, te paso a Miriam que es capaz de arrancarme el brazo si no la dejo hablar contigo ya. Cuídate y pórtate bien.

—Siii, un beso. — me quedo con el móvil pegado a la oreja y oigo como mi hermano se lo entrega a su chica. Su saludo es bastante más efusivo que el de Marcos.

—¡Feliz cumpleaños, cariño!

—¡Muchas gracias, Miriam! ¿Qué tal va todo? ¿Cómo se está portando mi sobrina favorita?

—Genial, es como si ni siquiera estuviera ahí, excepto por el barrigón enorme que empiezo a tener ya.

—Pero si no se te nota casi nada — oigo que grita a lo lejos Marcos.

—Sí que se nota. — responde ella categórica — Y además parece que estoy gorda y no preñada.

—Seguro que eres una exagerada. Además, piensa que cuanto más crezca tu barriga, más grande y fuerte será la pequeña. — digo tratando de animarla.

—Sí, y también significa que hará más *pupita* cuando quiera salir de ahí.
— me río de su comentario y me compadezco del santo de mi hermano el día del parto, porque la que va a liar la señorita tiene pinta de ser pequeña.

—Bueno, no lo pienses ahora que todavía te queda mucho.

—Ya. Oye, tengo que dejarte, últimamente me entran unos ataques de pis que me muero y tengo que ir al baño urgentemente cada dos minutos. Pero acuérdate de que tienes que venir a vernos pronto ¿vale?

—De acuerdo, lo intentaré. Un beso Miriam.

—Un beso cielo, cuídate. — y cuelga.

«¿Por qué todo el mundo me dice que me cuide?». Parezco una señora de esas mayores de las que todo el mundo se despide con un «cuídate» porque se le nota en la cara que va a necesitar hacerlo en breves.

Separo el teléfono de la oreja y decido llamar a mis padres. Tarde o temprano, a lo largo del día, lo harán ellos y a mí me apetece mucho oír sus voces ahora, así que navego por la agenda y pulso encima del contacto “Casa”, que creo que es el nombre que tengo asignado al hogar donde crecí, desde que tuve mi primer móvil allá por el paleolítico.

Tras unos veinte minutos hablando, primero con mi madre (que me regaña dos veces por insultar a mi jefa), y luego con mi padre (que se limita a felicitarme y a volver a su partido), cuelgo con una sensación de soledad que consigue calarme hasta los huesos.

Ese es el efecto que tiene siempre en mí, hablar con mi familia por teléfono y sentir que están a cientos de kilómetros de distancia. Lo sé. Sé que no estoy sola y que tengo un montón de amigos aquí que me quieren y que se preocupan por mí. A la noche anterior me remito. Pero una madre es una madre. Y un padre es un padre. Y aunque entre los que estamos aquí nos arropemos tratando de disminuir al máximo el frío helado de la distancia a la que se encuentran nuestras familias, en el fondo, es como si siempre te faltase algo para sentirte plenamente feliz. Aprendes a vivir con ello, pero es una sensación que nunca se va.

A las diez de la noche mi organismo empieza a reclamar de forma desesperada algún tipo de alimento sólido para poder seguir funcionando. Y aunque no tengo claro si mi estómago estará muy de acuerdo, he decidido hacerme un sándwich de pavo y queso que esperemos, se quede dentro. Estoy sentada en el sofá a punto de darle el primer mordisco cuando suena el timbre y sé quién es antes incluso de abrir.

«¿Sería muy mala amiga si hago como que ya estoy durmiendo?».

Supongo que sí, y además quiero ver si entre las dos podemos reconstruir un poco mejor todo lo que pasó ayer. Así que me levanto y voy arrastrando los pies hasta la entrada. Cuando abro, me encuentro con Bibi que parece haber mutado peligrosamente en la amiga fea de la niña de la curva. Lleva puesto un pijama de cuadros escoceses, una sudadera ancha y vieja que juraría que es de Manu y un moño en lo alto de la cabeza que parece preparado para albergar a una familia entera de cigüeñas.

—Hola — dice mirándome con cara de perrito apaleado mientras entra y se dirige al salón arrastrando también los pies. Yo cierro la puerta y la sigo. — ¿Tienes algo de comer? Ayer no hice la compra y necesito ingerir urgentemente cualquier cosa sólida y medianamente sana que consiga quedárseme dentro. Llevo vomitando medio día.

Se deja caer en el sofá, se tapa con la manta y se acurruca como un niño malito que ha venido a que su mami le cuide.

—¿Me preparas uno como ese? — pregunta con voz lastimera señalando mi sándwich.

—Oye que yo también tengo resaca, ¿por qué no te lo preparas tú?

—Porque eres una buena amiga y porque, que esté así, es culpa tuya.

—Si claro, te puse un cuchillo en la garganta y amenacé con rajarte mientras dormías para que siguieras bebiendo ¿no? — digo mientras voy ya camino de la cocina, porque en algo tiene razón, soy una buena amiga y ella parece estar llevando el día peor que yo.

Aunque anoche ambas bebimos lo que no está escrito, a Bibi se le fue un poco más de las manos que a mí. «Si eso es posible». El caso es que creo que toda esa ingesta desmesurada de alcohol no se debía única y exclusivamente a que fuese mi cumpleaños. Si no que, tengo la sensación, de que para ella fue también una válvula de escape para olvidarse durante un rato de toda esa historia con su guapo, atractivo y casado jefe. No la culpo. ¿Quién no ha bebido hasta perder el sentido solo para olvidarse de algo? Y no digo que sea sensato, que, de hecho, no lo es. Solo digo, que a menudo, acostumbramos a pensar que, tras una noche loca, de esas en las que olvidamos hasta nuestro nombre, toda la mierda de nuestras vidas habrá desaparecido como si no existiera. Pero eso, no solo no sucede, sino que al día siguiente lo ves todo incluso más jodido que antes de emborracharte. Por su estado de ánimo, tengo la sensación de que eso es exactamente lo que está experimentado ahora mismo.

Le preparo el sándwich, cojo una botella de agua de la nevera y vuelvo al salón donde Bibi sigue arrebujada bajo la manta mirando al infinito. Me gustaría preguntarle que se le pasa por esa cabecita loca, pero sé que ninguna de las dos está en las mejores condiciones para tener esa conversación. Ni ella está para hablar, ni yo para escuchar. Así que decido simplemente pasarle la comida y sentarme a su lado. Ella se incorpora y ambas empezamos a comer en silencio.

—Oye — digo mientras le doy otro bocado a mi sándwich — ¿Cómo terminamos ayer?

—Buff, no me acuerdo muy bien. Pero a juzgar por la resaca que tenemos, yo diría que mal. — dice poniendo cara de asco como si estuviese recordando todos los excesos de anoche.

—Ya, hasta ahí he llegado sola. Lo que no consigo es acordarme de nada de lo que pasó después de que nos cayéramos de la tarima.

—¿Nos caímos de una tarima? Eso explica el enorme moratón de mi rodilla izquierda — murmura para sí antes de dar el último bocado a su comida y beberse la botella de agua entera. Se recuesta sobre el respaldo del sofá y vuelve a taparse con la manta. — Yo los últimos recuerdos que tengo son en el coche de camino a casa y las ganas inmensas que tenía de vomitar. Tú dormías, creo.

—Joder, ¿le vomitamos el coche otra vez? Manu nos va a matar — sería la tercera y si ya en las dos anteriores nos montó el pollo de los pollos, con este nos monta el corral entero. Por no hablar de que, hasta donde recuerdo, aún sigue sin hablarme. «Madre mía».

—¿Manu? No volvimos a casa con Manu, Ari. De hecho, el muy cabrón desapareció de la fiesta hacia las cuatro y no volvió a aparecer por allí. Cosa que también hizo nuestra buena amiga Yanira — dice insinuante mientras eleva las cejas de forma pícaro.

Por qué será que no me sorprende. ¡Ah sí! Por qué no es la primera vez que pasa. Salimos todos juntos, nos divertimos, ellos hacen como que no se soportan lanzándose pullitas todo el tiempo, la noche degenera y, de repente, ambos desaparecen. Y eso ha pasado unas cuantas veces ya desde que los presenté hace unos tres años. A veces, Manu vuelve y nos hace creer que ha estado con otra chica y no con Yanira, pero a mí no me la da. Ni él ni ella, a la que le he preguntado ya unas cuantas veces y siempre acaba saliéndose por la tangente para no darme una respuesta firme y lógica. Y pensaréis vosotros, ¿y a ti que más te da? Pues sí, me da igual pero cuando me sale la vena cotilla no

hay quien me soporte. Además, los dos son mis amigos, dos personas importantes para todo el grupo que queremos y apreciamos, creo que nos merecemos un poco de sinceridad. Coño, si se están acostando que lo digan, los vacilaremos cada segundo de cada hora con el tema y san se acabó.

Vale, ahora entiendo por qué pasan de contarnos nada.

—Ni que eso fuese algo nuevo — digo robándole un trozo de manta a Bibi y acurrucándome también en el sofá — Oye, ¿alguna vez has pensado que quizás puedan ir enserio?

—¿Enserio? Son Yanira y Manu, Ari. Ninguno de los dos tiene ni idea de la que significa ese concepto. — tiene razón, es ridículo solo imaginarlo.

—Ya. A ver, entonces si no nos trajo Manu, ¿cómo llegamos hasta aquí? Porque Raúl ya no estaba y recuerdo vagamente que Carlos y Lara volvieron antes. Cogimos un taxi — y no pregunto, afirmo, porque es la única alternativa que se me ocurre. Ni borracha soy tan cafre como para volver con alguno de los del curro.

—No. Ninguno nos habría traído. Llevábamos escrito en la cara: “Cuidado, a punto de potar”. Si yo fuera taxista tampoco nos habría dejado subir.

—¿Entonces? ¿Con quién coño volvimos a casa Bibi? — estoy empezando a ponerme nerviosa. A lo mejor es porque mi cerebro anticipa su respuesta antes incluso de que la diga.

—Nos trajo Hugo.

¡ZAS! Me acabo de quedar muda, sorda, ciega y hasta se me acaba de pasar la resaca de un plumazo. O sea, que no solo he tenido que ver al tío que odio con todas mis fuerzas en mi cumpleaños, sino que encima ha sido él el que me ha traído a casa borracha como una cuba y en un estado lamentable «Estupendo, fantástico, de puta padre, joder». ¿Se puede ser más patética? Sinceramente, lo dudo mucho.

Bibi debe ver mi cara de estupefacción pura y dura, porque vuelve a hablar enseguida tratando de justificarse.

—Lo siento mucho Ari, pero no teníamos otra opción. Ninguna de las dos éramos capaces razonar y dudo mucho que hubiésemos llegado hasta aquí andando solas. Además, lo único que recuerdo es a Hugo metiéndonos en el coche sin darnos otra opción.

Joder, y aunque yo no quiera también lo recuerdo. Solo son imágenes inconexas y sin sentido que acaban de volver a mi mente después de las palabras de Bibi. Hugo sacándonos del local a las dos. Hugo ayudando a Bibi

a entrar en la parte de atrás del coche mientras yo me quedo sentada en la acera. Hugo sentándose en el asiento del copiloto en inclinándose sobre mí para ponerme el cinturón. El olor a menta y cítricos que impregna mi nariz mientras lo hace. Hugo sacándonos a ambas del coche delante de nuestro edificio. Bibi vomitando en la entrada. Yo partiéndome de Bibi. Imágenes y más imágenes que muestran toda la decadencia de mi estado y que se clavan en mi orgullo como jodidas dagas ardientes. Y eso que he decidido obviar ese último recuerdo bochornoso en el que Hugo me acuesta con suavidad en la cama, mientras yo le pido que no se vaya. Que no me deje sola otra vez. Después de eso, solo oscuridad. Oscuridad y vergüenza. Mucha vergüenza. Y soledad.

CAPÍTULO 16: LO QUE PUDO SER Y NO FUE

HUGO

No he podido quitarme su imagen de la cabeza en toda la jodida semana. Es exactamente igual que cuando te gusta mucho una canción y puedes tirarte horas y horas poniéndola en modo bucle una y otra vez. Porque, aunque a la tercera o cuarta ocasión, deberías empezar a aborrecerla, no eres capaz de deshacerte de las ganas locas que tienes de oírla de nuevo. Y eso me ha pasado a mí. En todos estos días no he hecho otra cosa más que revivir ese momento en mi mente cada maldito minuto de cada maldita hora. Creo que no voy a cansarme nunca de hacerlo. Recordar sus manos en mi cuello, su cara hundida en el hueco de mi hombro, su respiración entrecortada, y su voz. Ese susurro apenas audible con el que me rompió el corazón en mil pedazos pequeños pidiéndome con los ojos cerrados y aferrada a mi nuca, que no me fuera. Que no volviese a dejarla sola. «Joder». Habría dado cualquier cosa por acostarme con ella en aquella cama y abrazarla hasta que nos convirtiéramos en uno solo. Y no soltarla. No volver a alejarme de ella en lo que me resta de vida.

Pero no pude hacerlo. A pesar de lo que pueda pensar de mí, no soy un puto impresentable que hace las cosas pensando únicamente en sí mismo. Así que no me quedó más remedio que contentarme con arroparla y despedirme de ella con un tierno beso en la frente. Y dolió. Dolió mucho pensar que, a pesar de su súplica, nada había cambiado. Una, porque Ari sigue guardándome tanto rencor que ni siquiera he alcanzado a ver ni la mitad. Y dos, porque estaba tan borracha que dudo que ni siquiera recuerde haber dicho lo que dijo. Y si lo hace, sé que ahora mismo, se sentirá abochornada y tremendamente arrepentida. Así que aquí estoy, exactamente igual que hace unos días, pero con el corazón más roto de lo que nunca lo ha estado.

Es martes, he quedado con Manu para comer y estoy tan nervioso como un niño de doce años el primer día de instituto. Lo sé, es Manu y fue durante

mucho tiempo mi mejor amigo. Pero cuando me largué, hace ya nueve años, no solo dejé atrás a Ari, sino también a mis mejores amigos. A mi familia. Y, joder, los he echado mucho de menos. Ni siquiera era consciente de cuanto hasta que me encontré con Manu y con Bibi en mi propio local. Me di cuenta, sobre todo, cuando vi de nuevo su enorme sonrisa y cuando sus brazos volvieron a estrecharme con fuerza aquel día. Lo sé, soy un ñoño de cojones. Pero cuando llevas tanto tiempo solo, con amigos esporádicos y compartiendo tu vida con gente a la que no conoces y que no te llena, el abrazo sincero de un amigo es como un puto oasis gigante en medio del desierto. Es como volver a casa cuando llevas años viviendo fuera. Como encontrarte de nuevo, tras años perdido en tu propia soledad.

Así que no puedo explicar con palabras la emoción que sentí cuando, esta mañana, Manu me llamó para que comiéramos juntos. Igual que un niño pequeño al que invitan por primera vez a una fiesta de cumpleaños, después de haber sido el marginado de la clase durante toda su vida. Por eso me sudan las manos y no puedo dejar de mover la pierna izquierda mientras espero a mi antiguo amigo sentado en un moderno restaurante del centro. Estoy a un puto paso de hiperventilar. Y no solo porque todo esto es jodidamente importante para mí. Sino porque sé (porque le conozco) que vendrá con la escopeta cargada, tirando a dar y buscando respuesta a todas las preguntas que seguramente le han ido surgiendo durante todos estos años de ausencia.

Tras veinte minutos de espera, le veo entrar por la puerta y pasear su mirada por todo el local hasta encontrarme. Camina hacia mí, y yo estoy tan nervioso que no sé si darle la mano, un abrazo o directamente besarle con lengua.

«Cálmate de una jodida vez, gilipollas. Es Manu, sólo Manu» me reprendo a mí mismo.

Él se acerca y yo me levanto, y cuando aún estoy decidiendo como saludarle, Manu se me adelanta y me da un fuerte abrazo. Pero de esos masculinos ¡eh!, con palmaditas en la espalda y todo. A ver si os vais a creer que somos más moñas que Tarta de Fresa.

¡Qué va! es broma. De hecho, nunca he entendido eso de abrazos masculinos y abrazos normales. Los abrazos son abrazos. Punto. ¿A quién coño le importa el género de los que se lo dan? Un abrazo es un signo de afecto, de cariño, de amor, de comprensión... No hay abrazos más masculinos o menos. Solo hay mil y un sentimientos distintos que se pueden transmitir con un gesto tan sencillo y tan normal como estrechar a otra persona entre tus

brazos. Hay abrazos que no son nada, pero hay abrazos que lo son todo. Como este que estoy experimentando ahora mismo.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabías? — dice con una sonrisa en la cara mientras me suelta.

—Sí, algo he oído.

Nos sentamos a la mesa y un camarero (que parece haber salido de la nada) nos trae rápidamente dos cartas, nos pregunta que queremos beber y se larga de nuevo.

—¿Qué tal va todo? — pregunta Manu escondido detrás de la carpetilla del menú — ¿Conseguiste arreglar lo del baño del bar?

—Sí, solo era una cañería reventada. La cambié por otra nueva y fuera. ¿Y tú, como te va la vida?

—Como siempre. Trabajo, fiesta, chicas. Trabajo, fiesta, chicas. Y así en modo repetición. No puedo quejarme — cierra el menú y puedo ver esa sonrisa suya tan característica que hacía que todas las mujeres de las discotecas hicieran cola para entregarle sus bragas en sagrada ofrenda. «Maldito ligón». Pero entonces, la sonrisa desaparece y su rictus se vuelve serio — De todas formas, no te he llamado para hablar de mí. Supongo que imaginarás que tengo muchas preguntas que quiero que contestes.

—Lo sé — digo mirándolo a los ojos. Quiero que entienda que puede estar tranquilo, porque pienso dar respuesta a todas y cada una de sus dudas.

—Quiero entender, porqué de la noche a la mañana, decidiste que tus amigos y la chica a la que decías adorar sobraban en tu vida. Quiero entender por qué te largaste sin más explicación que un escueto mensaje, dejándonos solos. Dejándola sola a ella.

—No sé ni por dónde empezar

—Por el principio. Siempre por el principio.

Suspiro con fuerza, me paso las manos por la cara y empiezo a hablar con una determinación en la voz mucho mayor de la que en realidad siento. Me paso como media hora contándole a Manu todo lo que pasó hace nueve años y el motivo real de por qué me largué. No estoy orgulloso de mi historia, pero soy muy sincero cuando digo que en ese momento me pareció la mejor opción. En realidad, me pareció la única opción. Es posible que estuviera equivocado.

Cuándo termino de hablar, mi comida está fría y Manu me mira con cara de verdadera incredulidad. Lo que provoca que, de pronto, me asalte un miedo atroz a que no me crea.

—Creía que era lo mejor para ella, Manu. Y pensé que, tras un tiempo,

lo superaría y llegaría a perdonarme. Pero me odia. Me odia mucho y no puedo culparla. — me recuesto contra el respaldo de la silla y vuelvo a suspirar.

—Es muy complicado Hugo. Pasaron...cosas. Muchas cosas desde que te fuiste. Cosas que tú no sabes, por lo que veo. — está nervioso y eso no es normal en Manu. Así que me tenso enseguida y me revuelvo en mí asiento.

—¿Qué es lo que no sé, Manu?

—No me hagas esa pregunta a mí, Hugo, porque yo no puedo responderla. Eso tienes que preguntárselo a Ari.

—Pero si ni siquiera me habla, joder. Me odia y no soporta ni mi presencia. ¿Cómo voy a preguntarle nada?

—Tendrás que darle tiempo. Ganarte su confianza de nuevo y conseguir que te escuche. Pero no puedes seguir por ese camino de chico afligido y consumido por la culpa. La conoces, no reaccionará a menos que la hagas reaccionar. Tienes que luchar, Hugo. Luchar por ella, por primera vez.

ARI

Reventada me ha dejado la jodida clase de kick boxing de hoy. Y eso que no he acertado a dar ni un solo golpe a derechas. Estoy descentrada, pensativa y demasiado callada, para lo que soy yo. Si hasta Raúl se ha dado cuenta de que me pasaba algo. Bueno, y también ha aprovechado el momento de preguntarme si estaba bien, para acercarse un poco demasiado a mí. Yo he intentado disimular lo mejor que he podido y me he alejado así, como quien no quiere la cosa. Pero es que no puedo o más bien, no debo, seguir dándole esperanzas hasta que consiga arreglar el circo medieval que tengo montado en la cabeza. Que no tengo ni idea de cómo sigue teniendo el mismo tamaño, por que mira que tengo cosas dentro de ella en este momento. Casi agradezco estar a tope en la oficina para poder desconectar un rato.

Y es que, esta semana, tengo muchísimo trabajo, y estar tan ocupada me ayuda a no pensar. A no seguir atormentándome una y otra vez con lo que le dije a Hugo el día de mi cumpleaños. O más bien con lo que le dijo la Ari borracha y desinhibida. Porque sí amigos, como todos hemos hecho alguna vez, yo también trato de auto convencerme de que solo dije aquello por culpa de la botella y media de tequila que me había pimplado. ¿Funciona? Pues yo diría que no. Aunque a ratos intento que sí lo haga. El caso es que no dejo de revivir ese maldito recuerdo, cada segundo del día, tratando de encontrarle una explicación lógica a mi bajada de bragas. Figurada, que no literal.

Porque ya no es solo que me sienta abochornada y avergonzada por haberlo dicho, es que no consigo entender el motivo de porqué lo dije. Yo odio a Hugo. Lo detesto con cada fibra de mí ser. Porque se largó, porque me abandonó, porque me dejó tirada como a un maldito mueble viejo al que han empezado a comerse las polillas. Por eso no entiendo, el por qué mi cerebro etílico decidió soltar aquella patética súplica lastimera pidiéndole que se quedara conmigo. Joder. Si ya no me entiendo ni a mí misma es que la cosa va mucho peor de lo que me pensaba. Y sé cuál es el motivo de ello. El jodido Hugo Peñas, que cada vez que aparece en mí vida me la pone del revés y la agita, como una lavadora en modo centrifugado. «Agg, dios, como le odio».

Cuando llego a casa me voy directa a la ducha a pesar de que, con el cansancio que tengo, me parece asumir un riesgo importante. Temo enormemente quedarme dormida bajo el chorro de agua caliente, resbalarme y abrirme la crisma contra el grifo. Aun así, lo hago, pero lo hago rápido. Diez minutos después tengo el pijama puesto, el pelo seco y me dirijo al dormitorio con un par de piezas de fruta y unas ganas de locas de meterme en la cama. Mi plan: acurrucarme bajo las mantas y hundirme entre las páginas de un libro, que me permita escapar durante un rato de mí vida para sumergirme en las vidas de otros. Todo el tiempo que pueda. Hasta que se me cierren los ojos de agotamiento. Y es que evadirme de la realidad leyendo, es algo que hago desde muy pequeña. Para mí es como una puerta abierta hacia otros mundos en los que puedo olvidarme de ser yo misma durante todo el tiempo que dure la lectura. Entre todas esas páginas, frases y letras, ya no soy Ari, la patética que pidió a su ex que no la dejara sola, sino que soy cada uno de los personajes que forman parte de esa historia. Una historia que ha sido creada por y para ellos y en la que encajan a la perfección.

Yo en cambio, a veces, tengo la terrible sensación de no encajar en ninguna parte. Como si el cuento que han escrito para mí hubiese sido hilado de forma torpe y poco acertada. Como si mi creador y el creador de mi vida, no se hubiese parado demasiado en hacerme un mundo a mi medida. No sé, es como sí aun no hubiera encontrado mi lugar en el mundo, el lugar al que pertenezco. Y es raro, porque tengo un trabajo que me gusta, una familia que me quiere y unos amigos mucho más que maravillosos. Y, aun así, es como si en mi vida faltase alguna de esas piezas de los puzzles que son claves para distinguir el dibujo que ocultan. Es como un vacío permanente que soy incapaz de llenar con nada.

En cuanto mis doloridos músculos rozan el suave y mullido colchón

estoy muy tentada de apagar la luz y dormir. Pero quiero leer. Necesito leer. Si apago la luz ahora estoy segura de que mi cabeza se pondrá a hacer de las suyas y habré jodido mi rato de desconexión y tranquilidad. Así que me acomodo contra el cabecero de la cama con un cojín a modo de respaldo y le doy un mordisco a una de las frutas que me he traído. Alargo el brazo y tanteo con cuidado la mesilla de noche en busca del libro que debería estar ahí. Lo alcanzo y justo cuando tiro de él, el cuaderno que está debajo cae al suelo haciendo un ruido sordo sobre la alfombra.

Blasfemo un poco por lo bajo y me inclino desde la cama tratando de alcanzarlo. Lo cojo y cuando estoy a punto de volver a depositarlo sobre la mesilla mis ojos se posan en él, y deseo con todas mis fuerzas haberlo dejado en el suelo o pudriéndose en soledad debajo de la cama.

Es un viejo cuaderno ajado, con un lazo azul a su alrededor y pintas de haber sido manoseado y manipulado durante años. Y es entonces cuando lo recuerdo. A Hugo y a sus puñeteros regalos en aquel estrecho e inundado pasillo. Lo cierto es que con todo lo que he tenido en la cabeza durante estos días, ni siquiera recordaba que me los había dado. Lo que no entiendo es que hace esa vieja libreta sobre mi mesilla cuando debería seguir en mi bolso, ni por qué lleva un pequeño post-it rosa pegado en la tapa superior. Lo aferro con manos temblorosas y lo acerco a mí para leer lo que hay escrito en la nota.

“Te juro que no volveré a dejarte sola nunca más. Por favor, lee el cuaderno”.

H.

Se me desencaja la mandíbula y el corazón me empieza a latir como si llevase un millón de años sin hacerlo. Y no sólo por las palabras que he leído sino porque acabo de darme cuenta de lo que contiene realmente este cuaderno. Y de que Hugo, durante todos estos años de ausencia, ha estado cumpliendo con la promesa que nos hicimos hace ya nueve años, cuando nos entregamos los diarios.

Aunque mi cabeza me grita que no lo haga, mi corazón y yo ya estamos deshaciendo el lazo y abriendo el cuaderno por la página inicial donde solo se pueden leer dos frases claras y concisas que recuerdo en el mismo instante en que mis ojos se clavan en ellas. Dos frases que evocan nítidos recuerdos y que fueron las únicas de este diario que tuve la oportunidad de leer. Básicamente porque yo misma las escribí.

“Gracias por acceder a esto, cariño. No sabes todo lo que significa para mí”.

Te quiero infinito, Hugo. Infinito +1

ARI

Leo y releo mis propias palabras un par de veces, mientras siento como una fuerza invisible y poderosa me aprieta el estómago hasta hacer que duela. Porque, aunque no quiera, soy capaz de recordar a la perfección el momento exacto en el que escribí esas palabras. El momento exacto y la sensación exacta que tenía al escribirlas. La emoción, el anhelo...la felicidad. Lo recuerdo exactamente igual que si hubiese sido ayer.

Recuerdo que en aquella época a mí me costaba muchísimo expresar a los demás todo lo que sentía. Sobre todo, cuando esos sentimientos eran intensos y abrumadores. Por eso, siempre me sentía mal cuando Hugo se dejaba llevar por los impulsos y era capaz de decirme cosas preciosas que hacían que mi corazón latiese, cada vez más, al ritmo del suyo. Porque a mí, las palabras se me atravesaban en la garganta siempre que quería expresarle mi amor. Y no porque no lo sintiera, sino porque cada vez que le miraba, sus ojos eran capaces de hacerme perder hasta la consciencia de mis propios pensamientos. Por eso pensé en hacer “la estupidez de los diarios” como él solía llamarlo.

La cosa era sencilla, durante seis meses ambos escribiríamos en sendos cuadernos idénticos todo lo que íbamos sintiendo en cada paso de nuestra relación. Nuestros miedos, nuestras dudas...nuestro amor. Al final, el día en que cumpliríamos un año juntos, nos los entregaríamos para que cada uno pudiese conocer lo que había ido sintiendo el otro.

Sí, era una gilipollez. Pero una gilipollez que yo necesitaba en aquel momento. Una gilipollez que, obviamente, imaginé que él dejaría cuando se fue, al igual que hice yo. Pero se ve que no. Porque aquí estoy, nueve años después, con su viejo y ajado cuaderno entre mis manos, debatiéndome entre si ir más allá o salvarme cuando aún estoy a tiempo.

De nuevo mi corazón toma la iniciativa incluso antes de que sea consciente de que voy a leer la primera página escrita por Hugo.

Enero de 2008

Querido Diario, hoy he ido al instituto como todos los días y como todos los días, también, he prestado más bien poca atención. Luego en el recreo he visto a mi preciosa y adorable novia y nos hemos dado un beso, bueno unos cuantos. Luego hemos vuelto a clase y...

Vale, venga ya lo deajo. Pero es que no tengo ni idea de lo que pretendes que escriba aquí, rubia. Ya te he dicho un millón de veces que yo no necesito una estúpida libretita para decirte todo lo que siento por ti. Que prefiero decírtelo a la cara y perdiéndome en esos preciosos ojos que estoy seguro de que han sido creados por el mismísimo mar. Pero, sí lo sé, esto es importante para ti. Y como te digo siempre: todo lo que te importa a ti, también me importa a mí. Porque desde que te conocí mi único objetivo es y será, intentar convertirte en la mujer más jodidamente feliz sobre la faz de la tierra. Y te juró que me dejaré la piel en conseguirlo. Porque te lo mereces. Y porque te mereces todo lo maldito bueno que alguien como yo pueda ofrecerte.

Así que te lo repito, te quiero. Te quiero muchísimo. Y creo que lo hago desde el mismo momento en el que tus ojos y los míos se encontraron. Bueno, a lo mejor no lo supe tan pronto. Pero créeme cuando te digo, que en ese preciso instante supe que eras una de esas personas especiales que solo se cruzan en tu camino una única vez en la vida. De esas, que sabes que debes alcanzar o arrepentirte de no hacerlo el resto de tu vida. No sabía si iba a convertirte en mi amiga, mi novia o mi compañera de juergas. Pero sabía que no podía dejar que te fueras o no lograría traerte de vuelta jamás. Así que lo hice. Te agarré de la mano y juntos fuimos caminando hacia lo que hoy me parece que es nuestro destino. Estar juntos, a todos los niveles en los que dos seres humanos pueden estarlo. Porque cuando se trata de ti, soy un jodido egoísta y no podía conformarme con tenerte solo a medias. Así que me quedé con todas y cada una de esas cosas que hoy eres para mí. Mi amiga, mi novia, mi amante, mi compañera de juergas... pero sobre todo mi compañera de vida. Hoy y siempre.

Porque te quiero infinito, Ari. Infinito + 1

En cuanto termino de leer, dos enormes lágrimas resbalan por mis mejillas hasta perderse en mi boca. Y solo soy consciente de ello en el momento en que mis labios perciben el sabor salado de mi desdicha. Que profundo ¿no? Sí. Pero es que ahora mismo así es como me siento, desdichada. Desdichada por ese pensamiento de lo que era y no es. De lo que podía haber sido y nunca fue. De lo amargo que es pensar en que ya por aquel entonces es probable que estuviera mintiendo. A lo mejor no en sus sentimientos, pero, con

el tiempo, supe que siempre hubo cosas en las que Hugo mentía. Como sus excusas baratas cuando aparecía por casa con la cara como un cromó después de haberse peleado con alguien. O como cuando evitaba que yo escuchara esas conversaciones telefónicas que tan nervioso le ponían. Lo hago por protegerte, dijo una vez. Lo que nunca pensó, es que quizás, de quien debería haberme protegido mejor era de él mismo.

Me enjugo las lágrimas y suspiro cerrando el cuaderno sobre mis piernas. Me encantaría seguir leyendo todo lo que, durante estos nueve años, Hugo parece haber ido escribiendo en él, pero no tengo claro de que esté preparada para hacerlo. Ni siquiera sé si en algún momento de mi vida lo estaré. Y la razón de ello, me abofetea en este momento como una mano invisible que se alza en el aire. No estoy preparada para afrontar lo que Hugo tenga que decirme porque tengo miedo. Como siempre. Miedo a sufrir. Miedo al dolor. Pero, sobre todo, miedo a que sus razones para macharse sean tan convincentes que me hagan olvidarme de por qué lo odio con toda mi alma. Que me obliguen de una vez a exculpar de mi dolor al único ser vivo al que he cargado con él toda mi vida. No, definitivamente no puedo hacerlo. No de momento. No aún.

Es entonces cuando lo recuerdo. Recuerdo el otro pequeño paquete que Hugo me entregó junto con el diario. Ese que, si no me equivoco debería seguir perdido en las profundidades de mi pequeño bolso de fiesta. Incapaz de quedarme quieta, aunque esté segura de que es lo que debería hacer, dejo el cuaderno sobre la cama y voy hasta el armario donde creo haber guardado el bolso. Rebusco un poco entre el caos de ropa que impera ahí dentro y consigo encontrarlo.

Lo cojo con manos temblorosas y saco con cuidado la pequeña cajita envuelta en papel plateado. Dejo el bolso a lo loco otra vez dentro, y vuelvo a meterme en la cama aun sopesando la posibilidad de no abrirlo y tirarlo tal cual a la basura. ¿Pero a quién pretendo engañar? Eso es imposible. Mi alma masoquista y mi instinto de maruja de pueblo me impiden deshacerme de él sin, al menos, saber lo que hay dentro. Así que empiezo a desenvolverlo lentamente mientras trato de mantener a raya el miedo que impera en mi interior.

Le quito el papel y me encuentro con una pequeña caja de terciopelo marrón con unas brillantes letras doradas en la parte superior. La abro sin leer lo que dicen y en ese momento es cuando pienso que ojalá no lo hubiera hecho,

por que duele. Duele encontrarme en su interior con un pedacito de pasado de esos de los que, a pesar de tratar de olvidarlo, no consigues desprenderte. Duele recordar el significado de lo que hay ahí dentro. Y eso que solo es una pulsera. Una pulsera que representa lo que éramos Hugo y yo. Lo que sentíamos el uno por el otro. Lo que nos queríamos. Una pequeña pulsera. Simple, elegante, sobria. En ella, solo cuero engarzado en un pequeño infinito del que pende un número, el uno.

Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos. Ya no puedo parar. Ya no podré dormir.

CAPÍTULO 17: SOLO CON ELLA.

MANU

—No va a funcionar Manu. Se enfadará mucho.

—Ya lo sé, Bibi, pero es necesario. — digo mientras camino descalzo por el salón de mi casa.

—Necesario ¿por qué? Llevamos años sin saber de él y es un cabrón de mierda. No necesitamos que vuelva a nuestras vidas y mucho menos lo necesita Ari.

Está a la defensiva y no la culpo. Si yo no supiera las dos versiones de la historia, tampoco querría que volviese a formar parte de nuestras vidas. Pero, por suerte o por desgracia, soy el único que tiene la suficiente información como para poder actuar con conocimiento de causa.

—Es verdad, pero necesito que por una vez confíes en que sé lo que hago.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Manu? Porque está claro que tú sabes algo que el resto desconocemos.

—Bibi, por favor. Simplemente haz lo que te pido y confía en mí. Nunca le haría daño y lo sabes.

Por desgracia, no puedo explicarle nada de lo que está pasando. Si lo hago, sé que no será capaz de ocultárselo a Ari porque su lealtad hacia ella es mucho mayor que la que siente hacia mí. Y por muy tentadora que sea la idea de ir yo mismo a contarle a mi mejor amiga todo lo que sé, creo que eso es algo que solamente atañe a dos personas. Y esas personas no somos ni Bibi, ni yo. Así que lo único que puedo hacer es mover un poco los hilos y darles a esos dos el pequeño empujón que necesitan para contárselo todo. Ambos guardan secretos que podrían cambiar el rumbo de su historia tal y como todos la conocemos.

—De acuerdo — suspira rendida — Pero más te vale que sepas lo que haces, Manu, o Ari no te lo perdonará jamás. Y yo tampoco.

Cuelga, y yo me quedo un rato mirando el teléfono y pensando que en realidad no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo. Ojalá pudiese

convencerme a mí mismo de que el camino que estoy empezando a recorrer en este tema, será el que desemboque en el mejor final posible para todos. Pero, estoy casi seguro de que eso es imposible. Aunque en realidad, esa es la esencia de todas las decisiones importantes. No saber si estás acertando de pleno o cagándola a lo grande como nunca en tu vida. Por eso da tanto vértigo elegir una opción, en especial cuando de lo que tu elijas no solo depende tu felicidad sino también la de aquellos que realmente te importan.

Es en este momento, cuando comprendo perfectamente todo lo que sintió Hugo cuando se fue. A pesar, de lo que todos creímos durante años, tras mi charla con él, tuve claro el motivo por el que nos abandonó. Y en especial, el motivo por el que la abandonó a ella. Ojo, no lo justifico, pero tampoco puedo culparlo. A saber, que camino habríamos escogido nosotros en su misma situación.

Me acerco a la encimera de la cocina y cojo el último cigarro de la cajetilla. «Juraría que la empecé esta misma mañana». Lo enciendo y le doy una calada que hace que mis pulmones se abran y protesten un poco. «Sí, he debido de fumar demasiado hoy». Estoy nervioso, y eso se traduce en que encadeno un cigarro tras otro, casi encendiendo el segundo con la colilla del primero. Pero no es para menos. La situación en la que me encuentro, es incómoda y complicada a partes iguales. Sé que tengo la opción de mantenerme al margen y dejar que las cosas sigan su curso sin que nadie interfiera en su devenir. Y, sin embargo, siento que les debo a esos dos, darles el empujoncito justo que les permita perdonarse el uno al otro y también a sí mismos. ¿Pero cómo voy a hacer eso sin que ninguno de ellos sienta que le estoy traicionando? De momento, ya he movido ficha y no tengo muy claro si Ari querrá volver a dirigirme la palabra después de ello. Pero, lo dicho, las decisiones son jodidas y pueden hacer daño, pero son la hostia de necesarias. Sobre todo, en momentos como este.

Miro el reloj, son las siete y cuarto. «Ya habrá salido del curro» pienso. Y no debería. Sin embargo, desde la última vez, no soy capaz de dejar de pensar en ella. No os flipéis, tampoco es que sea la única dueña de mis pensamientos, pero sí que un par de horas al día es el mono tema preferido de mi jodida mente. Como si pensarla, evocarla o imaginarla me transmitiera la paz que necesito para enfrentarme a lo que creo que se me viene encima. Así que sin darme cuenta estoy cogiendo el móvil y enviándole un mensaje. Espero que no se imagine nada extraño con todo esto, solo necesito un buen polvo que

me haga olvidarme por un rato de toda la mierda que hay a mi alrededor. Me responde enseguida diciéndome que estará en mi casa en quince minutos. Así que decido darme una ducha rápida y adecentar un poco la habitación. Aunque, con las ganas que le tengo, no sé ni si llegaremos a pasar del recibidor. Esa línea de pensamientos, extraños en mí, me acojona por un momento. Lo justo antes de darme cuenta de que soy Manuel Seoane y que ese tipo de cosas no van conmigo.

Veinte minutos después, el timbre de la puerta suena y mi estómago da un vuelco que yo solo puedo interpretar como pura anticipación ante lo que está por venir. Por eso me permito obviar que es una sensación que nunca había sentido antes. Desde el cumpleaños de Ari, no he vuelto a estar con nadie y creedme cuando os digo que eso para mí es todo un récord.

«Fantasma Seoane me llaman, sí».

Camino descalzo hasta la entrada y en cuánto abro, la sacudida es tan grande que mi polla acaba de adoptar la posición de firmes en un nanosegundo. Pero, joder, qué buena está. Y eso que solo he sido capaz de mirarle los melones, que con el vestido que lleva puesto parecen incluso más grandes de lo habitual. ¿Es posible que le crezcan las tetas a una tía de treinta años en sólo cinco días? Viendo las suyas, juraría que sí.

—¿Vas a quedarte mirándome las peras toda la noche o puedo pasar? — y su sincera mordacidad hace que me ponga incluso más duro que antes. Si eso es posible.

—Ya sabes que me encantan tus peras, no te hagas la sorprendida. Pasa anda. — me hago a un lado y la dejo pasar primero hacia el salón. Y no porque sea un caballero, que también, sino porque quiero tener la oportunidad de comprobar lo bien que le sienta ese vestidito ceñido que lleva.

—Ahora me estás mirando el culo, Manu. —dice sin volver la vista mientras yo sonrío, cierro la puerta y la sigo hacia el interior.

Se quita la chaqueta y la apoya en el reposabrazos del sofá, antes de volverse hacia mí con una gran sonrisa en la cara. Por un segundo, me descubro pensando que es la más bonita que he visto en mi puta vida.

«Joder, ¿qué coño me está pasando?».

—¿Quieres tomar algo? ¿Vino, cerveza...? — pregunto.

—Los dos sabemos para qué estoy aquí, Manu. ¿Y si vamos directamente al lío? Mañana madrugo.

¿Es raro que su comentario me joda un poco? Quiero decir, teniendo en cuenta que yo no siento nada por ella, no debería importarme una mierda ¿no?

De hecho, este tipo de cosas son una tónica habitual en mi vida. Tengo un calentón, llamo a una tía, llega, me la follo y se va. Y no me juzguéis, yo las uso a ellas tanto como ellas a mí. Cuando vienen a mí casa, saben a qué vienen y es un acuerdo mutuo y tácito entre dos personas que solo quieren relajarse y pasar un buen rato. Ellas no quieren más, y yo tampoco. Por eso, me resulta extraño que en este momento (a pesar de mi incipiente erección), ese comentario me haya resultado un poco... ¿cómo decirlo? ¿Incómodo? ¿Doloroso?

No sé, y como tampoco tengo la más mínima intención de saberlo, me acerco a ella y le rodeo la cintura con mis brazos atrayéndola hacia mí. Incluso con los tacones su frente queda a la altura de mis labios y su boca al nivel de mi cuello. Posa sus manos en mi pecho y alza la mirada taladrándome con esos ojos almendrados que siempre resplandecen a la luz. Mis manos empiezan a descender por la curva de su espalda al mismo tiempo que sus finos dedos se cuelan por debajo de mi camiseta y acarician mis abdominales. Despacio, lento, sensual. Me inclino hacia su boca y atrapo su labio inferior entre mis dientes mientras sigo acariciando su culo. A ella se le escapa un suspiro que parece ser el detonante de toda la pasión que viene después.

Su ropa cae, la mía también. Nuestras bocas se buscan con avidez y nuestras caricias dejan de ser sensuales para convertirse en pura pasión y desesperación. Muerde mis labios y yo muerdo los suyos mientras tiro ligeramente de su pelo hacia atrás para que me deje acceso a su cuello. Lo lamo, lo beso... Ella gime y se retuerce mientras intenta quitarse de en medio mis boxers.

Me separo a regañadientes y le ayudo con su tarea liberando esa erección que llevo cargando desde que tocó el maldito timbre. Su mano la envuelve de forma cálida y en cuanto empieza a bombear arriba y abajo tengo que hacer verdaderos esfuerzos por no correrme en su mano. Mientras ella sigue masturbándose yo me afo en quitarle los últimos trozos de tela que aún nos separan. Así que desabrocho con destreza su sujetador y me abalanzo hambriento sobre sus pezones. Los lamo y los muerdo, al mismo tiempo que mis dedos se aventuran dentro de sus bragas, a esa zona húmeda y caliente que resulta igual de apetecible que el maldito helado de chocolate. Acaricio su clítoris en círculos lentamente hasta que desciendo un poco e introduzco dos dedos en su interior. Ella abre un poco las piernas para facilitarme el acceso, a la vez que ralentiza un poco su mano sobre mi polla. Mis dedos empiezan un baile íntimo y sensual que cada vez se vuelve más rítmico y salvaje, igual que

su respiración.

—Fóllame ya, Manu — y no tiene que repetirlo.

Saco mi mano de su sexo y la alzo en volandas mientras la beso y la llevo al dormitorio. Una vez allí, la tumbo en la cama y le quito las bragas despacio a la vez que deposito un reguero de besos desde su ombligo hasta los muslos. Y lo hago recreándome en su piel tersa y suave que podría pasarme horas lamiendo y besando. Pero por su forma de moverse creo que ella tiene otros planes. Así que me acerco a la mesilla y cojo un condón que me pongo con una destreza que a veces me asusta hasta a mí. Me tumbo sobre ella y la beso, al tiempo que dirijo mi polla a su entrada húmeda y caliente. Empujo despacio y noto como se arquea buscando más. Entro del todo y empiezo a moverme, primero despacio, pero aumentando el ritmo hasta que se vuelve salvaje y pasional.

—Sí, joder...— gime con mis embestidas dentro de ella y yo siento que voy a correrme de un momento a otro. Pero no quiero hacerlo aún. No sin ella.

—Córrete conmigo, Yanira. Juntos — susurro en su oreja mientras empiezo a acariciar su clítoris.

Y lo hace. Lo hacemos. Y me asusta pensar que, por primera vez en mi vida, me planteo poder hacer esto, solo con ella, el resto de mi vida.

CAPÍTULO 18: CORAZÓN HERIDO

ARI

Madre mía, ¿cómo ha podido hacérseme tan sumamente larga esta semana? Es como si cada día de ella hubiese tenido unas dos horas de más. No sé ni cómo he conseguido llegar al viernes de una pieza y sin pasar por el hospital. Entre el trabajo, las noches en vela y el estrés, estoy viva de puto milagro. Eso sí, más cansada que una mona. Por eso me apetece entre cero y nada la dichosa cena en casa de Manu. Pero la jodida Bibi ha insistido tanto que haber quién es el guapo que le dice que no. Bueno, YO debería decir que NO, ya que el propio Manu ni se ha dignado a invitarme él mismo. Se ve que sigue cabreado por mi numerito de niña pequeña que le monté en mi cumpleaños. Y no le culpo, pero tengo la sensación de que ahora es él el que se comporta como un crío al no tener ni las narices de invitarme directamente a su fiesta y usar a Bibi. Como cuando teníamos doce años y enviábamos a una amiga a preguntarle al chico que nos gustaba si quería salir con nosotras. Exactamente igual.

Por eso llevo toda la semana diciéndole a Bibi, que yo no pienso aparecer por allí. Que, si tanto quiere el señor Manuel que vaya, se moleste al menos en llamarme para decírmelo. A lo que ella me ha respondido como cien veces, que la que debe mostrar arrepentimiento y bajar la orejita debo ser yo. Y que no hay mejor manera de hacerlo que acudiendo a esa cena. Así que aquí estoy, secándome el pelo frente al espejo del baño mientras sigo pensando que no es una buena idea. Que la mejor solución para hacer las paces con Manu no es presentarme en una cena de amigos en su casa como si tal cosa. Si no quedando los dos a solas y hablando las cosas. Pero bueno, ahora ya no hay marcha atrás, Bibi ya le ha dicho que iría y creo que dar la espantada en el último momento solo lo empeoraría todo.

Termino de arreglarme el pelo, me aplico un poco de corrector y rímel y voy a mi habitación a rebuscar, entre el caos de mi armario, algo que ponerme. Tras unos diez minutos sumergida en esa guarida de prendas descatalogadas de Inditex, al final me decido por un look casual y cómodo. No tengo el ánimo

para nada más sofisticado y elaborado. Cojo unos vaqueros negros apretados de talle alto, una camiseta blanca con el logo de los Rolling Stones en negro y una camisa de cuadros negros y blancos que me pongo a modo de chaqueta sin abrochar. En los pies mis Nike negras y blancas y por encima la bomber negra que me compré hace como mil años. Voy un segundo al baño, me pinto los labios de un tono burdeos oscuro, me echo perfume y lista. Ahora solo me queda subir a buscar a Bibi y rezar por que no tenga que esperar una eternidad a que se arregle.

Por suerte para mí, cuando llego a casa de Bibi, solo tengo que esperar diez minutos y aguantar dos comentarios de que voy como una pordiosera, antes de que pidamos un taxi que nos lleve a casa de Manu. Nos bajamos justo enfrente de su portal y por un momento noto a Bibi, inusualmente nerviosa. Aunque lo disimula tan bien, que temo habérmelo imaginado.

Cuando llegamos arriba, la puerta del apartamento está abierta y se oye un murmullo de voces en su interior. Lo cierto es que no tengo ni idea de quién está invitado a esta cena, porque dudo que Lara y Carlos hayan podido escaquearse desde Bilbao hasta aquí dos fines de semana seguidos. Así que imagino, que solo estaremos Bibi, Yanira, Manu y yo, como siempre. «Que Dios nos pille confesados».

Bibi entra primero saludando desde la entrada y yo la sigo. El piso de Manu es muy pequeño, pero a la vez muy cuco. Al menos para que viva aquí un tío soltero y vago hasta la saciedad. Tiene un pequeño pasillito estrecho en la entrada a modo de recibidor con un impresionante espejo de pared que va desde el techo hasta el suelo. El salón es similar al mío, pero más pequeño, con una barra americana que lo separa de la diminuta cocina. Lo único destacable, es un estupendo y amplio espacio en el lateral, donde Manu tiene una pequeña mesa cuadrada de seis sillas y que está justo al lado de la puerta acristalada que da a la terraza. Esa estupenda terraza por la que yo, sin dudarlo, le cambiaría mi piso por el suyo. Porque tiene unas vistas preciosas y es el sitio ideal para que no se pierda en sus propios pensamientos mirando al horizonte barcelonés.

Entro al salón y me encuentro a Manu trasteando en la cocina y a Yanira, preciosa como siempre, ayudando a Hugo a poner la mesa. Espera... ¿Hugo? No, no puede ser. Una encerrona después de la semana que he tenido, no, por dios. Instintivamente y en un acto de fe asombroso, vuelvo a mirar al chico que está colocando los cubiertos, rezando internamente para que mi maravillosa

vista de lince me haya traicionado. Pero no, está muy claro que los milagros no existen y que mi suerte hace mucho tiempo que se ha mudado a vivir a Alaska. O al Caribe, o no sé...a cualquier lugar muy lejos de mí. Ojalá yo también pudiese teletransportarme a otro lugar en este momento lejos de aquí.

«A la Riviera Maya con una caipirinha en la mano, por favor».

Me temo que, como diría Ralph el de los Simpson, *eso no posible es*. En ese preciso instante, Hugo levanta la vista y sus ojos se encuentran con los míos el segundo y medio que tardo yo en apartar la mirada y dirigirla furibunda a Manu. Error, ni siquiera me está mirando, el muy gilipollas. ¿Y qué hago yo ahora? ¿Voy allí y lo degollo con el cuchillo con el que está cortando el pan o me doy media vuelta y me vuelvo a mi casa?

—¿Vas a quedarte ahí de pie sin hacer nada? Ayuda un poco ¿no? — dice Manu, aun sin levantar la vista de lo que está haciendo. Pero todos sabemos que me habla a mí. La lerda que lleva diez minutos plantada en medio del salón aferrando con fuerza su bolso.

Quiero correr, correr mucho y muy rápido a donde sea, pero lejos de aquí. Llevo el calzado adecuado, podría hacerlo. Pero justo en ese momento es cuando Manu levanta la vista y solo con su mirada soy consciente de que, si lo hago, jamás volverá a hablarme. Y aunque ahora mismo me parece la cosa más injusta del mundo, dado que soy yo la que debería retirarle el saludo a él, decido armarme de paciencia y afrontar la situación con valor y madurez, por una vez en la vida.

—Claro, ¿qué puedo hacer? — pregunto mientras dejo el bolso y la chaqueta en el sofá y me remango la camisa.

—Saca el vino de la nevera y ábrelo para que respire... por favor — dice Manu. Y me da la extraña sensación de que en ese “por favor” van implícitas muchas más súplicas que las que sugiere la propia tarea que acaba de encomendarme.

Obedezco y voy a la nevera a buscar las botellas. Las saco, las seco con un paño y empiezo a enroscar el abridor en el corcho. Abro la primera y la dejo respirando mientras repito la maniobra con la segunda. Pero cuando voy a tirar, no consigo que el maldito corcho se mueva ni un puto milímetro. Lo intento un par de veces y hasta me meto la botella entre las piernas para poder tirar con más fuerza, pero nada. Está tan encasillado que no le hago ni cosquillas. Cuando estoy a punto de pedir ayuda o tirar la botella por la terraza, alguien a mi espalda me habla tan cerca que doy un respingo que casi termina con el vino desparramado en el suelo.

—¿Me dejas probar a mí? — Hugo se sitúa a mi lado y está sonriéndome tímido mientras me mira a los ojos. Un escalofrío me recorre desde la primera a la última vertebra.

—Claro. Pero está muy duro — me sonrojo un poco y aparto la mirada de sus ojos como si quemaran — El corcho, digo.

¿Para qué coño necesito aclararlo? Es obvio que hablamos del corcho, joder. Mi cerebro se ha debido ir de vacaciones con mi suerte.

—Ya, ¿qué si no? — y sonrío mientras me quita la botella de la mano rozando un poco sus dedos con los míos. Yo los aparto rauda y me quedo embobada viendo como el corcho sale entre sus manos sin el mínimo esfuerzo. Vuelve a mirarme antes de hablar de nuevo — Ya lo habías aflojado un poco tú.

—Ya... — él sonrío, yo sonrío y a los dos segundos me arrepiento del momento de complicidad.

Así que me voy hacia el salón huyendo como la rata cobarde en la que parece que me he convertido últimamente. Allí, Bibi y Yanira llevan un rato peleándose sobre qué música de ambiente poner en el Ipod. Por mí en este momento como si ponen la Macarena, me la trae bastante al paio. Yo ya solo puedo pensar en el conato de buen rollito que acabamos de compartir Hugo y yo, y en el doble salto mortal, con tirabuzón, hacia adelante que acaba de clavar mi puñetero estómago. «Mierda».

Alcanzo a mis dos amigas y veo que la cosa tiene pinta de ir para largo. Ambas se mantienen en sus trece sobre el estilo de música que debería imperar, y ninguna de las dos va a bajarse de la burra en un futuro cercano. Así que paso entre ellas y me pongo a enredar entre las listas de reproducción de Manu, hasta que doy con algo más o menos decente que me guste. Le doy al play y *Thinking out loud* de Ed Sheeran empieza a sonar, muy suave, a través de los altavoces.

—Ala, ya está — digo girándome hacia mis dos amigas que me miran como si acabase de estampar el Ipod contra el suelo.

—Joder, vaya muermo — se queja Bibi con su peor cara de hastío.

—Vamos a cenar, Bibi, no a subirnos a la mesa a bailar. Dejemos el electrolatino para más tarde.

—Ya, lo que pasa es que te has puesto sentimentaloido con cierto caballero en la misma habitación — que ganas de arrancarle las cejas arqueadas con picardía a guantazos.

¿Por qué últimamente a todo el mundo parece habersele olvidado que yo

odio a Hugo Peñas? Es como si el muy cabrón se los hubiese metido a todos en el bolsillo con su sonrisa de anuncio, su actitud amable y su profunda mirada. Con sus vaqueros caídos, su camiseta ajustada y su aspecto, a medio camino, entre un macarra de barrio y un hombre de negocios elegante. Bueno, a lo mejor sí que me he puesto algo sentimental. Y tontorrón.

Diez minutos después Manu nos indica que a la cena le queda poco y que ya podemos ir sentándonos. Y yo casi hecho a correr hacia la mesa, para poder escoger un sitio lo más lejos posible del hombre al que odio. Con mi suerte en paradero desconocido, toda precaución es poca. Al final, acabo sentada en el lado que queda de frente a la terraza, con Yanira a un lado y Bibi al otro, como si fueran dos guardaespaldas flanqueándome. A punto estoy de (casi) respirar tranquila, cuando los planetas se alinean de nuevo en mí contra y acabo con Hugo enfrente de mí tapando las maravillosas vistas de la noche de Barcelona, con las maravillosas vistas de sí mismo. «¿Enserio?, yo he en la otra vida sido Hitler ¿no?»». Fíjate si se me debe de notar tanto en la cara lo nerviosa que me he puesto que Bibi termina por apretarme la pierna por debajo de la mesa, supongo que con la intención de que me relaje. Creo que ni aun haciéndome un coctel de Orfidales lo conseguiría.

Cuando la cena termina a mí ya me han dado, al menos, unos tres mini infartos, para los que, apunto he estado de necesitar una RCP. El primero fue a los cinco minutos de habernos sentado, cuando el propio Hugo fue el encargado de, amablemente, servirme la cena. Y yo que soy muy, muy educada y que no era capaz de aguantarme ni un segundo más, lo miré a los ojos y a punto estuve de tirar media mesa con el plato. El segundo, vino en el momento en el que ambos (casualidad de la vida, que se descojona en mi cara) fuimos a coger un trozo de pan a la vez, con la suerte de que nuestros dedos volvieron a rozarse dos segundos. Aparté tan rápido la mano que, acabé metiendo la manga de la camisa en mi propia comida. Y el último acaba de llegar ahora mismo, cuando pensaba que, en la soledad de la cocina, podría tranquilizarme un poco. Por eso, en cuanto acabamos de cenar, recogí los platos de todos en un santiamén y me escabullí hasta allí. Lo que no sabía, es que sería el jodido Hugo el que tendría la brillante idea de traer las fuentes que faltaban por retirar de la mesa.

Madre mía, esto es agotador. Estoy tensa, incómoda y alerta. Y esas son tres cosas que nadie tendría que sentir en una cena con amigos. Joder, si ni

siquiera he logrado tajarme un poco a pesar de haberme bebido casi una botella de vino yo sola. Pero es que el estrés me puede. Y lo que pasa, es que hace rato que he dejado de tener claro que es exactamente lo que me estresa. ¿Hugo? ¿Su presencia? ¿Su forma de mirarme? En realidad, creo que la respuesta es mucho más aterradora que todo eso. Porque, ¿qué me decís si os cuento que, el que Hugo esté en esta cena, ha dejado de incomodarme hace bastante rato? Bueno básicamente desde que hemos hablado en la cocina. ¿Y qué estoy casi convencida de que lo que realmente me aterra y me hace tensarme es la posibilidad de sucumbir a sus intenciones de acercamiento? Y no, no hablo de acercamiento romántico, ni íntimo, ni sexual. Si no del acercamiento amistoso e inofensivo que parece estar llevando a cabo desde que nos volvimos a encontrar.

Pues sí, sé que suena raro y quizás inverosímil, pero tengo un miedo de cojones a que su presencia me resulte tan cómoda que acabe por aceptar que ha vuelto a nuestras vidas. A mi vida. Aunque sea de una forma muy diferente a la de hace nueve años. Por eso estoy tensa, por que debo controlarme, mantener a raya mis impulsos y no dejar que eso pase. Cueste lo que cueste. Le duela a quién le duela. Aunque me duela a mí.

Su voz a mi espalda me saca de mis cavilaciones haciendo que dé un respingo:

—Ari, ¿sabes dónde guarda Manu las pastas inglesas?

—¿Pastas inglesas? — pregunto justo antes de que una carcajada me salga de lo más hondo y empiece a reírme como si no hubiera un mañana.

Hugo me mira dos segundos con cara de no entender nada, antes de que una sonrisa asome en su boca mientras me mira con un brillo especial en los ojos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué es tan gracioso? — pregunta sin comprender por qué me comporto como una histérica a la que le acaban de dar un tripi. Pero su pregunta solo hace que me carcajee más fuerte hasta el punto de que tengo que doblarme y agarrarme la tripa. Consigo contestarle entre lágrimas y risas.

—Joder Hugo, que es Manu. ¿Te crees que tiene pastas inglesas? — me recupero un segundo y al ver aun su cara de: «¿de qué coño va todo esto?» respiro hondo y se lo aclaro — Se refiere a las galletas Príncipe, hombre, esas de chocolate de toda la vida. Le hace la misma broma a todo el mundo y todo el mundo picáis.

—¿Y se puede saber por qué coño las llama así?

—Dice que el dibujito de la caja le recuerda a uno de los hijos de Lady Di, el rubito. Así que las apoda así y os manda a todos a buscarlas. No las encontráis, le preguntáis donde están y él se descojona en vuestra cara. — digo secándome las lágrimas y tratando de recobrar la compostura — Yanira se las tiró a la cabeza cuando se lo hizo a ella.

—Jodido Manu. No cambia ¡eh! — no sé si está cabreado o no. Pero la situación me parece la hostia de graciosa, a pesar de que por un momento siento remordimientos de este minuto de paz entre nosotros.

—No tiene pinta, no. Las galletas están en el armario sobre la nevera. Dáselas como si tal cosa y júdele la broma. — sonrío, sonrío. Y yo me dejo llevar, el vino empieza a hacerme efecto y yo paso de llevarme la contraria a mí misma millonésima vez esta noche.

Tras nuestro encuentro distendido en la cocina, ambos volvemos al comedor donde Bibi está ya en todo su apogeo sirviendo unas copas que parecen más matarratas que otra cosa. «Verás tú la resaca de mañana». Y aunque lo pienso, hago lo mismo de siempre: beberme media copa del tirón y evitar pensar que mañana querré cortarme la cabeza con el cuchillo del jamón. A la tercera copa preparada por Bibi, es cuando verdaderamente empiezo a notar los efectos del alcohol, que tengo la sensación de que ha decidido subirse todo de golpe. El vino de la cena, los cubatillas de matarratas y los tres (o cuatro) chupitos de limoncelo que, ni sé de dónde han salido, ni por qué he accedido a bebérmelos. El ambiente es distendido y todos nos lo pasamos bien con todos. Yo trato de evitar a Hugo lo máximo posible, pero termino interviniendo en alguna que otra conversación en la que también participa él. Nada íntimo, ni personal. Al menos, hay una parte de mí misma que aún conserva la cordura. Grata sorpresa.

A cierta hora ya de la noche, el ambiente en el salón está tan viciado que llevan un rato importante picándome los ojos. Los noto irritados y apostaría un pie a que los tengo tan rojos como el culo de un mandril. «Malditos amigos fumadores que me convierten en fumadora pasiva a mí. O a mis ojos, según se vea». Daría lo que fuera ahora mismo, por poder quitarme las lentillas y ponerme las gafas de una vez. Pero como nunca soy lo suficientemente previsora como para llevar todo eso en el bolso, no me queda otra opción más que aguantarme y esperar que saliendo un rato al aire puro de la terraza se alivie un poco el escozor.

Me levanto del sofá y paso al lado de Bibi y Yanira que llevan ya un rato dándolo todo en su pista de baile improvisada. Que no es más que la enorme alfombra de Manu que decora el espacio entre la barra americana y el salón. Están descalzas y se mueven como condenadas al son de una música que es mucho más de su estilo que del mío. «Creo que se tomaron muy al pie de la letra lo del electrolatino». Abro la puerta corredera de la terraza y salgo al frío y relativamente sano aire de Barcelona, dejando que mis pulmones se hinchen hasta que ya no pueden albergar más oxígeno. Me acerco a la barandilla, y apoyo los brazos sobre ella dejando que mi vista y mis pensamientos se pierdan más allá de las luces de la ciudad.

Me centro en los puntitos naranjas y amarillos de la iluminación de las calles y cojo aire de nuevo como si temiera que, cualquier cantidad de él, le fuera insuficiente a mis pulmones. Pulmones ajados, en este momento, por un tabaco que ni siquiera fumo porque me parece un hábito asqueroso. Y os lo dice una ex fumadora de las de tomo y lomo. Un día, si era de los buenos, es lo que me duraba a mí la cajetilla allá por los veintiuno. Un año más tarde, tuve una especie de revelación divina, cuando una señora de la edad de mi abuela me adelanto por la derecha mientras corría por el parque. Yo estaba a punto de pedir una UVI móvil y la mujer iba más fresca que una lechuga. Ahí lo decidí: tenía que dejar de fumar. Y lo conseguí, a pesar de que Bibi amenazó, un par de veces, con tirarme por la ventana si no dejaba de dar por culo con mis ataques de mala hostia. Pero desde los veintidós no he vuelto a fumarme ni un solo cigarro.

Sigo mirando a la nada un buen rato hasta que una presencia a mis espaldas me alerta de que ya no estoy sola. Y sé quién ha salido aquí conmigo sin necesidad alguna de girarme y comprobarlo. Detectaría su aroma a un kilómetro y medio de distancia. Y no por que use el mismo perfume que hace nueve años. Sino por esa esencia personal e intransferible que todos desprendemos sin darnos cuenta. Una mezcla entre nuestro champú o nuestro gel y ese olor que nos caracteriza solo por el hecho de ser quienes somos. No sé, es algo difícil de explicar y que requiere de más capacidad de raciocinio de la que realmente poseo en este momento. Se acerca a la barandilla y se coloca a mi lado adoptando la misma postura que yo.

—¿Puedo acompañarte? Mis pulmones empiezan a protestar con tanto humo. — dice en tono divertido, pero con una nota de anhelo en su masculina voz.

«Dios, como me ha gustado siempre su voz»

—Claro. Mis ojos llevan un rato protestando, también. — miro de nuevo al infinito y, por primera vez, deseo con todas mis fuerzas que no diga nada que le haga cagarla. Me apetece demasiado disfrutar de un momento de calma y tranquilidad a su lado. Sin remordimientos. Sin miedos.

—Deberías llevar las gafas en el bolso cuando sales. Seguro que a tus ojos les vendría de perlas descansar, ahora mismo.

—Ya, pero nunca he sido capaz de hacerme con el hábito de ser así de precavida. Mi despiste crónico empeora con los años. — Hugo suelta una carcajada y algo en mi tripa revolotea como si acabasen de concederle sus alas. Trato de convencerme a mí misma, pensando que son gases porque para eso existe el bendito autoengaño.

Nos quedamos un rato en silencio, y por primera vez en toda la noche, me siento a gusto, tranquila, en calma. Como si el agobio y la incomodidad de la cena ni siquiera hubiesen existido. Como si la Ari de hace unas horas y la que ahora mismo toma el aire en esta terraza, fuesen dos polos opuestos de esos que ni siquiera se atraen. Como si, al caer las auto imposiciones, cayesen también todos los miedos e inseguridades que siempre me transmite Hugo con su presencia. Y lo sé, es lo más peligroso que me puede pasar si quiero mantenerme en mis trece con respecto a él. Pero no me importa. Al menos, no en este momento en el que ni siquiera yo misma sé si me apetece seguir sintiendo esas cosas horribles que parece que me obligo a sentir por él.

Y es entonces cuando me viene a la mente esa frase que siempre me dice mi madre de que el rencor afecta más al que lo siente que a aquel hacia el que es sentido. Que, si invirtiéramos nuestro tiempo en encontrar las razones para perdonar en vez de en encontrarlas para aumentar nuestro resentimiento, seríamos todos inmensamente más felices. Y he de confesar que, hasta este momento, nunca había encontrado demasiada verdad en esa frase. Llevo tantos años sumida en mi propio rencor y odio, que simplemente plantearme la posibilidad de olvidarlo todo y seguir adelante, me resultaba inverosímil. ¿Cómo iba yo a poder olvidar todo aquello que marcó mi vida y a dejar de odiar al culpable de ello? Qué tontería.

Hasta hoy. Hasta este momento en el que acabo de darme cuenta de que, me resulta más complicado mantener mi nivel de odio hacia Hugo, que rendirme a la evidencia de que me siento bastante a gusto en su presencia. Y esto, está claro, que no tiene nada que ver con que vayamos a ser mejores amigos, ni mucho menos pareja. Los tiros van más en el sentido de que pueda soportar que esté sin sentirme incómoda. A eso se le llama madurar ¿no?

Aunque sea a los veintiséis años.

—Siento si mi presencia te ha hecho sentir incómoda esta noche. Pero Manu insistió mucho — su voz es apenas un susurro que me llega como si fuese una descarga directamente a las entrañas.

—No te preocupes. Me chocó un poco encontrarte aquí sin saber nada. Pero al final no ha estado mal ¿verdad?

Ambos seguimos apoyados en la barandilla mientras nuestras miradas continúan perdidas entre las miles de luces de la noche barcelonesa. No nos miramos. No nos movemos. Es casi, cómo si ambos temiéramos que, cualquier movimiento brusco, fuese a acabar con el momento de calma que hemos creado.

—No, ha estado genial. Es estupendo volver a sentirse en casa.

—Ya...

No sé qué más contestar a eso. Es como si, en este momento, millones de preguntas se agolparan en mi cabeza a la espera de que mi boca se arme de valor y decida soltarlas. Una por una y exigiendo respuestas. Esas que llevo tanto tiempo necesitando escuchar de su boca. Pero no quiero hacerlo. O, mejor dicho, no puedo hacerlo. Revolver la mierda no es algo que vaya ayudar demasiado a olvidar ese rencor que me he propuesto que deje de dominarme.

Nos quedamos un rato más en silencio sin que ninguno de los dos se atreva a decir nada. Se nota que ambos estamos cómodos y por nada del mundo queremos estropearlo. La tensión ha disminuido, pero es evidente que jamás lograremos que se vaya del todo.

Un tiempo después, Hugo rompe el silencio.

—Ari, yo solo quiero que podamos ser amigos. No pretendo llegar aquí e irrumpir en tu vida como si no hubiera pasado nada. Y mucho menos pretendo que retomemos la relación donde la dejamos hace nueve años. Yo... no he venido a recuperarte, Ari. Solo, quiero sentirme en casa otra vez.

No ha venido a recuperarme. Bien, yo tampoco quiero ser recuperada, ¿no? Así que no entiendo la rebelión interna que está librándose ahora mismo en algún punto de mi cuerpo. Como si algo en su interior acabase de resquebrajarse en pedacitos tan pequeños, que lo más probable es que sean imposibles de volver a unir.

—Bien — respondo.

—Bien — responde.

Y ambos dejamos que la calma nocturna de la ciudad nos engulla en un silencio que, ni ya me parece tan cómodo, ni ya me parece silencio. ¿Cómo se

silencia un corazón herido?

CAPÍTULO 19: DE PERDIDOS AL RÍO

Hay ocasiones en que los seres humanos hacemos poco honor a nuestro nombre obligándonos a actuar como si fuésemos simples máquinas sin raciocinio. Y sí, razonar es la única cualidad que nos distingue de los animales, pero no la única cualidad que tenemos. No podemos olvidar que una persona siempre es algo más que una cabeza pensante aplicando un contundente sentido de la lógica. Porque, por mucho que algunos quieran hacer ver que su único motor en la vida es la cabeza, esta solo es una parte más, influida por el resto de factores.

A mi modo de verlo no existe cabeza sin corazón, ni corazón sin cabeza. Una parte puede pesar más, pero ninguna puede subsistir sin la otra. Y si lo hace asústate, porque no puedo concebir algo menos sano que dejar que una de ellas domine tus decisiones.

Equilibrio. Esa es la clave de las elecciones acertadas, que no por eso implica que sean las convenientes. De hecho, puede ser que estés equivocándote de cabo a rabo. Pero para mí, las decisiones erróneas solo pueden ser aquellas que no se toman. Si sale bien, pues bien. Y si sale mal, de todo se acaba aprendiendo. Que sí, la frase está más quemada que la pipa de un indio pero, joder, me parece que es una de esas verdades absolutas que nunca deberíamos olvidar. Positivismo. Ver el vaso medio lleno. Atreverse.

Y eso hice yo. Atreverme. Atreverme a abrir una herida ancestral, de esas que sigues notando que aun duele con los cambios de tiempo y las nieblas. De esas que pase el tiempo que pase, siempre estará ahí, en tu corazón, recordándote su presencia. Pero lo hice. No sin temor, he decir. Pero sí sin dejar que este me frenara en seco, como tantas otras veces me había pasado desde los dieciocho años. Esta vez no. «Esta vez tienes que ser la maldita dueña de tus decisiones» me dije. Y lo fui. O lo estoy siendo, aunque aún no tenga claro si me está haciendo bien o me está matando poco a poco.

Después de mi charla con Hugo en aquella terraza con la noche de Barcelona a nuestros pies, me reconocí que necesitaba tener una intensa y seria conversación conmigo misma. Necesitaba aclararme yo, antes de poder

aclarar algo con los demás, si ese era el camino que, al final, decidía seguir. Así que el mes siguiente fue un continuo ir y venir de pensamientos y sensaciones que me costó dios y ayuda catalogar y clasificar. Este sí, este no, este tiene sentido, este es una locura... Horas y horas de batiburrillos mentales, en los que terminaba por sentirme más confusa incluso que antes de empezar. Pero no desistí. Aunque estoy segura de que eso es exactamente lo que hubiera hecho la Ari de hace dos semanas. Que tampoco es que distara una barbaridad de la que soy ahora, pero sí ha cambiado en ciertos aspectos importantes.

Así que seguí razonando con mi yo interior, en un intento poco fructífero de comprender, al menos, qué era lo que quería. ¿Quería seguir odiando a Hugo? ¿Quería perdonarlo? ¿Quería pedirle que se largara otra vez? ¿Qué se quedara para siempre? No estaba claro y no tenía pinta de estarlo en un breve periodo de tiempo. Así que me resigné a ser una de esas típicas personas que ni saben lo que quieren ni lo sabrán jamás. De esas que se pasan la vida perdiendo oportunidades porque no están seguras de que, cazarlas al vuelo realmente sea lo correcto. De las que ven pasar millones de trenes ante sus ojos, pero deciden no coger ninguno por miedo a que el idóneo aun esté por llegar.

Y así estaba yo, en esa tesitura moral y personal cuando todo empezó a precipitarse.

Nos íbamos de viaje. En un principio solo los de siempre. Manu, Bibi, Lara, Carlos, Yanira y yo. Pero el miércoles Carlos nos llamó para decirnos que Lara estaba fatal del estómago y que preferían quedarse en casa a descansar. Así que el plan pasó a convertirse en otra de las aventuras de los cuatro fantásticos.

Sin embargo, el jueves por la mañana, recibí una llamada de Manu que, en el fondo, ya me esperaba. Se le había ocurrido la idea de invitar a Hugo a las vacaciones, siempre y cuando a mí me pareciera bien. Palabras textuales: Carlos le había fallado y no le apetecía demasiado pasarse cuatro días solo, rodeado de tres locas del coño.

Y lo que me pasó en ese momento, es que no supe qué contestarle. Ya os digo que estaba en modo *stand by* con respecto a lo que pensaba acerca de la vuelta de Hugo a nuestras vidas. Así que le dije que me lo pensaría y que al día siguiente le daría una respuesta. Respuesta que no tenía ni pajolera idea de cómo iba a conseguir. Así que se me ocurrió recurrir a algo que hacía años a

lo que no sentía la necesidad de recurrir. Llamé a mi terapeuta.

Bendita doctora López. Esa mujer regordeta y amable que jamás tiró la toalla conmigo aunque hubiese sido lo más lógico. La que me apoyó y guió cuando al fin conseguí salir del cascarón. No había vuelto a llamarla en busca de apoyo desde hacía, al menos, unos dos años. Pero en ese momento lo necesitaba. Necesitaba sus consejos, su voz pausada y cariñosa y su sabiduría. Así que busqué el número en la agenda de mi teléfono y la llamé. Respondió al tercer tono y su voz al otro lado de la línea fue como un bálsamo de tranquilidad al instante. La conversación fue, más o menos, así.

—¿Ariadna?

—Hola Estíbaliz, ¿te pilla bien? — miré mi reloj de pulsera y vi que eran más o menos las cuatro de la tarde. Esperaba no estar interrumpiendo ninguna de sus consultas.

—Claro, cariño. ¿Ha pasado algo? — preguntó intranquila.

La comprendo. Siempre he sabido que yo he sido, algo así, como su némesis. Uno de los casos más complicados de su carrera, según ella. Supongo que imaginar que he recaído, la asusta un poco.

—No, no. Es solo qué... necesito consejo. Llevo un mes un poco estresante y necesito un punto de luz al que enfocarme. Si no, voy a volverme loca.

—De acuerdo. Analicemos la situación con calma, como siempre, ¿vale? Cuéntame qué ha pasado.

Y se lo conté. Todo. Desde que Hugo volvió a mí vida, hasta el dilema mental y personal al que me enfrentaba por no saber cómo actuar ante su presencia. Su actitud, la mía, el cuaderno y los regalos, la charla en la terraza y el viaje. Todo. Y me explayé de lo lindo. Sacando por la boca todo aquello que me carcomía por dentro. Ella permaneció en un silencio sepulcral sólo interrumpido por algún «Ajá» o «De acuerdo» ocasional. Al cabo de media hora, por fin terminé mi historia y me callé esperando su sabia valoración sobre el tema. Tardó unos segundos en hablar, pero lo hizo con esa calma característica de los que saben que van a decir la verdad más verdad de todas las verdades del mundo.

—Escúchame bien Ari, porque voy a ser totalmente sincera contigo como pienso que necesitas y te mereces y como lo he sido siempre. Creo que estás volviendo a esconderte en ti misma como hiciste hace nueve años. Solo que, esta vez, lo estás haciendo de forma diferente. Supongo que tú misma te habrás dado cuenta de que tu comportamiento desde que apareció de nuevo ese

chico es errático y descentrado. Aunque, en parte, también es lógico. Tu subconsciente siempre ha asociado lo que te pasó, con una figura en concreto de tu pasado. Y esa figura es Hugo. Por eso cada vez que le ves terminas debatiéndote entre mantener tu odio hacia él, para no olvidar lo que sucedió, o dar carpetazo al asunto y seguir hacia delante. Y no es una decisión sencilla de ejecutar, pero sí fácil de tomar. Avanzar, Ari. Es todo lo que tienes que hacer. Perdónalo, o no lo hagas, pero avanza. Sé que, para ti, aferrarte a ese rencor tan visceral, fue sencillo y cómodo hace años. Pero es hora de mirar hacia delante. Recuérдалo Ari: recordar el pasado nos impide imaginar cómo será nuestro futuro.

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Perdonarle y olvidarlo todo?

—Yo no voy a decirte que debes hacer, cielo. Es algo que nunca he hecho porque no es mi cometido. Ese es únicamente el de guiarte, el de hablar contigo hasta que tú misma consigas vislumbrar qué camino quieres seguir. Pero como te conozco muy bien, y me considero algo más que tu terapeuta, te diré algo: creo que debes empezar a escuchar a tu corazón y silenciar un poco a tu cabeza. Tengo la sensación de que llevas años viviendo con el freno de mano puesto, por miedo a volver a sufrir. Y el sufrimiento es parte de la vida, Ari, aunque tú te hayas llevado más ración de él de la que te correspondía. Lo que no puedes hacer es vivir siempre con un ojo puesto en tu pasado, porque eso sólo hará que termines perdiéndote cosas de tu presente. El pasado, es pasado. Importante, necesario y hasta sabio. Pero nunca, jamás, determinante. ¿Te doy un consejo? Vive. Sin censura. Sin miedos. Sin barreras que te hagan sentirte segura, pero a la vez sola. Sin remordimientos por hacer algo que has disfrutado pero que creías que no deberías haber hecho. Disfruta, Ari. Que lo malo que venga sea por haber hecho caso a tu corazón y no por no haberlo escuchado. Siempre es mejor arrepentirse de algo hecho, que de algo que se nos ha quedado por hacer.

Y así fue como conseguí tomar una decisión, de la que estaba convencida pero que me daba un miedo terrible. Entendí perfectamente todo lo que Estíbaliz quiso decirme, pero también tenía la sensación de que estaba empezando ese cambio por algo que me iba grande. Una cosa es plantearte la posibilidad de olvidar el pasado y perdonar (en la medida de lo posible) a Hugo y otra bien distinta es empezar a hacerlo en unas vacaciones de cuatro días con él, aunque no vayamos a estar solos. Pero lo hice de todas formas. Esa misma noche, llamé a Manu y le dije que me parecía bien. Que, si quería, podía invitar a Hugo. «De perdidos, al río».

CAPÍTULO 20: A CASA

HUGO

—No sé si es buena idea Manu. Las cosas siguen estando raras y no quiero hacerla sentir incómoda en sus vacaciones.

—Las cosas no están raras Hugo, las cosas están cambiando. Que es lo que tienen que hacer. Además, ya te he dicho que necesitáis hablar y el viaje será una oportunidad cojonuda para hacerlo.

—No sé, tío. Creo que ella no quiere hablar del tema y, si te digo la verdad, empiezo a pensar que es mejor así. No darle más vueltas y empezar de cero como medianamente podemos. — me siento en el sofá y subo las piernas encima de la mesita baja de madera que hay enfrente.

—¿Qué dices? Hugo no me jodas. Tenéis que hablar y tenéis que explicaros mutuamente. Los dos. Los problemas que se esconden acaban por volver, siempre.

«Categorizaciones Manuel Seoane. Verdades absolutas, al mejor precio». Aunque en el fondo crea que tiene razón. Huir de los problemas nunca es la solución, porque siempre terminan encontrándote de nuevo. Pero en el estado en el que está la relación entre Ari y yo, revolver el pasado tampoco augura nada bueno.

—Entonces ¿qué?, te vienes ¿no? — pregunta de nuevo con cierto tono autoritario que más que una pregunta da la sensación de ser una orden.

—No sé, Manu... — dudo. Y dudo de verdad, a pesar de que cuatro días con mis amigos y con ella, en algún lugar perdido me parece el mejor jodido plan de los últimos años.

—Déjate de coñas y haz la maleta. Mañana a las siete y media te recojo en casa.

—Espera, espera, pero ¿a dónde vamos? — me parece un dato más que importante a tener en cuenta.

—Es una sorpresa. Solo Bibi y yo lo sabemos, así que tendrás que confiar en nosotros.

—Miedo me dais. Entonces ¿ropa de abrigo, de verano...?

—Digamos que el clima es frío pero agradable en esta época. Y te dejo que tengo que organizarme. Hasta mañana, capullo. — y cuelga sin que tenga tiempo de replicar absolutamente nada.

Así que el resto del día me lo paso metiendo y quitando cosas de una mochila, porque no tengo la más mínima idea de qué coño llevarme. Al final opto por varios jerséis de invierno y vaqueros para todos los días. Y una dosis alta de autocontrol para no acabar cagándola aún más con Ari.

ARI

Hoy me he despertado a las seis y media de la mañana sin necesidad de que sonara la alarma. Dice siempre mi madre, que el que duerme con ansia de despertarse, no necesita despertador. «Que gran filósofa se ha perdido el mundo con mi señora madre».

Me levanto, me ducho y desayuno tranquilamente. Bueno, tranquilamente es un decir, porque estoy taquicárdica perdida. El no saber a dónde voy, el que el viaje lo hayan organizado solos Bibi y Manu, el que me lleve una maleta gigante que no sé si cabrá en el coche y... bueno sí, el que venga él, me tienen de los putos nervios. Y es que, a pesar de que el jueves mi decisión sobre su presencia era categórica y definitiva, ayer estuve a nada y menos, de llamar a Manu y decirle que lo desinvitara. Porque, por más que le daba vueltas a por dónde podía llevarnos este viaje, no encontraba ningún punto en el que yo me sintiera cómoda con que él estuviera allí. Pero, aun así, aguanté el tipo y me prometí a mí misma tratar de disfrutar. Aunque para eso vaya a necesitar unas tres botellas de vino al día para mí sola.

No sé si es por la anticipación, por los nervios o porque está a punto de acabarse el mundo, pero a las siete y media yo ya tengo la maleta en la puerta, el abrigo puesto y todo preparado para irme a dónde sea. Y eso que Manu no pasará a recogerme hasta dentro de unos quince minutos. Pero es que me es imposible estarme quieta, si lo hago temo echarme atrás y fingir una hernia de hiato, aunque no tenga ni puta idea de cómo se hace eso, para no tener que ir al dichoso viaje. Así que estoy tan nerviosa que cuando el telefonillo de casa suena a las ocho menos diez, yo ya me he comido las uñas de una mano y de tres dedos de la otra. Me levanto como un resorte, y tras responder con un breve y conciso «ya bajo», respiro hondo y salgo de casa santiguándome mentalmente.

Cuando llego abajo, Manu está aparcado en doble fila, apoyado en el

lateral del coche fumándose un cigarrillo mientras charla con Hugo que, no sé por qué, también se ha bajado del coche. Ambos se percatan de mi presencia en cuanto la puerta del edificio se cierra a mis espaldas y, aunque los dos me miran a la vez, puedo leer en sus ojos cosas muy distintas. En los de Hugo brilla algo especial que parece acompañar a esa mota de inseguridad que siempre parece asomar en mi presencia. En los de Manu, solo incomprensión e incredulidad. No le ha gustado mi maleta y así me lo hace saber en cuanto llego a su altura.

—¿A dónde coño vas con semejante maleta? No piensas volver a casa ¿o qué?

—Buenos días a ti también, Manuel. Estoy muy bien, gracias por preguntar — respondo con todo el sarcasmo posible mientras Hugo trata de disimular una sonora carcajada con un extraño carraspeo. Lo hace tan mal que Manu lo atraviesa con su mirada un segundo antes de seguir increpando a mi bonita y gran maleta azul.

—¿Sabes que te vas solo cuatro días verdad? No un mes entero.

—Para un mes entero, yo necesitaría tres como esta y tú una furgoneta de reparto, así que, a callar — digo mientras avanzo hasta la parte trasera del coche donde Hugo ya está abriendo el maletero. Que está casi vacío, por cierto, a excepción de dos mochilas de deporte en uno de sus laterales, así que no entiendo a qué viene tanto problema con la dichosa maleta.

Es justo en ese momento cuando caigo en la cuenta de que, a mí, en este coche, me faltan maletas y gente. Según la ruta marcada hacia ese lugar desconocido al que nos dirigimos, Yanira debería haber sido la primera en ser recogida por Manu, luego Hugo, yo y finalmente Bibi, a la que debemos pasar a buscar por la oficina donde debía dejar zanjados algunos asuntos de trabajo antes de marcharse. Sospecho que no solo quería zanjar asuntos de trabajo, pero vamos, que eso es otro tema. Sea como sea, me sigue faltando Yanira.

—Oye ¿y Yanira?

—La recogemos también en la oficina de Bibi, tenía que hacer unos recados, o no sé qué. — responde Manu mientras me arranca la maleta de la mano y la mete, con esfuerzo, en el maletero. — Como las otras dos traigan también unas maletas así de grandes, os quedáis aquí. Os aviso.

Cierra el maletero de un portazo y se encamina hacia el lado del conductor sacudiéndose las manos como si mi maleta fuese un hueso del paleolítico que acaba de desempolvar. Tentada estoy de hacerle la burla y sacarle el dedo, cual niña de seis años, porque a veces es jodidamente

insoportable.

—Ari, ¿quieres ir delante? — me pregunta Hugo cuando damos la vuelta al coche para subirnos.

—Qué va, iré con esas dos locas atrás. A menos que quieras ir tú, y acabar lanzándote por la ventanilla a los diez minutos de viaje. — nos sonreímos y nos metemos en el coche. El contento, yo... un poco extraña.

Ojalá pudiese decir que tras aceptar este viaje y concienciarme con que debo pasar página, los remordimientos por los momentos de cordialidad con él se han esfumado. Pero no es así. Por lo visto aferrarse al pasado es mucho más sencillo que darle una patada en el culo y seguir hacia delante. Todo lo que merece la pena requiere un esfuerzo, ¿no?

Emprendemos la marcha y unos diez minutos después estamos en la puerta del bufete donde trabaja Bibi recogiéndonlas a ambas. Y sí, traen dos maletas incluso más grandes que la mía. De hecho, en la de Bibi podrín vivir tres poblados Pitufo enteros sin ningún tipo de problema. Tras unos cuantos refunfuños más por parte de Manu, y un pequeño cambio logístico en el que sus mochilas han acabado viajando en la parte de atrás con nosotras, emprendemos el camino hacia ese destino desconocido, que me tiene de lo más intranquila. Mi cuadriculación innata no me permite relajarme sin saber a dónde coño nos llevan estos dos.

—Manu, ¿nos puedes decir ya a dónde vamos? Me estoy poniendo negra con esta incertidumbre — digo ya cuando estamos a punto de salir de Barcelona.

Y mucho he aguantado.

—A casa.

—¿A casa? — pregunta Yanira incrédula — ¿Qué es todo esto? ¿Algún tipo de broma pesada en la que creemos que nos vamos de viaje y al final nos quedamos aquí?

—No. De hecho, rectifico. Hugo, Bibi, Ari y yo, volvemos a casa. Y tú, vas a conocerla.

Yanira se queda con la misma cara de no entender nada que tenía, pero yo empiezo a encajar las piezas de un puzzle que creo que ya estoy odiando sin haberlo reconocido del todo. «A casa».

—¿A...casa? — pregunto a media voz mientras rezo interiormente para que eso no signifique lo que creo que significa.

En cuanto miro al frente y empiezo a ver como la AP-7 se extiende ante

mis ojos, es como si todos mis temores se hubiesen materializado uno a uno, delante de mí, en esa carretera.

Volvemos a casa. A esa tierra preciosa y mágica en la que nacimos, crecimos y nos hicimos amigos. De esa de la que unos se fueron pronto, para empezar a vivir y en la que yo me quedé más tiempo del que me gustaría porque no sabía cómo hacerlo. Esa tierra en la que me rompí en pequeños pedacitos minúsculos, para volver a recomponerme después. Esa maldita tierra a la que quiero y odio al mismo tiempo por haber sido testigo impasible de todo aquello que marcó mi vida. De todo lo que me hizo ser la Ari que soy hoy.

Y voy a volver allí. Pero no como lo hago cada vez que voy a visitar a mi familia. Si no que voy a hacerlo y a vivirlo como en los viejos tiempos: con ellos. Con mis amigos, con mis indispensables, con la familia que uno escoge. Esa a la que quieres tanto o más que a los que llevan tu sangre. Y en el fondo, tengo miedo. Miedo, porque no sé si estoy preparada para volver allí con él. Con la persona responsable de que odiase ese lugar por encima de cualquier otra cosa, porque todo me recordaba a nuestros momentos juntos y a lo que vino después. Miedo, porque la posibilidad de que los recuerdos me abruman y me hundan es tan real que casi puedo tocarla. Y, sobre todo, miedo a sentir demasiado dentro que todo vuelve a ser como antes.

Sin embargo, el miedo no viene solo. Viene acompañado de eso que llaman ilusión y que yo hacía años que no sentía. Ilusión, por volver a casa. Ilusión por hacerlo con ellos. Ilusión por hacerlo con él. Es de locos ¿no? Qué una persona pueda provocar a la vez y en la misma situación, dos sentimientos tan contrapuestos como son la ilusión y el miedo, es de psiquiátrico inminente. Para el que lo siente, no para el que lo provoca. Que quede claro, aquí la loca de atar soy yo, que a ratos le odio y a ratos le adoro.

Por pura inercia y algo de necesidad, fijo la mirada en el perfil de Hugo y veo como una sonrisa de sincera emoción le adorna la cara. Él no me ve, pero yo sí puedo contemplar esa mueca de felicidad que tantas veces, en el pasado, presumía de ser capaz de provocar solo yo. Y me contagio. Me contagio y me dejo llevar a donde su sonrisa y su emoción quieran llevarme. Sin censura. Sin remordimientos. Sin rencor. Al menos por un rato.

—Volvemos a casa...— susurro mientras mantengo la mirada fija en la carretera y dejo que la ilusión y la felicidad me embarguen, desterrando a un rincón oscuro de mi mente el lacerante miedo a lo que está por llegar.

—Sí, Ari. — susurra también Bibi mientras me agarra la mano y mira al

frente — Volvemos a casa. Juntos.

CAPÍTULO 21: EL VIAJE DE LOS COJOxxx

Seis horas. Seis putas horas llevo en este infierno de coche que amenaza con acabar con la poca cordura que me queda. Bueno, el coche no, los locos que van dentro. Maldito el momento en que le dije a Hugo que yo sería la valiente que viajase detrás con Yanira y Bibi. Porque si algo me ha quedado claro en todas estas horas de viaje es que las drogas en ayunas son malas. Anotáoslo gente, un tripi con el café de la mañana, es caca. No seáis unas Bibi y Yanira de la vida, que han debido de tomarse tres cada una. Si no, no se explica el viajecito que me están dando entre las dos.

Riñas, gritos, pullas y hasta tirones de pelo en plan patio de colegio hemos tenido. Y ¿sabéis quién estaba en medio de esas dos taradas? ¡Premio! Una servidora. A punto he estado de quitarles los cinturones, abrir las puertas y largarlas a las dos de una patada en plena autovía. Y ojalá solo hubiera sido eso, pero tampoco es que Manu y Hugo no hayan dado lo suyo el coñazo. Si durante el trayecto no han cambiado unas cien veces de estilo de música no lo han hecho ninguna. Y cuando al fin encontraban algo que a mí me gustaba, los muy cabrones lo quitaban solo por tocarme las narices y luego carcajearse en mi cara de mala hostia. Enserio ¿en qué momento se me fue la pinza y este viaje me pareció buena idea?

Como decía, llevamos seis horas metidos en este coche. Durante ese tiempo solo hemos parado dos veces y solo porque era estrictamente necesario si no queríamos que Yanira se meara viva en la cara tapicería del coche de Manu. Y como yo ya estaba harta de sus peleas absurdas y sus gritos en estéreo, aproveché la segunda ocasión para endiñarle a otro la tarea de canguro. Así que, mientras todos meaban, yo me bajé del coche y me volví a subir, pero en el asiento del copiloto. «Qué se joda Hugo y aguante a las dos locas un rato». Me puse el cinturón, me anclé bien y me prometí a mí misma que de aquí ya no me sacaban ni con agua caliente. «Si tengo que volver ahí atrás me rajo las venas con la cremallera del bolso».

El caso es que la jugada me salió como el culo y no acabó del todo como

me esperaba. Así que ahora mismo me quedan unas cuatro horas de viaje con Hugo sentado al volante y yo en el asiento de al lado. Como si compartir con él el mismo coche y cuatro días de vacaciones no fueran suficientes, ahora tengo que sentarme a su lado tratando de no babear con lo increíblemente guapo que está conduciendo.

Qué tendrán los hombres cuando conducen, ¿eh? Es como si de repente adquiriesen un atractivo distinto al que ya sabías que tenían. Uno especial que los convierte en algo jodidamente erótico detrás de un volante. Y yo, que no tengo ni puta idea de lo que se me pasa por la cabeza, soy incapaz de no mirarle de reojo cada dos por tres para empaparme de esa sensualidad. Como un niño pequeño al que, cuanto más le dices que no meta la mano en la tarta, más ganas tiene de meterla.

Pues así, estoy ahora mismo. Quiero mirar, pero no quiero, y ante eso mi cabeza va por libre y hace lo que le sale del moño. Y miro. Vaya, si miro. Y, además, por primera vez desde que volvió, me sorprende recordando lo mucho que me gusta lo que veo. Su cara alargada, su barbilla prominente cubierta de una barba de dos días y esa nariz aguiluca, pero perfectamente proporcionada que le confiere una personalidad única a todo el conjunto. Bueno y esos ojazos...de ellos mejor ya ni os hablo, que me pongo muy pesada con el tema. Pero atrapan. Atrapan mucho y muy fuerte.

Hacia las seis de la tarde ya hemos entrado en territorio norteño y un cielo encapotado nos recibe enmarcando la belleza de los paisajes gallegos. Porque sí, somos gallegos. Y de pura cepa, además ¿Habéis estado alguna vez en Galicia? Si no es así os lo recomiendo. Y no solo porque sea mi tierra y me sienta orgullosa de ella, sino también porque es de esas zonas llenas de magia y belleza de las que te prendas nada más verlas. Y da igual si decides irte a la costa, con sus acantilados y playas de bandera azul; o al interior, repleto de arboledas y praderas de un verde tan intenso que encandila. No importa. Todo en esta tierra es vida en estado puro. Paisajes bellos en los que es tremendamente fácil perderse y olvidar por un buen rato todos tus pensamientos. Como si estuviesen pensados para hacer olvidar y hacer recordar al mismo tiempo. Olvidar todo lo malo, todo lo que duele. Y recordar que, pase lo que pase, el mundo sigue siendo precioso. Y eso es exactamente lo que me pasa a mí. En cuanto mis ojos se pierden más allá de la ventanilla del coche es como si nada más importase ya. Me calma, me tranquiliza, me da vida.

Hugo sigue al volante desde la última parada que hicimos hace ya unas cuatro horas. En todo este tiempo he logrado a duras penas no recrearme con insistencia en lo jodidamente sexi que me parece. No lo voy a negar, mirar, he mirado. Pero poquito. O *muchito*. No sé, el caso es que, aunque aquí delante las cosas van bien, detrás parece estar librándose la tercera guerra mundial.

Creí que escapando aquí el viaje sería más tranquilo, en lo que no caí es en el desastre que sería unir a Manu a la fiesta de esas dos locas. Yo al menos no alimentaba sus broncas, pero el muy cabrón sí que lo hace. Así que, por si no era suficiente con que Bibi y Yanira se comunicaran a grito *pelao*, ahora es Manu el que las pincha a una y a otra hasta que no se oyen nada más que sus molestos gritos. Y creedme, en un gallinero con mil gallinas hay más silencio que en este maldito coche. Al final, Hugo y yo hemos optado por poner a Andy Black a todo volumen para, por lo menos, oír chillidos orquestados.

En resumen, que solo logramos un poco de silencio en el coche cuando Hugo le pregunta a Manu que hacia donde debe conducir. ¿Es que no sabe ir a su ciudad? Preguntaréis vosotros. Pues lo cierto, es que no vamos literalmente a nuestra ciudad. Al menos, no todavía. Antes nos pasaremos tres días en un pequeño pueblo del interior en el que los padres de Manu tienen una casita preciosa rodeada de árboles y prados. Un lugar precioso, con un encanto que se hace palpable en cuanto pisas sus calles. Uno de esos parajes humildes en los que sus gentes están tan acostumbradas a la belleza que los rodea, que ni siquiera son muy conscientes de lo afortunados que son por poder disfrutar de ella cada día. De la tranquilidad que transmite, de la preciosidad que se observa, de la vida.

La casa se encuentra situada en uno de esos enclaves idílicos en los que todo a su alrededor transmite paz. Mucha paz. Tiene dos plantas y se trata de una antigua construcción de piedra que parece llevar ahí tanto tiempo como los mismos árboles. Árboles que la rodean por los cuatro costados y que dificulta mucho la vista del resto de casas del pueblo, que no son muchas, pero algunas hay.

Aparcamos en la entrada cuando ya casi es de noche y el sol está terminando de esconderse tras la arboleda. El lugar es tan bonito que me cuesta dejar de escrutar a mi alrededor tratando de absorberlo todo. Me parece el sitio perfecto en el que perderse una temporada, olvidando todo y a todos excepto a uno mismo. Algo así como el sitio idóneo en el que perderse para encontrarse. Por eso las palabras de Yanira en cuanto Hugo apaga el coche me cogen tan de sorpresa.

—¿Pero qué sitio es este? Aquí no hay nada — la pobre es más de ciudad que un semáforo.

—¿Cómo que no hay nada? — respondo a la defensiva — Hay pura vida, ¿te parece poco?

—Qué mística eres a veces, hija. Pero aquí es donde Cristo perdió el mechero y dejó fumar por no tener que volver a buscarlo.

—El dicho ni siquiera es así.

—El dicho es como a mí me salga del potorro. Y aquí solo hay árboles y seguramente muchos bichos. — sentencia con cara de asco. Bibi se ríe y Hugo, aunque quiera, no es capaz de disimular también una sonrisa.

Estoy a punto de soltarle a Yanira cualquier lindeza de las mías, como que los bichos ni se acercarán a la casa en cuanto la vean a ella recién levantada, cuando Manu interviene para poner paz. Cosa que es la primera vez que hace en todo el viaje, por cierto.

—¿Vais a pasaros todo el día discutiendo o podemos entrar de una vez?

Todos obedecemos y nos bajamos del coche, recogemos nuestras maletas y nos encaminamos a la casa. Manu saca unas llaves del bolsillo y abre la puerta por la que vamos entrando uno a uno en fila india detrás de él.

Lo que nos recibe es un estrecho pasillo en penumbra y un intenso olor a polvo y a humedad. Por lo que nos contó, sus padres hace mucho tiempo que no pisan por aquí, aunque de vez en cuando una vecina se pasa para comprobar que todo esté en orden y a airear la casa. Por el ambiente yo diría que lleva bastante sin hacerlo.

Manu avanza en la oscuridad y desaparece en una estancia a la derecha que tarda unos segundos en iluminarse. Yo, que voy justo detrás, lo sigo y entro en lo que me parece el salón más antiguo y a la vez más bonito que he visto en mi vida. No es una estancia muy grande, pero es perfecta en todos los sentidos. Suelo de madera antigua, sofás de cuero marrón, una mecedora del mismo estilo y, lo mejor de todo, una perfecta chimenea, integrada en la pared de piedra de la que me enamoro al instante. En el centro, una pequeña mesita de madera y una enorme alfombra en tonos beis que encajan perfectamente con el resto de la decoración. Me encanta. Como el resto de la casa sea así de bonita acabaré por encadenarme a la puerta para quedarme a vivir aquí.

—¿Qué os parece? — pregunta Manu cuando todos han entrado y visualizado bien la estancia.

—Es precioso Manu — dice Bibi con aire soñador mientras camina embelesada hacia la mecedora.

—No hay tele — y ya sabéis quién ha dicho eso ¿no?

—No hemos venido a ver la tele, Yanira — replico enfadada de nuevo.
Qué tocapelotas es, joder.

—¿Y qué vamos a hacer si no? ¿Jugar a la brisca? No hay nada en este sitio

—Pero ¿cómo que...?

—No empecéis otra vez. Vamos a ver el resto de la casa — y este es Hugo que al parecer está tan hasta los huevos de nuestras riñas como los otros dos. Así que nos callamos ambas, y seguimos a Manu que nos va enseñando cada una de las estancias que encontramos a nuestro paso.

En la planta baja, a parte del salón, solo hay una pequeña cocina muy sencilla con lo esencial: fogones, nevera, horno y una pequeña mesita con cuatro sillas alrededor, además de una angosta despensa en la que hay que agacharse si quieres asomar la nariz. En la planta de arriba tres habitaciones, dos con cama doble, una con cama individual y un baño completo al final del pasillo. Todo ello decorado de forma austera y antigua como el resto de la casa.

Tras ojear todas las estancias, decidimos repartirnos las habitaciones y, para mi sorpresa, lo hacemos sin berrinches ni broncas en el proceso. Al final terminamos Yanira y yo en una de las habitaciones grandes, Manu y Hugo en la otra y Bibi (por decisión propia) en la habitación más pequeña. Dice que está hasta el coño de nosotras dos y que necesita su intimidad para no acabar montando una a lo matanza de Texas, pero a la gallega. «Que exagerada es la *pobrecica*».

Después de ello, dejamos nuestras cosas donde nos corresponde y nos reunimos en el salón para organizar un poco lo que serán estos tres días. Cuando todos estamos más o menos conformes con el *planing*, decidimos prepararnos algo de cena (bocadillos de jamón serrano, básicamente, que es lo que el previsor de Manu ha traído en la mochila) y nos vamos a dormir con la intención de madrugar al día siguiente. Y aunque estoy convencida de que el dormir con Yanira, en cama ajena y con Hugo a dos palmos de distancia provocará que no pegue ojo en toda la noche, estoy tan agotada que termino cayendo en los brazos de Morfeo en cuanto mis huesos tocan el mullido colchón.

* * *

A la mañana siguiente nos levantamos temprano (no sin que Yanira vuelva a dar el coñazo) y pasamos el día en un pequeño pueblo vecino a unos veinte kilómetros de distancia. Paseamos por sus calles, degustamos sus platos típicos y hacemos una pequeña excursión por el monte que culmina en un estupendo mirador en la cima. Y las vistas desde allí son tan perfectas que casi se me saltan las lágrimas al contemplarlas. Bueno, por lo bonitas que son y porque al llegar casi escupo un pulmón por el esfuerzo.

Hacia las ocho de la tarde volvemos a casa y hacemos turnos para la ducha. Y tras una cena a base de pizza precocinada que hemos cogido en un supermercado en el viaje de vuelta, y una partida al trivial en la que las chicas ganamos de calle, nos vamos a dormir temprano porque todos queremos estar frescos y relajados para mañana. Porque mañana, según Yanira, por fin vamos a hacer algo divertido. Una barbacoa nocturna. Con su carne, sus choricitos y su cantidad ingente de alcohol. «Madre mía».

Por otro lado, no sé si os interesa, pero las cosas entre Hugo y yo marchan bien. Demasiado bien para ser sinceros. Y como siempre me pasa con él, eso es algo que me gusta y que odio a partes iguales. Como me temía, el pasar tanto tiempo con él de nuevo en el grupo, hace que tenga la sensación de haber retrocedido un montón de años en el tiempo, hasta aquella época feliz y tranquila que ahora mismo solo puedo concebir como la antesala de todo lo malo que estaba por llegar. Aquella época en la que éramos una verdadera manada de amigos que se arropaban y se apoyaban en todo lo que hacían. “La fuerza del lobo reside en la manada” que decía Rudyard Kipling en su *Libro de la Selva*. Y eso fue algo que cuando estuvimos juntos siempre tuvimos muy presente. Cada uno de nosotros era una persona individual e independiente hasta que se unía al grupo y el bienestar de todos era lo que primaba. Teníamos muchas broncas y nos enfadábamos muchas veces, pero protegíamos y cuidábamos unos de otros sin importar nuestras causas personales. Qué bonitos fueron aquellos ocho meses. Qué bonita es siempre la calma que precede a la tempestad.

Por supuesto no todo son similitudes, ya que ni Yanira estaba en aquella época, ni Lara y Carlos estaban ausentes, ni Hugo y yo estamos juntos ahora, pero las sensaciones con respecto a él siguen siendo como las de antaño. Especialmente en aquel tiempo en que solo fuimos dos amigos más que jugaban a esconder lo que sentían. O por lo menos ese era mi juego, hasta que él destapó sus cartas y yo hice lo propio con las mías (momento que maldigo mentalmente muchas más veces de lo que sería recomendable).

Y es que siempre hemos empastado tan bien el uno con el otro que es algo que nos sale instintivo sin que podamos controlarlo. Como si una fuerza invisible y poderosa se hubiera empeñado en mantenernos unidos de cualquier forma y a cualquier precio, aun a costa de pasarse por el forro todas mis reticencias y todos mis miedos. Bien, pues esa es mi forma de justificar el por qué Hugo y yo, en tan solo un día juntos, ya hemos vuelto a acercarnos de una forma notable y palpable. No tengo claro que sea una justificación muy válida, pero de momento tendrá que servir.

CAPÍTULO 22: LO QUE ESTÁ MUERTO NO PUEDE MORIR

Hoy es el día de la barbacoa y, para hacer algo diferente, hemos decidido que durante el día nos separaremos en dos grupos (chicas por un lado y chicos por otro) para luego juntarnos por la noche y cenar todos juntos. Bueno, en realidad eso lo han decidido los chicos. Creo que están un poco hasta el gorro de nosotras y de nuestras continuas quejas. En su gran mayoría de Yanira, he de decir. Así que esta mañana se han levantado temprano y se han ido a pasar el día a un pueblo cercano que, según Manu tiene un río precioso.

A decir verdad, a mí me hubiera gustado más ir con ellos que quedarme todo el día tirada en casa como Bibi y Yanira planean hacer. Y no, no tiene nada que ver con Hugo, mal pensados. Es sólo que adoro la naturaleza y los paisajes bonitos. Sin embargo, no he tenido más remedio que quedarme con las chicas si no quería correr el riesgo de morir asfixiada por Yanira mientras dormía. No es que lo haya dicho, pero estoy segura de que pensaba hacerlo si se me ocurría abrir la boca.

En fin, que aquí estoy, a las doce de la mañana de un sábado, con una cerveza en la mano mientras Bibi me pinta las uñas de los pies y Yanira se fuma su cuarto cigarro del día. Y eso que hace como hora y media que se ha levantado. El plan para el resto del día es sencillo: tocarnos el higo a dos manos, mientras bebemos cerveza y nos ponemos monísimas para una cena que tendrá lugar en nuestro jardín donde nadie nos va a ver. Original ¿eh?

—¿Qué vais a poneros esta noche? — pregunta Yanira apagando el cigarrillo en el cenicero mientras se lleva la cerveza a los labios.

—No sé, había pensado en ese Versace largo, última colección, que tengo guardado en la maleta junto a mis zapatos de Chanel y el anillo de tropecientos quilates de Tiffany's — respondo sarcástica repanchingada en el sofá al tiempo que Yanira me mira con el ceño fruncido — Sí mujer, el que está guardado junto al teléfono de Ryan Goslin y esa carta que me escribió el mes pasado confesándome su amor eterno.

—Tú eres gilipollas — sentencia cabreada mientras yo me río abiertamente con mi propia broma y ella se pimpla lo que le queda de cerveza

de un solo trago. Me encanta pincharla.

—Es una fiesta entre amigos, en el jardín trasero de una casa perdida en medio del monte. Dad gracias de que haga frío y no pueda cenar en pijama — interviene Bibi que lleva como diez minutos concentrada en el dedo pequeño de mi pie izquierdo.

—Qué aburridas sois, joder.

—Yanira cariño, no es ser aburrida, es que no vamos a ir a ninguna parte y aquí solo vamos a estar nosotros. Lo veo un poco inútil a la par que incómodo ¿no? — ella me mira con cara rara y en mi cabeza asoma un pensamiento que verbalizo en décimas de segundo — ¿O es que quieres impresionar a alguien?

—¿Perdona? No sé de qué me hablas — se levanta como un rayo y desaparece en la cocina como si tal cosa.

Lo malo es que la pobre tendrá muchas virtudes, pero desde luego, la de disimular no es una de ellas, lo que me confirma que he dado de pleno en la diana. Bibi y yo nos miramos incrédulas mientras una sonrisa asoma en nuestras caras.

Yanira, la alocada, independiente y pica flor de Yanira, quiere ponerse guapa para una fiesta en pleno monte solo para impresionar a cierto guaperas rubio de sonrisa pícaro. Ver para creer. Si ahora mismo me dicen que el Yeti anda suelto por estos bosques también me lo creería.

Dos minutos después, vuelve de la cocina con tres cervezas bien frías en la mano y un bol de patatas fritas en la otra. Lo deja todo en la mesa y se sienta como si, por arte de birlibirloque se nos fuera a olvidar lo que acabamos de descubrir. «No cariño, de esta no te escapas». Así que, fijamos la vista en ella y la taladramos con la mirada hasta que ya no le quedan más pellejitos en las uñas con los que jugar. Suspira con fuerza y levanta la cabeza para mirarnos alternativamente a una y a otra.

—No vais a dejarlo correr, ¿verdad? — ambas negamos con la cabeza con una sonrisa en la cara y ella suspira más fuerte — No es lo que pensáis ¿vale? Nos hemos acostado unas cuantas veces, pero no hay nada más. Fin de la historia.

—Y una mierda. — esa es Bibi, yo no soy tan mal hablada...ejem — ¿Cuántas son unas cuantas veces?

—Yo que sé, Bibi, no las llevo por cuenta.

—Una, dos, diez... — Yanira se queda callada arrugando el morrito y Bibi y yo la miramos atónitas — ¿Más de diez veces? Joder...

Bibi y yo nos miramos y ambas podemos leer la incredulidad en los ojos de la otra. A ver, ya he dicho que sospechábamos que esos dos compartían algo más que pullitas y dardos envenenados cuando se veían. Pero de ahí a enterarnos de que se han acostado juntos más de diez veces...Madre mía, eso no me lo esperaba yo ni en mil años. Especialmente teniendo en cuenta que ninguno de los dos es muy dado a repetir con sus conquistas. Un polvito rápido y si te he visto no me acuerdo. Cosa que me parece estupenda a pesar de que yo sea incapaz de hacerlo.

—A ver, no os montéis películas que os conozco. Solo es sexo. Nos lo pasamos bien juntos y punto. Ni sentimos nada más, ni nos hemos prometido exclusividad, ni os vamos a hacer tías.

—Pero quieres ponerte guapa para él — sentencia Bibi con las cejitas levantadas de modo picaresco.

—No quiero ponerme guapa para él. Solo quiero arreglarme un poco y ya está. Llevo dos días en mallas y sudadera. Me apetece verme mona.

—Ya... — susurro yo por lo bajini en un tono cargado de escepticismo. Mala idea, Yanira acaba de taladrarme con su bonita mirada color miel.

—Ya ¿qué? Es la verdad. Solo quiero verme guapa, ¿qué hay de malo en eso?

—Nada, y tampoco lo habría si quisieras impresionar a alguien ¿no?

—Pero es que yo no quiero impresionar a nadie aquí. A lo mejor tú sí...

—¿Yo, a quién? ¿A Bibi? Nah, ya la tengo en el bote — digo sonriendo a la vez que le guiño un ojo a la susodicha que ya ha acabado con su labor de esteticista y permanece sentada en el suelo con la espalda apoyada en el sofá.

—No me refería a Bibi precisamente — y como empiezo a sospechar a lo que se refiere decido usar el humor para enmascarar que me apetece entre cero y nada tocar ese tema.

—¿Entonces? Puedes estar tranquila, conozco demasiado bien a Manu como para que pueda gustarme.

—No te hagas la tonta, Cenicienta. Me he fijado en lo cerca que habéis estado Hugo y tú ayer. Además, me prometiste que me hablarías en algún momento sobre vuestra historia y sobre esas marcas de tu espalda.

Bibi la mira primero a ella y luego a mí, y sé que está pensando en cómo es que Yanira me ha visto la espalda. Ella sabe que esas marcas son mi mayor secreto. Que nadie que no viviese esa época conmigo conoce su existencia, porque dedico muchos esfuerzos para que eso sea así. Mis barreras en ese aspecto, son como un veinticuatro horas de esos, que abren todos los días del

año. Jamás llego a sentirme del todo cómoda con alguien como para bajar la guardia. O por lo menos, nunca me había pasado hasta ahora.

Pero es que Yanira ha sido la única persona, al margen de los de siempre, que, sin darme cuenta, he dejado entrar de esa forma en mí vida. Y me aterra tener que contarle todo aquello que arrastro desde hace años. No porque tema su reacción o su opinión al respecto, sino porque no soportaría que eso le hiciese cambiar su forma de verme. Odiaría que, si le cuento mi historia, empezase a verme como una mujer frágil y traumatizada a la que debe proteger y ayudar. Porque yo no soy esa mujer. He salido adelante y, dentro de lo posible he logrado superarlo. O eso es lo que me obligo a creer todos y cada uno de los días de mí vida. Y odiaría que la gente pudiera sentir pena por mí.

Lo que está claro es que la pobre se merece una explicación. Conociéndola como la conozco, sé que ha tenido que morderse la lengua en más de una ocasión para no sacar el tema. Porque a pesar de que pueda parecer una mujer a la que todo se la bufa, en realidad tiene un instinto de protección hiper desarrollado hacia aquella gente que de verdad le importa. Por eso sé, que probablemente le haya supuesto dios y ayuda darme el tiempo necesario para ser yo quien le hable del tema. El caso es que no tengo muy claro que esté preparada para revivir aquello de nuevo, aunque solo sea para contarlo.

Centro mi mirada en Bibi, y ella con la suya sé que trata de infundirme todo el valor que necesito para ser capaz de contar mi historia. Desde siempre, Bibi ha sido la que me ha animado constantemente a hablar del tema con naturalidad. Dice, que la única prueba concluyente de que hemos superado algo es poder hablar de ello sin que nos haga daño. El problema es que yo tengo la sensación de que jamás podré revivir aquello sin sentir como cada pedacito de mi alma se rompe de nuevo como lo hizo aquella noche.

Yanira nos mira a Bibi y a mí alternativamente, dando la sensación de que está presenciando el partido de tenis más interesante de su vida. Algo así como un Nadal – Djokovic en la final de unos Juegos Olímpicos, pero sin tener ni pajolera idea del mecanismo del deporte en cuestión. Al final, opta por arrugar el ceño y mirarme cariñosamente mientras habla.

—Oye Ari, que si no quieres hacerlo no pasa nada. Por tu cara sé que es algo gordo, así que olvídalo, no importa.

—Ari, vamos. Lo tienes superado y puedes hablar de ello. Sé que puedes — dice mi mejor amiga, que al parecer confía más en mi valor que yo

misma.

Porque yo tengo miedo, mucho miedo. Miedo al pasado y a revivirlo. Miedo al daño que puede traer consigo recordar ese dolor. Miedo a desaparecer de nuevo tras esa bruma negra y siniestra que lo oscureció todo en mi vida hace ahora nueve años.

Sin embargo, los ojos de Bibi me dicen otra cosa. Me dicen que puedo hacerlo, que soy fuerte y que tengo en mi interior mucho más valor del que yo me creo. Que el pasado es pasado y que nada que viva en él puede dañarme. Que esos monstruos ya los maté en su día y que por el simple hecho de recordarlos no significa que vayan a volver. Porque lo que está muerto ya no puede morir, pero tampoco revivir.

Así que tomo aire, bebo un trago de mi cerveza y acumulo todo el valor que soy capaz de reunir mientras trato de recordar cómo empezó la peor etapa de mi vida. «En fin, vamos allá».

CAPÍTULO 23: ESTO NO TENÍA QUE PASAR

—Hugo y yo nos conocimos hace algo más de nueve años. Él tenía veinte y yo dieciocho. La primera vez que nos vimos fue una calurosa tarde del verano de 2007 en la piscina del barrio. Solo nos miramos dos segundos, pero tengo que admitir que ya en ese momento me pareció de lo más atractivo. No nos acercamos, no nos hablamos. Simplemente nos miramos. Sin embargo, esa misma noche el destino quiso unirnos, de alguna forma, a través de Bibi. Ella lo había conocido a él y a sus amigos en una fiesta a principios del verano y esa noche los invitó a salir con nosotras. En cuanto le vi en aquel pub casi me caigo de culo. Estaba tan guapo que creo que por un segundo mis pulmones olvidaron incluso lo que era respirar. Esa noche, él me salvó de un borracho que intentaba propasarse conmigo y los dos acabamos en una calle desierta intentando que yo me tranquilizara. Fue atento, cariñoso y amable. Y a pesar de no conocerle de nada hizo que me sintiera protegida estando a su lado. Fue algo extraño ¿sabes? Cómo si de repente hubiera conseguido encajar con alguien de una manera que iba mucho más allá de lo meramente físico. Me sentía a gusto, cómoda, segura. No pasó nada entre nosotros, pero creo que esa noche ambos sentimos que algo nos había unido sin remedio — tomo un trago de mi cerveza y cojo aire de nuevo.

—A partir de ese momento, todo fue rodado. Hugo y yo empezamos a pasar tanto tiempo juntos, que a pesar de no ser pareja nuestros amigos ya nos trataban como tal. Quedábamos prácticamente todos los días. Íbamos al cine, a la piscina, a conocer lugares nuevos... cualquier sitio en el que pudiéramos estar solos era un buen plan para pasar la tarde. Y aunque yo no hubiese puesto problemas, él jamás intentó nada conmigo que se saliera de la estricta definición de amistad. Por eso, cuando tres semanas después, él decidió poner las cartas sobre la mesa a mí me pilló tan a contra pie que casi no supe cómo reaccionar.

«Esa noche habíamos ido a la última sesión de cine del día, y cuando salimos Hugo me sorprendió cogiéndome de la cintura y susurrándome que le gustaba tanto que cada vez le era más difícil fingir que no tenía ganas de

besarme a todas horas. Que no podía apartarme de su cabeza y que, de seguir así, acabaría volviéndose completamente loco. Como puedes imaginar yo me derretí literalmente en sus brazos. Porque ya no era solo que llevara colada por él desde el momento en que me salvó, es que además acababa de soltarme lo más bonito que me habían dicho en mi puta vida — suspiro profundamente recordando ese momento que tantas veces he deseado que no hubiese sucedido y que sigue siendo el mejor de mi vida — Esa noche me besó, y me dijo que lo que más deseaba en el mundo era estar conmigo. Sólo conmigo. Él y yo. Juntos.»

Yanira me mira con ternura y a mí casi me da pena joderle las expectativas cuando le cuente toda la mierda que vino después.

—Al principio todo fue muy bien. El primer mes que pasamos juntos fue el mejor que yo había vivido hasta la fecha. Hugo era tan atento y cariñoso que me hacía sentir la chica más guapa y especial que existía en el mundo. Siempre estaba pendiente de mí y de lo que necesitaba y me decía unas cosas tan bonitas que era capaz de hacerme temblar entera con solo abrir la boca. Era perfecto. Todo en él y con él lo era y jamás me dio ni un solo motivo para desconfiar acerca de nada. Ingenua de mí... —rio sardónica.

— A finales de julio, cuando llevábamos poco más de un mes juntos, Hugo llegó un día a mi casa con un ojo morado y el labio partido. Estaba tenso, nervioso y cabreado. Le pregunté que le había pasado y me contó una milonga sobre una ancianita, un ladrón y un bolso. A mí me sonó a excusa barata desde el principio, pero estaba tan pillada y confiaba tanto en él que le curé las heridas, lo abracé fuerte y lo dejé correr. Esa fue la primera señal de alerta ante lo que estaba por llegar. Y yo la obvié de tal forma, que ahora mismo me resulta increíble pensar en lo ciega que estaba por entonces.

—No estabas ciega — interviene Bibi tratando de reconfortarme — Le querías mucho y no le diste importancia. Nadie se imaginaba todo aquello, Ari.

Yo la miro cariñosa por su intento de hacerme sentir mejor y decido seguir con la historia. Si me paro demasiado, temo que no tendré fuerzas para continuar.

—Durante las semanas siguientes, Hugo apareció otras cuatro veces más con la cara hecha un cromo y el cuerpo lleno de moratones. Pero cuando yo trataba de preguntarle el porqué de sus pintas, él se inventaba una excusa que cada vez sonaba más rocambolesca. El tema me irritaba y me asustaba tanto, que yo lo ignoraba aún consciente de que se trataba de algo gordo. Un día a las

siete de la mañana, Manu me llamó para decirme que Hugo estaba en el hospital. Lo habían encontrado hacía apenas una hora, tirado en un callejón con un golpe en la cabeza y diversos cortes en el cuerpo. ¡Joder! Me llevé el susto de mi vida. Durante el trayecto desde mi casa hasta hospital sentí tanto miedo y se me pasaron tantas cosas por la cabeza, que creí que me desmayaría de un momento a otro. Ahí lo supe, estaba tan jodidamente enamorada de él que ya no era capaz de vivir si no estaba a su lado.

«Cuando llegué al hospital, él ya estaba consciente. Los cortes eran superficiales y el traumatismo no revestía demasiada gravedad. Tendría que quedarse en observación unas horas para controlarlo, pero luego podría irse a casa. Respiré. Te juro que en ese momento respiré de tal manera que me parecía que llevaba más de una vida sin saber cómo hacerlo. Pero cuando entré en la habitación y le vi la cara supe que algo no iba bien. Y no porque la tuviera como si acabara de pegarse él solo con media ciudad, sino por la expresión de arrepentimiento y vergüenza con la que me miraba. Entonces lo comprendí. Había vuelto a pelearse y esta vez se le había ido de las manos. Enfurecí. En serio, me enfadé tanto que casi eché a todos nuestros amigos a patadas de la habitación para poder exigirle respuestas. Y esta vez, quería la verdad. No una excusa barata con la que salir del paso. A día de hoy aun lamento no haber hecho la vista gorda de nuevo y evitarme así todo el dolor que vino después. Pero no lo hice y él tampoco me mintió esta vez, si no que claudicó amargamente y me contó toda su historia — cojo mi cerveza y me la termino de un trago.

Yanira, que está a mi lado, saca una cajetilla de tabaco y yo siento unas ganas locas de empezar a fumar por primera vez desde hace años. Pero no, el tabaco no va a ayudar en nada a que contar lo que queda sea más sencillo.

—Me dijo que antes de conocerme su vida era una mierda. Sus padres estaban separados y se odiaban mutuamente, dejándole a él en una situación muy difícil. Además, su situación económica era pésima y necesitaba dinero para ir a la universidad y alejarse de casa. Así que optó por la vía fácil y empezó a trapichear con drogas. Empezó como un triste camello de tres al cuarto, pero con el tiempo su volumen de ventas se disparó y empezó a ganar mucha pasta. Hasta que un día, su padre, que es taxista, tuvo un gran accidente y, aunque a él no le pasó nada, sé quedo sin su coche para poder trabajar. Por lo que, Hugo se gastó todo lo que tenía en comprarle uno de segunda mano. Lo malo fue, que el dinero que usó no era suyo, sino los beneficios de los tíos que le pasaban la mercancía. Y ahora tenía una gran deuda con ellos. Había

intentado negociar la devolución del dinero, pero ellos insistían en que debía pagarles la mitad y, además, seguir trabajando para ellos. Pero él no tenía ese dinero, por lo que, de vez en cuando le daban avisos para que saldara su cuenta. Y el último de ellos, era el que lo había llevado hasta el hospital.»

«Al principio me quedé de piedra. Ni en un millón de años hubiese imaginado que mi novio pudiese estar involucrado en actividades de ese tipo. Quitando las excusas con las palizas, nunca nada me hizo sospechar que vendía drogas. ¿En qué coño me había metido? Estaba enamorada hasta las trancas de un camello consagrado al que unos peligrosos traficantes de drogas querían partir las piernas sino pagaba su deuda. Lástima que esa fuera la clave, estaba perdida e irremediamente enamorada de él y tenía que hacer cualquier cosa para ponerlo a salvo. Así que esa misma mañana, fui al banco y saqué de mi cuenta todos mis ahorros para la universidad. No tenía ni idea de a cuanto ascendía la deuda de Hugo, pero esperaba que con esos miles de euros alcanzara por lo menos para una parte. Me planté en el hospital y se los di. En cuanto cayó en la cuenta de lo que era se negó en redondo, no quería meterme en aquello y mucho menos aceptar mi dinero. Pero le amenacé con dejarle si no lo cogía, les pagaba y dejaba de mentirme de una puta vez. Le hice creer que ese pastizal no significaba nada para mí, y que no era todo lo que tenía ahorrado. No sé si se lo creyó, pero aceptó. Y yo acepté que él debía seguir vendiendo unos cuantos meses más para conseguir saldar su deuda por completo. Con la promesa de que después lo dejaría. Y lo creí. O quise creerle.»

A estas alturas yo ya me he terminado la tercera cerveza y Yanira tiene cara de haber visto un alien. Lo sé, la historia es rocambolesca a más no poder. Y, joder, si no la hubiera vivido yo misma me costaría hasta creérmela. Pero por desgracia la he sufrido en carne propia y no me ha quedado más remedio que apechugar con ella. Bibi, vuelve de la cocina con la cuarta ronda y esta vez, abandona el suelo donde había permanecido sentada hasta ahora, y se acomoda en el sofá a mi lado. Y no es algo inconsciente. Lo hace, porque sabe que ahora llega la parte más dura.

—Hugo salió del hospital un par de días después, saldó la mitad de su deuda y todo volvió, relativamente a la normalidad. Seguimos haciendo vida de pareja y, aunque algo en mi confianza se había roto, me obligué a creer en él y en que todo lo que me decía que hacía era verdad. Pasaron un par de meses y todo parecía indicar que las cosas iban bien. Celebramos todos juntos

mi dieciocho cumpleaños y Hugo fue el mayor artífice de que recibiera la mayoría de edad de la forma más especial posible. Ese mismo día me dijo que no tenía palabras para agradecerle a Bibi que me hubiera puesto en su camino. Que era la chica de sus sueños y que pretendía dedicar el resto de su existencia a hacerme feliz. Juntos. Siempre juntos. Como podrías imaginar estaba pletórica. A pesar de todo lo que había pasado, esa noche volví a confiar en él, en sus palabras y en su amor. Aunque lo intentara no habría podido ser más ingenua. Lo que pasó veinte días después me lo confirmó.

«Era veintidós de marzo, un viernes como otro cualquiera. Esa noche Hugo y yo habíamos quedado en cenar juntos y luego salir a tomar algo. Yo había tenido una semana dura y llevábamos unos días sin vernos. El caso es que Hugo no apareció. Ni para cenar, ni para salir, ni para nada. Lo llamé como unas treinta veces, pero su móvil salía siempre apagado. Llamé a Manu, a Carlos y a cualquiera que pudiera conocerle. Pero nadie sabía nada. Esa noche fue la más larga de mi existencia, por lo menos hasta ese momento. Al día siguiente más de lo mismo, Hugo seguía sin dar señales de vida y yo sentía que la mía se iba apagando poco a poco. Simplemente se había esfumado. Ahí fue cuando empecé a preocuparme y angustiarme de verdad, porque cada vez que cerraba los ojos solo podía imaginármelo a él. A él tirado en una cuneta, agonizando sólo y sin poder ni siquiera llamar a nadie. A él en un descampado desierto con un montón de huesos rotos y sin forma de comunicarse con nosotros. A él muerto. Y yo me moría un poco más, a cada rato que pasaba entre mis ideas y mi imaginación. No fue hasta dos días después cuando fui consciente de toda la verdad».

Suspiro profundamente y trato de mantener a raya el nerviosismo que amenaza con atenuar mi voz. Clavo la vista en mis manos unidas en el regazo y continúo.

—Manu me llamó esa mañana para decirme que necesitaba verme, que era urgente y que no podía esperar. Al principio, me imaginé el peor de los finales, pero en cuanto le vi la cara, la venda que había llevado esos dos días cayó a mis pies casi sin necesidad de que dijera nada. Se había ido. Se había largado de la ciudad sin despedirse y sin más explicación que un escueto mensaje enviado a su amigo en el que aseguraba que no iba a volver y donde nos pedía que no le buscáramos. Qué lo sentía mucho y que esperaba que algún día pudiésemos perdonarle. Y que, por favor, cuidase de mí. Punto. Sin más. Esa fue toda la explicación que ofreció a sus amigos de toda la vida y a la chica a la que había declarado que quería con toda el alma. Me hundí, como

puedes imaginar. Jamás me podía haber imaginado algo así por su parte. Estuve días sin querer salir de casa. Sin querer comer, ni ver a nadie. Sentía como si el aire se hubiese enrarecido con su marcha, hasta el punto de resultarme completamente irrespirable. Se había largado. Sin despedirse. Sin explicaciones. Sin mí. Y eso hacía que la vida sin él me pareciese tan complicada como escalar el maldito Everest. Pasé el luto y me auto compadecí de mí misma el tiempo suficiente como para recuperarme un poco. Y cuando ese tiempo pasó, me levanté de la cama y seguí adelante. Y no porque hubiese encontrado las fuerzas que necesitaba para hacerlo, sino porque era lo que debía hacer si quería ir a la universidad el curso siguiente. Hugo no solo se había llevado con él mi corazón, sino también todo mi dinero, así que tenía que ponerme a trabajar. Y todo iba bien hasta que una noche, el diez de abril de dos mil ocho... — en este momento sé que estoy a punto de romperme.

Contar toda la historia ha sido difícil, pero, lo que viene ahora supone recordar lo más doloroso de mi vida. Supone revivir aquella jodida noche en la que casi me pierdo para siempre. Aquella noche que marcó, no solo mi vida, sino también mi espalda, para el resto de mis días. Bibi lo sabe y me coge la mano apretándola con fuerza tratando de decirme que está aquí, conmigo. Como lo estuvo hace nueve años y como sé que lo estará dentro de otros nueve. Pero no solo eso, sino que al otro lado tengo a una estupenda chica de ojos grandes que frota mi espalda con cariño, haciéndome entender que está ahí y que diga lo que diga lo seguirá estando exactamente de la misma forma. Eso es todo lo que necesito para armarme de valor y seguir. Porque se lo debo a ellas, pero, sobre todo, porque me lo debo a mí misma.

—Ese día, yo trabajaba en una cafetería cerca del centro de la ciudad. Tras unas cuantas semanas de búsqueda mi padre me había encontrado un modesto trabajo a jornada partida como camarera. Trabajaba solo de cuatro a diez y eso me permitía compaginarlo con el último año de instituto. No pagaban mucho, pero todo lo que pudiera ahorrar me acercaba un poquito más a Barcelona y a la universidad. Esa noche salí más tarde de lo habitual. Mi jefe me había tenido haciendo inventario hasta las once y media y estaba reventada. Así que, con la idea de llegar antes a casa decidí tomar un atajo a través de un pequeño parque. No estaba muy bien iluminado, pero atravesarlo suponía recorrer unos ochocientos metros menos que por la ruta habitual. Cuando iba por la mitad del parque, oí como alguien se acercaba corriendo a mi espalda. Quise reaccionar, pero cuando me di cuenta, alguien se me había

lanzado encima haciéndome caer de bruces sobre el empedrado de cemento. — en este punto siento que soy incapaz de controlar las lágrimas que pugnan por salir de mis ojos. Pero debo seguir, ya queda poco. — Cuando me quise dar cuenta alguien me propinaba puñetazos por todo el cuerpo mientras repetía: «Si le hablas a alguien de nosotros lo vas a lamentar» y «Se lo advertimos a tu novio». Y ahí lo supe, los traficantes que pasaban droga a Hugo estaban dándome una paliza por algún motivo que no alcanzaba a comprender. Durante un segundo intenté huir, pero me duró poco. Un estallido, igual que el de un látigo, resonó en el aire y yo sentí como la espalda se me partía en dos. A la tercera vez, todo se volvió negro

Yanira se cubre la boca con la mano y ahoga un grito de dolor con la mirada desencajada. Bibi aprieta con más fuerza mi mano y yo soy incapaz de detener más el llanto que sale fiero y raudo a su encuentro con el exterior.

—Lo siguiente que recuerdo es despertarme en el hospital con una venda en la cabeza y en la espalda y a mi madre sollozando a mi lado. Lo que vino después fueron meses de dolor, miedo y ausencia que me hicieron perderme en una cegadora oscuridad mucho más tiempo del que debería. Estaba muerta. Muerta a pesar de que mis pulmones seguían respirando y mi corazón latiendo. Solo era un contenedor vacío y carente de cualquier atisbo de vida en su interior. Esa noche se llevó de mí mucho más que unos trocitos de carne en un cinturón. Y yo me llevé de esa noche mucho más que unas marcas en la piel de mi espalda.

Yanira no puede más y rompe a llorar mientras me abraza y me acuna con fuerza contra su cuerpo. Yo no puedo dejar de sollozar y me hundo en su regazo mientras permito que todo el dolor salga.

—Shhh. Mi niña, no llores.

—Me destrozó, Yanira. Todo aquello me destrozó. — digo hipando mientras ella trata de reconfortarme. Se para, y me sujeta la cara entre sus manos obligándome a mirarla.

—No. No es verdad. Aquello pudo destrozarte, pero no lo hizo. Solo consiguió hacerte más fuerte. Te convirtió en la mujer valiente y dura que eres ahora. Así que no digas eso. Me oyes. No lo digas — y vuelve a abrazarme tan fuerte que siento como si tratara de llevarse con ella todo el dolor que vive en mí.

—No quiero que duela. No quiero que pasen los años y siga doliendo, Yanira. Y no quiero que la gente sienta pena por mí. Yo, no quiero sentir pena por mí.

—Ari, cariño, nadie siente pena por ti. — interviene Bibi — Yo viví todo aquello contigo y te vi resurgir a través del dolor y del miedo. Y lo único que puedo sentir por ti es admiración.

Salgo de mi escondite en los brazos de Yanira y la miro sin comprender a que se refiere. Ella prosigue.

—Te admiro, Ari. Te admiro porque supiste reponerte a lo que te pasó y fuiste capaz de volver a vivir. Porque, aunque te llevó un tiempo, al final conseguiste hacer desaparecer la oscuridad de tu interior con solo abrir los ojos para iluminar el camino. No tienes que sentir pena de ti Ari, tienes que estar orgullosa de lo fuerte y valiente que eres, al ser capaz de seguir con tu vida después de aquello. Te agredieron, te hicieron daño y pasaste un mes en el hospital. Pero sigues aquí, con tu vida, con tus amigos, con tu familia. Forjándote día a día un futuro y un porvenir que, si existe el karma, te devolverá con creces todo lo que sufriste en el pasado. No te avergüences de lo que te pasó, cielo, vive con ello y úsalo para recordarte día a día lo que eres y lo que quieres ser.

Y su discurso hubiera obrado un efecto total en mí, si no fuera porque el que, hasta hace poco, consideraba el causante de todo mi dolor, acaba de volver a mi vida, recordándomelo de nuevo. Haciendo que me pregunte otra vez por qué se fue. Por qué me dejó a merced de aquellos energúmenos que me jodieron la vida. ¿Tuvo miedo? ¿Fue eso? ¿Tuvo miedo de lo que pudiera pasarle y huyó sin pensar en nadie más que en él?

Esos son los interrogantes que he tenido durante todos estos años. Esos que me han hecho culpar siempre a Hugo de todo lo que me pasó. Él se fue, pero, yo me quedé expuesta a esa gente sin que él hiciera nada para protegerme. Sin que siquiera me hubiera avisado. Por eso, a ratos, le odio. Le odio por abandonarme. Le odio por no estar para protegerme. Le odio, porque a pesar de todo, sé que no es justo que lo cargue con mi dolor. Que le culpe por algo en lo que no participó. No al menos de manera directa. Por eso necesito respuestas. Respuestas a las preguntas que no tengo ninguna intención de plantearle porque tampoco tengo intención alguna de contarle jamás lo que me pasó. Lo conozco lo suficiente como para saber que, si llegase a enterarse, jamás lograría perdonárselo, fueran cuales fueran en su momento los motivos para irse. Y no soy tan retorcida como para querer hacerle pasar por ese amargo trago. Con uno de nosotros destrozado me parece más que suficiente.

Yanira sigue abrazándome un rato más con fuerza hasta que yo logro

controlar mis lágrimas y me incorporo lentamente secándome los ojos. Estoy triste y nerviosa, pero en el fondo, siento como si me hubiese quitado de encima parte de esa losa invisible que cargo desde hace tantos años. Como si el peso de la mochila que llevo sobre los hombros se hubiese repartido un poco entre aquellos que ahora saben mi historia. Como si Yanira se hubiese llevado parte de mi dolor igual que en su día hicieron Bibi, Manu, Carlos, Lara y mi familia. No se ha ido del todo, pero duele un poco menos.

—¿Él lo sabe? ¿Sabe...lo que pasó después? —susurra Yanira con los ojos clavados en su botellín de cerveza que vuelve a estar vacío. Lo pregunta con miedo, como si ahora hablar de él fuese algo prohibido en mi presencia. Algo tabú.

No lo es. Y no quiero que lo sea. Mi convicción acerca de perdonarle hasta donde pueda y seguir adelante sigue ahí. Casi más fuerte que hace treinta minutos.

—No — respondo resuelta y medianamente serena — No lo sabe y no quiero que lo sepa. Hasta hace unos días no quería ni oír hablar de él y eso solo alimentaba la idea de que todo lo que pasó fue por su culpa. Pero eso ha cambiado ¿sabes? Él solo es culpable de sus mierdas y de sus motivos para irse. De abandonarme. Lo demás es solo producto de mentes enfermas y carentes de sensibilidad humana. Él no tiene la culpa de que cargue de por vida con esas cicatrices en mi espalda como recordatorio del peor episodio de mi vida. Y yo tampoco. Simplemente pasó.

La miro a los ojos y me emociona la sincera admiración con la que los suyos me observan. Deja el botellín vacío sobre la mesa y, secándose una solitaria lágrima que resbala por su mejilla, me abraza de tal forma que siento como todos los pedacitos dispersos de mí ser se acercan un poquito más al lugar que les corresponde. Porque este es uno de esos abrazos que dan valor, amor y vida a raudales.

Vuelvo a ahogar un sollozo y esta vez no de dolor. Sino de pura dicha, por haber sido capaz de encontrar a gente tan maravillosa con la que compartir mi vida. De esos que si te caes se caen contigo y luego son los primeros en levantarse para poder tirar de ti. De esos que te ayudan a sortear las pequeñas piedras del camino o a romper a cabezazos las más grandes. De esos que sabes que, pase lo que pase, nunca te dejarán rendirte.

Nos quedamos un rato más fundidas la una en la otra hasta que Bibi habla.

—Enséñaselas — me separo de Yanira y la miro sin alcanzar a

comprender del todo lo que está diciendo. O sin querer comprenderlo. — Las cicatrices. Enséñaselas y supéralo del todo. Esas marcas no son un estigma que debas ocultar, Ari. Sé que representan muchas cosas, dolor, angustia, miedo... Pero también te representan a ti. Lo que fuiste, lo que eres y lo que serás. No debes avergonzarte de algo así.

En cuanto Bibi termina de hablar, en mi interior empieza a librarse una batalla entre el miedo que siento y las ganas de aplicar, de aquí en adelante, lo que acaba de decirme. Porque por mucho que me aterre, en parte tiene razón. Siempre he ocultado esas marcas con la firme intención de olvidar que estaban ahí. De lo que no era plenamente consciente hasta este momento, es de que esforzarme en esconderlas es lo que más consigue recordármelas. Recordarme que existen, que duelen y que no se van a ir. Quizá si aprendiera a vivir con ellas como una parte más de mí misma, haría que doliesen menos. Que hiciesen menos daño. No pierdo nada por intentarlo, ¿no?

Cierro los ojos y respiro profundamente con la firme intención de ser valiente, de no avergonzarme de lo que soy y de seguir adelante. Así que me pongo de pie y les doy la espalda a ambas de modo que quedo mirando hacia la ventana exterior. Me obligo a concentrarme en el verde que se ve a través de ella y me quito lentamente la camiseta respirando con dificultad.

En cuanto me he despojado de la ropa un grito ahogado me confirma que la estampa ha hecho sobrecogerse a Yanira. Y tampoco es que tenga la espalda destrozada. En realidad, solo son cuatro líneas irregulares que salen de cuatro puntos distintos de la parte baja y que mueren casi en el mismo lugar a medio camino entre el cuello y la zona lumbar. Como cuatro ríos pequeños discurriendo por mi piel que acaban desembocando en el mismo mar. Son visibles, pero no dantescas. Ahora ya no.

Estoy a punto de volver a vestirme cuando una voz que reconocería entre mil, suelta un alarido que hace que el corazón se me sobrecoja hasta tal punto que ahora solo es una masa arrugada en mi pecho.

—¡Oh dios mío! ¡¿Qué cojones te ha pasado!?

«No, joder, esto no tenía que pasar».

CAPÍTULO 24: ESPERARÉ

HUGO

¿Sabéis esos momentos de la vida en los que sientes como si el alma se te partiese por la mitad, en dos grandes trozos que se separan sin remedio? ¿Cómo si todo el puto aire del mundo abandonase la habitación dejando a tus pulmones sin una sola molécula de oxígeno que respirar? Pues exactamente así es como me siento yo en este momento. Como si en mi interior acabase de asentarse un peso enorme que hace que se me comprima el estómago. Como si alguien estuviera hundiendo la mano en mis entrañas y me las estuviera volviendo del revés.

Si algo tengo claro, es que la imagen de la espalda de Ari me perseguirá eternamente allí a donde vaya. Ver esas cuatro marcas ya cicatrizadas marcando de ese modo tan sucio y dantesco la fina piel de su espalda, ha hecho que algo muy dentro de mí duela. Que duela con la fuerza con la que duelen las cosas que no sabes explicar, que no entiendes, que odias. Que duela igual que cuando, de pequeños, oíamos discutir a nuestros padres e intuíamos que era por nuestra culpa. Como ese primer colega de la adolescencia al que se lo diste todo y acabó follándose a tu novia.

Duele tanto que quieres arrancarte el alma a trocitos para ver si así, al menos, la herida deja de lacerar. Pero en mi caso no creo que eso vaya a pasar. No al menos hasta que no sepa el motivo por el que mi Ari deberá ir marcada de ese modo el resto de su vida. Y de verdad espero que eso no se lo haya hecho ningún hijo de puta, algún ex o algo así, porque os juro que iré a buscarle y le arrancaré la jodida piel a tiras.

Después de este minuto eterno de pensamientos caóticos e instintos asesinos, mis pies deciden actuar por su cuenta y empiezo a avanzar con decisión hacia Ari, que intenta ponerse la camiseta tan deprisa que apenas consigue acertar con las mangas. Está muy pálida y su labio inferior tiembla entre sus dientes mientras intenta a duras penas contener las lágrimas. Y yo, que sería capaz de cualquier cosa por ver a esta chica feliz, mataría por poder

borrar el dolor que se refleja en su cara de un solo plumazo. Me lo llevaría. Me lo quedaría para mí si eso es lo que ella necesita para volver a sonreír igual que lo hizo ayer. Preciosa, desinhibida, feliz.

El problema es que sé que eso no basta y tampoco tengo muy claro que sea lo que más necesita ahora. Nuestra relación es más cercana desde que empezamos este viaje juntos, pero tampoco quiero tentar a la suerte. No en este momento, en el que Ari es la maldita imagen de la vulnerabilidad. No consigo dar ni tres pasos cuando Manu me sujeta del hombro con fuerza haciendo que me entren unas ganas locas de patear su bonito trasero. Me giro con brusquedad y le miro con tan mala hostia que, de haber sido otro, estoy seguro de que se habría acojonado.

—¿Qué cojones estás haciendo?

—Hugo...no. — y la seriedad de sus palabras casi me hace achantarme y hacerle caso. Pero mis ganas de hablar con ella, de saber que le ha pasado, son mucho más grandes que cualquier advertencia, por bienintencionada que sea.

—¿Tú sabías esto? — pregunto entre dientes taladrándolo con la mirada. La expresión de su cara me confirma lo que ya intuía y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no pegar, por primera vez en mi vida, a mi mejor amigo. — Suéltame.

Hago un gesto brusco con el hombro para zafarme de él y alcanzo a Ari justo en el momento en que se gira ya vestida y posa sus preciosos ojos en los míos. Esos ojos en los que el jodido mar parece estar desbordándose bañando sus mejillas. Ella, por puro instinto, agacha la cabeza avergonzada tratando de esconder su llanto.

— Ari, mírame... — digo con dulzura mientras poso mis dedos bajo su mentón y le alzo la cabeza para que lo haga. No se resiste. Y cuando me mira, siento como si esos dos pedazos en los que se había separado mi alma acabasen de romperse en miles de millones de trocitos diminutos e incapaces de recomponer. Porque en sus ojos solo veo dolor. Mucho más del que su pequeño cuerpo debería ser capaz de soportar. Y sin saber por qué me siento culpable — ¿Quién te ha hecho eso?

Silencio. El silencio más largo y más doloroso al que he tenido que enfrentarme en mi puta vida. De esos de los que no puedes huir, ni escapar por mucho que lo desees. De los que duelen. De los que matan. Y yo siento que me muero un poco con cada lágrima que sigue mojando su rostro. Porque cada brillo de temor e indefensión que asoma en su mirada es como un dardo

envenenado a mi pecho.

Sigue sin decir nada y clava de nuevo la mirada en sus manos entrelazadas a la altura de su cintura. Empieza a temblar de forma bastante perceptible y trata de ahogar cómo puede un llanto cada vez más incontrolable. Y yo... Yo siento rabia. Una rabia insana y visceral que brota de cada fibra de mi cuerpo sin que sea capaz de controlarla. Rabia por no haber podido evitar cada segundo de dolor que esas marcas han podido causarle. Rabia por no haberlas sufrido yo. No sé. RABIA. Así en mayúsculas y en toda la extensión de la maldita palabra.

¿Y qué hago? Pues comportarme como todo el mundo cuando experimenta un sentimiento tan feo y tan frustrante como ese. Sobre todo, cuando la persona que tengo delante, que es la que más me importa en el mundo, trata de huir de mí como si mi presencia la estuviera ahogando. Así que la sostengo con fuerza de los brazos y me comporto como el capullo sin cabeza en el que parece que me he convertido. A pesar de la súplica que me lanza mirándome directamente a los ojos y sin dejar de llorar.

—Hugo...por favor

—¡No, Ari! No vas a huir de mí. No sin decirme que cojones te ha pasado y qué son esas malditas marcas de tu espalda.

—Yo no...Es que, hace años...Tu no... — sigue sollozando y cada vez le es más complicado contener el temblor que reverbera por todo su cuerpo. Suelta frases incoherentes que no entiendo y que solo consiguen qué mi frustración y mi rabia vayan a más, hasta el punto de hacerme estallar.

—¡Cuéntame qué coño te ha pasado Ari! ¡Basta ya de titubeos! — escupo las palabras con tanta rabia que ni siquiera soy consciente de que he estado zarandeándola un poco hasta que unos furiosos ojos marrones se cruzan en mi camino mirándome con verdadero odio.

—¡No, basta ya tú y tu mierda de exigencias, joder! ¿Quién coño te has creído que eres, Hugo? Llegas aquí nueve años después de haberla abandonado creyéndote con el derecho a saber de su vida, cuando tú no has sido capaz ni de explicarle porqué te largaste. Así que deja de presionarla y, al menos, ten la decencia de dejar que sea ella quién decida si contártelo y cuando hacerlo.

La mira asimilando sus palabras y lo último que veo antes de odiarme un poco más a mí mismo, es a Bibi llevándosela de la habitación con Yanira detrás, y la mirada triste y furiosa de Manu antes de seguirlas. Bueno eso, y el

recuerdo de unos ojos celestes anegados en lágrimas que sigo pensando que se desbordan por mi culpa.

ARI

Yanira y Bibi llevan una hora entera despotricando contra Hugo y yo, acurrucada contra el cabecero de la cama, solo quiero que se callen y se vayan, para poder estar sola. Porque si vuelvo a oír una sola vez más lo cabrón que es el bendito chaval, voy a arrancarme las orejas. O a arrancarles a ellas las lenguas. Aún no lo he decidido. ¿Pero es que no se dan cuenta de que lo que menos necesito ahora mismo es seguir oyendo una y otra vez como hablan del tema? Solo necesito silencio y tranquilidad si quiero recuperarme de esto lo antes posible. Quiero decirme a mí misma que no ha pasado nada, que Hugo no ha visto mis marcas y que todo está bien. Pero con ellas poniendo verde al susodicho, me es entre difícil e imposible concentrarme en la tarea. Así que me limito a tratar de obviarlas, dejando la mente en blanco y abrazándome las rodillas como una demente en estado catártico. No he dicho nada desde que llegamos a la habitación, pero al menos he dejado de llorar. Algo es algo ¿no?

—Ari, no le des más vueltas el tío es gilipollas y punto — sentencia Yanira cuando ambas parecen haberse cansado de parlotear. — Un egocéntrico prepotente que cree que puede exigir a los demás lo que le venga en gana.

Bibi hace un ruidito de asentimiento y yo no tengo ni ganas de explicarles que no estoy en absoluto de acuerdo con ellas, que están exagerando y que su estrategia de ponerle verde para animarme ha fracasado estrepitosamente desde el principio. Ya no soy una adolescente de quince años a la que reconforta oír a sus amigas despotricar contra su enemiga o contra su ex. Eso ya pasó. Por suerte para mí.

Quizá hace un mes, que Yanira y Bibi pusieran a caldo a Hugo hubiese sido mi mejor medicina tras un encontronazo con él. Pero no. Ahora ya no sirve. Y no lo hace, porque yo ya no pienso nada de lo que ellas están diciendo. No pienso que Hugo sea un ser egocéntrico y prepotente que solo se mira el ombligo. Y no pienso que los motivos de su reacción hayan sido el orgullo y la soberbia de quién se cree con unos derechos que ya no tiene. No lo pienso. Ya no. Pero como no tengo ningunas ganas de explicarles a ellas el por qué no lo hago, prefiero callarme y dejarlas a su aire. Se cansarán en algún momento de la tarde...digo yo.

Tras otros diez minutos con ellas en sus trece y yo en mi mundo interior,

dos suaves golpes en la puerta hacen que salgan de su trance, aunque yo no lo haga del mío. Prefiero aprovechar el silencio que ha reinado en la habitación tras ese pequeño sonido antes de que vuelvan a la carga. Yanira se levanta de la cama y abre la puerta lo suficiente para saber quién está detrás, pero sin que esa persona pueda ver el interior de la estancia. Me habría importado bien poco quien estuviese llamando de no haber oído su voz grave y seria al otro lado.

—¿Puedo pasar? — suena hundido y desesperado.

—No, no puedes. ¿Quién coño te crees para venir a verla después de lo que ha pasado ahí abajo? — mamá gallina, protegiendo a su polluelo. Y qué asco ser siempre el polluelo.

—Yanira, necesito verla. Yo no...

—Lárgate, Hugo. — lo corta sin dejarle terminar — Ella no quiere verte y tampoco lo necesita. Así que, aléjate de ella y procura no acercarte más de la cuenta en lo que nos queda viaje.

—Pero, yo necesito...

—Me da igual lo que necesites, ella no...

—Déjale entrar. —¿esa he sido yo? A juzgar por el tono y el timbre de la voz, yo diría que sí. Aunque no sé muy bien por qué lo dicho.

Yanira se gira y, aunque yo no la miro a ella, puedo sentir sus ojos cabreados taladrándome desde la puerta.

—¿Te has vuelto loca, Ari? Después de lo de ahí abajo, no creo que...

—Quiero que entre — digo firmemente sin dejarla terminar de nuevo.

Pero es que no estoy dispuesta que nadie decida por mí en una situación como esta. Es mi amiga, la quiero y entiendo sus intenciones, pero esto no es algo que deba decidir ella por su cuenta y riesgo. Es mi problema, mi historia y mi vida. Solo yo puedo decidir cómo enfrentarme a ello. Y lo estoy haciendo. Les guste o no como lo hago. Y a Yanira no le gusta en absoluto. Y así me lo hace saber cuándo se aparta de la puerta para que Hugo entre, y después sale por ella hecha una furia. «Se le pasará». Bibi en cambio es más racional. Susurra un breve «¿Estás segura?» y se va sin hacer ruido tras un leve asentimiento por mi parte, cerrando con cuidado la puerta a su espalda.

Y entonces, silencio. Un silencio incomodo que no es exactamente el que me esperaba cuando se lo imploraba mentalmente a mis dos amigas. Un silencio tenso y palpable que casi me hace pensar que puedo atraparlo con las manos. Alguien dijo alguna vez: «Hay tantos tipos de silencio que me atrevería a decir que callar es un idioma» y aunque desconozco quién fue el enunciador

de la frase, puedo afirmar que el buen hombre (o mujer) no podía estar más acertado. Porque aun sin hablarnos, Hugo y yo, estamos teniendo en este momento la conversación más íntima y sincera de los últimos meses. Él con sus ojos empañados por la culpa, yo con los míos llenos de miedo y comprensión. Un baile de sentimientos en dos direcciones que llegan más claros que cualquier palabra que podamos decirnos.

Me mira, lo miro. Y nos quedamos en esa charla silenciosa hasta que él decide moverse y sentarse a los pies de mi cama. No aparta sus ojos de los míos en el proceso y sé que va a decirme incluso antes de que se anime a hablar.

—Ari, yo...

—Lo sé — respondo sin dejarle terminar. No lo necesito, sé que lo siente mucho más de lo que sus palabras pueden expresar. Sus ojos me lo dicen, su cuerpo me lo dice, todo el me lo grita desde el fondo de la cama.

—Ya, pero, quiero que sepas que sé que lo he hecho mal. Todo mal. — suspira profundamente y se mesa el pelo tratando de continuar. — No sé qué se me pasó por la cabeza en ese momento. Vi las marcas y...

—Déjalo.

—No, no quiero dejarlo porque me pasé de la raya. Me comporté como un gilipollas y me merezco que no vuelvas a dirigirme la palabra jamás. De hecho, en este momento creo que no debiste volver a hablarme nunca. — se mira los pies, y toma aire como si algo dentro de él estuviera arrancándole las tripas.

Lo conozco. Lo conozco casi más de lo que me conozco a mí misma. Por eso sé, que eso que lo carcome, es la culpa. Culpa por su reacción. Por su forma de comportarse. Pero sobre todo culpa por no haber estado cuando eso pasó. Lo sé, eso es lo que yo creía que se merecía sentir hace tan solo un mes. Pero ahora, eso que a él le desgarró el alma, también me la desgarró un poquito a mí. Porque no es justo que se culpe de algo que no hizo, solo por el mero hecho de no estar. Y eso que ni siquiera sabe de qué va la cosa realmente.

Por eso me callo. Por eso en este mismo instante decido que Hugo jamás debe saber a qué se deben mis cicatrices. Quién me las hizo. Qué lo provocó. Porque eso lo destruirá hasta que se convierta en finos cachitos de polvo arrastrados por el viento. Y se perderá. Y le perderé. Y lo siento si es frustrante mi cambiante actitud con él, pero en este momento no puedo perderle de nuevo. No ahora que mi mejor amigo ha vuelto.

Me incorporo en la cama y le miro fijamente hasta que no le queda más remedio que mirarme a mí también. Y lo hace. Y al ver esa mirada verde intenso apagada por los remordimientos, me prometo a mí misma que haré lo posible para que recupere su esplendor. Así que hablo. Hablo despacio y decidida aun sin saber siquiera lo que pretendo decir.

—Escúchame, Hugo. Te entiendo. Te entiendo muy bien. Está claro que tu actitud en ese salón ha sido deplorable, pero también lo está que yo hubiese reaccionado de la misma forma. E incluso peor. Tu sabes que de haber sido al revés te hubiese dado de hostias hasta que me contaras que te había pasado. — un amago de sonrisa asoma en su cara y yo le correspondo con otro — Y lo sabes porque me conoces. Y es precisamente por eso por lo que eres consciente de que no puedes presionarme con esto. Si lo haces, sabes que me alejaré. Me encerraré en mí misma y la cosa volverá a ser tensa entre los dos. Y ¿sabes qué? Que yo ya no quiero eso. Mi mejor amigo ha vuelto y no tengo ganas de volver a perderlo. Lo pasado, pasado está Hugo. Tu no me has dado explicaciones, pero yo tampoco te las he pedido. Porque no me interesan. Ya no. Así que olvidémoslo y empecemos todo lo de cero que dos personas como nosotros pueden empezar. — lo miro con intensidad — ¿Podrás hacerlo? ¿Podrás dejar que yo decida si te cuento que pasó y cómo lo hago? ¿Sin presiones?

Cuando termino sus ojos y los míos siguen unidos y yo empiezo a soltar todo el aire que estaba reteniendo sin ni siquiera saberlo. Él traga saliva y en un gesto muy natural envuelve mi mano, apoyada en el colchón, con la suya grande y fría, como siempre. Como he añorado sus manos frías.

—Puedo hacerlo — dice al cabo de unos segundos mientras acaricia suavemente mi piel con el pulgar. — Puedo esperar a que un día decidas contármelo. A tu manera. Sin presiones ni exigencias. Esperaré hasta que quieras dejarme cargar parte de ese dolor a mis espaldas para que en las tuyas pese menos. Y esperaré a que, al fin eso que pasó, deje de dolerte del modo en que sé que lo hace ahora mismo. Esperaré, Ari. Lo que haga falta. Siempre.

CAPÍTULO 25: NO TE RINDAS

Después de la conversación con Hugo el resto del viaje fue sobre ruedas, incluso mejor de lo que había ido hasta el momento. Como si lo que pasó en ese salón y la posterior conversación sincera que tuvimos en mi cuarto nos hubiera sanado un poco a los dos. Como si realmente ambos nos estuviésemos esforzando de verdad en empezar de cero algo que no estaba muy claro que pudiese partir de ese punto. Pero creo que pusimos tanto de nuestra parte, que al final lo hicimos posible. Hugo y Ari habían vuelto. Como amigos. Pero lo habían hecho.

La que nunca volvió de aquel día, o al menos no con Hugo, fue Yanira. ¿Os acordáis de todo lo que dio por culo cuando llegamos porque no quería estar allí? Pues multiplicadlo por cien y elevadlo al cubo y casi tenéis el calvario que nos hizo pasar los últimos dos días. Estaba arisca, borde y cabreada y no hizo absolutamente nada por ocultarlo. Es más, yo creo que incluso lo exageró un poco por si alguno de nosotros no se había dado cuenta. Pero es que había que ser ciego y sordo para no hacerlo.

Le sentó tan mal que hubiera hecho las paces con Hugo que la noche de la barbacoa acabó durmiendo en el sofá solo por no hacerlo conmigo. La siguiente se lo pensó mejor y dijo que porque iba a joderse ella si la gilipollas en aquella ecuación era yo, así que volvió a nuestro lecho compartido. Eso sí, en una esquinita, no se le fuera a pegar la estupidez que tanto se empeñaba en pregonar que yo tenía.

Respecto al resto del viaje no sé si merece mucho la pena que os lo cuente. La barbacoa fue divertida. Una de las noches más divertidas que había vivido yo en los últimos tiempos, de hecho.

Tras nuestra charla, Hugo y yo, bajamos al piso de abajo risueños y desinhibidos ante las miradas de escepticismo y sorpresa de nuestros amigos. Bueno, de Manu y Bibi, la de Yanira, como ya os he dicho, era de cabreo máximo. En fin, el caso es, que a pesar de lo raro que había sido todo, ninguno de ellos preguntó nada al respecto y simplemente se limitaron a observarnos unos segundos antes de ponerse a organizar la cena.

No me extrañó en absoluto que Manu me pidiera a mí que lo ayudase a

encender la barbacoa, a pesar de que no tener ni pajolera idea de cómo se hace. Lo conozco lo suficiente como para saber qué iba a preguntarme incluso antes de que se decidiera a hacerlo en cuanto estuvimos solos.

—¿Todo bien?

—Sí, supongo — respondí distraída mientras lo observaba colocar el carbón en la parte baja de la parrilla.

—¿Supones?

—Sí, a ver... Esto es raro Manu. Hace tiempo que cargo con estas cicatrices. Exactamente el mismo que llevo tratando de ocultárselas a todo el mundo en un pobre intento de ocultármelas a mí misma. Y nunca, jamás, en mi vida me habría imaginado enseñándoselas a Hugo. Comprenderás que aún no se me ha pasado del todo el shock inicial de verlo en ese salón mirándome la espalda.

—Ya... Supongo que su comportamiento de después tampoco ayudó demasiado - dijo sin levantar la mirada del fuego a acaba de prender con su mechero.

—No, pero aun así lo entiendo. — Manu levanta la vista raudo y clava sus bonitos ojo llenos de incomprensión en los míos — No me mires así. He tardado años en darme cuenta, pero ahora entiendo todo aquello que antes, mi rencor, me impedía comprender. Me he pasado años culpando a alguien de algo que no hizo, cuando en realidad lo que no soportaba era la idea de saber, que el amor de mi vida se había ido sin mí. El desamparo, la soledad. Hugo solo es culpable de eso, no de mis cicatrices. Y no sé si podré perdonarle del todo por haberse largado, pero sé que puedo intentarlo.

—¿Aun sin saber por qué lo hizo? — quiso saber.

—No necesito saberlo. Ahora ya no. Creo que me limitaré a retomar parte de nuestra amistad y a disfrutar del proceso. Nada será como era antes — lo miré a los ojos y me encogí de hombros - pero podemos intentar crear algo nuevo como amigos.

Por toda respuesta, Manu me abrazó con fuerza y depositó un tierno beso en mi coronilla después de susurrarme lo orgulloso que se sentía de mí.

Después de eso Hugo y Bibi se unieron a nosotros y toda conversación sobre lo que había pasado quedó relegada a otro momento, que yo esperaba que no llegase nunca. Y no llegó, al menos no esa noche en la que realmente sentí que todo había vuelto a su estado natural. No estábamos todos, pero la sensación era la misma que la de hace nueve años. Incluso, después de unas horas Yanira pareció ablandarse y volvió a comportarse un poco como ella es.

Con sus locuras y sus quejas constantes que no podían más que hacernos reír a carcajadas Y creo que en eso también tuvo mucho que ver la turcia considerable que acabamos pillándonos todos a chupitos de licor café.

Por si no lo sabéis, el licor café, es el manjar alcohólico por excelencia de las tierras gallegas. Bueno ese y el vino blanco, y el tinto, y la caña de hierbas, y...en fin, que sí, que en Galicia tenemos mucho alcohol autóctono. Pero vamos que el licor café es de lo mejorcito. El caso es que chupito a chupito, acabamos los cinco como cabras y montándonos una juerga que ni Pachá en temporada alta. Así a lo loco y en medio de un bosque. Lo que no consigamos nosotros...

Del día siguiente recuerdo poco. Básicamente porque me lo pasé entre dormir y hacer esfuerzos por no vomitar lo poco que había comido durante el día. Lamentable. Un poco menos si la desdicha es compartida por cinco personas en tus mismas condiciones. El caso es que no hicimos nada más que regodearnos en nuestra miseria y aguantarnos la resaca como pudimos. Bueno y reírnos un poquito de Yanira que se pasó la tarde con la cabeza metida en la taza de wáter. Creo que no quiere oír hablar del licor café en lo que le resta de vida. Ilusa. Todos decimos lo mismo y todos acabamos sucumbiendo con el tiempo.

La última mañana allí nos levantamos algo más espabilados. Y digo algo, qué no del todo. Atención veinteañeros porque esta premisa es para vosotros: disfrutad del placer de que las resacas o duren solo un día, porque con el tiempo llegaréis a cierta edad en la que empezaréis a necesitar entre dos y tres para volver a ser una persona medianamente normal. Y no lo digo yo, lo dice la vida. Y los años.

Pero no os asustéis, aprenderéis a vivir con ello y a que eso no sea impedimento para cogeros las mismas mierdas que os cogéis ahora. Pero tenedlo muy en cuenta. Bueno, a menos que seáis uno de esos malditos que nunca tiene resaca por mucho que haya acabado la noche subido a las mesas bailando el gorila de Melody. En ese caso disfrutad mucho y pudríos un poquito en el infierno, cabrones. Y no lo digo yo, lo dice mi envidia.

En fin, que me voy del tema. El caso es que esa mañana yo me levanté temprano. El día anterior apenas había comido nada y mi estómago necesitaba con urgencia un buen desayuno alto en grasas. Así que salí de la cama en silencio, con mucho cuidado de no despertar a la bestia (aka Yanira) y bajé las escaleras sin esperar encontrarme a nadie esas horas en la cocina. De ahí el

susto que me llevé en cuanto abrí la puerta y me encontré a un somnoliento Hugo luchando con la cafetera para hacerse el desayuno.

Y qué guapo estaba el cabrón. Con su pelo revuelto, sus pantalones de chándal caídos sobre las caderas y su sudadera de capucha. Aún no había reparado en mi presencia y eso me dio unos segundos de margen para recrearme en su silueta torneada y musculada. Un suspiro escapó de mis labios, y fue entonces cuando Hugo se dio la vuelta y me sorprendió mirándole embobada...

—Buenos días — dijo clavando sus ojos en los míos y sonriendo. —
¿Un café?

Agitó la cafetera aún vacía en el aire y yo no pude más que esbozar una sonrisa.

—¿Sigues sin saber usarla? — pregunté divertida recordando lo mal que se había llevado siempre con ese «cachivache inmundo» como él solía llamarlo.

—Me temo que sí. — puso vocecilla de pena y me miró con fingidos ojitos tristes. — Pero necesito un café y... confiaba en que pudieras ayudarme.

Lo miré enarcando las cejas solo por el hecho de pincharlo y él continuó.

—Vale, hagamos un trato. Yo me ocupo de las tostadas si tus haces el café. ¿Hecho? — extendió la mano libre hacia mí sonriendo con ternura y mi mano se movió por instinto devolviéndole el gesto.

En cuanto nos tocamos, juro que puede sentir que algo en mi interior encajaba como hacía años que no me sucedía. Como si el frío de sus dedos unido a esa directa mirada en la que ambos podíamos ver el alma del otro lograra unir parte de aquello que se rompió en mí hace nueve años. Tampoco quise darle demasiada importancia y me convencí a mí misma de que solo me sentía así de feliz porque acaba de recuperar a mi amigo, y no porque estuvieran volviendo otros sentimientos con los que no estaba preparada para lidiar.

Desayunamos solos y en silencio en aquella pequeña cocina donde por momentos me sentí más en casa que en mi propio hogar y donde el tiempo pareció ralentizarse haciendo eterno ese momento tan cotidiano. O eso nos pareció a ambos cuando, una hora y media después, los gritos de Yanira por no querer levantarse nos devuelven a la realidad. Así que recogemos todo, fregamos los platos, nos sonreímos y nos ponemos en marcha para emprender el camino «a casa». Esa que nos vio nacer, crecer, madurar (más o menos) y

alzar el vuelo. Como ya sabéis, unos antes y otros después. Pero ¿os cuento una cosa? Ya no duele recordarlo. No tanto como antes, al menos.

Así que cuando llegué allí, lo vi todo con unos ojos distintos a con los que solía hacerlo. La ciudad más bonita, las calles más vivas y el ambiente menos cargado. Menos viciado. Y no es que en ese lugar hubiera cambiado nada durante estos cuatro meses en los que no lo había pisado, simplemente era yo la que lo había hecho. De una forma u otra esas vacaciones se convirtieron en el catalizador perfecto para mi cambio de mentalidad. Para que, de una vez por todas, empezara a cumplir aquello de dejar el pasado atrás y centrarme en el futuro.

Nuestras familias habían organizado una comida conjunta para nosotros en la casa de Manu. Era la más grande de todas y en su comedor cabíamos todos sin apretarnos demasiado. Y eso que éramos ciento y la madre. Los padres de Bibi y la adorable abuela Mercedes, a la que yo quería como si fuera la mía propia; los de Manu y el peligroso adolescente en el que se ha convertido su hermano pequeño, que aspira a ser una versión de Manu 3.0; mis padres, mi hermano y Miriam. Bueno Miriam y la pequeña Xiana en su vientre; y la madre de Hugo.

Comimos todos juntos en un ambiente tranquilo y distendido (quitando las miradas de advertencia que mi hermano y mi padre lanzaron a Hugo) que me recordó muchísimo a los viejos tiempos. A esas comidas improvisadas que los padres de Bibi y los míos montaban cada cierto tiempo, a las reuniones familiares habituales, a la familia.

Lo disfruté. Disfruté muchísimo de la comida, de la compañía, del volver a casa. Bueno, del volver a considerar casa ese lugar que siempre me gustó tanto y que acabé por odiar con todas mis fuerzas. Ese al que demoniqué en mi cabeza porque cada farola, banco o adoquín me recordaba lo malo vivido. El horror. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que aquello no era más que un prisma distorsionado que yo misma puse ante mis ojos tratando de sobrellevar la pena y el dolor. Como si ensuciando todo aquello que amaba pero que me hacía recordar, estos fuesen irse o al menos a dejar de molestar.

Por eso me dio tanta pena tener que despedirme a media tarde de todo ello. Y aunque no me quedó más remedio que hacerlo, lo hice con la firme promesa de volver más a menudo. Por mi familia, por el lugar y hasta por los recuerdos. Los buenos, que son los que ahora quiero conservar.

Después de ese viaje, que fue mucho más que una vuelta a casa literal,

porque también lo fue para mí en el plano personal, las cosas volvieron un poco a su cauce. Todos volvimos al trabajo y todos retomamos la rutina. Pero también todos sentimos que nos habíamos unido más como grupo. Incluso aquellos que no habían ido lo sentían, porque hicimos todo lo posible por contarles cada mínimo detalle de lo sucedido a Carlos y Lara. La única que parecía haber vuelto más inestable que cuando nos fuimos, cosa que parecía difícil, pero sucedió, era Yanira. Conmigo lo arregló en el viaje de vuelta a casa, pero a Hugo seguía sin dirigirle la palabra más que para gruñirle de vez en cuando. Él se lo tomaba con filosofía y el resto nos lo tomábamos con mucha calma.

Además, Hugo no era al único al que Yanira no soportaba últimamente, porque ese sentimiento se había extrapolado también a Manu. Desconocemos la historia completa, pero al parecer ambos tuvieron una discusión bastante acalorada la noche de la barbacoa. Bibi los oyó discutir en el salón un rato después de que todos nos fuéramos a la cama, aunque no tiene ni idea de sobre qué versaba dicha conversación.

El caso es que de aquello han pasado ya tres semanas. Tres semanas en las que mi rutina ha vuelto, pero con pequeños, grandes cambios que consiguen hacerme sentir más relajada. Y es que las cosas con Hugo van de maravilla. La tensión entre nosotros se ha ido y hemos vuelto a sentirnos muy cómodos el uno con el otro. Por eso quedo mucho con él. Porque la Ariadna de ahora disfruta mucho de su compañía y me he propuesto no volver a alejarme de aquello que me hace feliz, a pesar de lo mucho que me asuste que me hagan daño. «Alejar lo malo para atraer lo bueno», esa es mi nueva máxima. Porque en cuanto dejas de mirar al pasado consigues disfrutar de las vistas que te ofrece el presente. Y hasta si te fijas mucho alcanzas a ver a lo lejos una pequeña muestra del paisaje futuro. De lo que quieres ser cuando ese momento llegue. Y yo, quiero ser yo. Pero la yo de verdad, y no una yo aferrada a un rencor y a un odio que lo único que le provoca es incluso más sufrimiento del que ya padeció.

Así que aquí estamos Hugo y yo solos, un jueves a las once de la noche saliendo del cine de la calle Béjar, tras una buena cena y una película espantosa. Y lo cierto es que desde que volvimos hemos ido ya un par de veces y siempre lo hemos hecho así, solos. Como si ese lugar se hubiese convertido en nuestro sitio privado al que, ninguno de los dos, queremos llevar a nadie más. Como si hacerlo nos fuese a robar todo lo especial que ese lugar es ya para nosotros. Lo sé, es una estupidez, pero creo que así es como

realmente nos sentimos ambos. Un poco estúpidos. Y es que tengo la sensación de que los dos estamos intentando conocer de nuevo a una persona que ya conocemos mejor que a nosotros mismos. Lo cual implica un proceso absurdo que, sin embargo, estoy disfrutando mucho.

—¿Te ha gustado? — pregunta Hugo en cuanto salimos de la sesión de hoy.

—Meh... — me encojo de hombros— El argumento es un poco flojo y el ritmo bastante lento, pero las he visto peores.

—Sí, como aquella que vimos en Galicia, la primera vez que fuimos juntos al cine hace nueve años. ¿De que iba?

—De un alien tipo ET que era capaz de dormir a toda la ciudad con uno de sus pedos somnífero — recuerdo sonriendo de oreja a oreja mientras Hugo a mi lado hace lo mismo.

—¡Joder, es verdad! Creo que a día de hoy, sigue siendo la película más absurda que he visto en mi vida.

—Ya, creo que yo también.

—Entre lo mala que era y lo nervioso que estaba ese día, creo que jamás lo he pasado tan mal en un cine. — dice en tono melancólico sin dejar de sonreír — Creí que me iba a desmayar cuando salimos y al fin te dije lo que sentía por ti.

Mi estómago da un vuelco ante su confesión y mi mente vuelve de nuevo a aquella calurosa noche de verano en la que realmente todo empezó para nosotros. Lo bueno, lo no tan bueno y lo malo. Y aunque lo malo aún pesa mucho, en este momento me obligo a recordar únicamente las cosas buenas que compartimos.

—Yo pensé que iba a desmayarme cuando me lo dijiste — levanto la vista y sus ojos se encuentran con los míos en un baile tan natural como mágico en el que sé que es capaz de ver en mi interior.

—Creí que solo me veías como un amigo

—Yo creí, que eras tú el que solo me veía como una amiga — sonrío, sonrío y para mí el mundo vuelve a detenerse a la salida de un cine.

HUGO

—¿Pero se puede saber por qué?

—Porque no Manu, no me apetece. Además, tengo que trabajar.

—No me jodas Hugo eres el puto jefe, tomarte la noche de tu cumpleaños libre tiene que ser obligatorio. Igual que celebrarlo.

—Ni es una obligación escaquearse del curro por cumplir años, ni celebrarlo. Es un día como otro cualquiera.

Cojo las botellas de cerveza vacías de la mesita del salón y me encamino a la cocina esperando zanjar así el asunto. Pero es Manu, no sé ni por qué lo intento. Se levanta raudo del sofá y me sigue de cerca taladrándome la oreja.

—No es un día cualquiera, es el primer cumpleaños que pasas con nosotros después de casi diez años. Tenemos que celebrarlo. Venga hombre, solo los del grupo. Será divertido.

—Uy sí, seguro que Yanira hace muy amena la velada — respondo sarcástico mientras mentalmente pienso si sería peor el hecho de no invitarla que el de hacerlo. En el caso hipotético de que al final decida celebrar nada.

Pero no. A pesar de que ahora mismo no puede ni verme, dejarla fuera no es una opción. Y no lo es porque en el fondo entiendo sus motivos para comportarse conmigo como lo hace. Ari no solo es su amiga si no que la considera su hermana pequeña. Esa a la que juras proteger y cuidar toda tu vida sin importar el número concreto de hijos de puta que tengas que quitarle de encima. Y ahora mismo yo soy el indeseable número uno en su lista de cabrones. Lo que no es excusa para creer que se le está yendo un poquito de las manos.

—A Yanira le encanta dar por culo

El comentario por lo bajini de Manu me hace volver de mis cavilaciones. Y no porque me sorprenda que suelte algo así, sino porque me sorprende el tono de dolor y rabia con el que lo hace. Aquí pasa algo más gordo de lo que me pensaba.

—Oye ¿y a ti qué coño te pasa con Yanira? Hasta dónde yo sé también volvisteis sin hablaros del viaje.

—¿A mí? Nada — responde a la defensiva mientras se acerca a la ventana de la cocina y enciende un cigarrillo.

Qué evada el tema es la confirmación definitiva a que aquí hay algo que se me escapa.

—Manu, que lleve diez años sin verte no significa que ya no te conozca. No has cambiado tanto ¿sabes? Sigo dándome cuenta de cuando tratas de evitar una conversación.

—No es que evite una conversación es que evito hablar de ella, punto. Está loca y no se molesta en ocultarlo. No hay más que hablar. — apaga el cigarro en el alfeizar de la ventana y luego se gira quedándose apoyado en

ella. Yo mientras tanto sigo mirándole con una mueca suspicaz que sé que le está incomodando. «Qué se joda, ahora quiero saberlo».

Al final acaba sucumbiendo, qué remedio.

— Nos acostamos de vez en cuando, ¿contento?

— Pues no mucho porque eso ya lo había supuesto yo solo. Lo que quiero saber es que pasó la última noche de vacaciones para que ahora apenas podáis estar juntos sin saltar a la yugular del otro.

— Que estábamos borrachos.

— Y qué pasa ¿no se te levantó? — pregunto burlón mientras levanto las cejas divertido. Algo que se me pasa enseguida ante la mirada de cabreo con la que me está taladrando Manu. — Vale, no está el tema para bromas, lo pillo. Pero ¿puedes explicarte?

— No hay nada que explicar Hugo. Los dos estábamos borrachos y los dos dijimos cosas que no deberíamos haber dicho. Ella puede hacer lo que le dé la gana, como si quiere tirarse a medio Barcelona en una noche. Me importa una mierda.

— Uy, uy, uy... ¿eso que oigo son celos?

— ¿Celos? Tú estás loco — sentencia ofendido mientras abre el frigorífico y hunde la cabeza dentro buscando, supongo, una cerveza. Saca dos y continúa hablando mientras las abre y me pasa una de ellas — No estamos juntos Hugo, es solo sexo y punto.

— Ya — respondo llevándome la cerveza a los labios y bebiendo un largo trago — ¿Y es suficiente?

— ¿El qué?

— Que sea solo sexo, ¿es suficiente para ti? — en cuanto suelto la pregunta la cara le cambia de tal forma que sé al instante que acabo de dar con el kit de la cuestión.

No. Para Manu ya no es suficiente. Fuera cual fuera el acuerdo previo que tenían cuando empezaron con esto, acabo de comprobar que a una de las partes se le ha quedado pequeño. Como ese jersey de lana gorda que de tanto lavarlo acaba por encogerse casi sin darte cuenta, pero aun así tu sigues poniéndotelo cada semana con la firme intención de hacer que te sirva. De darlo de sí. De conseguir que funcione.

Y eso es lo que está haciendo Manu. Ponerse una y otra vez el mismo jersey encogido a pesar de que cada vez le cuesta más respirar. A pesar de que ya no le sirva. Pero aun así no se lo quitará. Antes morir asfixiado que reconocer que se le ha quedado pequeño. Y cuando quiera darse cuenta de las

marcas que la prenda le está dejando en la piel será tarde. Se le quedará enquistado y ya nunca podrá quitárselo del todo. Siempre tendrá presente el recuerdo del rugoso tacto de la lana sobre su piel. Y ¿sabéis qué? Nadie se merece cometer ese error por los motivos por los que él lo está cometiendo.

Como no sabe qué responder a mi pregunta que ahora mismo se ha convertido ya en afirmación, Manu opta por clavar la mirada en las pequeñas gotas de condensación que empiezan a escurrirse por su botella. Por si su cara no había sido del todo esclarecedora su silencio acaba de darme una rotunda confirmación. Se ha pillado. Y conociéndole como le conozco lo habrá hecho a lo bestia, porque así es Manu. De los que si te quieren te quieren mucho y de los que si te odian lo hacen a muerte. Para él no existen los quererres a medias, ni los odios a ratos. Es todo o nada. Blanco o negro. No hay medias tintas.

Dejo la botella en la encimera y me cruzo de brazos mirándole directamente a la cara. Me da igual que él no me mire a mí. Lo único que necesito es que me escuche y que algo de lo que diga consiga darle ese empujón que parece faltarle.

—Escucha bien lo que voy a decirte porque no volveremos a hablar del tema hasta que tú quieras sacarlo de nuevo. Te conozco, Manu. Tanto como me conozco la palma de mi mano. Y me da igual si quieres o no reconocer lo que te está pasando. Pero no te conformes. No te empeñes en seguir aferrándote a algo que ya no te llena como debería hacerlo. No te empeñes en hacer que funcione algo que dudo que vaya a volver a funcionar. No te rindas.

Lo miro, pero como parece que no tiene intención de decir nada ni tampoco de hacer el esfuerzo de tragarse lo que siente y mirarme, decido continuar.

—Mira, no sé si soy el más indicado para dar consejos de este tipo después de todo. Pero si de algo estoy seguro es de lo vacío que puede hacerte sentir el haber perdido sin ni siquiera haber luchado. Porque cuando luchas nunca sabes si vas a ganar, pero cuando no lo haces si algo es seguro es que habrás perdido mucho más que una batalla. Te habrás perdido a ti mismo y la oportunidad de poder decirte que, al menos, lo has intentado. Porque una derrota en la que te dejas la piel intentando vencer, siempre duele un poco menos. — suspiro un poco y sigo mirándole a la espera de que diga algo, aunque sé que no lo hará. Necesita rumiar lo que siente y lo que acabo de decirle y es algo que debe hacer solo. Son sus sentimientos y es su decisión. — Y ahora mueve el culo. Tenemos que organizar un cumpleaños.

CAPÍTULO 26: ...SI NO ELLA

—Vas a ir

—¿Lo afirmas o lo preguntas?

—Lo afirmo.

—Ah, ¿o sea que ahora mandas en mí?

—No, no mando en ti, pero estás llevando lo de Hugo demasiado lejos y ya es hora de arreglar las cosas. Así que vas a ir — sentencio.

Son las cinco de la tarde y queda más o menos una hora para que se acabe mi jornada laboral. He desahogado todo el trabajo que tenía pendiente y he decidido tomarme un café con Yanira en la sala de descanso para hacer tiempo hasta que podamos irnos. Ella nunca dice que no a escaquearse del curro. Estamos apoyadas en el armarito de la cafetera y como habréis deducido estamos debatiendo sobre su asistencia o no al cumpleaños de Hugo mañana. Pero, como no, discutir con ella sobre ciertos temas es como querer hacer un agujero en el hormigón a cabezazos. Da dolor de cabeza.

—¿Y si no quiero? — pregunta desafiante mientras da vueltas a la taza blanca con el logo de la empresa que tiene entre las manos y clava sus vivos ojos en mí.

—¿Pero por qué cojones eres tan terca? Yo lo he arreglado con él y tú lo has arreglado conmigo, ¿por qué sigues enfadada entonces? No tiene sentido — contesto exasperada.

Pero es que no lo entiendo, joder ¿por qué no puede hacer las paces con él de una maldita vez y evitarme a mí estos dolores de cabeza? Me saldrán canas antes de los treinta, ya veréis.

—Sigo enfadada, porque tu nuevo mejor amigo es un gilipollas integral. Punto. Y no me sale del papo ir a su mierda de cumpleaños.

—No es mi nuevo mejor amigo y tampoco es gilipollas. Ya lo hablamos y lo hemos arreglado. Además, él ha hecho el esfuerzo de invitarte a su fiesta a pesar de que tu solo le hablas para gruñirle en la cara. ¿No puedes hacer tu el esfuerzo de ir? — hago pucheros y la miro con carita de perro apaleado a ver si consigo ablandarla. — Porfi...

—¡Qué no!

—Venga hombre, ¿qué te cuesta?

—La salud. ¿Me quieres dejar en paz? — replica malhumorada dejando la taza con fuerza sobre la encimera.

—No hasta que me digas que irás. Sabes que puedo ser muy insistente — respondo elevando las cejitas de forma picaresca.

—Pero ¿qué voy a hacer yo allí si no le hablo ni a él, ni a Manu?

—Es verdad ¿y eso por qué? Es decir, sé por qué no le hablas a Hugo, pero ¿cuál es el problema con Manu?

—Ninguno. Es solo que el tío es gilipollas y en su casa no lo saben. — dice con todo el desdén que es capaz de reunir.

—A ver, a ver, a ver. Pero ¿qué ha pasado?

—Nada, no ha pasado nada.

—Yanira... — le digo dulcemente mientras le doy un ligero toquecito de cadera para animarla a hablar.

Ella suspira y cruza los brazos a la altura del pecho antes de empezar a hablar.

—Es solo que.... las cosas se están poniendo raras. Creo que deberíamos plantearnos dejar de vernos

—O ir más lejos.

—O darte una hostia con la mano abierta — replica de tan mal humor que creo que realmente está a punto de dármela. Bueno, a lo mejor no tanto, pero está muy enfadada.

—Ehh, no te pases que solo intento ayudar. —respondo yo también a la defensiva. A ver si esta se cree que habla con una cría de diez años.

—Pues a ayudar a una ONG, que yo me ayudo sola.

—Eres insoportable.

—Y tu una metomentodo.

—¿Sabes que te digo? Qué tienes razón, no deberías venir. Manu va a estar infinitamente más a gusto si le haces el favor de quedarte en tu casa. — replico con aires de suficiencia y con la clara idea de lo que mi amiga contestará a continuación.

—¿A qué hora? — responde tras los dos segundos que tarda en encendérsele su bombillita de tocapelotas.

— A las nueve en mi casa.

«Arreglada pero informal». ¿Qué coño significa eso? Porque tengo la

sensación de que en esa frase caben casi todos los modelitos que se le pasen a una por la cabeza. Desde un vestido entallado con zapato alto; hasta un pitillo, una camiseta bonita y unas botas. Joder. Maldita la hora en la que se me ocurrió preguntarle a Bibi qué coño se iba a poner ella para la fiesta, porque esta es la cuarta vez que me cambio de ropa en la última media hora. A este ritmo ya podré ponerme un vestido ibicenco porque habrá llegado el calor.

Tras otros diez minutos mirando el armario abierto como si esperase que saliera de su interior el estilista de las famosas con la solución a mis problemas, el telefonillo del portal empieza sonar de forma insistente y a un ritmo desenfrenado. Sé que es Yanira incluso antes de que a través del auricular retumbe su inconfundible “abre puta”. Lo hago y dejo la puerta del apartamento entornada antes de volver a plantarme ante el armario a observar la maraña de ropa que habita allí dentro.

—¿Aún estás así? — pregunta mi amiga en cuanto entra en la habitación.
— Vamos a llegar tarde.

Suspiro un poco y la miro con cara de pocos amigos mientras ella se quita el abrigo y lo deja cuidadosamente doblado sobre la cama. Y me cabreo más aun cuando compruebo lo jodidamente guapa que va la cabrona. Falda ajustada roja de efecto cuero, con una camiseta negra de encaje metida por dentro y unos *peep toes* altísimos combinados con la falda. Su pelo color caramelo está ligeramente rizado y su tono de labios es tan rojo que creo que hasta me deslumbra. Qué envidia y qué asco más grande le tengo ahora mismo. Sentimientos que parece leer en mí cara antes de hacerse cargo de la situación.

—A ver, Cenicienta, relax. Veamos que encontramos por aquí — dice acercándose al armario y hundiendo la cabeza en su interior — ¿Te has planteado en algún momento ordenar esta leonera?

—Déjalo Yanira — suspiro — Me pondré un vaquero cualquiera y una camiseta.

—De eso nada, si yo voy arreglada tú también. Aha ¡Bingo! — saca la cabeza y veo que lleva en las manos mis pantalones cropped negros y un crop top blanco con la espalda cruzada. ¿Cuánto tiempo lleva eso en mi armario?
— Pruébate esto con unos taconazos. Es muy de tu rollo.

Hago lo que me pide y lo cierto es que cuando me miro en el espejo me gusta lo que veo. Yanira tiene razón, este estilo bohemio y algo hippy va mucho conmigo. Así que sin darle más vueltas me repaso el pelo con las planchas, me maquillo un poco resaltando los labios con un rojo potente y estoy lista antes de que Bibi nos toque el timbre para irnos.

La fiesta de Hugo es, como no, en el Infinity su local. Al parecer no ha podido cerrarlo para nosotros, pero se las ha ingeniado para montar un reservado íntimo y acogedor en el que nadie nos moleste. Cuando llegamos allí, son las diez y media de la noche y, obviamente, el local está vacío. Cenamos un picoteo variado que ha traído la misma empresa de catering que cocinó en mi cumpleaños y, cuando el local se abre al público, nos metemos en nuestro reservado para tener intimidad.

El tiempo corre y el alcohol también. En momentos puntuales nos venimos arriba y proclamamos a los cuatro vientos que seremos amigos para siempre. Ya sabéis lo dada que es la gente a ensalzar la amistad cuando va piripi. Incluso Hugo y Yanira parecen haber arreglado sus problemas. No hay nada que contribuya más a la paz que un par de chupitos de tequila. Sin embargo, con Manu, ya es otro cantar. Creo que sus movidas son inmunes al efecto alcohólico. O que entre ellos hay tanto orgullo acumulado que ni una botella de absenta conseguiría traspasarles la coraza.

Recuerdo vagamente el momento en el que decidimos llamar a Carlos y Lara, a pesar de ser las tres de la mañana. Ellos, como buenos amigos sobrios, nos siguieron el rollo hasta que nos hartamos de berrear por turnos al auricular del móvil. Juraría también que en una de mis visitas al baño me encontré con Raúl. Bueno, con Raúl o con algún mazas que se le parecía. Fuera él o no, el caso es que me comprometí a llamarle un día de estos para tomarnos algo y hablar de esa relación que casi sí, pero no.

Borracha se hacen muchas tonterías ¿lo sabíais? Tonterías que te llevan por caminos que no sabes si querías coger. Tonterías que te impulsan a hacer cosas que de estar sobria jamás habrías hecho, aunque las desearas. Tonterías que te avergüenzan cuando, al día siguiente, te despiertas en una casa que no reconoces y en un colchón que no es el tuyo. Tonterías de las que te arrepientes cuando quien menos te esperas aparece por la puerta, semidesnudo y con una bandeja de desayuno en las manos. Sonriendo como si anoche hubiese ganado el bote más grande de la lotería nacional y mirándote a los ojos con ese brillo de satisfacción y adoración que tan bien conocías antaño. Sentándose en la cama y pasándote un mechón de pelo tras la oreja mientras acaricia con cuidado la piel suave de tu mejilla. Mientras tú, lo único que consigues hacer es saltar de la cama enrollándote en una sábana mientras te encierras en el baño a lamentar tus tonterías. Esas tonterías que, caprichos del destino, te han

vuelto a llevar a él. A su hogar, a su cama, a sus brazos. Esas tonterías, qué en mi caso, siempre llevan el mismo nombre: Hugo.

HUGO

No puedo decir que la reacción de Ari sea algo que me pille por sorpresa. La conozco lo suficiente como para saber que una parte importante de sí misma acaba de entrar en conflicto con otra mucho más pequeña que es la que la ha llevado a acabar en mi cama. Pero a pesar de todo, tenía la absurda esperanza de que, tras el shock inicial de despertarse en mi casa, esos pequeños rescoldos de nuestra relación se reavivaran en su interior, haciéndola reaccionar de una forma mucho menos dolorosa para ambos. Qué haya saltado de la cama y se haya refugiado en el baño como si mi sola presencia la incomodase es la prueba fehaciente de que esas cenizas de antaño no solo no existen, si no que hace tiempo que se las ha llevado el viento. Lo que no tengo muy claro es la postura que debería adoptar yo en este momento, porque dentro de mí también se está librando una batalla importante. Una guerra en la que mis sentimientos por Ari y mi dolor por su reacción luchan en un combate a muerte en el que solo puede quedar uno. Y no está demasiado claro cuál será el vencedor.

Dejo la bandeja con cuidado encima de la cama y respirando lo más hondo posible me acerco a la puerta del baño para golpearla dos veces con cuidado.

—¿Ari? Sal por favor. No tienes que esconderte de nada y mucho menos de mí.

Silencio. Otra vez ese silencio tenso y palpable que últimamente siempre aparece entre nosotros cuando las cosas se tuercen un poco. Como aquel que compartimos hace unas semanas en aquella casa perdida en medio del bosque. Solo que esta vez ese silencio no comunica nada. Es como si la puerta que nos separa actuase como una coraza de hierro forjado, dura y gruesa, que nos impide conectar de algún modo. Que nos impide llegar al otro. Sentirnos.

—Ari, por favor. — apoyo la frente en la fría madera y doy otro toque apenas audible con los nudillos — Sal para que podamos hablarlo. No hay nada de qué avergonzarse, somos adultos y...

Casi me caigo de boca cuando a media frase la puerta se abre con ímpetu y una cabellera rubia y despeinada pasa a mi lado como una exhalación. Consigo reponerme del traspiés a tiempo de ver como Ari regresa de nuevo y

vuelve a cerrarla en mis narices. ¿Qué coño ha pasado? Giro sobre mí mismo paseando la vista por la habitación hasta que soy capaz de reparar en que toda su ropa y su bolso han desaparecido de su sitio. Y es justo en ese momento en el que el miedo y el temor a que se vaya sin dirigirme la palabra se hacen patentes en lo más hondo de mi estómago. Porque está más que claro que esa es su intención. Vestirse y largarse sin tener los cojones de, por lo menos, mirarme a la cara.

¿Pero se puede saber que narices le pasa? Vale, puedo entender que, con nuestro historial, despertarse en mi cama no sea su manera ideal de recibir un domingo. Puedo entender sus angustias, sus miedos y sus remordimientos. Joder, si hasta puedo entender que me escupa en la cara que estaba borracha y no sabía lo que hacía. Pero lo que no estoy dispuesto a soportar es que me trate como si no existiera en mi propia casa. Y mucho menos que se comporte como si nada hubiese pasado y esto no fuese más que una mala pesadilla de la que se despertará en su casa. No. De eso nada. La quiero mucho pero aún tengo algo de amor propio.

—¡Ariadna! ¡Sal de una puta vez o te juro que tiro la puerta abajo! — grito aporreando la puerta como un energúmeno encolerizado. — No voy a consentir que hagas como si esto no hubiera ocurrido ¿me oyes? Porque ha sido lo más perfecto que me ha pasado en años. ¡Así que sal de una maldita vez y da la cara!

¿Me estoy pasando? Es posible. ¿Siento remordimientos por ello? En absoluto. Conozco a Ari lo suficiente como para saber que es de esas personas que en ocasiones necesitan que alguien les aporree el escudo para hacerles entrar en razón. No le van las medias tintas ni tampoco la gente tibia que busca llegar a ella de una forma políticamente correcta. A veces, solo necesita que le griten a los cuatro vientos que se está equivocando para ser capaz de ver su error. Porque su orgullo es tan fuerte que si se lo susurras hará como que no te ha oído. Solo espero que en este caso salirme del tiesto la haga entrar en razón. Al menos lo suficiente como para tener una conversación adulta y madura acerca de lo sucedido.

Unos cinco minutos después de mi arrebató troglodítico a lo hombre de las cavernas, el chasquido del pestillo hace que me ponga en guardia antes incluso de que la puerta se abra. No quiero tener que correr tras ella por mi casa, pero lo haré si es necesario para evitar que se vaya. Al menos sin que hablemos. La puerta se abre y una Ari completamente vestida y decentemente

peinada sale de ella con la misma cara que tendría un reo con destino a la silla eléctrica. Triste, apesadumbrada y con un pequeño resquicio de rabia. Con una mano se aferra al asa del bolso y con la otra sostiene los tacones que anoche llevaba puestos. La mirada la tiene fija en el suelo y ni siquiera es capaz de mirarme a los ojos.

—Ari, escúchame...

—No escúchame tú — me corta alzando por fin los ojos y clavándolos con furia en los míos. Habla con determinación y sé de antemano que no va a gustarme lo que va a decir — No quiero hablar del tema ¿me oyes? No sé cómo cojones he acabado aquí y mucho menos como he acabado entre tus sábanas. Pero si esto es lo que venías buscando con tu regreso, enhorabuena yo soy gilipollas y tú lo has conseguido. Ahora sal de mi camino y a poder ser, de mí vida. Otra vez.

—Pero ¿qué estás diciendo, Ari? Yo no he vuelto buscando nada de esto, simplemente pasó. Los dos bebimos más de lo aconsejable y cuando quise darme cuenta estábamos desnudándonos en el ascensor de mi casa. Te pregunté si estabas segura de querer hacerlo y tu dijiste que sí. Te abalanzaste de nuevo sobre mí y ya no pudimos parar. ¿Se puede saber a qué coño viene todo esto ahora?

—¿Qué a qué viene todo esto, Hugo? Todo esto viene a que soy la mayor gilipollas del mundo. Una imbécil redomada que siempre acaba cayendo en todo lo nocivo que aparece ante sus ojos. En especial cuando se trata de ti. ¡Dios, que tonta he sido! — suspira pasándose las manos por el pelo mientras cierra los ojos — Tu nunca has querido mi perdón o mi amistad. Solo buscabas el momento justo de debilidad para llevarme de nuevo a tu cama. Y yo como una puta estúpida te lo he servido en bandeja de plata.

Si escucháis atentamente incluso a través de las páginas de este libro con olor a nuevo podréis oír el momento exacto en que mi corazón se resquebraja lentamente hasta romperse por completo. El instante justo en el que el dolor más agudo e insoportable que podáis imaginar me recorre todos y cada uno de los músculos del cuerpo. Tensándolos, agarrotándolos. Abriendo las compuertas de la ira y de la rabia que acaban por inundarlo todo, segundos antes de explotar y escapar por mis labios. Y es la cosa menos agradable que he experimentado en mi puta vida.

—¿Pero qué cojones me estás contando!? Fuiste tú la que provocó esta noche, Ari. Fuiste tú la que se puso hecha una energúmena cuando me vio hablando con una de mis camareras. ¡Maldita sea! ¡Fuiste tú la que se lanzó a

mi cuello en el pasillo de los baños y me pidió que la follara como llevaba años sin hacerlo nadie! — sentencio completamente fuera de mí, mientras observo como la cara se le contrae al oír mi última frase — Así que no me vengas ahora con cuentos de viejas en los que el desalmado ex novio seduce a la dulce princesa cuando ella no es consciente de sus actos. Porque no es así. Desde que volví, he dedicado cada puto segundo del día a buscar la manera de volver a ser tu amigo. De volver a tú vida sin complicártela. Te he dado espacio, te he dado tiempo. Te he dado cada maldita parte de mí para lograr que te sintieras lo más cómoda posible en mi presencia. ¿Y ahora resulta que solamente he vuelto para conseguir llevarte a la cama? ¿Tan hijo de puta te crees que soy?

—No lo sé. No te conozco. Te fuiste antes de que consiguiera hacerlo — responde con desdén. Y rabia. Mucha rabia.

—Pues es una lástima, porque yo sí te conozco a ti. O creía hacerlo antes de que fueras capaz siquiera de imaginar que solo me he acercado a ti para seducirte. Yo me habré portado como un cabrón hace años. Pero tú no lo has hecho mejor hoy. ¿Sabes? A veces es mejor irse para proteger a quién quieres y evitar herirles, que quedarse y hacerles mucho más daño del que hubiera supuesto que te fueras.

Nuestras miradas se unen mientras termino de hablar igual que solían hacerlo hace tan solo unas horas. Solo que esta vez no hay complicidad en ellas. Ni cariño, ni tan siquiera afecto. Nos hemos herido. Nos hemos hecho daño. Y eso es algo que ya no tiene marcha atrás. Es algo con lo que cargaremos sobre nuestros hombros siempre. Algo que siempre estará ahí aunque no podamos verlo. Como el amor, los miedos o el remordimiento.

Tras unos segundos en los que ambos nos estudiamos mutuamente a la espera de que alguno de los dos diga algo, Ari rompe el contacto y se encamina hacia la puerta dejándome solo y dolido en medio de la habitación. Como si, a pesar de que mi cuerpo permanece estático e inmóvil, mi alma se hubiese ido con ella escondida en algún recóndito rincón de su pequeño bolsito. Como si mi corazón ya no latiese al mismo ritmo que antes y ahora decidiera hacerlo como si el tiempo se hubiese ralentizado. No es hasta que oigo como se cierra la puerta de la calle, que soy consciente de que todo ha acabado de nuevo. Solo que esta vez no soy yo el que huye, si no ella.

CAPÍTULO 27: NUEVO CAPÍTULO

Ha pasado ya un mes desde aquel domingo en el que me fui de casa de Hugo hecha un basilisco. Cuatro semanas en las que lo sucedido aquella noche ha ido volviéndose cada vez más nítido en mi mente hasta hacer desaparecer casi por completo las lagunas que tenía. Por desgracia para mí, Hugo llevaba razón. Yo empecé el juego. Yo moví ficha primero y el sólo continuó una partida que por lo visto no ha ganado ninguno de los dos. Desde entonces no hemos vuelto a dirigirnos la palabra. Cosa que ha sido sencilla porque ambos nos hemos esmerado mucho en evitar a toda costa coincidir con el otro. Solo lo hemos hecho una vez y la tensión era tan palpable que creo que acabamos amargándoles la noche a nuestros propios amigos. Hasta ese extremo hemos llegado. O bueno hasta ese extremo he llegado yo. Porque sí, lo reconozco la culpa de que todo se saliera de madre ha sido mía. Primero por empezar el peligroso coqueteo que acabó con nosotros en la cama. Y luego por tener los santos cojones de levantarme al día siguiente y echarle a él la culpa de todo lo sucedido. Así de diva soy yo. Que, en lugar de equivocarme una vez, me equivoco dos y le cargo el muerto a otro. La reina de las cagadas, me llaman.

Y ¿sabéis qué? Qué a pesar de darme cuenta de todo eso y de ser capaz de reconocermelo a mí misma, ni siquiera me he dignado a llamar a Hugo para pedirle perdón. Supongo que mi grado de madurez aún no ha llegado al punto en el que me trago mi orgullo y pido disculpas como una niña grande y adulta. Más bien me he quedado en la parte en la que, la mejor idea que se me ocurre, es obviar el tema y evitar a Hugo como si nada hubiera pasado. Incongruencias de mi vida, supongo.

En cuanto a lo demás, la única novedad reseñable es que he vuelto a ver a Raúl. Sí, a Raúl no me miréis así. Después de lo de Hugo me centré mucho en el trabajo y en el deporte, así que volví al gimnasio y por consiguiente también a sus clases. Que por si no era evidente había dejado de lado tras nuestro intento fallido de relación amorosa. Sin embargo al volver, también volvió su insistencia a salir juntos de nuevo. A intentarlo con calma y sin agobios. Y la verdad es que creo firmemente que en este momento esa es la

mejor opción para mí. Quedar con alguien ajeno a todos mis rollos se ha convertido en la válvula de escape que necesitaba para asentar la cabeza de una vez por todas. A ver, no estoy diciendo que me haya enamorado de Raúl de un día para otro, pero sí que he decidido darle una oportunidad en serio a todo lo que tiene que ofrecerme. Es un buen chico y creo que después de todo lo que lo ha intentado, se la merece.

Así que aquí estoy, en un restaurante pijo del centro disfrutando de una magnífica cena con la persona que acaba de proponerme que esto vaya en serio. Pero en serio, en exclusividad me refiero. Y aunque llevo un rato callada sin saber que contestarle el pobre ni siquiera ha cambiado la cara. Su sonrisa sempiterna sigue ahí mientras me observa en silencio y con ojillos ilusionados. ¿Os imagináis en mi situación? ¿Qué le responderíais vosotras a pesar de no estar cien por cien seguras? Pues exactamente eso he contestado yo. Espero no arrepentirme de ello.

MANU

Me sudan las manos. Y es de lo más asqueroso. Odio que me suden las putas manos. No. Odio que me suden las putas manos por el motivo por el que lo hacen. ¡Joder, ni que fuera la primera vez que hablo con ella! «De lo que vas a hablar, sí». Muchas gracias cerebro, solo me faltaba que me hablases por primera vez justo ahora. Espera ¿estoy hablando conmigo mismo? Mierda, me he vuelto loco de remate. Primero mis sentimientos y ahora las conversaciones con mi cabeza. Esto no pinta bien para mí.

Resoplo, me levanto del sofá y me restriego las puñeteras manos en los pantalones. Me quedo quieto y vuelvo a resoplar. Cojo el móvil de encima de la mesita del centro y compruebo de nuevo cuanto tiempo hace que me envió el mensaje. Once minutos. Exactamente uno más que la última vez que lo miré. «Salgo de la oficina» reza en la pantalla. Desde allí debería llevarle unos quince minutos andando. Aún me quedan cuatro. Resoplo otra vez. Madre mía, parezco un niño de dieciséis años esperando a que llegue la chica por la que lleva colado todo el curso. Solo que yo a esta chica ya me la he follado y refollado (por muy mal que suene el término) unas cuantas veces. El problema es que esta vez no hemos quedado para retozar entre mis sábanas de conseguir llegar allí. Si no para que, de una vez por todas, seamos capaces de poner las cartas sobre la mesa y abrirnos el uno al otro. En el sentido más sincero y sentimental de la palabra. Lo que viene a ser algo completamente nuevo para el menda de veintiocho años que os habla. ¿Triste verdad? Yo también lo creo.

El timbre me pilla desprevenido justo cuando me disponía a fumarme el quinto cigarro de la última hora. Así que vuelvo de la cocina y me dirijo a la entrada. Descuelgo el telefonillo sin preguntar quién es y abro la puerta un poco mientras suelto de nuevo todo el aire que estaba reteniendo. «Allá vamos» pienso justo en el momento en el que ella sale del ascensor. ¿Se puede ser más guapa? Lo dudo mucho.

—Hola — dice en cuanto estamos frente a frente. Ella aún en el rellano y yo sosteniendo la puerta.

—Hola. Pasa — me retiro un poco y Yanira pasa junto a mí embriagándome de ese dulce aroma que siempre la acompaña. Una mezcla entre perfume caro y su champú con olor a vainilla. Tengo que contenerme para no olfatearla cual perro en pleno celo. Cierro la puerta y la sigo hasta el salón.

—¿Quieres tomar algo? — pregunto cuando entro en la estancia — ¿Café, agua, cerveza...?

—¿Qué hago aquí, Manu? Llevamos casi dos meses sin hablarnos y de repente me envías un mensaje pidiéndome que nos veamos urgentemente. ¿A qué viene todo esto? — directa y al grano, como siempre.

—A que necesitamos hablar.

—¿Hablar de qué?

—De nosotros, Yanira. ¿De qué si no? ¿Del tiempo? — respondo sarcástico. Cosa de la que me arrepiento en cuanto lo hago. Si quiero llegar a ella será mejor que no la enfade. Por suerte, me temo que solo se ha quedado con la primera parte de mi respuesta.

—No hay un nosotros, Manu. Creí que había quedado claro en Galicia.

—No, en Galicia quedó clara tu postura, no la mía. Y es bastante diferente de la tuya.

La miro a los ojos y sé que en este momento tiene unas ganas locas de salir corriendo de aquí sin ni siquiera volver la vista atrás. Y no porque tema lo que vaya a decirle, creo que eso ya lo sabe. Simplemente porque no quiere oírlo. Si lo digo en voz alta y en su presencia ya no podrá hacer como que no existe.

¿Os acordáis de cuando éramos pequeños y nos tapábamos con la manta de la cama cuando teníamos miedo? Creíamos que así lo que quisiera que hubiera provocado el ruido que nos había asustado no podría cogernos. Pues ella igual. Está convencida de que si entierra lo que sentimos debajo de una manta y cierra los ojos con fuerza dejará de existir. Se desvanecerá y ya no

volverá a ponerla en el aprieto de tener que decidir. Por eso llevamos meses sin hablarnos. Porque hacer como que no existo es mucho más sencillo que oír lo que tengo que decirle. Pero esta vez no. Tendrá que escucharme, aunque no quiera. Y por su reacción ahora mismo, es evidente que no quiere.

—Mira, Manu aquello está zanjado. Se nos fue de las manos y ambos dijimos cosas que no deberíamos haber dicho. Olvidémoslo y no le demos más vueltas.

—¿Olvidarlo? — río sardónico — ¿Qué es exactamente lo que debo olvidar, Yanira? ¿El sexo? ¿Las caricias? O, tal vez, ¿el momento en el que te dije que querría hacer aquello solo contigo el resto de mi vida?

—Manu, yo...

—¡Oh no! Espera. A lo mejor lo que quieres que olvide es tu respuesta. Ese yo también que susurraste con mimo mientras apoyabas tu cabeza en mi pecho. ¿Es eso? ¿Eso es lo que tienes tantas ganas de que olvide? Porque si es así, no puedo hacerlo. Y, la verdad, tampoco quiero.

Suelto todo el aire de mis pulmones en cuanto termino y cierro los ojos tratando de serenarme. A decir verdad, esto no está saliendo como yo lo había planeado. Pero está claro que cuando los sentimientos están en medio, mantener la calma me resulta imposible. Y menos si se trata de ella y de su exasperante manera de comportarse.

Respiro una vez más y cuando he logrado tranquilizarme todo lo posible abro los ojos y la miro fijamente. Está nerviosa, eso es evidente. Tanto como que en este momento se está peleando consigo misma acerca de cómo debe reaccionar a todo esto. En sus ojos puedo ver los engranajes de su cabeza luchando a muerte con las fibras de su corazón. Porque sé, por mucho que ella se empeñe en ocultarlo, que también siente algo por mí. Algo que va más allá de la simple atracción o el deseo sexual. Pero también soy consciente del choque de emociones que eso le supone en su interior. Estoy seguro de que, como yo, jamás imaginó que algo así podría pasarnos a nosotros. Como veo que ella no va a decir nada, decido hacerlo yo.

—Di algo, por favor.

—No hay nada que decir, Manu. Esto...—titubea un poco — Esto no puede ser. Dejemos de vernos y punto.

—¿Y cómo se supone qué debo hacer eso Yanira, si te veo a todas horas? Mi mente no para de verte a cada instante del jodido día. Cada segundo, cada minuto. Te veo en mis brazos retorciéndote de placer y susurrando entre dientes que no pare. Te veo besándome, acariciándome,

arañándome la espalda mientras empujo entre tus piernas y gimes mi nombre. Te veo tumbada en mi cama, riéndote a carcajadas porque acabo de soltar alguna de mis paridas. Te veo en mi cocina, con mi camiseta puesta y refunfuñando ante la nevera porque nunca tengo nada decente que comer. Te veo siempre Yanira. Aunque no quiera. — sus ojos brillan y su labio inferior palpita atrapado entre sus dientes. Doy un paso adelante y me acerco a ella hasta que nuestros torsos se tocan. — Solo tienes que decirme que tú también me ves y haremos de esto algo real. Te lo prometo. Te prometo que haré que funcione. Qué exista un nosotros. Déjame hacerlo, por favor.

Sostengo su cara entre mis manos y le suplico con la mirada que me deje hacerlo. Que sea valiente y nos permita a ambos vivir. Sentir. Sentirnos. Veo la duda en sus ojos segundos antes de que se aparte de mí y recoja sus cosas susurrando un tímido y triste lo siento que me sabe a derrota. Una derrota de esas amargas y dolorosas. Yo lo he intentado, pero ella ni siquiera nos ha dado la oportunidad de ser. De sentir. Juntos. El sonido de la puerta al cerrarse es como el ruido atronador de un arma disparada que apuntaba directa a mi corazón. O por lo menos así me siento. Tocado. Y hundido.

ARI

—De acuerdo, entonces ¿en mi casa a las diez?

—...

—Sí, seré puntual.

—...

—Solo iremos a tomar algo, y ya los conoces a todos así que no tienes de que preocuparte.

—...

—Está bien, nos vemos luego. Un beso.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa tonta en la boca que se me borra en cuanto Bibi me mira con suspicacia arqueando una ceja.

—¿Era Raúl? — pregunta.

—Sí, quería saber si sigue en pie lo de esta noche.

—¿Va a venir?

—Sí, ¿te parece mal? — inquiero con verdadera curiosidad y deseando que su respuesta sea afirmativa.

Soy una persona horrible, lo sé. Pero lo cierto es que llevo posponiendo esto tanto tiempo (casi dos meses para ser exactos), que estaría encantada de que pasase algo que me hiciera retrasarlo un poco más. Qué llueva a mares.

Qué se vaya la luz en todo Barcelona. Que llegue el fin del mundo. No sé. Cualquier cosa que evite que tenga que quedar con mis amigos acompañada de Raúl. Y no por el chaval, que es un amor. Si no porque no me hace ni puta gracia tener que ver a Hugo después de lo que pasó, en compañía de mi nuevo novio. Llamadme egoísta, o hija de puta, pero es lo que realmente siento en este momento.

—¿Y a mí por qué iba a parecerme mal? Es tu novio Ari, me parece cojonudo que salga con tus amigos.

—Ya... — sí, lo he dicho con resignación ¿qué pasa?

—Ya ¿qué? — pregunta Bibi mirándome fijamente. «Escáner mejor amiga en funcionamiento. Problema detectado» (léase con voz automatizada)
— ¿Es que tú no quieres que vaya?

—No es eso, es que...

—Ya, que Hugo estará allí. Y ¿qué? No hay nada entre vosotros Ari, hace mucho que no. Lo que no puedes hacer es esconder a tu novio de por vida por miedo a que tu ex novio se moleste. Tendrá que asumirlo y comportarse, punto.

¿Veis el fallo en esa respuesta? Sí, Bibi no sabe nada de lo que pasó con Hugo hace dos meses. De hecho, nadie de mi entorno lo sabe. No por mí al menos. Y sé que Hugo tampoco se lo ha contado a Manu porque, si lo hubiera hecho, ya habría tenido noticias tuyas acerca del tema. El por qué he decidido mantenerlo en secreto es obvio. Bastante mal me siento ya por todo lo que pasó como para tener que aguantar las broncas de mis amigos por el mismo tema. Además, si lo que quiero es obviarlo como si no hubiera sucedido lo lógico es que no hable con nadie sobre ello ¿no? Lo que está claro es que todos ellos saben que pasa algo. Pero ninguno ha intentado presionarnos para que les contemos el qué. No a mí, al menos. Cosa que agradezco en el alma porque ni me apetece mentirles, ni me apetece contarles la historia.

Hemos quedado en el Infinity. Parece que últimamente se ha convertido en costumbre pasar nuestras noches en ese lugar. Supongo que las copas gratis tiran mucho. Sin embargo, esta noche en concreto preferiría no tener que pisar el terreno de mi archienemigo. Sí, estoy exagerando, pero es que estoy atacada. Lo mire por donde lo mire no encuentro el momento en el que esta velada sale bien para todos. Si tenemos a Hugo y a mí en el mismo lugar ya resulta incómodo, que Raúl se sume a la ecuación es el colmo de la intranquilidad. Y eso que el bueno de mi novio no tiene ni idea del pasado en

común que nos une a ambos.

Para él Hugo no es más que un viejo amigo al que no veíamos desde hace años con el que acabamos de retomar el contacto. Y ha supuesto que mi relación es tensa con él porque el susodicho no me cae demasiado bien. Y yo, que soy una cabrona a ratos, no le he sacado de su error. Sinceramente creo que no necesita saber la verdad. Eso solo implicaría ponerle en tensión, también a él, cada vez que quedemos con mis amigos. Y con que lo esté yo, es más que suficiente.

Son las once y media de la noche y tras haber cenado algo en un pequeño restaurante indio del centro, Raúl y yo nos dirigimos al local. A cada paso que damos, yo siento que como mi corazón late cada vez más fuerte y amenaza con romperme un par de costillas. Las manos me sudan, los nervios me comprimen el estómago y creo que estoy a un paso de hiperventilar. Quiero creer que todo esto que estoy sintiendo, no es más que la pura anticipación porque Hugo y Raúl estén en el mismo lugar y no porque yo lleve dos meses sin verle y el hecho de hacerlo me ponga histérica.

Tras pasamos la puerta cinco minutos después y avanzamos hasta la barra que ahora mismo está bastante despejada. Todo el local lo está en realidad. A primera hora suele ser un garito muy tranquilo y que poco tiene que ver con la muchedumbre que suele abarrotarlo a altas horas de la madrugada. Paseo mi vista alrededor y trato de localizar a mis amigos, pero, como no les veo, decido preguntarle al camarero si sabe dónde están. Me reconoce al instante y esbozando una amable sonrisa me indica que se encuentran en el reservado de la parte de atrás. Así que le doy las gracias y agarro a Raúl de la mano para avanzar hasta allí. Antes incluso de apartar la cortina que nos permite pasar sé que esta noche no ha sido buena idea. No para mí, al menos.

HUGO

El momento ha llegado. Y por mucho que lleve dos días intentando prepararme para ello, el mazazo que recibo en el estómago en cuanto entran en el reservado hace que me quede dos segundos sin aliento. «Maldita sea». Está preciosa con ese vestido corto y ajustado que enseña un poco de escote y marca de forma jodidamente sensual las curvas de su cuerpo. Con la melena suelta y lisa y esos carnosos labios suyos pintados de rojo fuego. Pero no es su

extrema belleza lo que hace que se me congele el rictus y me duela el estómago, si no ver su mano envuelta en la de ese tipo con extrema posesión. Como si ella le perteneciera. Como si fuera suya. Qué tontería. Ari no es de nadie, más que de sí misma. Y eso es algo que aprendí muy pronto. Puedes quererla. Puedes adorarla. Pero no puedes poseerla.

Sus ojos vuelan hasta los míos y yo soy incapaz de apartar mi mirada de ella. De esos preciosos ojos azules que parecen engullirme igual que el océano embravecido engulle a los barcos. Y no puedo evitar pensar en lo mucho que me gustaría ser naufrago en ellos el resto de mi vida.

Seguimos mirándonos fijamente hasta que el gilipollas hormonado que la acompaña le dice algo al oído que les hace dirigirse hacia mí. Yo me pongo en tensión y aguanto estoicamente de pie sin separar mis ojos de ella. En cuanto estamos lo suficientemente cerca el uno del otro su mirada cambia convirtiéndose en una súplica velada para que me comporte correctamente y sea educado. No sé si seré capaz.

—Hola. Raúl este es Hugo. Hugo este es Raúl, mi...

—Novio. Encantado — responde el gilipollas tendiéndome la mano. Y tengo tantas ganas de estamparle la cubitera en la cabeza que he de hacer acopio de todo mi autocontrol antes de reaccionar.

—Igualmente —leedlo como corresponde. Rudo, borde, sin sentimiento, porque así es como realmente me siento en este momento. Y cabreado. Jodidamente cabreado.

—Tenía ganas de conocerte. Eras el único con el que no había coincidido aún.

Mi padre siempre decía que no había frase más fea que aquella de “odio esa sonrisa”. Qué las sonrisas eran uno de esos actos que nunca debían odiarse, sin importar el significado que cada una de ellas guardara. Porque ver a alguien sonreír siempre era un regalo que debíamos atesorar como oro en paño. Bueno, pues ahora mismo tengo que llevarle la contraria a mi progenitor y gritar a los cuatro vientos que odio la estúpida sonrisa del estúpido novio de mi ex. Y que tengo unas ganas tremendas de arrearle un puñetazo y quitársela de un plumazo.

Miro de reojo a Ari y veo que su mirada aún me suplica que sea educado y que me porte bien. Y soy incapaz de negarle nada.

—Ya, acabo de volver al grupo recientemente.

—Me lo han contado sí. ¿Dónde vivías antes? — inquiera pasando un brazo por la cintura de Ari en un gesto natural que a mí me resulta

insoponible. Fijo los ojos en ese punto y aprieto tanto la copa que tengo en las manos que creo que voy a reventarla de un momento a otro.

—En muchas partes. He viajado bastante.

—Qué suerte. Yo no he podido viajar todo lo que me gustaría. Espero poder hacerlo ahora con Ari. ¿Verdad, cariño? — le da un beso en la frente y ese es justo el momento en el que sé que tengo que salir de aquí antes de que haga cualquier estupidez que lamente luego.

Miro a Ari una última vez y veo en su cara la incomodidad que le supone esta situación en mi presencia. Ojalá eso me tranquilizara.

—Ya. Bueno, servíos lo que queráis yo tengo que comprobar que todo marcha bien ahí fuera. —me despido de ellos con un gesto de la cabeza y desaparezco tras las cortinas del reservado hacia el local como si mi alma se fuera en hacerlo lo más rápido posible.

El resto de la noche me lo paso tras la barra del Infinity ayudando a las camareras en sus tareas. No suelo hacerlo, pero la verdad es que no tengo ningunas ganas de entrar de nuevo en el reservado y encontrarme con ellos. De hecho, solo lo hago en dos ocasiones. Y más por aquello de que no se note mucho que me escaqueo del tema que porque realmente me apetezca. Además, ver como la parejita se da mimos sentada en los sofás de MI reservado, en MI local, no es algo que me apetezca repetir. Si lo hago corro el riesgo de perder para siempre la poca cordura que me queda.

A las cuatro de la mañana el garito empieza a llenarse y las existencias de las neveras a escasear. Así que aprovecho para ir al almacén y recoger algunas cajas para poder rellenarlas. Debí haber imaginado que en alguno de esos viajes a través del pasillo de los horrores (como Ari siempre lo llamaba) acabaría sufriendo uno de esos encuentros casuales que parecen orquestados por el mismísimo belcebú. O quizás esté exagerando. Yo que sé.

El caso, es que cuando salgo por tercera vez del almacén cargando con una caja de cervezas llena, el destino quiere que del baño de las chicas salga Ari. Guapa y perfecta como siempre. Atusándose el pelo y colocándose el vestido. Nuestras miradas se encuentran y por un momento siento esa conexión invisible e inevitable que siempre nos atrapa cada vez que nos miramos. Como si lo sucedido hace dos meses nos hubiese dado una tregua permitiéndonos volver a conectar. Sin embargo, el saber que su nuevo novio la espera a la vuelta de la esquina es suficiente para que decida romper la conexión y emprenda de nuevo mi camino sin ni siquiera dirigirle la palabra. Lo que

menos esperaba es que fuera ella la que tuviese algo que decir.

—Hugo, espera. ¿Podemos hablar? — me quedo quieto y me giro lentamente buscando sus ojos. ¿Por qué siempre hago eso? Es que soy masoca ¿o qué?

—Tú dirás.

—No sé por dónde empezar — responde frotándose las manos y clavando la vista en el suelo.

—Por donde sea, pero hazlo rápido. Tengo trabajo que hacer. — nadie puede culparme por estar a la defensiva ¿no?

—Ya. E...supongo que solo quiero decirte que lo siento. Qué siento haberte hablado como lo hice aquel día y haberme marchado así. Tu no tenías la culpa y yo...

—Ya. Olvídalo. — la corto. No me apetece seguir escuchando unas excusas que sinceramente ni me importan, ni me hacen sentir mejor. — Estás perdonada.

Doy media vuelta y emprendo de nuevo el camino hacia el bar antes de que una mano pequeña pero fuerte me retenga del codo casi sin haber dado ni dos pasos.

—Hugo, por favor. No quiero que las cosas acaben así entre nosotros — suplica.

—Las cosas acabaron hace mucho tiempo ¿recuerdas? Yo solo soy el cabrón que ha vuelto para meterte en mi cama.

—Hugo...

—No Ari, déjalo ya. Yo escogí hace nueve años y tú lo hiciste hace unos meses. A ti no te gustó mi elección y a mí no me gusta la tuya. Pero supongo que es lo justo. Me merecía un castigo por haberte dejado así y ya lo tengo. Así que dejemos el tema e intentemos comportarnos como seres civilizados. Además, tu novio se preocupará si no vuelves ya al reservado.

Me giro de nuevo y esta vez no dejo que nada me detenga hasta que salgo del dichoso pasillo. Dejo las cervezas tras la barra y me dirijo a la salida con la firme intención de tomar el aire. Lo necesito para serenarme de una maldita vez. En cuanto el agradable viento de principios de junio me roza la cara siento como todas mis fuerzas se esfuman arrastradas por su fuerza. El alma se me cae a los pies y por primera vez en años tengo el imperioso deseo de desaparecer del mapa y no volver a pisar Barcelona en una buena temporada.

Pero no. No pienso hacerlo. Estoy harto de pasarme la vida huyendo y dando bandazos de un lado a otro por culpa del jodido miedo. Ya lo hice una

vez y no tengo la intención de tropezar de nuevo con la misma piedra. Ni con ninguna que se le parezca. Así que lo único que me queda es ser fuerte y seguir caminando hacia delante. Se acabó el seguir sufriendo por algo que hace demasiados años que dejó de existir. Tengo que avanzar. Tengo que vivir. Y por primera vez en los últimos diez años soy consciente de que, para poder hacerlo, tengo que dar el paso de dejarla ir. De olvidarme de todo lo que hemos vivido, de todo lo que me aporta, de todo lo que la necesito. Pasar página y empezar un nuevo capítulo en el que simplemente vuelva a ser yo. Solo yo.

CAPÍTULO 28: OJALÁ SE PUDIESE ATRAPAR EL HUMO.

«Mierda, mierda, mierda. Llego tarde» Qué digo tarde, llego tardísimo. Y encima tengo una reunión a primera hora con la simpática de mi jefa «Joder, joder, joder». Maldecir, y correr. Maldecir y correr. Si lo hago así a lo mejor soy capaz de llegar con solo media hora de retraso. El problema es que correr con estos tacones mientras me afano en cagarme en todo lo cagable al mismo tiempo, es un deporte de riesgo. Si ya con los cinco sentidos puestos en caminar me voy tropezando con los baches de las aceras, no quiero ni contáros la odisea que me supone hacerlo sin prestar atención. Aunque si soy sincera en este momento me conformo con llegar a la oficina lo antes posible. Me da igual si es con las rodillas ensangrentadas o los dientes en la mano. Mejor desdentada que desempleada.

Treinta minutos después de la hora entro en el edificio de Bruma publicidad tan absorta en seguir caminando mientras busco el dichoso móvil en el bolso, que cuando quiero darme cuenta mi cara se estampa contra algo fuerte y duro que me hace rebotar hasta caerme de espaldas. Mi cabeza golpea el suelo bruscamente y durante unos segundos me quedo tan aturdida y desorientada que apenas soy consciente de lo que sucede a mi alrededor. Lo único que noto es que me palpita la nariz y que una lágrima solitaria y caliente se desliza desde mi ojo derecho hasta la mejilla. La cabeza me da vueltas y el dolor que siento en ella se extiende desde el codo hasta las sienes, haciéndome apretar los dientes.

—¿Qué coño...? — logro balbucear mientras intento enfocar de nuevo la vista y me sujeto la cara entre las manos.

—¡Joder! Lo siento, lo siento mucho. ¿Te encuentras bien?

Y a pesar del dolor reconocería esa voz en cualquier parte. Ese deje grave y sereno que siempre consigue que mi cuerpo reaccione a su toque. Un toque invisible pero poderoso al que no podría ser inmune ni aunque quisiera. «Maldita sea mi suerte».

Sigo sujetándome la cara y alzo la vista hasta que consigo enfocar ese rostro y esos ojos que tan bien conozco.

—¿Ari? Joder, ¿estás bien? ¿Puedes levantarte? — tras un leve asentimiento por mi parte noto como sus brazos fuertes y firmes me elevan del suelo con el mismo esfuerzo que si se tratara de una pluma. Su tacto cálido y familiar me obliga a cerrar de nuevo los ojos embebiéndome de la sensación de calma que me traspasa cada fibra de la piel. Como si mis poros pudiesen recordar lo que era ese roce, ese calor, ese tacto.

Cuando mis pies tocan el suelo, siento como si mi punto de equilibrio se hubiese desactivado y tengo que agarrarme as sus bíceps si no quiero besar el suelo otra vez. La nariz me sigue doliendo y aun mantengo los ojos cerrados. Después de las sensaciones que acabo de experimentar no sé si estoy preparada para enfrentarme a su perfecta y penetrante mirada. Y es que estoy casi segura de que de este golpe me quedarán secuelas. Y no me refiero únicamente a la nariz de mister Potato que seguramente arrastre durante unos cuantos días. Si no también, a la sensación tan extraña que se me ha agarrado a las tripas durante los escasos tres minutos que llevo en su presencia. Y eso que llevamos bastante tiempo sin vernos.

Porque entre el dolor, la conmoción y el mareo se abre paso una sensación extraña que hace años que no sentía por Hugo. La nostalgia. Nostalgia de verle, de oírle, de sentir su presencia a mí lado. De escuchar su respiración pausada y su voz ruda y familiar que me sumerge en un estado de paz y calma que no consigo experimentar con nada más. Porque aquí en este momento y a pesar del dolor, me he dado cuenta de que le echo de menos. Mucho más de lo que jamás hubiese imaginado. Y eso no es bueno. No para mí. No para la situación que estamos atravesando.

Con tanto pensamiento caótico la cabeza empieza darme vueltas, las fuerzas se van y la calma llega. El suelo desaparece bajo mis pies y una sensación de tranquilidad extrema me envuelve a través de unos brazos fuertes y conocidos de los que no quiero separarme más. ¿Puedo sentirme así para siempre?

—¿Ari? ¿Ari, me oyes?

Las palabras se abren paso con dificultad. Como si la persona que me habla y yo estuviésemos a miles de kilómetros de distancia comunicándonos a través de dos vasos de plástico unidos por un fino hilo nailon. Como si me encontrase sumergida bajo el agua y alguien tratase de hablar conmigo desde fuera.

Me remuevo un poco y un agudo pinchazo en la cabeza me atraviesa entera haciéndome apretar con fuerza los párpados para soportar el dolor. Tengo la boca pastosa y una terrible dificultad para respirar por la nariz. La cara me duele horrores y me siento como si acabase de atropellarme un autobús. ¿Qué coño me ha pasado?

—Ari cielo, abre los ojos.

La voz llega esta vez más nítida y una mano fría y áspera envuelve la mía con ternura. Su tacto es conocido y la sensación que me transmite también. Así que, centro todos mis esfuerzos en tratar de hacer lo que me pide. Pero no puedo. Es como si mis párpados se hubiesen convertidos en dos losas de cemento pesadas e inamovibles que me impiden disfrutar de la visión que sé que me espera más allá de la oscuridad.

—No, no...pue..do — logro balbucear ante la imposibilidad de hacer lo que me dicen. Ni siquiera sé si lo he hecho en voz alta o solo en mi cabeza. Es todo demasiado confuso para mí.

—Sí, sí puedes, rubia. Inténtalo una vez más.

Y lo hago y es como si ese rubia se me hubiese subido a la cabeza igual que las espinacas al bueno de Popeye. La fuerza me inunda y poco a poco consigo que las rendijas de luz se abran paso a través de la oscuridad en la que estoy sumergida. Se van filtrando poco a poco y, aunque lo que veo a través de ellas, es muy borroso hay facciones que podría reconocer hasta con un solo ojo mal enfocado. Esa cara angulosa, ese pelo demasiado largo cayendo sobre la frente, esa barba de tres días... Todo conocido y desconocido a la vez. Pero todo transmitiendo eso que solo él me puede transmitir.

Abro los ojos por completo y parpadeo unas cuantas veces hasta que todo a mi alrededor empieza a volverse lo suficientemente nítido como para darme cuenta de que estoy en un hospital. Todo es blanco, frío y aséptico. Y los recuerdos me golpean como dagas al revivir las mismas sensaciones que tuve aquella mañana de hace diez años en un lugar similar de Galicia. El miedo, el dolor y el desamparo que sentí al darme cuenta de que, a pesar de estar rodeada de gente, me sentía sola porque él no estaba. Porque me había dejado. Porque estaba allí precisamente porque me había abandonado. Solo que esta vez él es el único que está a mí lado. Sentado a los pies de la cama y con su mano aun envolviendo la mía mientras me acaricia el dorso con el pulgar.

Va vestido raro. Eso es lo primero de lo que me doy cuenta tras mirarle.

Como parte de arriba lleva puesta una bata de hospital que deja entrever parte de su pecho. Me mira fijamente y puedo leer la preocupación en el mágico verde sus ojos.

—Hola — dice con cariño esbozando una leve sonrisa que me vuelve el estómago del revés.

—Hola

—¿Cómo te encuentras?

—Como si acabase de pasarme por encima una manada de elefantes. ¿Qué me ha pasado? — pregunto clavando mis ojos en los suyos mientras trato de incorporarme un poco en la cama.

Al ver mis intenciones se acerca rápidamente y coloca dos almohadas detrás de mi espalda asegurándose de que me encuentre lo más cómoda posible. Me acaricia la cabeza con cuidado y regresa a su lugar a los pies de la cama. Un suspiro se escapa de mis labios en cuanto noto la lejanía de su presencia.

—¿Qué hago aquí, Hugo? Solo recuerdo haberme chocado contra algo y a ti levantándome del suelo. Después todo es muy confuso.

—Te chocaste contra mi codo. Yo estaba de espaldas esperando el ascensor y tu ibas tan distraída que cuando quise darme cuenta algo se había golpeado contra mi brazo y una maraña de pelo rubio estaba tirada en el suelo sujetándose la cara. Te ayudé a levantarte y un minuto después de ponerte en pie te desmayaste en mis brazos. Intenté hacerte reaccionar, pero como no lo conseguía, me asusté y te traje al hospital. — su mirada es triste y preocupada. Y sé al instante que se siente culpable de que yo haya acabado aquí. — Los médicos dicen que te golpeaste la cabeza al caer y que por eso sufres una leve conmoción cerebral. No es nada grave, pero prefieren que te quedes toda la noche en observación para mantenerte controlada.

—¿Y mi nariz? Me duele un huevo...

—Está hinchada y se te ha puesto un poco morado bajo los ojos, pero dicen que no está rota y que solo necesitas reposo y analgésicos para recuperarte.

—Joder...

—Ari yo...lo siento mucho, de verdad. Siento que hayas terminado aquí por mi...

—No. Ni se te ocurra decir que estoy aquí por tu culpa, porque no es verdad, ¿me oyes? — lo reprendo mientras estiro un poco el brazo hasta que mi mano cubre la suya apoyada en la cama — Ha sido un accidente, Hugo. Iba

distraída y no miraba por donde caminaba. Aunque no me hubiese chocado contigo podría haberme dejado la nariz en cualquier pared o columna del maldito edificio. Así que no, tú no tienes la culpa. Al contrario, te agradezco mucho que hayas cuidado de mí. Todo sería muy distinto si me hubiese pasado con un desconocido

Le sonrío con amabilidad y siento como su semblante se relaja ante mis palabras. Yo tendré una tendencia peligrosa a hacerme daño, pero él tiene una igual de dañina de pensar que todo lo que me pasa es por su culpa. Yo también la tuve hace tiempo y sin embargo ahora siento que no podía estar más equivocada. A pesar de que aún me reconcoma no saber porque se fue. Y, sin embargo, ahora mismo ese detalle me trae sin cuidado ante las ganas locas que tengo de abrazarle. De sentirle. Y como creo que los calmantes han desconectado mi cerebro de mi boca, las palabras salen en tropel sin que tenga tiempo de detenerlas.

—Hugo...

—¿Si? ¿Necesitas algo? ¿Agua, otra almohada...?

—No. Es solo que... ¿Podrías... darme un abrazo? Yo... si no quieres no importa...es solo que...

No tengo tiempo de terminar la frase antes de que sus brazos fuertes me envuelvan y mi cabeza repose en el trozo desnudo que deja al descubierto la fina bata de hospital. Aspiro su aroma con fuerza y siento que el mundo se detiene cuando le oigo hacer lo mismo con su barbilla apoyada en mi pelo. Y por mí, en este momento, el mundo podría detenerse e irse a la mierda porque yo sería la persona más feliz de la tierra. Porque aquí, entre sus brazos con su cuerpo pegado al mío, me siento tranquila. A salvo. En casa.

—¿Porqué no llevas camiseta? — pregunto con los ojos cerrados hipnotizada por el ritmo de su corazón.

—Te sangraba la nariz y se manchó cuando te cogí en brazos.

—Ah...

Nos quedamos en silencio y tras unos minutos que me resultan jodidamente insuficientes ambos nos vamos relajando y soltando nuestro agarre con mucho más pesar del que cualquier palabra pudiese expresar. Abro los ojos cuando empezamos a separarnos y mis ojos reparan en un punto concreto de su pectoral justo por encima del corazón. Porque allí, sobre el musculo marcado, en contraste con su piel blanquecina reposa un trozo de mí. De nosotros. De nuestra historia. Algo que no creí que recordara y que mucho menos imaginé que llegase a tatuarse para siempre en tan característico lugar.

Junto al motor de su vida.

En un acto reflejo, alargo la mano y mis dedos recorren con cuidado cada uno de los trazos negros y algo desgastados de nuestro símbolo. De ese infinito simple y alargado del que pende una sencilla cuenta en forma de número uno. Los acaricio, los mimo, los siento. Él no se mueve, pero aun así soy capaz de notar como se estremece y se le eriza la piel con cada uno de mis roces.

Levanto la vista y le encuentro con los ojos cerrados y los puños apretados como si lo que está pasando le doliera y le hiciera feliz a partes iguales. En cuanto siente que he parado de acariciarle los abre y cuando me mira, es como si una tormenta de arena se hubiese desatado en mis tripas. Como si un huracán estuviese arrasando todas y cada una de las fibras de mi ser. Nunca, jamás, en mi vida me he sentido tan unida a él como me siento en este momento en esta fría sala de hospital. Y él lo sabe y lo siente igual que lo hago yo, porque este es el momento más mágico del mundo.

¿Sabéis todos esos textos de internet que hablan de cómo, en ocasiones, existen momentos en los que sientes que el tiempo se detiene a tu alrededor y todo lo demás desaparece, excepto tú y esa persona? Lo cierto es que yo siempre creí que eso no podía pasar. Que nunca nada podría ser tan especial como para tener la sensación de que nada más importa, excepto ese momento. Que solo eran historias inventadas para cautivar a románticos empedernidos con ganas de vivir un amor de película. Y, sin embargo, ahora mismo, en este momento, yo me siento exactamente así. Como si el tiempo se hubiese parado en esta habitación y el mundo hubiese dejado de girar sobre su eje. Como si ya no existiese nadie más en la tierra aparte de nosotros dos y nuestras miradas perdiéndose la una en la otra. Mi mar perdido en su bosque. Su bosque inundado por mi mar. Solo él y yo. Yo y él. Y los recuerdos. Y...

—¡Ari! ¡Oh, dios mío cariño! ¿Te encuentras bien?

...la realidad. La cruda y dolorosa realidad representada por la preocupada voz de mi novio entrando en la habitación y rompiendo el momento. Un momento cálido que se acaba de convertir en un jarro de agua helada sobre mi cabeza en pleno diciembre y en algún lugar perdido de Siberia. Como si alguien hubiese tirado de una alfombra invisible bajo mis pies mientras hacia el pino-puente. Como...No sé. No se me ocurren más símiles, pero es una sensación extraña y desoladora que odio haber tenido que experimentar.

Sobre todo, porque al dolor porque se haya roto el momento con Hugo se

le han sumado la vergüenza y los remordimientos por no haberme acordado ni un solo segundo de Raúl. De mi relación con él. Y en este momento os aseguro que me siento la persona más rastrera y miserable de todo el maldito mundo. Porque, a veces, se puede ser más infiel a alguien solo con lo que sentimos que con lo que hacemos. Y yo siento que acabo de engañar a Raúl, mucho más que si me hubiese metido entre las sábanas de Hugo.

Mi chico se acerca a mí justo cuando Hugo se cubre el pecho con la bata y se aleja lentamente hasta la otra esquina de la sala, donde Bibi se encuentra apoyada estudiando detenidamente la escena. Mis ojos siguen fijos en los suyos (en los de Hugo quiero decir) y apenas soy consciente del tierno abrazo que Raúl acaba de darme. Me acaricia el pelo, me coge la mano, me pregunta mil cosas sobre lo sucedido y aun así yo no soy capaz de dejar de mirar a Hugo. Y aunque él tampoco aparta sus ojos de mí, los dos sabemos que la atmósfera ha cambiado. Que la magia se ha roto y el momento se nos ha esfumado entre los dedos igual que el vapor que emana de una tetera a pleno fuego. Ojalá se pudiese atrapar el humo.

CAPÍTULO 29: SER SINCERO, SER VALIENTE

—Ya. No, hoy no puedo. He... quedado con Bibi para ayudarla con... unas cosas.

...

—Sí, mañana hablamos.

...

—Claro. Yo...Un beso. Adiós. — cuelgo el teléfono y lo dejo con cuidado encima de la mesita del salón mientras suelto poco a poco el aire que estaba reteniendo.

Bibi me observa desde el sillón de enfrente y puedo leer en su cara el tono acusatorio que me previene sobre lo que está por venir. Como si necesitase que alguien me dijese lo que yo ya sé. Lo que no es impedimento para que ella diga lo que siente que tiene que decirme. Lleva haciéndolo desde que salí del hospital y ya no pude seguir ocultándole todo lo que pasaba y había pasado con Hugo.

—No es justo, Ari.

—Lo sé... — resoplo apoyando los codos en las rodillas y escondiendo la cara entre las manos.

—Y aun así no haces nada. — el tonito acusador no me gusta un pelo, pero tampoco tengo nada que decir al respecto para excusar mi comportamiento — Estás jugando con él y con todo lo que siente por ti, cielo. Y vas a hacerle mucho daño si seguís así. Un daño que no se merece.

—¡Ya, joder! —estallo poniéndome en pie y empezando a caminar por el salón. — ¿Te crees que no lo sé? ¿Te crees que no me doy cuenta de que estoy siendo una autentica hija de puta con él? ¿Qué me estoy comportando como una niñaata egoísta y cobarde? ¡Dime algo que no sepa, joder!

Y es la verdad. No necesito que nadie me diga que lo estoy haciendo mal, porque soy muy consciente de ello por mí misma. La desazón interna que siento cada vez que mi cabeza tiene un minuto libre para pensar, es buena prueba de ello. No puedo dormir, ni comer, ni concentrarme en nada que no sea sentirme como la mierda más grande del puto universo. Y me lo merezco,

pero no necesito que también los demás me atormenten con ello. Aunque esa no sea su intención.

Y es que desde mi paso por el hospital y tras todo lo que sucedió allí con Hugo, las cosas en mi cabeza se han ido liando hasta el punto de no tener ni idea de qué coño voy a hacer con mi vida. Porque el momento que vivimos en esa habitación fría y aséptica tras mi conmoción, ha hecho mella de tal manera en mí que ahora mismo ni siquiera sabría explicar porqué me comporto como lo hago. Por qué no actúo como la persona madura y valiente que siempre presumo de ser y me siento con Raúl a hablar del tema. A aclarar las cosas. A explicarle lo que siento.

A lo mejor el problema es que ni siquiera sé lo que me está pasando. Las cosas han cambiado, sí, pero aún tengo que descubrir en qué aspectos clave lo han hecho. Lo único que tengo claro es que no puedo seguir con Raúl hasta que no lo averigüe. No se lo merece. Y, sin embargo, a pesar de que la teoría la tengo muy clara, en la práctica parece que no acabo de encontrar el momento adecuado para llevarlo a cabo. O quizás, lo que no consigo encontrar es el valor.

Que complejos somos los humanos. Y qué complejo es todo lo que sentimos. Porque ¿hay algo más contradictorio que saber que estás haciendo las cosas mal y, a pesar de tener en tu mano la posibilidad de remediarlo, no hacer nada al respecto? Como cuando sabes que una decisión es mala incluso antes de tomarla y aun así eliges seguir el camino que te llevará de pleno hasta ella. Y a cada paso que das te lo vas recordando, pero aun así no puedes cambiar el rumbo, porque no tienes valor para hacerlo. Porque, a veces, en las cosas que se hacen mal existe cierta comodidad que parece compensar el saber el error y no hacer nada para solventarlo. Algo así como un «prefiero los remordimientos de estar haciéndolo mal que tener que buscar el valor para aprender a hacerlo bien». O al menos, así es como yo lo veo.

—Ari... — la voz de Bibi me saca de mis pensamientos devolviéndome al aquí y ahora de mi asquerosa vida — Sé que sabes que lo estás haciendo mal. Y también sé que eso te hace sentir como una mierda. Pero puedes cambiar esa sensación. Estás confusa, necesitas un tiempo para aclararte y lo entiendo. Pero hazlo sola. Sin ataduras y sin la presión que supone que, durante el proceso, puedas hacerle mucho daño a alguien que no se lo merece.

—Lo sé...Y te prometo que esta semana hablaré con Raúl y aclararé la situación. Pero ahora, ¿podemos hablar de otra cosa? — resoplo sentándome

de nuevo en el sofá — Necesito dejar de pensar en todo esto, aunque solo sea un minuto o me volveré loca.

—De acuerdo. Pues hablemos, por ejemplo, no sé... ¿de que he conocido a alguien?

Sus palabras me hacen girarme en su dirección tan bruscamente que creo que me he lesionado el cuello al hacerlo. En su cara, una sonrisa pícaro y resplandeciente que hacía mucho que no veía ahí. Y eso es suficiente como para que consiga olvidarme, aunque solo sea por un rato, de todo lo que me está pasando a mí. El cotilleo me puede, que le vamos a hacer.

—¿Enserio?

—Aha — responde sonriendo aún más y asintiendo enérgicamente con la cabeza.

—¿Y quién es? ¿Le conozco?

—¿Recuerdas que te dije hace un mes que me había apuntado a una web de citas por internet?

—Como para no, Manu lleva vacilándote con el tema cada vez que te ve desde que se enteró. — me río yo sola recordando la cruz que tiene la pobre con nuestro amigo. — ¿Lo conociste ahí? ¿En la web?

—No. ¿Pero te acuerdas de que por seguridad siempre quedaba con mis citas en el mismo restaurante? ¿Ese italiano precioso que hay junto a mi trabajo?

—Sí.

—Pues el camarero.

—¿Perdona?

—Lo que oyes.

Después del shock inicial, Bibi se pasó toda la tarde contándome su rocambolesca historia con el camarero del restaurante italiano. De cómo él le echó un cable en su primera cita allí inventándose una excusa absurda para librarla del muermo de tío con el que estaba cenando. De cómo dicha maniobra acabó convirtiéndose en costumbre entre ambos cuando la cita en cuestión se ponía rara. Y de cómo ayer, tras su último rescate el chaval se arriesgó a pedirle que se tomaran una copa juntos.

Al final la copa, acabó en cinco y terminaron retozando entre las sábanas del dormitorio de Bibi. A esta lo de ir despacio como que no. «Bomba sexual» me parece que lo llamó. Sin embargo, y por la forma en que habla de Mario, que así es como se llama el susodicho, la cosa no va a quedarse solo en un polvo de una noche. Porque le gusta. Lo sé porque la conozco y sin necesidad

de que me lo diga. Y cuando a Bibi le gusta algo, no es capaz de parar hasta conseguirlo. Aspecto de ella que envidio profundamente.

Sin embargo, y a pesar de que sé que no va a dejarlo estar hay algo que consigue que Bibi se replantee sus decisiones. Mario tiene veintidós años. Casi ocho menos que ella. Cosa que a mí me parece que carece de importancia en la ecuación, pero que a ella la tiene un poco reticente al respecto. Me he pasado media tarde tratando de explicarle la típica frase de que la edad solo es un número que no tiene porqué influir en nada. De hecho, a menudo influyen mucho más los prejuicios que solemos tener al respecto que el propio hecho de llevarse años de diferencia. Y creo que he logrado que deje de pensar en ello como algo malo. Aunque tratándose de Bibi nunca se sabe.

Después de que se fuera, dediqué el resto de la tarde a reflexionar largo y tendido acerca de la charla que debía tener con Raúl en los próximos días. En cómo iba a enfocarla, a plantearla y a afrontarla. En las palabras exactas que iba a utilizar para que él entendiera que nunca quise que esto pasase. Qué no era mi intención engañarle y mucho menos hacerle daño. En lo mucho que iba a suplicar su perdón sin importar si tenía que arrastrarme para ello. Porque si algo me daba más miedo que asumir la verdad delante de él, era enfrentarme a su reacción. Y no porque tuviese miedo a que se enfadase, me gritase o me insultase, cosa de la que no lo veía capaz. Si no porque me aterraba ver la decepción y el dolor que iba a provocarle con mis palabras. Hacerle daño. Eso era lo que realmente me hacía entrar en pánico cada vez que pensaba en ese momento.

Pero Bibi tenía razón. Tenía que aclararme y tenía que hacerlo sin la carga que suponía estar con alguien mientras lo hacía. Sin que eso me condicionase o me precipitase en mi decisión por temor a cagarla aún más.

Por eso estoy así. Un jueves, en mi casa, a las ocho de la tarde amorrada a la botella de cerveza y esperando a que llegue Raúl. Temblando de pies a cabeza y con el corazón amenazando con reventarme el esternón y salir a conocer mundo. Mordiéndome las uñas de forma compulsiva y tratando de no infartar antes de lo debido. En mi vida había estado más nerviosa por algo. Y en mi vida había sentido esta mezcla explosiva de valor y miedo al mismo tiempo.

El timbre del portal suena a las 20:38 horas. En la mesita de centro tres cervezas vacías y una caja de clínex. Mejor ser precavida.

Descuelgo el telefonillo y su tierna voz me pide que le abra. Lo hago y

espero con la puerta entreabierta hasta que le veo aparecer por el hueco de la escalera. Me saluda con un hola cariñoso lleno de ternura y un casto beso en los labios que me hacen hundirme un poco más. Pasamos al salón y el pasillo de mi casa se convierte, para mí, en uno del pasaje del terror. Tengo mucho miedo. No quiero decepcionarle y sé que estoy a punto de hacerlo.

—Cariño, ¿te encuentras bien? Estás pálida — se ve que no puedo ocultar que estoy a punto de vomitar sobre la alfombra de puro terror. Mi madurez y valentía brillan por su ausencia. — ¿Te sigue doliendo la nariz?

—No, no. Es solo que... — «Vamos Ariadna, sé valiente» — Raúl, tengo que hablar contigo.

—Vale. ¿De que quieres hablar?

Se sienta en el sofá y me hace un gesto con la mano para que yo lo haga a su lado. Me acerco despacio, tomo asiento e inspiro con fuerza tratando de armarme de valor.

—Verás, Raúl. Tu...tu eres un chico estupendo y estoy muy a gusto contigo, pero... — suspiro. — Creo, que te mereces que sea sincera. Yo... yo estoy hecha un lío y no es justo para ti que sigamos así.

Levanto la vista y veo sus preciosos ojos mirándome con atención mientras intenta comprender lo que le estoy diciendo. Cosa difícil, porque ni yo misma lo tengo claro.

—Ari, no te entiendo. ¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas que te dije que Hugo era un amigo de la infancia con el que había retomado el contacto hace poco?

Asiente en silencio y yo necesito dejar salir las palabras sin pararme a pensar en si digo lo correcto de la forma correcta. Solo necesito soltarlo y acabar con esto de una vez. Lidiaré con las consecuencias después.

—Bueno, pues él y yo... fuimos algo más que amigos. Nosotros... tuvimos una historia que no acabó bien y que yo creía superada. Pero...no sé. Ahora ha vuelto y tengo la cabeza hecha un lío y., ¡Joder! Lo siento. Lo siento mucho, Raúl. Yo no quería que esto pasase así, pero...

—¡Para, Ari! — me corta poniéndose en pie y pasándose las manos por el pelo, nervioso. — ¿Qué me estás queriendo decir? Que vosotros dos os habéis...

—¡No, no! No es eso. — me pongo de pie y me acerco a él todo lo que puedo sin que él sienta la necesidad de tener que apartarse. Porque está dolido, lo sé. — Escúchame Raúl. El problema es que estoy confundida. Que tú me gustas y me haces sentir genial, pero...

—No soy él — sentencia mirándome a los ojos.

Y lo que veo en ellos es todo eso por lo que llevo asustada y aterrorizada durante los últimos días. Decepción, tristeza...dolor. Un dolor que traspasa su piel y se mete bajo la mía haciendo que se me retuerzan las entrañas. Un dolor que me encantaría poder quitarle y quedármelo eternamente yo. Un dolor que yo he provocado. Con mi confusión y mis sentimientos encontrados con el dichoso Hugo. ¡Maldita sea, joder!

—Raúl, yo...

—Lo sé — suspira un poco mientras continúa con sus ojos clavados en los míos — Sé que lo sientes, Ariadna. Y yo también. Siento mucho no ser suficiente para ti.

—¡No! No digas eso, porque no es verdad. Eres mucho más que suficiente para mí. ¿Me oyes? Me has apoyado, mimado y cuidado, mejor de lo que nadie podría haberlo hecho. Y ojalá yo hubiese sabido estar a la altura y haberte correspondido como merecías, porque te juro que es lo que más deseaba. Pero mi cabeza está hecha un lio y ahora mismo ni siquiera sé que hacer con mi vida. Por eso creí que lo mejor era que lo supieras. No podía soportar hacerte daño.

—¿Desde cuando tienes dudas? — la pregunta suena tan dura en su boca que sé que necesitaba hacerla para zanjar el asunto.

—Desde que estuve en el hospital. Te prometo que antes todo iba bien pero Hugo estuvo cuidándome y...

—Ya. No necesito los detalles.

La situación es tensa. Raúl camina despacio por el salón, resoplando de vez en cuando e imagino que tratando de asimilar todo lo que acabo de decirle. Su semblante es serio y a la vez desencajado. Como si alguien acabase de pegarle un puñetazo en todo el estómago. Y yo me siento mal, pero a la vez, no puedo evitar sentirme liberada. Como si el peso de saber que lo estaba haciendo mal se hubiese aflojado dejando paso únicamente al mal sabor de boca que todo esto nos está dejando a ambos.

—¿Hay algo que pueda hacer o decir para que cambies de idea? — suelta de repente parándose en mitad de la estancia y clavando sus ojos en mí.

Y juro que sus palabras hacen que algo muy dentro de mí duela. Porque a pesar de todo, el chico maravilloso que tengo delante sería capaz de seguir conmigo si yo se lo pidiera. A pesar de mis dudas. A pesar de que sabe que lo que siento por él no es ni la mitad de lo que él siente por mí. Porque a pesar de todo ello, aún tiene el valor suficiente como para luchar por hacerme

cambiar de opinión. Ojalá yo tuviese, aunque solo fuera, un cuarto de la valentía de este hombre.

—Raúl, yo...

—Ya. De acuerdo. Pues...eh... creo que debería irme. Yo... de verdad, espero que todo te vaya bien.

¿Sabéis esas ocasiones en las que no eres consciente de lo que estás a punto de hacer hasta que lo haces? Vale, pues yo no he sido consciente de que iba a abrazar a Raúl hasta que me he visto pegada a su cuerpo con la cabeza apoyada en su pecho. Pero está claro que es algo que mi subconsciente necesitaba hacer. Como siempre, sin pararse a pensar en sí él querría que lo hiciera o si le estaría haciendo incluso más daño con ese gesto. ¿Quién coño es la puta egoísta en la que me he convertido y donde está Ariadna Robles? Voy a apartarme y disculparme por mi impulso cuando dos grandes brazos me envuelven completamente y me estrechan con fuerza haciéndome sentir pequeña. Física y mentalmente. Ojalá hubiese podido enamorarme de él. Porque estoy segura de que lo hubiese dado todo por hacerme la mujer más feliz del mundo. Y lo hubiese sido, porque es estupendo.

Unos minutos después, Raúl me suelta y tras depositar un leve y tierno beso en mi pelo, sale de mi casa y de mi vida sin decir nada y dejando mucho más vacío del que cualquiera pueda imaginar. Porque puede que no haya logrado enamorarme de él, pero sí que ha logrado que me enamore de su forma de tratarme. De mirarme. De cuidarme. Lo veo cerrar la puerta y lo único en lo que puedo pensar es en que, ojalá logre encontrar a alguien que consiga llenar su vida como él es capaz de llenar la de los demás. Y que ojalá, sea capaz de perdonarme.

CAPÍTULO 30: EL DESTINO ES UN CABRONAZO

MANU

El destino es un auténtico hijo de puta. Así, con todas las letras y en cartelito de neón. Un CA-BRO-NA-ZO. De los grandes. De los muy, muy grandes. Porque ya me diréis qué coño he hecho yo para merecerme la mierda de vida que me ha tocado. Bueno vale, a lo mejor estoy exagerando, pero es que no entiendo porque hemos tenido que coincidir en el mismo puto sitio a la misma puta hora. El que maneja los hilos de la vida se tiene que estar descojonando en mi cara.

Sí, lo sé. No tenéis ni idea de que coño os estoy hablando. Pero dejad que me desahogue antes de contároslo o temo morir atragantado por mi propia rabia.

....

Bien, allá voy. Resulta que es viernes. Un viernes normal y corriente como cualquier otro del mes de agosto. Estoy en el centro. Cenando en un pequeño restaurante chino que hace años me recomendó Ari. Enfrente de mí, Lorena. Veintiocho años, psicóloga y amante de los animales. Una compañera de curro de mi amigo Sergio. A la derecha una estupenda cristalera gigante que nos permite cenar observando el ir y venir de la noche barcelonesa. Y a la izquierda el motivo de mi cabreo monumental con el jodido universo. Yanira. Yanira cenando con un apuesto caballero de cabellos dorados como el sol. Cojonudo ¿eh? Eso mismo he pensado yo en cuanto les he visto entrar cogiditos del brazo.

Que sí, que vale. Que si yo puedo cenar con otra chica ella también puede hacerlo con otro chico. Pero es que lo que hago yo, a mí no me molesta. Lo que hace ella sí. ¿No es así como funcionamos los seres humanos, de toda la puta vida? ¿«Haz lo que yo digo y no lo que yo hago» que dice siempre mi abuela? Pues eso.

El caso es que hace como quince minutos que han llegado y yo aún no he sido capaz de volver a centrarme en la preciosa chica que está cenando

conmigo. Intento que no se me note que no le estoy haciendo ni caso, pero creo que estoy en proceso de fracasar estrepitosamente. Y es que no soy capaz de dejar de mirarlos cada dos segundos para observar lo que hacen. Y para cabrearme como una mona, que es lo único que estoy consiguiendo. Bueno eso y espantar a Lorena. Lástima, pintaba bien.

—Manu ¿me estás escuchando?

—¿Eh? Sí, perdona. ¿Qué decías?

—¿Qué si nos tomamos luego una copa en el pub indie de al lado? Tiene buena pinta ¿no?

—Sí, sí, lo que quieras. — distraído, giro de nuevo la cabeza hasta su mesa y la descubro riendo sin ganas algo que el gilipollas que tiene enfrente le ha dicho. Y digo sin ganas porque me conozco esa risa como si fuera mía. La he sufrido un gran número de veces.

—¿Quién es?

—¿Eh? — la pregunta de Lorena me pilla tan de sorpresa que no puedo hacer nada por disimular que me ha pillado

— La chica de esa mesa, ¿quién es? Debe de ser importante si no has dejado de mirarla desde que llegaron.

—Lorena yo...lo siento mucho, es que...

—Ya. No te preocupes. — dice sonriéndome de oreja a oreja como si esto fuese lo más divertido que le ha pasado en meses. — Eres muy majo y tal, pero creo que no encajamos demasiado bien. No en el plano romántico al menos. Pero podemos ser amigos y que me cuentes quién es la preciosa chica a la que no puedes dejar de mirar — enarca las cejas de forma pícaro y una sonrisa sincera asoma a mis labios.

Vuelvo mi vista de nuevo hacia la mesa en cuestión y el corazón se me para un poco cuando veo como el chico acaricia la mano de ella sobre la mesa. Si no fuera por mi poco autocontrol, Yanira ya estaría sobre mi hombro y yo saliendo por la puerta del restaurante con intención de encerrarla en mi casa hasta que entrase en razón. Por eso, y aunque contarle mis cosas a una desconocida no es que vaya mucho conmigo decido que quizás hablar con alguien neutral, me ayude a saber que hacer con el tema.

Así que recupero la compostura, bebo un trago de vino y le cuento a Lorena mi historia con Yanira sin entrar en detalles. Solo lo justo para que pueda hacerse una idea y expresar su opinión al respecto.

Los postres están en la mesa cuando termino de contarle lo que creo necesario. Bebo un poco más de mi copa y la miro incitándola a que

manifieste su más sincera opinión al respecto. Al fin y al cabo es psicóloga ¿no? Ella resopla, bebe también y habla.

—Ve a por ella. — la miro confuso. «¿Eso es todo?». Creo que la pregunta se lee en mi cara porque continúa. — Si de verdad sabes que también siente algo por ti, ve a por ella. No hace falta que la acoses, pero quizás solo necesita que le demuestres con hechos lo que ya le explicaste con palabras. Mira Manu, las mujeres, en concreto las que ya hemos sufrido por amor o no creemos en él, solemos dar poca credibilidad a lo que se nos dice si antes no se nos demuestra. Es sencillo, no queremos oídos hablar. Queremos veros, actuar. Punto. No hay secretos ocultos, ni acertijos que descifrar. Sólo actúa. Ve a por ella. Enséñale que vas a dejarte la piel en demostrarle que todo lo que le dijiste es de verdad. Si siente lo mismo, cederá. Si no...te darás la hostia de tu vida. Pero es un riesgo que debes correr.

—¿Y cómo hago eso? ¿Cómo se demuestra algo a alguien que no quiere ni hablar del tema?

—Con una cosa que se llama paciencia. Creo que no te suena mucho, pero quizás si la pones en práctica dé resultado. Empieza por retomar el contacto como amigos y sigue construyéndolo todo desde ahí. Haz que vea lo que sientes y ayúdale a olvidar sus miedos.

Termina la frase y sin venir a cuento coge el tenedor de postre de mi plato y lo deja caer en el suelo junto a mi pie. La miro confuso y me agacho a recogerlo cuando una pequeña mano de dedos largos se me adelanta y lo hace por mí. Estoy pronunciando un sencillo «muchas gracias» cuando levanto la vista y mis ojos se encuentran de pleno con el precioso ámbar de los suyos. Y el tiempo parece pararse con un «no hay de qué» muriendo en su perfectos y perfilados labios pintados de rojo.

—Manu...

—Yanira... —embobado. Esa es la palabra para definir mi estado. Aunque no dura mucho. La patada que acaba de arrearame Lorena por debajo de la mesa me obliga a dar un respingo y a reaccionar. — ¿Qué...qué tal? ¿Qué haces por aquí?

—He venido a cenar con...un amigo. — responde nerviosa mientras mira de reojo a mi ex cita, ahora amiga. — ¿Y tú?

No sé que contestar a la pregunta. Por suerte Lorena consigue reaccionar y salvar los muebles.

—¡Hola! Soy Lorena — dice extendiéndole la mano a Yanira que duda un segundo si aceptarla o no. Al final lo hace esbozando una sonrisa que no le

llega a los ojos y que a mí me abre puertas. — Mi novio es amigo de Manu. Quiero prepararle una fiesta sorpresa, así que aquí estamos tratando de organizarla. El amor es lo que tiene, que hay que darlo todo. ¿No crees?

—Eh... — Yanira titubea un momento sin saber que responder. Espero que no haya pillado la directa indirecta que acaba de lanzarle. Lo único que puedo asegurar es como se ha relajado su semblante tras la presentación de Lorena.

—En fin, si me disculpáis tengo que ir al baño. — se levanta de la mesa y se dirige a los lavabos tras guiñarme un ojo de forma disimulada.

El silencio se instaura entre Yanira y yo en cuanto Lorena desaparece tras la esquina. Y yo me siento tan perdido que no tengo ni idea de qué hacer o decir. Me consuela saber que a ella parece pasarle lo mismo. Al final, me decido a romper el silencio.

—Bueno, ¿y que tal todo? ¿Mucho trabajo? — «¿¿Estás hablando de trabajo!? ¿¿Estás hablando de trabajo!?!» Increíble. Ahora soy yo el que se daría una patada a sí mismo si pudiera.

—Sí, bastante. No tengo demasiado tiempo libre, pero no puedo quejarme.

—Aha. Pues me alegro mucho por ti. — el amago de sonrisa que acabo de poner es el peor de la historia de los amagos de sonrisa. Creo que la sutileza no es lo mío.

—Ya. Bueno, creo que debería volver a mí mesa.

«No, no, no. Haz algo idiota». Ya ha girado sobre sus talones y emprendido la marcha hacia su mesa cuando me levanto y la sujeto con delicadeza de la muñeca haciéndola girar en mi dirección. Su cara refleja sorpresa, pero también algo más que no logro identificar pero que me gustaría que fuese felicidad.

—Yanira, sé que no es el momento y que no quieres oírlo, pero...te echo de menos.

—Manu, ya hemos...

—No. Escúchame por favor. Sé que ya zanjaste lo nuestro, pero me gustaría que pudiésemos ser amigos. Quedar a comer, a cenar o que las cosas dejasen de ser raras cuando nos vemos. Solo eso.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Mirádonos. Clavados en medio del bar igual que en la canción de Maná. Mi mano aun sujetando la suya y disfrutando del contacto con ella. Los nervios atenazándome el estómago y yo sintiendo un miedo atroz a que también se niegue a esto. A que ni siquiera

me dé la oportunidad de demostrarle que puedo ser bueno para ella y hacer que esto funcione.

—De acuerdo. — responde al final con un hilo de voz que me llena de ganas de abrazarla contra mi pecho hasta que nos fundamos en uno.

—De acuerdo... — repito soltando de golpe todo el aire que ni sabía que estaba reteniendo. — ¿Te apetece que quedemos a comer...mañana, por ejemplo? U otro día. Me da igual, cuando tú quieras.

—Vale. Mañana me viene bien. ¿A las dos en el Can Boneta de Paseo de Gracia?

—Estupendo. ¿Quieres que te recoja o...?

—No tranquilo, iré por mi cuenta. — responde rauda cortándome la frase. «Vale, demasiado rápido Manu. Paciencia. Paciencia»

—De acuerdo. Eh...pues...hasta mañana entonces.

No quiero irme. No quiero que vuelva a su mesa con su «rubio amigo». Pero siento que, si quiero que esto salga bien, tengo que hacerlo. No agobiarla. No retenerla. Dejar que las cosas fluyan. Lorena tiene razón, necesita que le demuestre que puedo hacernos reales. Pero sin agobios. Sin presiones. Con paciencia.

—Adiós Manu.

—Adiós Yanira.

Despacio, como a cámara lenta, su mano va soltándose de la mía poco a poco hasta que nuestros dedos se separan por completo. Me dirige una última mirada sincera y se da la vuelta para volver a su lugar en la mesa del fondo. Yo me quedo unos segundos más mirando cómo llega hasta allí y se sienta de nuevo en compañía de ese tío. Y siento rabia. Porque no quiero que él la mire cómo la está mirando. Ni que le hable, como seguro que lo está haciendo. Ni que piense en ella, como inevitablemente está pensando. Pero tengo que mantenerme firme. «Paciencia, paciencia, paciencia».

A duras penas, aparto la mirada de ellos y me giro encaminándome yo también a mí mesa. En ella me espera Lorena con un gin-tonic en la mano y otro reposando en mí lado de la mesa. Me siento, y ella me mira con cara de curiosidad exigiéndome en silencio que le cuente todo lo que ha pasado. Y sonrío. Y tras la sonrisa se me escapa una carcajada sincera y sanadora como hace meses que no experimentaba. Ella me secunda y no puedo evitar pensar en la suerte que he tenido de conocer a alguien tan auténtico y real como la chica que está sentada enfrente de mí. «Jodida Lorena. La que me ha liado en un momento».

ARI

¿Por qué las personas somos tan dadas a hacer cosas que en realidad no queremos hacer, solo por el simple hecho de ser aceptados socialmente? ¿Por qué preferimos sentirnos bien con los demás antes de sentirnos bien con nosotros mismos? ¿Por qué tengo que ir a esa dichosa quedada de amigos si a mí me apetece entre cero y nada hacerlo? Bueno, pues no tengo ni puta idea. Pero aquí estoy retocándome el maquillaje y convenciéndome a mí misma de que esto es lo que tengo que hacer. Quedar con los amigos de vez en cuando es recomendable ¿no? Pero hacerlo con tu ex de hace diez años por el que no sabes que sientes en este momento, ya menos.

Ha pasado un mes y poco desde que terminé mi relación con Raúl. Casi cinco semanas en las que no he dejado de pensar ni un solo minuto en que quizás me precipité en mi decisión. Treinta y seis días de reflexiones, charlas conmigo misma y quebraderos de cabeza, que lo único que han hecho es hacerme sentir incluso más confusa de lo que ya estaba. Siento algo por Hugo, eso está claro para mí y para cualquiera que conozca mi historia. Lo que aún no he descubierto es la magnitud y naturaleza de ese sentimiento. ¿Lo quiero como amigo? ¿Cómo novio? ¿Cómo amante? Y ese sentimiento ¿es real o solo producto de la confusión y de todo lo que vivimos en el pasado? Y si es real ¿Por qué no he dado aún el paso de ir y hablarlo con él? A penas tengo respuestas para casi ninguna de esas cuestiones. Lo único que sé es que cuanto más pienso en ello más preguntas me asaltan y más dudas se apoderan de mí. Y, joder, así es imposible avanzar.

En este tiempo Hugo y yo solo hemos coincidido una vez. Y el encuentro fue tan corto que casi no pudimos ni hablar. Nos encontramos por la calle de casualidad. Me saludó. Lo saludé. Se interesó por el estado mi nariz y se largó calle abajo excusándose con que llegaba tarde. Todo esto en cinco míseros minutos. Y en realidad, sí me pareció que tenía prisa, pero por alejarse de mí. Lo que me supone una variable más que añadir a la, ya de por sí, complicada ecuación de mi vida. Y es que, saber que él siempre parecía estar receptivo para lo nuestro, había sido un aliciente importante para decidirme a hablarlo con él. Sin embargo, y tras ese día la idea empezó a parecerme nefasta hasta niveles insospechados. No podía plantearle que había dejado a Raúl porque quizás aún siguiera sintiendo algo por él, después de ver su actitud. Me moría de miedo. Otra vez.

Así que continúe en las mismas otras dos semanas. Hasta que por mi cabeza confusa y desajustada se cruzó la mejor idea que había tenido hasta la fecha. Y sinceramente, no pude creerme que no se me hubiese ocurrido antes. Tenía que hablar con alguien del tema. Pedir un punto de vista neutral y sincero acerca de todo lo que estaba pasando. Pero no uno cualquiera. El de ella. Mi querida y adorada Lari, que no le gusta que la llamen Lari. Lo cierto, es que cuando caí en la cuenta de que ella era mi mejor opción para ayudarme, me sentí un poco mal. Porque llevaba un par de meses sin llamarla ni mandarle un triste WhatsApp. Con todo lo que había pasado, había estado descuidando a una de mis mejores amigas. Y eso sí que era algo que no podía permitirme.

Así que la llamé y tras pedirle mil veces perdón por no haber hablado con ella en tanto tiempo, le conté punto por punto todo lo que me había pasado esos meses. La noche con Hugo, Raúl, el hospital, mis sentimientos, otra vez Raúl... Todo. Y ella, como siempre hace, permaneció en silencio durante toda mi perorata hasta que hube terminado y fui yo la que se calló. Resoplando, y esperando a que mi amiga me iluminara con su extrema sinceridad e innata sabiduría. El problema fue que no me gustó lo que oí. Vino a decirme algo como:

—Eres la única persona que conozco que es capaz de complicar algo, que desde el principio es más sencillo que el mecanismo de un chupete. Vamos a ver, Ariadna, ¿qué sientes por Hugo? Dilo. Dilo en voz alta para que así puedas admitírtelo a ti misma de una vez por todas. Y no te me vayas por las ramas que nos conocemos. Sé sincera de una maldita vez.

—¿Le...quiero? — pregunté con miedo. Con miedo a que fuera verdad, pero también con miedo a que Lara se enfadara por haberlo preguntado y no afirmado con rotundidad.

—Sí. Le quieres. Y eso es algo que te ha costado admitir desde el mismo día en que él volvió a la ciudad. Lo camuflaste con odio, rabia, indiferencia y hasta amistad. Pero creo que solo lograste convencerte a ti misma y por lo visto, al final, también a él. El resto somos un poquito más avispados. — suspiró. Que susceptible está esta mujer. — Bien, sigamos. A parte de sentir que le quieres ¿que otros sentimientos forman parte de tu confusión?

—No sé... ¿miedo? — «¿Como el que me estás dando tu ahora?»

—¡Otra vez con las putas preguntas! ¡Sí, Ari! ¡Miedo! Tienes un miedo de cojones a todo lo que te está pasando. De hecho, creo que el sentimiento dominante ahora mismo en ti, es el maldito miedo. ¿Y quieres saber a que creo que le temes más que a nada? — me quedé en silencio. ¿Que podía decirle?

Ella parecía saber más de lo que sabía yo. Siguió. — A la verdad. A que las respuestas a las preguntas que aún no has hecho te revelen una verdad que no sea de tu agrado. Que no te guste. Que te haga sufrir. Eso es lo que te pasa, Ari. Que tienes muchas dudas sobre Hugo y su marcha hace diez años, pero también tienes muchísimo miedo a saber lo que pasó y que vuelva a decepcionarte. Porque sabes que, responda lo que responda, así es como vas a sentirte. Decepcionada. Porque si no tuvo motivos convincentes para irse, volverás a decepcionarte con él. Pero si los tuvo, no soportarás sentirte decepcionada contigo misma por haberle juzgado sin saber. ¿Y sabes que? Que o afrontas ese miedo, o acabarás arrepintiéndote de no haberlo hecho, el resto de tu vida.

«Basta ya, Ari. Tienes que madurar y aprender a enfrentarte al dolor con valentía. Entiendo que lo que te paso hace años haya condicionado tu manera de ver la vida. Que aquello te haya hecho tanto daño como para huir de forma constante de cualquier tipo de dolor que pueda hacerte recordarlo. Pero también tiene que haberte servido para ser fuerte. Luchadora. Valiente. No hagas de lo sucedido tu criptonita, si no tu diamante que pulir. Que el miedo a sufrir no te impida vivir, cielo»

Y ahí terminó la conversación, porque no fui capaz de decir nada al respecto de la opinión de Lara. Quizá porque me di cuenta de que tenía mucha más razón de la que me habría gustado admitir. Porque sus palabras, me hicieron pensar que, a lo mejor, no estaba tan confusa como parecía. Que era probable que mis sentimientos los tuviera claros pero que me faltaran cosas por solventar para poder sentirme a gusto con ellos. Y es que era cierto, aún tenía muchas cosas que preguntar para lograr superar del todo el abandono de Hugo. Y las respuestas solo podía dármelas una persona.

Por eso accedí a ir hoy a esa quedada en el Infinity, a pesar de que no me apetezca. Porque sé que él estará allí. Y porque he decidido que esta noche será la noche en la que por fin disipe todas esas dudas que no hacen más que mantenerme en una vida llena de miedos y confusión. Lo tengo claro, no podré seguir libremente hacia delante hasta que no sea capaz de cerrar definitivamente ese nefasto capítulo de mí vida. Y estoy decidida a darle carpetazo hoy mismo.

Llego al Infinity sola. A las once y cuarenta y dos minutos de la noche. Llevo puesto un vestido largo de verano de color verde menta, unas sandalias de cuña marrones y un chaleco vaquero por encima para darle un toque. Un

bolso marrón, el pelo rizado a lo surfera y los labios rojos. Me siento guapa y me siento a gusto. Algo imprescindible para afrontar la complicada noche que me espera por delante.

En la puerta, el mismo portero de siempre, Alfredo. Un tío de unos treinta y pico años, calvo y musculado que me sonrío nada más verme cediéndome el paso al interior. Allí dentro todo está como siempre. La música a todo volumen, la gente bailando y el alcohol corriendo a raudales. Enfoco la vista en la penumbra y empiezo a buscar a mis amigos por todo el local. Cuando ya creía que estarían de nuevo en el reservado, los localizo en una de las mesas del fondo.

—¡Hola! — saludo gritando por encima del sonido de la música cuando alcanzo la mesa.

En ella Manu, Yanira y Bibi. Ni rastro de la persona por la que realmente estoy hoy aquí. Aunque quiero a mis amigos, eh. Solo que el plan de esta noche no es disfrutar con ellos de una juerga salvaje. Si no encauzar mi vida de una maldita vez.

Tras dar dos besos a todos y un par de pellizcos a Manu. Me siento en la silla libre que hay justo al lado de la de Yanira. La música es ensordecedora y soy consciente de que Bibi ha empezado a hablar por el movimiento de sus labios. No porque la escuche.

—¿Qué? — gritó encorvándome sobre la mesa tratando de acercarme más a mi amiga.

—¡Que he invitado a Mario a venir! — grita Bibi a su vez haciendo el mismo gesto que yo. Yanira nos imita para sumarse a la conversación. Manu hace un gesto de hastío y se levanta para dirigirse a la barra. «Qué imbécil es el pobre». — Vendrá cuando salga de currar.

—¡Qué bien, Bibi! ¡Tengo muchas ganas de conocerle!

Y lo digo en serio. Después de este tiempo en el que esos dos llevan viéndose y Bibi contándomelo todo después, me ha entrado el gusanillo por conocer al susodicho. Es difícil emitir una opinión sobre él si lo único que mi amiga me cuenta es lo bien que se lo monta en la cama y lo atento que es. Me faltan elementos de juicio para emitir un veredicto. Que por otro lado mi veredicto importa una mierda. Le tiene que gustar a ella, no a mí. Pero oye, que después de dos meses me apetece conocer al chiquillo.

Manu vuelve un rato después con cuatro cervezas que nos pasa poco a poco a cada una de nosotras. Deteniéndose un poquito más en la que le entrega a Yanira. Joder, otra cosa que parece que me he perdido en mi empeño por

convertirme en la amiga más egoísta del maldito mundo. Porque, por las miradas que se están dedicando el uno al otro aquí hay cosas que yo todavía no sé. «Nota mental: interrogar a Manu mientras le invito a comer la próxima semana».

Acabo de darle el primer trago a la cerveza cuando un chico alto, desgarbado y muy, muy atractivo se acerca a nuestra mesa saludando tímidamente. Yanira y yo nos quedamos embobadas contemplando al recién descubierto yogurín, mientras Bibi se pone en pie de un salto y se acerca a darle un tierno beso en los labios. «Ahaaa. Así que este es Mario». Yanira y yo nos miramos divertidas y comenzamos nuestro escáner visual completo de amigas entregadas a la causa. Él no parece darse cuenta, pero Manu sí. Y no le gusta un pelo. No por mí, lo sé. Pero se le nota a kilómetros de distancia que le toca los cojones que Yanira lo haga. Ella, que se da cuenta de la cara de Manu, se corta un poco, pero yo sí termino la misión de reconocimiento.

Mario, es un chico guapo y atractivo. Y tras diez minutos sentado a la mesa puedo afirmar que también es amable y simpático. Que tiene un punto de locura y que está pillado hasta las trancas de Bibi. Y viéndolos juntos diría que a ella le ocurre lo mismo. Se lo dije, la edad solo es un número que no tiene porqué condicionar una relación. De hecho, si no lo supiera, jamás diría que ella es seis años mayor que él.

La noche transcurre de forma tranquila. Y unas dos horas y tres cervezas después, yo empiezo a impacientarme. Hugo aún no ha aparecido y temo seriamente que mi plan se vaya al traste incluso antes de empezar. Sin embargo, el destino es un cabronazo. Y la vida siempre nos guarda sorpresas. Aunque a veces no sean agradables. Como está a punto de sucederme a mí.

A las dos de la mañana, cuando nosotros estamos decidiendo si pasarnos ya a las copas o no, con el rabillo del ojo distingo a lo lejos un rostro familiar. Tan familiar que el corazón se me sube a la boca y las manos empiezan a sudarme. Hugo está aquí. Y empiezo a plantearme si esto es buena idea. Pensamiento que deshecho en el momento justo en que oigo la voz gruñona de Lara animándome a ser valiente retumbando en mi cabeza. Se mueve. Mi visión periférica es capaz de ver como se dirige a nosotros. Cojo aire unas cuantas veces y me motivo mentalmente para ser capaz de iniciar mi plan. Allá vamos.

—¡Hola chicos! ¡Siento el retraso!

Su voz cálida se cuela por mis oídos dejando un eco permanente en cada parte de mi cuerpo. Lo noto. Lo noto a mí lado sin necesidad de girarme para

comprobar que está ahí. Suspiro. Cojo aire. Y cuando estoy a punto de responder a su saludo, una voz aguda y femenina hace que las palabras se me atasquen en la garganta impidiéndome incluso respirar bien. Una voz que se me clava en las entrañas porque soy capaz de anticipar quien es y qué hace aquí. Una voz que me confirma que da igual lo mucho que me esfuerce y lo decidida que esté, mis planes nunca salen bien. Y el destino es un CABRONAZO.

CAPÍTULO 31: QUÉ EMPIECE EL JUEGO

¿Qué son los celos? Según la RAE es el «sentimiento que experimenta alguien cuando sospecha que la persona amada siente amor o cariño por otra, o cuando siente que otra persona prefiere a una tercera en lugar de a ella». Según yo son las ganas enormes que te entran de matar, cuando ves al chico que te gusta acompañado de una morena despampanante de ojos grandes y tetas aún más grandes. Son el malestar y la acidez que te atenazan el estómago y que hacen que la bilis se te suba a la garganta. Son el dolor sordo, pero agudo, que nace en tu pecho y se expande sin descanso a todas y cada una de las células de tu cuerpo.

Así es como me siento ahora mismo. Con un cóctel explosivo de emociones internas que amenazan con desbordarse en cuanto sea capaz de reponerme del shock. Como un volcán dormido que acaba de despertarse de su letargo después de muchos años de inactividad. Siento dolor, rabia, decepción y miedo. Un miedo terrible a que haya rechazado tantas veces el tren que al final el maquinista haya decidido cambiar de rumbo, desviándose a otras estaciones y buscando otros pasajeros que sí decidan subirse a él.

Mi cara en este momento debe ser un fiel reflejo de todo lo que estoy sintiendo porque la mano de Yanira alcanza la mía y la aprieta justo en el momento en el que Hugo vuelve a hablar para presentarnos a su acompañante.

—Chicos, estas es Paula. Paula estos son mis amigos: Bibi, Mario, Manu, Yanira y...Ari.

Me asaltan dos dudas. Una ¿porqué Hugo conoce a Mario? Y dos ¿porqué ha hecho una pausa dramática antes de decir mi nombre? ¿Se le había olvidado ya? ¿Tan poco importante soy para él? Todos los de la mesa contestan con un «hola» pero yo solo puedo seguir mirando fijamente a Hugo sin ser capaz de reaccionar. Él no lo hace. De hecho, desde que ha llegado, a penas a mirado en mi dirección ni una sola vez. Como si quisiera obviar que estoy aquí. Como si no existiera. Lo que hace que se intensifique lo que estoy sintiendo, oprimiéndome un poco más el estómago.

Toman asiento. Y casi agradezco que lo hagan en la punta de la mesa más

alejada de mí. Ya sería la hostia que acabase sentada, codo con codo, con la tal Paula. Una camarera aparece unos minutos después y deja una ronda de cervezas en el centro de la mesa. Todos alcanzan la suya y se ponen a charlar como si nada. Todos excepto yo, que no consigo salir del estado catártico en el que llevo sumida desde que han llegado. Lo único que puedo hacer es mirarlos a ambos alternativamente como si tratase de entender lo que está pasando.

El problema, es que lo entiendo muy bien. Hugo a conocido a alguien. Después de todo este tiempo, al fin ha logrado pasar página justo en el momento en el que yo decido escribir de nuevo en la nuestra. Todo muy bien, oye. Lo mío es tener suerte en la vida.

Sigo petrificada observando a la pareja un rato más hasta que mi olvidado botellín de cerveza se cuele, con un movimiento sutil, en mi campo de visión.

—Bebe — me dice Yanira acercándose un poco a mi oído y depositando la cerveza delante de mí. — Y deja de mirarlos como si fuesen un perro verde.

Me giro hacia ella y veo la mirada de comprensión que me dedica mientras me anima a seguir su consejo. De refilón, también soy consciente de que Manu nos observa, seguramente asegurándose de que estoy bien. O de que no planeo atentar contra la vida de Paula en un futuro cercano.

Desde que se enteró de todo lo que había pasado entre Hugo y yo, Manu siempre fue el más crítico a la hora de decirme que la estaba cagando a lo grande. Fue el primero en sugerir/ordenar que debía dejar a Raúl. El primero en aconsejar/ordenar que tenía que hablar sinceramente con Hugo. Y el primero en opinar/afirmar que los dos nos queríamos y que estábamos haciendo el gilipollas. Él y su sutileza natural. Sin embargo, yo necesité mucho más que sus órdenes directas para darme cuenta de que tenía razón. Y a la vista está que esa conclusión ha llegado demasiado tarde.

Aparto la mirada de él y alcanzo mi cerveza bebiéndome más de mitad de un golpe. La dejo de nuevo sobre la mesa y dedico mis atenciones a observar como las gotas de condensación descienden lentamente por el cristal. Dejar de mirarlos no hace que me sienta mejor, pero al menos consigo dejar de parecer la amiga psicópata del grupo. Pero estaba claro que la cosa no iba a ser fácil y que en algún momento alguien me obligaría a interactuar con los demás. Pero no pensé que fuera ella.

—Y tu Ari, ¿a qué te dedicas? — pregunta Paula haciéndose oír a través del eco de la música.

Levanto la vista en cuanto sus palabras me llegan y por primera vez en

toda la noche, mis ojos y los de Hugo se encuentran haciendo que mi corazón bombee mucha más fuerte de lo que debería. En su mirada puedo leer la misma súplica que yo le hice hace meses cuando le presenté a Raúl. Quiere que me porte bien. Qué sea amable. Va a ser difícil, pero sé que debo hacerlo. Por mucho que me pese, ella no tiene la culpa de nada de lo que estoy sintiendo. Cojo la cerveza, me bebo lo que me queda de un trago y tras soltar un largo suspiro, contesto.

—Soy responsable de marketing en una empresa de publicidad.

—Oh. Qué interesante. Hacéis campañas de publicidad, anuncios y todo eso ¿no? — insiste.

Asiento con la cabeza y ella me sonrío de una forma sincera y natural que hace que me sienta aun peor de lo que ya me sentía. Es guapa, alegre y simpática. Y no se merece el odio visceral e irracional que siento por ella sin conocerla de nada. Pero es que no soy capaz de controlar la rabia intensa que siento cada vez que le acaricia el brazo o le sonrío con cariño. Es como un sentimiento independiente que nace muy dentro y va a su puta bola en medio del caos emocional que habita en mí. Es libre e incontrolable. Y no podría deshacerme de él ni aunque quisiera.

La noche sigue su curso y las cervezas acaban dando paso a las copas y a las conversaciones absurdas. Todos participan y hablan entre ellos mientras yo centro mis esfuerzos en no hundirme en la miseria más de lo que ya estoy. Lo sé, hubiese sido mucho más sencillo haberme ido a mi casa y no seguir aquí soportando las miradas y arrumacos de la pareja. Sin embargo, hay una parte de mí que me impide moverme de mi sitio. Como si mi sola presencia pudiese influir de alguna forma en la manera de comportarse de esos dos. Yo que sé. La mente humana es intrincada y compleja. Y la mía debe de serlo por dos, así que no intentéis comprenderme.

El caso, es que he decidido que la única manera de sobrellevar esta noche sin volverme loca es bebiendo. Bebiendo mucho y pensando poco. Las penas con alcohol se curan, de toda la vida. No digo que sea inteligente, pero es lo único que se me ocurre. Así que, cuando el resto aún acaba de empezar su segunda copa yo ya estoy apurando los restos de la mía y rescatando la lima del fondo del vaso. Me la estoy llevando a la boca cuando capto algo de la conversación que Paula parece estar teniendo con Mario.

—Sí. A mí me encanta el cine alternativo. De hecho, la semana pasada Hugo me llevo al Zumzeig, ese local de cena más cine de la calle Béjar. Yo no

lo conocía, pero me dijo que él antes iba mucho y que me iba a encantar. Y así fue. Me enamoré perdidamente del sitio.

En cuanto Paula termina la frase, mis ojos saltan directamente hasta encontrarse con los de Hugo. Sabe que lo he oído y el dolor debe reflejarse tanto en mi cara que el semblante le cambia componiendo una mueca que ni siquiera logro identificar. La ha llevado al Zumzeig. Ha ido con ella a ese lugar tan especial al que íbamos juntos casi todos los jueves después de retomar nuestra amistad tras el viaje a Galicia. Ese sitio que yo siempre he sentido muy nuestro porque ni siquiera invitamos jamás a ninguno de nuestros amigos a acompañarnos. Era como nuestra rutina. Nuestra rutina especial. Al parecer más especial para uno que para el otro. Porque él ha sido capaz de compartirla de nuevo con alguien y yo ni siquiera he vuelto allí sola después de que cortáramos lazos de nuevo.

Seguimos mirándonos. En sus ojos disculpa. En los míos lágrimas agolpándose tras las cuencas y dolor. Mucho más del que creí que sería capaz de experimentar. El volcán está a punto de entrar en erupción y no tengo intención de que nadie vea el espectáculo. Así que suelto el aire y me levanto tan enérgicamente de mi sitio que la silla cae al suelo golpeando con fuerza las baldosas. Todos se giran a mirarme pero yo ni siquiera me quedo a recogerla, doy media vuelta y me encamino hasta la barra apartando a empujones a la gente que baila como loca en la pista. Cuando la alcanzo, apoyo los codos en ella y me sujeto la cara entre las manos. Estoy en el límite. En mi límite mental. Creí que nunca volvería a alcanzarlo, pero cabo de hacerlo por la puerta grande.

El camarero se acerca a mí justo cuando una mano firme y grande se posa en mi espalda y hace que me sobresalte un poco. Me giro, entre nerviosa y emocionada, y el alma se me cae a los pies cuando descubro que no se trata de Hugo, si no de Manu. La ilusión es una perra maliciosa que siempre consigue que te hundas un poco más. Vuelvo de nuevo la vista hacia la barra y le pido al camarero otro gintonic y un par de chupitos de tequila. En lo que tarda en servirme Manu se ha hecho hueco a mi lado y me mira fijamente con cara de pocos amigos.

—Lo que estás sintiendo no va a dejar de doler porque te emborraches hasta caerte de culo.

—Si lo hago bien, parará al menos un rato. — respondo seca antes de beber de golpe el primero de los chupitos.

—Y después ¿qué? ¿Vas a tomarte dos de esos cada hora? — el

sarcasmo de Manu, lo que me faltaba. — Las cosas no funcionan así Ari.

—¿Y cómo funcionan las cosas, Manu? Dímelo. Porque si tienes una fórmula mágica para que esto — me señalo el pecho — deje de doler, estaría encantada de oírla. Si no es así, tendré que seguir intentándolo a mi manera.

Le doy la espalda y me bebo de un trago el segundo tequila disfrutando del rastro ardiente que va dejando a través de mi esófago. Dejo el vasito en la barra y alcanzo mi copa justo en el momento en que la firme mano de Manu me rodea el codo y me hace moverme en dirección a la salida. Ni siquiera me resisto. Para qué, si al final acabaré saliendo quiera o no.

Salimos al exterior y Manu no me suelta hasta que alcanzamos la esquina más alejada de la puerta del local. En esa zona hay poca gente y el bullicio procedente del Infinity es solo un murmullo agradable en la distancia. Nos quedamos en silencio. Es como si él estuviera eligiendo bien sus palabras y yo mentalizándome internamente para oírlas con entereza. Porque sé que se avecina sermón. Y de los grandes. Así que me apoyo en la pared, cruzo los brazos sobre el pecho y espero pacientemente a que mi mejor amigo se digne a decir algo. Él, sin embargo, se lo toma con calma. Resopla, saca el tabaco, se enciende un cigarro, vuelve a resoplar... Me está poniendo de tan mala hostia que cuando va por la mitad del pitillo yo ya no aguanto más y suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Oye, si me has traído aquí para verte fumar, mejor me vuelvo dentro, que me apetece otro chupito — hago amago de largarme pero no puedo dar ni dos pasos antes de que vuelva a retenerme del brazo.

—¡Basta Ariadna! Basta ¡ya! Dios sabe que he intentado ayudaros, pero estoy hasta los cojones de ti, de él y de vuestra mierda de historias. — grita exasperado haciendo que me sobresalte un poco y me quede quieta en mí sitio. — Si no eres tú es él. Si no es él, eres tú. ¡Joder! Comportaos de una vez como adultos y dejad de tocarnos las pelotas a los demás.

Su arrebató me deja petrificada unos segundos antes de que recobre mi mala hostia y me ponga a gritarle también.

—¿¡Pero que me estás contando?! Son mis movidas y las tuyas, Manu. No las vuestras. Nadie os ha metido en medio, os metéis porque os da la gana.

—¿¡Qué nos metemos porque nos da la gana?! ¿¡Pero tú te estás oyendo, Ari? ¿En que momento te has vuelto tan ciega que ni siquiera eres capaz de ver que esto nos está afectando a todos? ¿Cuándo fue la última vez que quedamos todos juntos? ¿Cuánto hace que no me llamas para comer o para cenar? ¿Cuánto sabes de lo que ha pasado en mi vida en los últimos meses? ¿Sabes

acaso que me he enamorado? ¿O de quién? — suspira profundamente y se sujeta el puente de la nariz tratando de tranquilizarse — No tienes ni idea de nada Ari. Porque hace meses que te convertiste en alguien egoísta que no es capaz de ver más allá de sus propios problemas. Y te quiero mucho pero...

No termina la frase porque mis manos aferrándose a su cintura y mi cabeza apoyándose en su pecho lo distraen de ello. Y es que, a pesar de que su tono me irrita, sus palabras me duelen. Y lo hacen porque hay mucha más verdad en ellas de lo que me gustaría admitir. Qué, coño. Son todas verdad y punto.

Desde que me acosté con Hugo lo único que he hecho con mi vida es centrarme en mí misma y dejar de lado todo lo que me rodea. Ni siquiera sabía que mi mejor amigo se había enamorado, joder. Yo, que siempre he sido de las que están más pendientes de los demás que de sí misma y mírame ahora. Centrada en mi ombligo como si no existiese ninguna otra cosa en el mundo por la que debiera preocuparme.

Las lágrimas brotan de mis ojos como si las compuertas de un embalse se hubiesen abierto después de la temporada de lluvias. Raudas, abundantes, desconsoladas. El dolor que llevo dentro me sale a borbotones en un llanto que es tan doloroso como sanador. Los brazos de Manu me envuelven y me estrechan y yo me aprieto más fuerte contra su pecho mientras repito un incesante «lo siento» que me sale a trompicones. No sé que más decir. Mis emociones me superan y ni siquiera puedo pensar en cómo lograré compensar a mis amigos por todo lo mal que lo he hecho estos meses.

Después de unos minutos en los que apenas consigo calmarme, Manu se separa un poco y enmarca mi cara con sus manos obligándome a mirarle a los ojos.

—Ari, ya vale. Escúchame — dice limpiando el rastro de mi llanto con sus pulgares — Sé que lo sientes. Lo sé, te conozco muy bien. Pero no vas a arreglar nada llorando. Lo único que tienes que hacer es enfrentarte a lo que te está pasando y solucionarlo de la mejor manera para los dos. Hablad. Habladlo todo de una vez y poned las cartas sobre la mesa. Y una vez hecho decidid qué queréis hacer con vuestras vidas. Pero dejad de evitaros y de esconder lo que sentís bajo la alfombra, porque si seguís así llegará un momento en el que ni siquiera podréis caminar sobre ella.

—Pero sí eso era lo que quería hacer hoy, Manu. — digo sorbiendo por la nariz y secándome a manotazos las lágrimas que siguen surgiendo de mis ojos. — Quería contarle todo lo que pasó hace diez años. Lo que viví, lo que

sufrió. Todo. Y darle la oportunidad de que, de una vez por todas, me explicara sus motivos para irse. Pero ha aparecido con ella y...

—¿Y qué? No ha cambiado nada, Ari. Ha venido con una chica, sí. Pero sigue siendo Hugo. Y seguís teniendo una conversación pendiente. Da igual si después de ella decidís estar juntos o ser solo amigos. Pero necesitáis hablarlo. De una vez.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. Deja de ponerte excusas y hazlo. Verás como así consigues volver a ser la Ari de siempre. Y te prometo, que pase lo que pase, yo voy a estar aquí para apoyarte. Todos lo estaremos. Siempre.

Lo miro a los ojos un segundo, antes de volver a abalanzarme sobre él para abrazarlo de nuevo con toda la fuerza que soy capaz de reunir. El me devuelve el gesto y os juro que no es posible explicar con palabras todo lo que me hace sentir este momento. Porque a pesar de que Manu es insufrible casi todo el tiempo también es la mejor persona que he tenido la suerte de conocer. Y es que, tras esa fachada de chulo engreído e insensible, se esconde un corazón del tamaño de Rusia y China juntas. Siempre pendiente de los demás y de lo que necesitan. Siempre atento al momento en el que tenga que venir a rescatarte. Ya sea de otros o de ti mismo. Siempre ahí. Aunque no lo veas. Me lo demostró hace años y lo sigue haciendo ahora. Y no existen vidas suficientes para que yo le agradezca todo lo que ha hecho por mí en este tiempo.

—Te quiero — susurro contra su pecho abrazándole aún más fuerte.

—Ya. Ala, ya pasó. Suéltame. — dice tratando de soltar mis brazos de su cintura. Es una persona maravillosa pero las muestras de afecto no son lo suyo, está claro. El caso es que a mí me apetece pincharle un poco.

—No. Dime que me quieres.

—¿Estás de coña no? — niego con la cabeza sonriendo y refuerzo mi agarre. — Venga ya, Ari. No voy a decirte que te quiero. Suéltame.

—¡No! Dímelo.

—¡Y una mierda!

—Entonces dime de quién te has enamorado. Si lo haces te suelto.

—¿Me estás chantajeando? — pregunta incrédulo. Me mira desde arriba y mi sonrisa le confirma que sí. Que efectivamente le estoy chantajeando. Resopla y vuelve a intentar soltar mis brazos. Y sé que no lo consigue porque no tiene intención de usar su fuerza bruta conmigo por temor a hacerme daño. Si quisiera soltarse, hace rato que ya lo habría hecho.

—Venga, va... ¿Qué te cuesta? Dime un nombre y te suelto. Así de fácil.

—Eres odiosa. — refunfuña.

—Lo sé. ¿Y bien?

Resopla y sé que en el fondo tiene tanto reparo como ganas de contarme de quién se trata. El nombre que sale de su boca no me sorprende en absoluto.

—Yanira. Es Yanira. ¿Contenta?

—Mucho.

Le sonrío con ternura y aflojo mis brazos separándome despacio. Él se queda quieto mirándome con expectación y esperando que diga algo que no tengo intención de decir. No hoy al menos.

—¿No vas a decir nada?

—No. Hoy no. — digo cogiéndolo de la mano y emprendiendo la marcha hacia el local. —Lo hablaremos la semana que viene mientras te invito a comer. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo. — me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él depositando un tierno beso en mi cabeza.

Caminamos en dirección al local abrazados como dos enamorados que en realidad no lo están y cuando estamos a punto de entrar nos encontramos con Hugo y Paula saliendo al exterior cogidos de la mano. Un ramalazo de celos se apodera de mí haciendo que me tense bajo el brazo de Manu. Él no me suelta y sé que con ese gesto trata de infundirme el valor que necesito para sobrellevar la escena.

—Chicos, ¿ya os vais? — pregunta Manu cuando los tenemos delante. Hugo observa la escena con cautela antes de responder a la pregunta.

—Sí, Paula tiene que madrugar y voy a llevarla a su casa. — la aludida nos sonrío y yo me esfuerzo mucho en corresponder a su gesto. Imposible. Lo máximo que me sale es una mueca indescifrable a medio camino entre el recelo y la sonrisa.

—Bueno, pero tú puedes volver luego ¿no?

—Creo que me iré a casa. Estoy muy cansado. Quizás otro día. — Hugo nos mira alternativamente a ambos y algo en mi cara le hace detenerse en mí, escrutándome con detenimiento. — ¿Todo bien?

La pregunta va dirigida a mí, pero yo no soy capaz de hacer que el sonido salga de mi boca transformado en palabras. Así que le mantengo la mirada y me quedo en silencio sin saber que contestar. Gracias a dios Manu lo hace por mí, haciendo que Hugo vuelva a mirarlo a él.

—Sí. Todo genial. Solo hemos salido a fumar. Bueno yo, que Ari no

fuma. — suelta una carcajada y a mí se me escapa una sonrisa sincera que no soy capaz de controlar. Y no porque lo que haya dicho tenga gracia si no porque su forma de disimular es un desastre. Le pone intención, pero no se lo cree nadie.

Hugo nos mira escéptico, pero decide no insistir más. Así que nos despedimos de ellos y seguimos nuestro camino hacia el interior mientras ellos lo hacen hacia el exterior. Cuando estamos a punto de traspasar el umbral de la puerta, yo no aguanto más y sin poder evitarlo vuelvo la cabeza hacia atrás buscándole. El corazón me da un vuelco cuando mis ojos se encuentran de pleno con los suyos que me traspasan completamente como si quisieran ver en mi interior. Como si me estudiaran. Como si me tocaran. La conexión se rompe cuando la penumbra del local me envuelve y la música a todo volumen ensordece mis oídos. Y me siento vacía. Y sola. A pesar de encontrarme en lugar abarrotado de gente.

Nos dirigimos a la mesa y nos sentamos en nuestros sitios ante las atentas miradas de los presentes. Todos nos observan, pero ninguno dice nada. Creo que todos nos conocen lo suficiente como para saber que no es el momento de hacer las preguntas que se mueren por hacer. Y se lo agradezco. Porque se lo contaré todo. Pero no aquí. No hoy. Mario parece darse cuenta de la tensión que flota en el ambiente y en un intento por distenderlo se pone a hablar de música como si nada hubiera pasado. Todos se suman a la conversación, pero yo me quedo sumida en mis pensamientos analizando, copa en mano, todo lo que siento.

Una hora después la charla no ha cambiado, pero yo sí. Porque después de haberme escuchado un rato a mí misma, en mi mente se ha fraguado una idea que sé que tengo que poner en práctica esta noche. Sin esperas. Sin reflexiones. Sin más oportunidades para darle vueltas y acabar echándome atrás. «Es ahora o nunca» me digo. Y solo lo hago una vez antes de levantarme y empezar a recoger mis cosas.

Mis amigos me miran con atención sin comprender qué está pasando, pero sin abrir la boca para preguntarlo. Solo Manu, al único al que he sido capaz de mirar, parece adivinar lo que estoy a punto de hacer. Y que parezca no tener intención de detenerme es el empujón que necesitaba para lanzarme de lleno a ello. No sé si es lo adecuado. Pero sí que es lo que necesito. Para bien o para mal, esta noche las cartas estarán sobre la mesa. Qué empiece el juego.

CAPÍTULO 32: ¿FELICES EN LA INOPIA O INFELICES EN LA VERDAD?

No sé que hago aquí. No tengo ni puta idea de que estoy haciendo en este portal a las cinco de la mañana mirando mi reflejo en el cristal de la puerta. ¿Y si no quiere verme? ¿Y si está con ella? ¿Y si estoy metiendo la pata, más hondo de lo que lo he hecho en mi vida? Madre mía creo que se me ha ido la pinza del todo y ni me había dado cuenta. Pero, si esto no es una buena idea ¿porqué siento que es aquí donde debo estar y que es esto lo que debo hacer? ¿Porqué tengo la sensación de que es ahora o nunca? ¿Que tengo que hacerlo? No me doy más tiempo para reflexionar y aprieto el botón del telefonillo que corresponde al 3ºE.

Tengo miedo, eso es obvio. Pero estoy cansada de dejar que ese sentimiento me domine. Llevo diez años viviendo con el freno de mano puesto por el puto miedo y estoy harta de sentirme así. Harta de dejar pasar los trenes por miedo a cogerlos y que no me guste a donde me llevan. Harta de pensármelo todo mil veces antes de actuar, por temor a equivocarme y sufrir. Harta. Muy harta. Así que no, está vez rajarse no es una opción. «Rajarse no es una opción. Rajarse no es una opción». Me repito ese mantra un millón de veces más antes de que oír cómo se descuelga el auricular y alguien con voz somnolienta me pregunta quién soy. Respiro hondo y cuando hablo, lo hago con la voz más firme y serena que soy capaz de poner.

—Abre.

—¿Ari? — la sorpresa es notable en su voz cuando pronuncia mi nombre preguntándome implícitamente que hago aquí. Pero no pienso explicarle eso a un portero automático.

—Abre. — repito. Y esta vez lo hago con un tono de voz tan autoritario que espero, no deje lugar a dudas.

Unos segundos después oigo el aire saliendo de su boca antes de que la puerta haga su característico sonido de apertura. La empujo con fuerza y cojo aire antes de entrar armándome de valor.

Está decidido. Voy a subir, voy a hablar con él y voy a encauzar mi vida esta noche. Y la próxima vez que pise la calle habré resuelto todos los

interrogantes importantes de mi pasado y el capítulo más nefasto de mí vida estará, al fin, cerrado.

HUGO

¿Qué coño hace aquí? Repito. ¿Qué coño hace Ari aquí a las cinco de la mañana? Por mi cabeza pasan tantos motivos por los que pueda estar aquí, que en lo que tarda ella en subir tres pisos yo ya he matado a todos mis amigos y le he prendido fuego a mi bar. Fijaos si es intrincada y retorcida la mente humana. Pero es que su visita de madrugada en lo primero que me hace pensar es en que algo muy malo ha debido de ocurrir. Sobre todo, por el punto en el que se encuentra nuestra relación y tras todo lo que ha pasado esta noche.

En cuanto cuelgo el telefonillo abro la puerta de casa sin ni siquiera pararme a pensar en que solamente llevo puesto un bóxer. Ni camiseta, ni pantalones, ni nada. A mí, ahora mismo, lo único que me importa es averiguar porque está aquí. Me preocuparé más tarde de vestirme.

Oigo sus pasos antes de verla aparecer. Unos pasos enérgicos y firmes que se ralentizan un poco conforme se va acercando al final de la escalera. Desde mi posición en la puerta puedo oír como inspira y expira con fuerza un par de veces antes de doblar la esquina y entrar en mi campo de visión. Lleva la misma ropa que hace un rato y es evidente que viene directamente del Infinity. Camina hacia mí y cuando le quedan dos pasos para llegar a la puerta se para y me mira fijamente sin decir ni una palabra. Gesto con el que consigue ponerme incluso más nervioso de lo que ya estaba.

—¿Ari? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

Niega con la cabeza lentamente y suspira un segundo antes de hablar.

—¿Puedo pasar? — el sonido sale de su boca como un murmullo suave y tímido que me pone en tensión y me previene sobre lo que está por venir.

La conozco. La conozco demasiado bien como para saber que lo que sea que la ha traído hasta aquí es importante. Importante para ella y seguramente también para mí. Así que me hago a un lado y le indico con un gesto de la mano que entre. Ella avanza con decisión y entra en el piso mientras yo cierro la puerta a mi espalda y la sigo hasta el salón.

Cuando llego allí y la veo en medio de la estancia, parada y observándolo todo a su alrededor, no puedo evitar pensar en la última vez que estuvo aquí. En la despedida tan amarga y dolorosa que vivimos, pero también en lo poco que recuerdo de la noche perfecta que pasamos. En ella desnuda sobre mi cama, mirándome con deseo y disfrutando de mis caricias. Toda mi

piel reacciona a ese recuerdo y tengo que obligarme mentalmente a volver al aquí y ahora. Y el aquí y ahora no es más que una Ariadna nerviosa y tensa en mi salón sin que yo tenga la más remota idea de porqué está aquí.

—Ari, ¿qué haces aquí? No es que me moleste tu visita, pero son las cinco de la mañana y...

—He dejado a Raúl.

ARI

Vale el tacto no es lo mío. Pero tenía miedo de que, si me pensaba demasiado como empezar esta conversación, al final no sería capaz de articular ni una sola palabra. Así que lo he soltado así, sin rodeos ni vueltas innecesarias. A bocajarro. Tanto, que la cara de Hugo se ha quedado en stand-by, en una mueca indescifrable de estupefacción e incomprensión, y de su boca solo escapa una palabra:

—¿Qué?

—He dejado a Raúl. — repito. Pero como temo que decirlo de nuevo no va conseguir que Hugo lo entienda, me doy prisa en seguir hablando. — Sé que no hicimos nada pero también sé que tu sentiste lo mismo que yo cuando nos abrazamos aquel día en el hospital. Fue algo especial que jamás había sentido y eso me provocó una confusión tremenda con todo lo que estaba sintiendo. Así que necesitaba estar sola para poder aclararme conmigo misma.

—Vale...

—Así que se lo expliqué todo y le dije que no sabía qué sentía por ti, pero que necesitaba descubrirlo sin tener la sensación de estar haciéndole daño a él. — cojo aire y sigo — Desde eso han pasado dos meses y aunque ya sé lo que siento, hay cosas que necesito saber y aclarar antes de decidir si quiero sentirlo o no. Por eso estoy aquí. Porque hay cosas que tienes que saber y otras muchas que tienes que contarme.

—Ari, yo...

Me mira a los ojos y puedo ver como las palabras se le atragantan en la garganta sin que sea capaz de dejarlas salir. Está pálido y en sus ojos brilla el miedo de no saber lo que está por venir. O de saberlo perfectamente. Porque creo que los dos sabemos que es el momento de mostrar nuestras cartas, ponerlas sobre la mesa y jugar. Jugar a la verdad. A ser sinceros y a contárnoslo todo. Por fin. De una vez por todas.

Él no dice nada y ese hecho me hace plantearme de nuevo si no será mejor dejar las cosas como están y olvidarnos de todo esto. Pero no. Ya no

hay vuelta atrás. Al menos no para mí. He venido aquí de madrugada con la firme intención de contarlo y de saberlo todo. Y me da igual que a él le parezca una buena idea o la peor que se me ha ocurrido en años porque pienso llevarla a cabo. Hasta el final y con todas las consecuencias que pueda suponer. Esto se acaba o empieza hoy y no hay más opciones posibles.

Nos seguimos mirando un rato más en completo silencio. Conociéndolo como lo conozco sé que ahora mismo se le están pasando un millón de cosas por la cabeza con las que no tiene ni idea de cómo lidiar. Sorpresa, incertidumbre, miedo... millones de sensaciones que le impiden pensar con claridad y dar el paso para iniciar la conversación. Así que cierro los ojos, respiro profundo y cuando empiezo a hablar lo hago con la firme convicción de no parar hasta que haya terminado. Tiene que saberlo y este es el momento.

—¿Recuerdas las marcas de mi espalda que viste en Galicia? — asiente — Te dije que te contaría qué me había pasado cuando estuviese lista. Bien, pues ya lo estoy y quiero contártelo todo. Sólo voy a pedirte una cosa. Deja que lo haga a mi ritmo y sin interrupciones o no seré capaz de terminar. Después podrás decir lo que quieras. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Ehh...dame un minuto para que me ponga algo de ropa ¿vale?

Se da la vuelta y desaparece en el dormitorio para volver poco después vestido con una camiseta blanca y un pantalón corto de chándal. Se dirige a la cocina y sale con dos botellas de cerveza frías que deja con cuidado en la mesita baja que hay en medio del salón.

—¿Quieres...que nos sentemos? — pregunta señalando el sofá de tres plazas que está enfrente de la tele.

Asiento en silencio y me siento en una de las esquinas mientras él lo hace en la otra. Entre nosotros, un hueco importante que parece simular el millón de cosas que aún no sabemos el uno del otro. Como si nos separaran y nos hicieran situarnos a cada uno en una punta distinta de la vida. Y eso es exactamente lo que he venido a solucionar. Cuando esta conversación termine el hueco habrá desaparecido o se habrá hecho más grande, pero al menos ya no estará ocupado por secretos.

No miramos un segundo y cojo todo el aire que puedo antes de empezar a hablar. Vamos allá.

—Te fuiste. Siento empezar por algo que te corresponde explicar a ti, pero es la verdad. Después de ocho meses repitiéndome cada día a cada hora que era la persona más importante de tu vida, un día desapareces sin dar

ninguna explicación y sin tener, al menos, la decencia de despedirte. Solo un mensaje. Un mensaje escueto y cobarde que le mandaste a Manu excusándote y pidiéndole que me cuidara. ¿Porqué querías que me cuidara Hugo? ¿Porqué tu no supiste hacerlo y tenías miedo de que pudiese pasarme algo?

Al ver que va a contestar, levanto una mano y me apresuro en seguir hablando. No quiero interrupciones que puedan alejarme de la misión de terminar mi historia sin romperme.

—¡No! No contestes ahora. El caso es que me habías abandonado. Después de que me mintieras durante meses sobre a qué te dedicabas y justo cuando yo había vuelto a confiar en ti, te largaste. Y yo me quedé sola y jodida culpándome a diario por no haber sabido ver que no eras como yo pensaba. Porque el Hugo al que yo amaba, jamás me hubiera abandonado sin una explicación coherente que lo justificase. Me pasé un mes entero sin salir de casa, encerrada en mi habitación y lamentándome por haber confiado en ti de la manera en que lo hice. Ciegamente. Pero ¿sabes que? Que al final, me cuentas, de que, si tu habías podido seguir sin mí, sin ni siquiera volver la vista atrás, yo también podía hacerlo. Además, tenía que ponerme a trabajar si quería pagarme la universidad, porque todo cuanto tenía te lo había dado para saldar tu deuda.

Levanto la vista y veo su cara contraída por la incredulidad. Está claro que no sabía que el dinero que le di era todo cuanto tenía para largarme a Barcelona al terminar el instituto. No lo culpo por ello. Yo misma me encargué de que creyera que la cantidad que le estaba dando no suponía nada para mí. Y, además, lo hice porque quise. Él nunca me pidió nada. A parte de que le quisiera como él me quería a mí. Está claro que le quise bastante más.

—Ari, yo no sabía...

—Lo sé — le corto — Sé que no sabías lo que ese dinero suponía para mí, porque yo misma me encargué de que así fuera. Pero contigo en paradero desconocido y mi dinero en manos de unos matones contrabandista de droga, tenía que levantarme de la cama y pelear por mi futuro si no quería quedarme atrapada en ese momento el resto de mi vida. Así que levanté la cabeza, busqué en mi interior la fuerza que necesitaba y salí a la calle a labrarme un futuro. Por eso me busqué un trabajo a media jornada que me permitiera ganar algo de dinero mientras cursaba el último trimestre del curso en el instituto. Durante semanas la cosa fue muy bien. Salía de clase, comía algo rápido y me iba al bar a hacer mis seis horas diarias de trabajo. Volvía a casa, cenaba con mis padres y me encerraba en la habitación a estudiar, leer o llorar,

dependiendo del día que hubiera tenido. El caso es que todo marchaba bien. Había recuperado algo de pasta y también algo de la Ariadna que había sido antes de que te fueras. Pero un día, cuando salía de trabajar...

Como siempre me pasa en este punto, tengo que tomarme un momento para respirar tranquilamente y encontrar el valor para contar lo sucedido esa noche. Suspiro profundamente un par de veces y hecho mano de todo mi autocontrol para no ponerme a llorar incluso antes de decirlo. Hugo me mira con atención y yo no soy capaz de sostener su mirada en este momento, así que la clavo en un punto indeterminado de la pared y tomo aire para seguir hablando.

—Esa noche había salido tarde de trabajar. Mi jefe se había empeñado en que hiciera inventario y era ya de noche cuando conseguí terminar para volver a mí casa. Así que, con la intención de acortar el camino, decidí a travesar el parque en vez de ir por la calle por la que siempre solía hacerlo. Y allí, cuando quise darme cuenta...

Un sollozo ahogado se escapa de mis labios y tengo que parar de nuevo porque ni siquiera soy capaz de hablar. Hugo se da cuenta y en un movimiento rápido acorta la distancia que nos separa y me acaricia el pelo con un cariño que me desgarran el alma. Porque sé que lo que voy a contarle le dolerá y le hará sentirse culpable. Y aunque necesita saberlo no quiero causarle dolor. No quiero herirle.

—Ari... no tienes porqué contármelo. Yo...no necesito saberlo si tu...

—Sí, sí necesitas saberlo, Hugo. Y yo necesito que lo sepas. Llevo años guardándome esto y es hora de dejarlo salir. — me seco las lágrimas y respiro hondo antes de seguir — Esa noche, en ese parque alguien me siguió y yo no me di cuenta de ello hasta que ya no había escapatoria. Esas personas me tiraron al suelo y empezaron a pegarme puñetazos por todo el cuerpo sin que yo tuviese ni idea de porqué lo hacían. Intenté huir pero entonces...entonces uno de ellos se sacó el cinturón y... ¡Joder, dolía tanto que creía que se me había partido la espalda en dos! Al final me desmayé y me desperté al día siguiente en el hospital con la espalda vendada y mi madre llorando a los pies de mi cama.

Levanto la mirada y lo que veo en Hugo no me gusta. La cara desencajada, la respiración entrecortada y un rictus de dolor que jamás había visto en nadie. Su mano ha dejado de acariciar mi pelo y ahora permanece en su regazo con el puño apretado y los nudillos blancos por el esfuerzo. Sus ojos me miran, pero no me ven. Y sé que algo dentro de él se ha roto después de oír

mi historia. Y eso que aún no sabe quiénes fueron los energúmenos que me mandaron al hospital.

—¿Hugo? — digo su nombre con la misma cautela con la que le hablaría a un león en medio de la Sabana.

Él sigue en silencio hasta que explota completamente y se levanta del sofá profiriendo un alarido que me hiela la sangre y me comprime el pecho. Empieza a andar por el salón nervioso mientras maldice entre dientes y se mesa el pelo en un gesto de pura desesperación. Yo me quedo en mi sitio en silencio, dándole el espacio que sé que necesita para asimilarlo. Unos minutos después, es él el que se para y me habla mirándome directamente a los ojos.

—¿Quiénes eran? ¿Quiénes te hicieron eso, Ari? ¿Lo sabes?

—Yo... — joder, que difícil es esto. — Al principio no tenía ni idea de quienes eran o porqué me atacaban. Creía que eran unos vándalos intentando atracarme o algo así. Pero después, mientras estaba en el suelo y ellos me pegaban, dijeron dos frases que hicieron que me encajaran las piezas. Y ahí lo supe.

—¿Qué supiste? — pregunta nervioso mientras se agacha delante de mí cubriendo mis manos con las suyas — ¿Quiénes eran Ari?

—Hugo...quién me agredió fueron...los tíos para los que habías trabajado.

HUGO

Lo oigo. Juro que puedo oír a mi corazón haciéndose añicos en millones de pedazos pequeños que se desperdigán sin remedio a través de mi cuerpo. El sonido de la losa de la culpabilidad cayendo a plomo en mi estómago haciendo que duela como nunca antes me había dolido nada. Ni siquiera haber visto esas marcas en su espalda me dolió tanto como me duele en este momento cada maldita fibra de mi cuerpo. Un dolor de esos de los que no podrías deshacerte ni aunque vivieses mil años en mil vidas diferentes. ¿Quería saber quién le había hecho esas marcas? Pues bien, ahora ya lo sé. Fui yo. Yo se las hice. Yo le provoqué ese sufrimiento. Y jamás podré perdonarme por ello.

Le suelto las manos y abandono mi cuerpo dejándome caer sentado en el suelo y escondiendo la cara entre las piernas. Mi corazón late desbocado y a mis pulmones les cuesta horrores encontrar el oxígeno necesario para seguir funcionando. Las piernas y las manos me tiemblan, la cabeza me da vueltas y tras mis ojos cerrados se agolpan un mar de lágrimas que buscan su camino

hacia el exterior. No puedo evitarlo. Algo en mí se ha roto como se rompen las cosas que ya no tienen arreglo. Y está claro que yo ya no lo tengo. Ni lo tengo, ni lo merezco.

—Hugo, mírame — las manos de Ari se aferran a mi nuca y trata de hacerme levantar la cabeza de mi escondite a la fuerza. Pero mi determinación es tan firme que ni siquiera consigue moverme ni un milímetro. — Hugo, por favor...

Su súplica me hace reaccionar lo suficiente como para abrir los ojos y levantar la mirada hasta encontrarme con la suya. Se ha arrodillado en el suelo frente a mí y me mira con evidente conmoción. No puedo contenerme más y de los más hondo de mi ser escapa un quejido ronco que da paso a las lágrimas que empiezan a rodar por mis mejillas. Ari me abraza, y yo me siento aún más miserable por dejar que sea ella la que me consuele a mí. Después de todo lo que he provocado y de todo lo que ha sufrido por mi culpa todavía es capaz de arroparme con cariño en mi peor momento. Y entonces me doy cuenta. No me la merezco y jamás la he merecido. La quiero. La quiero tanto que duele. Pero en este caso ni fue, ni es, ni será nunca suficiente. Le he hecho demasiado daño como para ser capaz de suplirlo con amor. Aunque sea el amor más ciego e incondicional de todo el maldito universo.

—Hugo, escúchame. — me obliga de nuevo a mirarla y esta vez le dejo sin oponer resistencia. — Deja de culparte, por favor. Yo no lo hago. Ya no. Reconozco que, hasta el momento en que volvimos a encontrarnos sí te hacía responsable de lo que me pasó y de todo lo que vino después. Incluso las primeras veces que coincidimos lo hacía. Pero ya no. Tu no tuviste la culpa.

Inexplicablemente sus palabras me duelen muchísimo más que si me hubiese gritado a la cara que cargará para siempre con esas cicatrices por mi culpa. Que me odia y que no podrá perdonarme jamás. Porque no quiero ni su perdón, ni su comprensión, ni su lástima. No quiero que me quite un peso que al parecer me he ganado a pulso. Ni que intente justificar que todo aquello no pasó por mi causa, porque es mentira.

Enervado por los sentimientos confusos que estoy experimentando me suelto de su agarre y me pongo de pie con el sentimiento de rabia más extremo que he experimentado jamás. Rabia que siento por mí mismo, pero que descargo con ella porque ahora mismo no tengo ni idea de cómo gestionar lo que siento.

—¡Basta! ¡Basta ya, joder! — mi arrebató la hace sobresaltarse y mirarme como si acabase de volverme loco. No descarto haberlo hecho de

verdad. — ¡Deja de ser tan comprensiva, amable y benévola! Y deja de decir que no es mi culpa, ¡porque no es verdad, joder!

Empiezo a caminar enfurecido por el salón y ella se levanta poco a poco del suelo hasta quedar de pie e inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho. No dice nada, pero por la forma en que me observa tampoco lo necesito para saber que está pensando. Y me cabrea aún más notar el sentimiento de lástima con el que me está mirando. No quiero su lástima ni su perdón, quiero sentirme así de mal el resto de mi vida como recordatorio del error imperdonable que cometí. Es más, necesito saber qué vino después de aquello para asegurarme de que no lo olvidaré jamás.

—¿Qué pasó después? — digo parándome un segundo clavando mis ojos en los suyos. Ella me mira sin entender y yo sigo hablando — Después del hospital, ¿qué pasó contigo?

—Hugo, no...no necesitas saberlo. Aquello es historia y no es necesario...

—¡Sí! ¡Sí lo es, Ari! Quiero saber que te pasó después, cómo lo viviste. Como te sentiste. Lo necesito...

Se le nota en la cara que no le apetece nada contármelo, pero mi suplica la convence y tras coger un poco de aire se pone a hablar.

—Estuve meses sin salir de casa. No comía, no dormía y ni siquiera hablaba con nadie. Al principio creían que me comportaba así porque padecía estrés por traumático, después se dieron cuenta de que era porque me había abandonado al dolor. Me sentía mal. Aturdida, dolida, triste y deprimida y para mí era mucho más sencillo convivir en silencio con mi pena que tratar de encontrar la fuerza para derrotarla. Todos se preocupaban por mí y yo lo único que deseaba era que desaparecieran y me dejaran lidiar tranquila con todo lo que sentía. Al final, y gracias a Manu, conseguí reaccionar. Me costó unos cuantos insultos y un golpe de realidad darme cuenta de que había arrastrado a mí pozo a toda la gente que se preocupaba por mí. Y que me estaba matando lentamente a mí misma pero también a los que quería. Y no podía permitirme cargar con eso también. Así que empecé a luchar y logré encontrar la fuerza para salir de allí.

Su relato es lo más aterrador que he tenido la desgracia de oír en toda mi vida. Sobre todo, porque yo soy el causante de todo eso. De que estuviese meses navegando en la oscuridad y el dolor que aquel sufrimiento le provocó. De que se perdiera a sí misma y de que casi hiciera perderse a los suyos. De que estuviese a punto de abandonarse al dolor hasta el punto de no lograr

volver a salir. Y es entonces, cuando me doy cuenta de todo eso, cuando tomo la decisión. No sé si es la correcta o si estaré equivocándome de nuevo, pero siento que es lo único que puedo hacer para mantenerla a salvo. Ella vuelve a hablar pero sé, que nada de lo que diga podrá hacerme cambiar de opinión. No puede hacerlo. Ya no.

—Hugo, aquello me hizo daño y me hundi6 durante mucho tiempo. Pero cuando logré encontrar la fuerza suficiente para luchar me hizo ver lo valiente y poderosa que puedo llegar a ser. Me marc6, sí. Pero lo hizo de una forma que he conseguido convertir en algo bueno. Tuve que vivir meses en la oscuridad para luego salir y aprender a amar la luz. Ahora soy fuerte y ya nada de aquello puede dañarme. Es parte de mí, pero ya no dejo que me controle. No dejes que lo haga contigo.

—Quiero que te vayas.

ARI

Cuando las palabras salen de su boca siento un agudo dolor en el pecho que me hace contraer la cara en una mueca de miedo y estupor. Y aunque no puedo ver la suya porque la mantiene clavada en el suelo, sé que la angustia y la culpa son patentes en ella. La súplica me sale sola sin que pueda ni quiera detenerla.

—Hugo, no...no hagas esto por favor. — dos lágrimas resbalan por mis mejillas y el dolor de mis entrañas se acentúa. El simplemente suspira y se mantiene firme en sus trece.

—Lo siento. Pero...tienes que irte. De verdad.

—¡No! — grito mientras corro hacia él y el llanto se hace más incontrolable en mi rostro. Cuando le alcanzo le sujeto los brazos y lo zarandeo un poco intentando que me mire. No lo hace, pero yo sigo hablando — No puedes hacerme esto, Hugo. No te lo he contado para hacerte sentir culpable. Lo he hecho porque creía que era hora de que lo supieras, solo eso. Además, yo también necesito respuestas. Necesito saber por qué te fuiste así.

—Eso ya no importa. — responde derrotado. Y en lo más profundo de mi corazón estoy convencida de que no es cierto. De que sí importa y además mucho.

—¡Claro que importa, joder! ¡A mí me importa! Necesito saberlo, Hugo. Necesito entenderte.

Se separa de mí y camina en dirección a la entrada. No soy tonta y sé perfectamente que su intención es echarme y zanjar así el asunto sin más

miramientos. Pero no pienso irme sin que responda a mi pregunta. He venido a eso y me iré habiendo cumplido mi misión.

—¡Respóndeme, Hugo! ¡Por una maldita vez en la vida, sé valiente y cuéntamelo!

—¿¡Qué quieres oír Ariadna?! ¿Qué me fui porque tenía miedo? ¿Qué me acojoné? ¡¡Porque si es eso lo que quieres oír no pienso decirlo porque no es verdad!! ¡Me fui para protegerte, y por lo visto cometí el mayor error de mi vida haciéndolo!

Sus palabras me dejan petrificada y a punto de que el corazón se me salga por la boca. No entiendo del todo a que se refiere, pero intuyo que existe un motivo de peso para hacer lo que hizo. Avanzo hasta él y me paro tan cerca de su cuerpo que tengo que levantar un poco la vista para enfocar sus ojos. Desde mi sitio puedo oír su corazón latiendo a un ritmo desenfrenado y haciendo juego con el mío que amenaza con salirseme del pecho

—¿Qué quieres decir con que te fuiste para protegerme? ¿Protegerme de ellos?

—No importa una mierda ya, porque me equivoqué. Y ahora, por favor vete.

—No. Hugo necesito saberlo todo, por favor. Necesito que me lo cuentes.

—No voy a contarte nada y no quiero seguir hablando de esto. Así que, vete Ari.

Estoy a punto de replicar cuando su estallido de furia y rabia me llega de pleno haciendo que mi corazón duela aún más.

—¡¡Veteeee!! ¡¡Ya!!

Su mirada es turbia y desencajada y su forma de apretar los puños a los costados es señal suficiente como para que empiece a moverme en dirección a la puerta. No tengo miedo de él, sé jamás me haría daño, pero también sé que, en este estado, mi presencia le está provocando mucho más dolor del que ya siente. Porque si Hugo ha llegado al punto de gritarme como lo ha hecho es porque ha sobrepasado con creces el número de emociones confusas que es capaz de sentir. Y lo entiendo, pero también me duele irme de aquí sin saber realmente lo que había venido a averiguar. Yo me he abierto en canal y sin embargo me voy con la sensación de no haber descubierto nada.

Un «lo siento» silencioso y murmurado es lo único que Hugo me dedica antes de que el blanco de la puerta sustituya el verde sus ojos en mi campo de visión. Su cara desencajada desaparece y yo me voy de aquí preguntándome si

no lo habré empeorado todo con esta visita y si no hubiera sido mejor haber seguido felices en la inopia y no infelices en la verdad.

CAPÍTULO 33: ENTENDERLO TODO

Estoy que no estoy. Esa es la única manera que se me ocurre para definir cómo me he sentido estos últimos dos días. En un estado catártico y disperso en el que no consigo centrarme en nada. Como si mi cerebro se hubiese desentendido de sus funciones y hubiese pillado una baja por sobrecarga emocional. Aunque tiene su parte buena, porque al menos no estoy todo el día dándole vueltas a lo que pasó hace dos noches en casa de Hugo. Sin embargo, este estado de desconexión mental también me hace ir por la vida como si todo hubiese perdido importancia y nada fuese capaz de hacerme recuperar la luz. Estoy ida de una forma muy similar a como lo estuve hace años, pero obligándome a mí misma a seguir funcionando. A punto de caer en el coma emocional, pero manteniéndome firme para lograr que mi mente no sobrepase esa raya.

Es martes, pero como os digo para mí bien podría ser sábado y me habría levantado igual para ir al trabajo. Soy como una autómatas sin control, que ha decidido vivir por inercia. Y es que por más que lo intento no soy capaz de hacer que mi mente reaccione y haga algo productivo con todo lo que siento. Es como si, tras la madrugada del sábado, me hubiese rendido a la evidencia de que debo vivir sin saber los motivos que impulsaron a Hugo a largarse hace años.

Antes pensaba que no quería saberlos porque así evitaba tener que contar lo que pasó después. Pero ahora que me he abierto en canal y he soltado el lastre que suponía mi secreto, he empezado a cargar con uno más pesado como es la incertidumbre. Antes no quería y si hubiese preguntado seguramente lo habría sabido. Y ahora que quiero y lo he preguntado, no puedo saberlo. ¿Os dais cuenta de lo frustrante que es eso para mí? No me extraña que mi cerebro se haya desconectado de la vida. Estará hasta los cojones de no poder tener un puto mes normal.

Como si el día hubiese volado ante mis ojos en lo que dura un parpadeo, me encuentro a las siete de la tarde recogiendo mis cosas en el trabajo para irme ya. Me encantaría poder decir que me voy a casa a meterme en la cama y

sumergirme en algún libro hasta que me venza el sueño, porque eso es lo único que últimamente me hace sentir mejor, pero Manu ha insistido en cenar juntos y no he sido capaz ni siquiera de negarme. Estoy tan agotada mentalmente que ya no sirvo ni para llevarle la contraria a mi mejor amigo. Hasta ese punto he llegado. Así que terminé de meter mis cosas en el bolso y salgo por la puerta del edificio sin mirar, ni hablar con nadie.

Enfilo la calle y camino entre la gente tan abotargada que para mí es como si la vida hubiese bajado de marcha y transcurriese a cámara lenta ante mis ojos. En diez minutos estoy empujando la puerta del restaurante en el que he quedado mientras trato de encontrar la fuerza necesaria para ser capaz de, al menos, parecer un poco más yo. Sé que no sería capaz de engañar a Manu ni aunque se me fuese la vida en ello, pero al menos espero mantener las preguntas acerca de mi estado de ánimo, al mínimo.

Y es que las noticias vuelan y ya nadie en nuestro grupo es ajeno al motivo por el que me fui el sábado del Infinity a las cinco de la mañana y sin dar explicaciones. Bibi vino a verme el domingo y dada la cara que tenía, me fue imposible negarle que algo había pasado y que estaba relacionado con mis prisas por marcharme la noche anterior. Así que se lo conté todo, con pelos y señales. Lloré, grité, me enfadé y hasta despotiqué un poco contra Hugo. Y aun así cuando se fue, no fui capaz de sentirme mejor. Si algo me quedó claro ese día, es que lo que estoy sintiendo no es algo que se arregle dejándolo salir y desahogándome con alguien. Permitted que las compuertas se abran y que nada se quede dentro enquistándose con el tiempo. Eso solo funcionaría si el que me escuchase fuera la única persona que puede responder a los interrogantes que están ensombreciéndome la vida por momentos.

Ojalá fuese tan sencillo como volver a presentarme en su puerta exigiendo las respuestas que no fue capaz de darme el sábado. Y no puedo negar que ayer y hoy he estado muy tentada de hacerlo. Pero las cosas no funcionan así. Lo conozco lo suficiente como para saber que en este momento lo que necesita es tiempo. Tiempo para pensar y reflexionar sobre lo que pasó. Tiempo para asimilar la rabia y el dolor. Pero sobre todo tiempo para aprender a lidiar con la culpa que sé que en este momento lo está carcomiendo por dentro. Y he decidido dárselo, pero con la firme intención de exigir mis respuestas en cuanto se haya recuperado un poco. O cuando me harte de esta situación, lo que ocurra antes.

El caso es que sé que no he sido capaz de ocultar mi estado de ánimo en cuanto veo la mirada que Manu me dedica nada más llegar hasta su mesa.

Tristeza y compasión es todo lo que veo en ella. Y me recuerda tanto a la forma en que me miraba hace diez años que un nudo enorme se me atraviesa en la garganta impidiéndome tragar con normalidad.

—Hola — saludo tratando en vano de sonreír.

—Hola

Su voz es temblorosa y compungida y eso me hace plantearme que aquí pasa algo que se escapa a mí control. Está tenso, nervioso y triste y eso es algo que pocas veces he visto en Manu. Solo cuando las cosas se ponen realmente complicadas es capaz de dejar entrever sus sentimientos. Y que lo esté haciendo en este momento solo puede indicar que algo no va bien. Y no sé si estoy preparada para más complicaciones ahora mismo.

En silencio, me quito la chaqueta y cuelgo el bolso en la silla antes de sentarme enfrente de él. No dice nada, pero sus ojos, incapaces de mantenerse fijos en los míos, me dicen mucho más que cualquier palabra.

—¿Cómo estás? — pregunta con tacto segundos después.

—Bien — miento. Pero ante la mirada suspicaz de Manu no puedo más que suspirar derrotada y contestar con sinceridad. — Mal. Es como si hubiese vuelto a aquellos meses después de salir del hospital. Solo que esta vez me fuerzo a mí misma a seguir viviendo a pesar de que me encantaría encerrarme en casa todo el día y no salir.

—No puedes hacer eso. No otra vez, Ari. Pase lo que pase. Lo sabes ¿verdad?

Su mirada de súplica y sus manos entrelazadas con fuerza sobre la mesa me confunden hasta el punto de no ser capaz de articular palabra. Así que me limito a asentir y a quedarme en silencio esperando a que él diga algo. Le lleva un tiempo hacerlo y cuando es capaz de empezar, el tono de su voz no deja lugar a dudas. No me va a gustar en absoluto lo que tenga que decirme.

—Ari, yo...no te he traído aquí solo para cenar juntos y saber cómo estás. Que también. Pero yo... tengo algo que decirte — se retuerce las manos e inspira hondo — Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Manu, suéltalo de una vez. Me estás asustando. — digo mientras me tenso en mi sitio y contengo un poco la respiración.

Él resopla un par de veces y a punto estoy de agarrarlo de la pechera y zarandearlo hasta que cante la Traviata como el mismísimo Pavarotti, porque me está poniendo de los nervios.

—Verás, ayer quedé con Hugo. Por la mañana me envió un mensaje diciéndome que necesitaba verme urgentemente y que me pasara por su casa lo

antes posible. — para un segundo, coge aire y sigue hablando. — Cuando llegué allí y lo vi, supe que algo no iba bien. Estaba hundido y desencajado y a juzgar por sus ojeras parecía que no había dormido en días. Supe entonces que se lo habías contado así que intenté animarle. Hacerle ver que lo que te había pasado no era culpa suya y que solo había sido producto de las mentes enfermas de dos criminales. Pero estaba tan cerrado en banda que no fui capaz de llegar a él. Dijo cuatro cosas, me dio unas indicaciones y...

En este punto el deja de hablar y yo estoy a punto de saltar la mesa y sacarle el final de la frase a hostias. Porque estoy de los nervios y que hable a trompicones no está ayudando en absoluto.

—¿Y qué, Manu?! ¡Habla de una vez por el amor de Dios! ¿Qué ha pasado? — estallo.

—Se ha ido. Se ha ido otra vez, Ari. Lo siento, he intentado hacerle entrar en razón, pero...

Manu sigue hablando, pero a mí los latidos enfurecidos de mi corazón a penas me dejan oír lo que dice. La boca se me seca, los oídos me pitan y un torrente de lágrimas se agolpa tras mis pestañas pidiendo pista para salir. Tengo el cuerpo entumecido y el estómago me quema como si un volcán dormido hubiese erupcionado en su interior. Y, sin embargo, no soy capaz de reaccionar. Es como si lo sintiera todo, y al mismo tiempo no sintiera nada. Es dolor y estupefacción. Explosión de emociones e insensibilidad. Todo y nada a la vez.

Se ha ido. Después de todo, al final ha vuelto a hacerlo. Me ha abandonado de nuevo sin explicaciones y sin despedirse. Huyendo como hacen los cobardes cuando no son capaces de enfrentarse a lo que les pasa. Y aunque una parte pequeña de mí entiende porqué lo hace, otra mucho más grande le odia por no haber sido capaz de luchar contra su culpa para seguir aquí. Por haber escogido el camino más fácil entre dos caminos plagados de dificultades. Por haber huido, otra vez.

La mano de Manu envolviendo las mías con ternura, es lo único que logra que vuelva a centrar mi atención en él. No sé que ha dicho durante todo este rato en el que he estado sumida en mis pensamientos, pero por su mirada a él no parece importarle. La ternura que desprenden sus ojos solo consigue que todo sea más real y que una lágrima solitaria escape de mis ojos abriendo la veda a todas las que vienen detrás. Manu me suelta y en un movimiento rápido coloca su silla junto a la mía y me envuelve con sus brazos tratando de darme todo el apoyo que ese gesto es capaz de transmitir. Ojalá fuese suficiente para

que me sintiera mejor.

Nos quedamos así un rato, ni siquiera podría decir si han sido solo unos minutos o más de una hora. Pero cuando al fin consigo calmarme un poco, él me mira y sé que aún hay cosas que no ha sido capaz de decirme. Así que suspiro profundamente y trato de hacerle entender sin palabras que puede hablar. Qué existen pocas cosas que puedan causarme más dolor del que siento ahora. Él, al final, agacha la cabeza y coge aire para empezar a hablar.

—Hay algo más. Hugo no quería que fuera a su apartamento solo para despedirse de mí, sino para darme algo que yo debo darte a ti.

Me mira un segundo y rebusca en su chaqueta hasta sacar un sobre marrón del tamaño de un folio que lleva mi nombre escrito con la característica letra de Hugo. El corazón se me encoge y apenas puedo tragar mi propia saliva sin desgarrarme la garganta en el intento. Él me lo tiende y yo tardo un momento en cogerlo con manos temblorosas sin saber muy bien qué hacer con él. Lo único que se me ocurre es acariciar con mimo esas letras torcidas que, no sé por qué, siento que acaban de sellar mi destino.

—No sé qué hay dentro, pero creo que deberías abrirlo sola y cuando estés preparada. — dice volviendo a rodear mis hombros y apoyando su mejilla en mi cabeza. — Lo superaremos, Ari. Todos juntos, como siempre.

Sus palabras me hacen volver a derrumbarme mientras abrazo con fuerza el sobre contra mi pecho. Ojalá pudiese creer a pies juntillas sus palabras y convencerme a mí misma de que superaré esto. Pero no sé si soy tan fuerte como para enfrentarme dos veces con la misma piedra y lograr salir vencedora de ese duelo. No sé si estoy preparada para sentirme otra vez sola, perdida y abandonada. Con el dolor sordo en mi pecho haciéndome pensar que he retrocedido diez años y que estoy de nuevo en el mismo maldito punto del camino. Sé que soy fuerte, pero no estoy convencida de que lo sea tanto.

Al final no cenamos. Después de que Manu me entregara el sobre y yo me hundiera de nuevo, decidimos que era mejor irnos para que yo pudiera lamentar mis desdichas sola y en la intimidad de mi casa. Sin público y sin tener que coartar mis ganas de expresar lo que siento y como lo siento en cualquier momento. Así que aquí estoy, en el sofá de mi casa, con las luces apagadas y mirando a un punto indeterminado de la oscuridad que me rodea. Manu se ofreció a subir y a quedarse esta noche conmigo, pero yo le obligué a marcharse porque en este momento lo único que necesito es estar sola y llorar mi pena. Lo sé, parece que Hugo se haya muerto en vez de haberse marchado

de forma ruin y cobarde, pero así es como necesito afrontar las cosas en este momento.

Me quedo así minutos y horas que podrían haber sido días porque yo no me entero de nada. Y es que en este silencio absoluto que inunda mi casa en penumbra yo solo puedo escuchar el sonido de mis emociones despertándose lentamente a cada segundo que pasa. Poco a poco el letargo incómodo en el que me había sumido desde nuestra última charla va dando paso a una muchedumbre enfurecida de sentimientos internos que me embotan el cerebro y me aceleran el corazón. Siento dolor, rabia, miedo, culpa, incertidumbre... Millones de cosas a la vez que me hacen desear seguir en modo automático. Porque a veces es mejor ser frío y no sentir nada que sentirlo todo de golpe y no saber cómo convivir con ello.

Aún no he abierto el sobre. He llegado y lo he dejado sobre la mesita de centro como si temiera que se rompiera o desapareciera, pero también como si me aterrara que pudiera abrirse solo y vomitarme en la cara todo lo que contiene sin que estuviera preparada para ello. Al final, y cuando ya no soy capaz de aguantarme más, alargo la mano y lo alcanzo sosteniéndolo ante mis ojos. Estiro el brazo, enciendo la lámpara de pie y leo mi nombre un montón de veces tratando de imaginar el momento en el que Hugo lo escribió, seguramente sabiendo que sellaba así su decisión. Y mi porvenir.

Con manos temblorosas le doy la vuelta, y armándome del poco valor que me queda, lo abro. En su interior, solo unos cuantos folios escritos a ordenador y dos hojas dobladas que son las que primero me llaman la atención. Las saco y las desdoble con cuidado descubriendo de nuevo la torcida caligrafía de Hugo en ellas. Es una carta. Y mis ojos vagan por sus líneas incluso antes de que decida si estoy preparada para leerlas o no.

Querida Ari:

Lo siento. Sé que es posible que no te lo creas, pero necesito decírtelo igualmente. Lo siento muchísimo. Por todo. Por mil cosas para las que necesitaría un libro entero si quisiera enumerarlas. Por haberme ido antes y por hacerlo ahora. Por no estar y no haber estado. Por quererte y por no haber sabido hacerlo bien. Pero sobre todo siento muchísimo todo el sufrimiento que has tenido que soportar por mi culpa. El dolor al que has tenido que enfrentarte porque yo no supe hacer bien las cosas. Jamás podré perdonarme el saber que esas cicatrices están en tu espalda solo por el hecho de haberme enamorado de ti. Porque lo hice.

Tienes que creerme cuando te digo que, si algo es verdad en todo esto, es que te quiero y te quise como nunca pensé que pudiera querer a nadie. Y quizás por eso jamás me di cuenta de todo el daño que podía hacerte con ese amor.

Sé que ahora mismo estarás dolida y enfadada conmigo por haberme ido de nuevo. Sé que querías respuestas y que necesitabas que yo me quedara a luchar por esto. Sea lo que sea lo que teníamos ahora. Pero no puedo. Quedarme solo implicaría exponerte a miles de oportunidades más en las que pueda volver a dañarte. Miles de ocasiones en las que puedo cagarla de nuevo y herirte otra vez. Y sé que es egoísta, pero no puedo permitirme cargar con más culpa de la que ya sostengo en este momento. Y tampoco sería capaz de gestionar más dolor del que ya soporto ahora.

Por eso me voy. Porque me he dado cuenta de que quererte con locura no es suficiente si me arriesgo a hacerte daño. Porque te adoro, rubia, pero creo que no de la forma correcta. Así que prefiero alejarme y darte la oportunidad de superar todo esto y rehacer tu vida de una vez por todas y sin cargas. Y porque yo también necesito distancia para lamerme las heridas y aprender a convivir con lo que siento y sentiré el resto de mi vida. Con esta culpa que haré mía para siempre y que me acompañará vaya donde vaya y huya a donde huya.

No espero que lo entiendas y tampoco espero tu perdón, Ari. Ni lo espero, ni lo quiero, ni lo merezco. Pero sí me gustaría que me prometieras algo. Que vas a vivir. Que vas a vivirlo todo intensamente como solías hacerlo cuando nos conocimos. Con esa sonrisa tuya tan perenne e imborrable sonriéndole a las cosas buenas, pero también a las malas. Siendo feliz y no dejándote nada por hacer en este camino empedrado y cuesta arriba que es la vida. Cayéndote mil veces, pero levantándote mil y una con los dientes apretados y esas ganas locas de seguir luchando que siempre has tenido. Vive, rubia. Vive. Y no permitas que nada ni nadie te hunda de nuevo. Sé fuerte y lucha. Sé que puedes hacerlo.

También sé que te debo explicaciones y como no me perdonaría jamás que esa espinita se te quedara clavada por mi culpa, tengo que pedirte un último favor. ¿Recuerdas el diario viejo que te regalé por tu cumpleaños? Si aún lo tienes, léelo. Las respuestas a tus preguntas están ahí. Siempre lo han estado, aunque no te culpo por haber decidido no leerlo

antes. Pero quizás ahora es el momento de hacerlo. Y espero, que todo ese dolor que sientes ahora duela un poquito menos cuando lo hagas. Y que al fin puedas seguir adelante sin mirar tantas veces lo que ha quedado detrás. Y que seas feliz como yo jamás pude hacerte.

Te quiero infinito, rubia. Infinito + 1

Hugo

P.D: No pongas el grito en el cielo cuando veas el resto de papeles del sobre. Lo he hecho porque he querido y no para tratar de compensarte por algo que no tiene compensación. Solo quiero irme con la certeza de que los dos amores de mí vida estarán juntos. Al menos si así lo decides tú. Supongo que siempre podrías venderlo.

Lágrimas incontrolables recorren mi rostro en cuanto termino de leer la carta. Y son tan abundantes que es como si jamás hubiese derramado ninguna a la espera de este momento para hacerlo. Sollozo, hipo, gruño. Me dejo ir en el dolor desgarrador que siento ahora mismo con este trozo de papel en las manos.

Se ha ido. Pero esta vez lo he hecho despidiéndose y dándome las razones concretas de porqué lo ha hecho. Razones precipitadas y equivocadas, sí. Pero razones, al fin y al cabo. Y eso es algo que me permite descomprimir un poco la bola inservible en la que se ha convertido mi corazón. Ese que ahora late desbocado en mi pecho mientras releo uno a uno cada punto de su carta.

Lo siente. Y teme que no le crea cuando lo dice, pero no es así. Porque, incluso antes de leer sus palabras, yo ya era consciente de ello. De la culpa que cargaba y del dolor inmenso que se reflejaba en sus ojos aquella noche. Sé que lo siente y también sé que es algo que sentirá el resto de sus días. Él mismo lo dice. Ni busca, ni quiere, ni cree merecer mi perdón. Porque siente que debe vivir el resto de su vida cargando con esa culpa para no olvidar jamás el daño que cree haberme hecho. Y si estuviera ahora mismo aquí, podría escuchar como rebato su absurda teoría con solo tres palabras: fue un accidente. Y se lo repetiría hasta la saciedad. Hasta que no le quedaran más cojones que creérselo y aceptarlo como yo hice en su día.

Pero no está, porque otra vez ha decidido irse sin mí. Y aunque puedo entender sus motivos, también sé que gran parte de ellos tienen más que ver con él que conmigo. Con su dolor y con su incapacidad para seguir a mi lado después de saber lo que sabe. La culpa que soporta le impide verme sin que mis cicatrices y el dolor que sabe que soporté se cuelen en su mente. Así que

prefiere huir, y tratar de sobrellevarlo de la mejor manera lejos de mí. No le culpo, cada uno lidia con sus problemas como sabe o como puede, pero sí me duele. Me duele que se haya ido sin tratar de sobrellevarlo aquí y sin darme las respuestas que yo...

Detengo mi línea de pensamientos porque a mi cabeza acaba de volver un recuerdo que no tardo en comprobar que es real al releer la carta. «¿Recuerdas el diario viejo que te regalé por tu cumpleaños? Si aún lo tienes, léelo. Las respuestas a tus preguntas están ahí». El diario... Ese diario viejo y ajado del que solo fui capaz de leer la primera página y que luego olvidé en algún rincón perdido de mi mesita de noche. Del que no he vuelto a acordarme y en el que jamás pensé que estarían las respuestas que tanto necesito. Ahí, todo el tiempo, al alcance de mi mano para satisfacer mi deseo enquistado de saber porqué se fue.

Estoy a punto de salir corriendo hasta mi dormitorio para devorar ese maldito libro cuando el sobre ocre, aún sobre la mesa, llama mi atención. En su interior siguen estando esos folios mecanografiados que no tengo ni la más remota idea de lo que pueden contener. Así que los alcanzo y los saco con cuidado dejando que mis ojos vaguen sobre ellos, aunque apenas soy capaz de entender nada. En este momento solo distingo el sello de un notario y nuestros nombres. El de Hugo y el mío. Arrugo el ceño y trato de calmarme para poder leer algo más que me ayude a comprender que son. Al final, y tras releerlo un par de veces, su significado me llega de golpe como una bomba en plena cara. Y me quedo tan estupefacta, que lo único que puedo hacer es seguir mirando esas tres palabras que nos es posible que signifiquen lo que creo que significan: «traspaso de propiedad». Pero ahí están, escritas con claridad y acompañadas de un nombre «Infinity». O mi cerebro ha muerto del todo o yo acabo de convertirme en la propietaria de un local de copas en pleno centro de Barcelona.

Vuelvo a leer el documento y las lágrimas regresan a mis ojos cuando soy consciente de que realmente esto es de verdad. El documento oficial, las palabras que contiene y el sello legal de un notario así lo corroboraran. Hugo me ha traspasado su bar. Lo ha puesto a mi nombre. Así, sin más. No puedo creerme que lo haya hecho. Ese local es su vida, su pasión, su razón de ser. Lo sé porque yo he sido testigo en múltiples ocasiones, de lo mucho que lo mimaba y lo cuida siempre.

Mis ojos vagan de nuevo por todo el documento tratando de encontrar algo que me indique que esto no es de verdad, que es una broma y que no ha

sido capaz de regalarme su negocio. Llego de nuevo al final y reparo por primera vez en una pequeña frase escrita a lápiz al fondo del último folio.

Espero que esto compense, al menos, el dinero que me llevé hace diez años. Siento haber tardado tanto en devolvértelo.

Hugo.

Inconscientemente, alcanzo el bolso del sillón individual de mi derecha y rebusco compulsivamente en él hasta que encuentro mi móvil. Lo saco y recorro los contactos hasta dar con su nombre. Lo elijo y con el pulso acelerado me lo llevo a la oreja esperando a que de tono. Sin embargo, no me sorprende que no lo haga y que una voz automatizada me diga que el número no corresponde a ningún cliente. Lo sabía, cuando Hugo no quiere que lo localicen se esmera mucho en que nadie pueda hacerlo. Lo comprobé hace diez años y lo estoy volviendo a comprobar ahora.

Cuelgo el teléfono y lo dejo caer en el suelo antes de retreparme en el sofá y llorar desconsoladamente con las rodillas pegadas al pecho. Se ha ido. Y que haya renunciado a su local, es prueba suficiente para saber que no tiene intención alguna de volver aquí. De regresar. De venir a buscarme. Y esa certeza es suficiente para que mi corazón se rompa de nuevo igual que lo hizo hace años. Ahora sé sus motivos, pero eso no impide que el dolor sordo de mis tripas haya vuelto con la intención de quedarse durante meses. Lo sé. Lo he sentido antes. Me siento perdida, abandonada y sola. Más sola de lo que me he sentido jamás. Porque no puedo evitar sentir que se ha largado por mi culpa. Por habérselo contado todo. Por haberme abierto a él. Por haber exigido respuestas.

—Respuestas... — susurro en el silencio levantando la cabeza del escondrijo de mis rodillas.

Me levanto rauda y corro hasta mi habitación tratando de hacer un croquis mental de los sitios en los que podría haber acabado ese diario. La mesita, el armario, debajo de la cama. Cualquier lugar en el que no lo vea sería un buen sitio para buscar. Sin embargo, y como si los planetas se alinearan por primera vez ayudándome en mis propósitos, en cuanto abro el segundo cajón de la mesilla lo encuentro. Lo saco con manos temblorosas y lo observo un segundo, antes de subirme a la cama y apoyar la espalda sobre el cabecero dispuesta a leer. A leerlo todo. A saberlo todo. A entenderlo todo.

CAPÍTULO 34: ...EL RESTO DE MI VIDA

Abril de 2008

Hola Ari

Ni siquiera sé muy bien porque estoy haciendo esto, en la soledad de un cuartucho oscuro, en un hotel de mala muerte, en el interior de Cantabria. Pero aquí, solo y perdido en mis pensamientos, he sentido la necesidad de hablarte, aunque sea a través de las páginas de este diario. La necesidad imperiosa de decirte todo lo que mi huida cobarde y rastrera me ha impedido.

No tengo ni idea de por dónde empezar, aunque supongo que debería hacerlo pidiéndote perdón. Por todo. Pero especialmente por no haber cumplido la promesa más importante que te hice: estar siempre a tu lado.

Te juro, aunque no me creas, que esa siempre ha sido mi intención desde que te vi por primera vez en aquella piscina repleta de gente, hace ahora casi un año. ¿Lo recuerdas? No cabía ni un alfiler más allí y aun así mi mirada acabó encontrándose con la tuya entre aquella multitud. Tu pelo rubio, tu piel clara y esos impresionantes ojos azules del color de la playa más paradisíaca del maldito Caribe. Estabas de pie, con un pequeño bikini negro que hacía contraste con la palidez de tus piernas y mirando furibunda a aquellos chiquillos que no dejaban de comer con los ojos ni un segundo. No los culpo, yo tampoco fui capaz de dejar de hacerlo contigo desde el primer momento.

Les dije algo a ellos, no recuerdo el qué, y cuando tus ojos se clavaron en mí estudiándome con detenimiento tuve que controlar mis impulsos y no correr hasta ti y besarte allí mismo. Suena inverosímil, y quizá lo sea, pero te juro que lo mío contigo fue atracción a primera vista. Ni siquiera te conocía, pero sentía la agónica necesidad de hacerlo de principio a fin. Quería saberlo todo de ti, tus sueños, tus anhelos, tus

miedos...todo lo que tuviera que ver contigo. Pero no sabía cómo hacerlo sin parecer el típico ligón sobradillo que solo busca un poco de filtro en una piscina de barrio. Así que me fui. Porque no soportaba necesitar conocerte y no tener ni idea de cómo lograrlo.

Quien nos iba a decir que, esa misma noche, nuestros caminos volverían a encontrarse y acabarían uniéndose para siempre. Y sí, digo para siempre. Porque, aunque me haya ido y ahora nuestras vidas discurren por senderos muy distantes, tu siempre serás parte de mí, rubia. Porque ya no podría olvidarte, ni aunque se me fuese la vida en intentarlo. Y tampoco quiero. Tu recuerdo es lo único que me da fuerzas para levantarme cada mañana y seguir luchando. A pesar, de ser consciente de todo el daño que seguramente te he causado con mi marcha.

Pero tengo mis motivos, Ari. Sabes que yo jamás me iría sin ti, si no existiese una razón de peso para hacerlo. Y te lo explicaré todo, pero necesito ir a mi ritmo. Adaptarme despacio a mi nueva vida y a la soledad que esta trae consigo. Poner en orden mis ideas y luego contártelo todo. Y te prometo que lo haré. Que este libro albergará todas esas explicaciones que probablemente ahora mismo necesites para seguir adelante. Y que, en algún momento, me armaré de valor y te lo enviaré para que al fin las tengas y puedas perdonarme. O no. La decisión es tuya. Siempre lo es.

No sé si lo recuerdas, pero aquella noche, cuando aquel gilipollas intentó propasarse contigo y yo terminé acompañándote hasta la zona de marcha cuando te ibas, te dije algo. Algo que, en aquel momento estoy seguro de que no comprendiste en absoluto. Te dije que me hubiese gustado hacer mucho más esa noche y que ojalá la situación fuese distinta. Y no fueron palabras al azar Ari, aunque quizás tu ni siquiera reparaste en ellas. Pero es que en ese momento yo ya sabía que me había prendado de ti. Que algo tuyo se había quedado enganchado a mí como una lapa se engancha a la roca en la que crece. Algo que no alcanzaba a identificar pero que estaba seguro de que ya no podía quitarme de encima ni queriendo.

Y, aunque sabía todo eso, también sabía que no podía ser. O más bien, que no debía ser. Mi vida ya era bastante complicada en aquella época y me negaba a meterte a ti a tus dulces ojos en algo tan turbio como aquello. Y lo intenté. Te juro que las semanas siguientes, cuando quedábamos para ir al cine o a tomar algo, yo trataba de autoconvencerme

de que lo único que podíamos ser era amigos. Que, por mucho que me muriera por besar tus preciosos labios, eso era algo que no podía hacer sin acabar metiéndote de lleno en mi mundo. Un mundo que no quería para ti. Y sabía, sin necesidad de pensarlo mucho, que si, algún día me dejaba llevar y nuestros labios se encontraban, yo ya no podría dejarte ir nunca más. Y quedarme contigo en ese plano, era un riesgo que no estaba dispuesto a hacerte correr.

A la vista está que fracasé en mi objetivo de la manera más estrepitosa posible y acabé viendo materializarse mis temores ante mis ojos sin tener si quiera la posibilidad de reaccionar ante ellos. Y me gustaría poder decir que me arrepiento de algo, pero no puedo. Los meses que pasé contigo fueron los mejores de toda mi puta vida y me enseñaron que es posible querer a alguien más de lo que se quiere a uno mismo. Que existen personas por las que darías la vida sin pensar y por las que te marcharías rompiéndote a trozos por el mismo motivo. Y eso, rubia, es el amor. Y no sabes cuánto te agradezco que me dejaras descubrirlo a tú lado.

Te echo de menos, rubia.

Y te quiero Infinito.

Infinito + 1

Hugo.

Julio de 2008

¿Sabes qué día es hoy Ari? Bueno, es una pregunta estúpida porque no estás leyendo esto en tiempo real. Te lo diré yo. Hoy es 14 de Julio. Nuestro día, rubia. El día de nuestro primero aniversario. Aunque supongo que para ti ya no significa nada (sería una tontería que no fuera así), pero para mí aun es especial. Creo que seguirá siéndolo el resto de mi vida. Aunque ya no estemos juntos, aunque ya no vuelva a verte, este día siempre será un poco nuestro.

Sé que llevo meses sin escribir aquí y quizás te preguntes el porqué. O quizá o no, pero yo quiero explicártelo de todas formas. Hace tres meses, justo después de escribirte la primera vez, mi vida volvió a girar y yo no puede más que hacerlo con ella de nuevo. Y es que, en ocasiones, la fuerza con la que el destino nos empuja es tal, que no nos queda más remedio que dejarnos llevar. Rendirnos y confiar en que el muy cabrón sabe perfectamente donde debemos ir. Puede que no siempre acierte, pero ese es un riesgo que debemos correr ¿no?

El caso, es que así fue como acabé aquí, en Lekeitio. Un pequeño pueblo pesquero de la costa de Bizkaia del que tengo que confesar que me he quedado prendado desde el minuto uno. Con su ambiente tranquilo, su puerto, sus playas y una isla preciosa que puedes visitar a pie siempre que el propio mar te lo permita. Con sus prados verdes, sus calles empedradas y sus edificios de tejados naranjas. Todo en él es mágico, Ari. Lo más mágico que he visto en años. Y cada mañana, mientras paseo por mi playa favorita, no puedo evitar pensar en que ojalá estuvieras aquí. A mi lado. Yo he logrado encontrar un poco de paz en este lugar, y sé que tú también lo harías. Sé que te encantaría, rubia.

Rubia... Me rio yo solo porque siempre has odiado ese mote y a mí siempre me ha encantado. Pronunciarlo, aunque solo sea en mi cabeza, me ayuda a convencerme de que fue real. Que lo que vivimos hace años no fue solo producto de mi imaginación perturbada y necesitada de cariño.

Que existió. Que en algún punto del camino hubo un nosotros que lo abarcaba todo a nuestro alrededor. Lo que éramos y lo que queríamos ser. Pero también lo que no éramos y nos empeñábamos en ocultar al otro. Por lo menos yo. Yo quería ser la mitad de bueno para ti de lo que tú lo eras para mí. Y fracasé de la forma más estrepitosa posible.

Ojalá nunca hubiese sido tan estúpido de entrar en el mundo en el que entré. No sabes lo mucho que me arrepiento de no haber sido más listo y haberme quedado en el sendero correcto. Las cosas hubiesen sido tan diferentes si te hubiera conocido sin esa carga, Ari. Tan diferentes. Y me duele tanto pensar en ello que es como si algo dentro de mí tratase de arrancarme el corazón a bocados. Como si mis demonios estuviesen intentando abrirse camino en mi interior hasta arrasarlo todo a su paso. Y me hundo un poco más con cada centímetro de mí alma que ellos conquistan.

El problema es que no puedo hacer nada para detenerlos y tampoco sé si tengo las fuerzas necesarias ni siquiera para intentarlo. Es lo que me merezco ¿no? Vivir cada maldito segundo de mi vida sabiendo que yo solo me he cavado el agujero en el que ahora mismo estoy viviendo. Que me he ganado a pulso cada palmo de la oscuridad que me rodea y que es imposible iluminar si tú no estás a mi lado para hacerlo.

En algún momento del camino, pensé que quizá podría salir de aquí. Que juntos seríamos capaces de empezar de nuevo y dejar mi pasado en el lugar que le corresponde. Lejos de mí, de ti, de nosotros. Donde no pudiera hacernos daño. Sin embargo, no tardé demasiado en darme cuenta de que las cosas no iban a ser tan sencillas. Y antes de poder ni siquiera procesarlo ya me había marchado dejándote a ti atrás.

Pero era necesario, Ari. Tenía que irme si quería mantenerte a salvo, a pesar de que hacerlo, también te provocara dolor. Era la mejor opción de entre un extenso abanico de malas opciones. Así que lo hice. Me alejé de ti para darte una oportunidad de vivir. Y mentiría si te digo que a ratos no pienso que ha sido la decisión más estúpida que he tomado en toda mi vida.

Pero lo hecho, hecho está. Y ahora solo me queda contártelo todo y dejar que seas tú misma quien juzgue si hice lo correcto o me equivoqué en el espectro más amplio de la jodida palabra. Te prometo que será pronto, solo necesito que tengas un poco más de paciencia.

Feliz aniversario, Ari.

Te quiero infinito.

Infinito + 1

Hugo.

Octubre de 2008

He hecho una locura. Creo que la locura más cuerda de toda mi vida. Pero es que, después de todo este tiempo, necesitaba algo que me asegurara que siempre llevaría una pequeña parte de ti, conmigo. Y ahora lo tengo. Te tengo a ti y a nuestro símbolo para siempre en mi piel.

Sí, rubia, lo he hecho. Después de todas nuestras conversaciones sobre si nos atreveríamos o no a hacerlo, yo me he atrevido. Me he tatuado nuestra historia para siempre en mi piel. Y aunque no lo he meditado mucho, creo que ha sido la decisión más acertada que he tomado en mucho tiempo. No estás aquí, pero ahora siento que te tengo un poquito más cerca. Junto a mi corazón que, aunque no lo creas, sigue latiendo por ti. Se ha acostumbrado a que seas su motor de vida y ya nos es posible cambiar eso. Me tuviste desde el minuto uno y seguirás teniéndome mucho después de que se me agote el tiempo. Es la certeza más grande y eterna que puedo tener.

El caso es que, mientras entraba en aquel pequeño estudio de tatuajes y respiraba hondo ante lo que estaba a punto de hacer, solo podía pensar en ti. En que ojalá estuvieras aquí, sosteniendo mi mano y sonriéndome de esa forma tan perfecta en la que sonríes cuando te pones nerviosa. Yo te apretaría la mano más fuerte y te diría sin palabras que no debías preocuparte. Que estábamos juntos en esto y que siempre lo estaríamos en todo. Como dijimos, tu irías primero. Sería tu primera vez y tendrías un miedo atroz a echarte atrás si veías como me lo hacían a mi

antes.

Lo querías en el brazo derecho, recuerdo. En la parte externa. En un lugar visible para los demás, pero lejos del alcance de tus ojos. Tu no necesitabas verlo, comentaste, solo saber que estaba ahí. Igual que cuando nos pasábamos días sin tocarnos, pero el perfume de nuestras caricias seguía impregnando nuestra piel, aunque no estuviéramos cerca. Como cuando sientes la presencia de alguien que no puedes ver pero que sabes, sin necesidad de hacerlo, que está a tu lado.

Eso me ha pasado a mí. Que a pesar de no tenerte a mí lado tu presencia era tan grande que podía sentirte mientras la pequeña aguja perforaba mi piel. Mirándome, sonriéndome... Ya no hay marcha atrás, rubia y aunque sé que nunca la hubo para mí, ahora es mucho más real. Los trazos del infinito que nos prometimos hace tiempo y del número uno pendiente de él, son prueba más que suficiente de que, aunque estés lejos, una parte de ti siempre estará conmigo. Una esencial e imprescindible sin la que ya no me sería posible seguir viviendo. Porque te me has grabado a fuego en la piel, Ari. Y ahora también a tinta.

Te quiero Infinito.

Infinito +1

Hugo.

1 de enero de 2009

¡Feliz 2009, Ari! Espero que estés disfrutando de esta noche con la gente a la que más quieres. Tus padres, tu hermano, tus amigas... Toda esa gente que sé que han estado a tú lado en todos estos meses desde que yo me fui. Gente que seguramente, en este momento sienta un odio visceral y comprensible hacia mi persona. No los culpo. Yo también odiaría a cualquiera que osara hacerte daño. Por eso me odio tanto a mí mismo, cada día. Cada hora, cada minuto.

Son las doce y treinta y un minutos de la noche y, aunque no sé si será el mejor momento para hacer esto, yo siento que es el momento justo para ello. A lo mejor no tiene sentido, pero tengo la abrumadora necesidad de empezar este año siendo sincero, soltando lastre y con la cuenta un poco menos abarrotada de lo que ahora lo está. Por eso me he sentado aquí, delante de este diario para, de una vez por todas, darte explicaciones. Ya he mareado tanto la perdiz, que incluso yo siento el estómago revuelto y las ganas de vomitar. Y no lo entiendo, porque empecé a escribir esto precisamente por esa razón. Pero el cuerpo y la mente humana son un misterio que no tengo intención de descifrar en este momento. En fin, vamos allá.

Irremediablemente esta historia tiene que empezar en el maldito momento en que salí del hospital. Tu acababas de darme una gran cantidad de dinero y yo me disponía a buscar a la gente que me pasaba la droga para llegar a un acuerdo con ellos y saldar mi deuda. Por suerte o por desgracia, ellos me encontraron antes. Así que les dije cuánto dinero tenía y les propuse recuperar el resto trabajando para ellos hasta lograr lo que me faltaba. Al principio les pareció bien. Cogieron la pasta y me pasaron más mercancía para seguir con mi tarea de repartirla entre mis contactos.

Fue al cabo de dos semanas cuando todo cambió. La tarde antes de que me fuera, fui a la tienda de regalos. La semana anterior había encargado una preciosa pulsera de cuero con el símbolo de infinito y un número uno colgado, que pensaba entregarte tras tus exámenes finales. Estabas soportando mucho y necesitaba expresarte de algún modo que te agradecía muchísimo el esfuerzo que estabas haciendo. Pero en cuanto salí de la tienda ellos me estaban esperando. Cuando los vi allí, apoyados en la pared del edificio de enfrente, lo supe. Algo no iba bien. Y eso no era bueno para mí. Lo que no sabía es que tampoco lo era para ti.

Cruzaron la calle nada más verme y con un gesto de la cabeza me indicaron que subiera a su coche. Lo hice. Discutir con ellos en medio de una calle abarrotada de gente no era una buena idea. En cuanto estuve dentro, el coche arrancó y el jefe del grupo empezó a hablar. No me gustó lo que oí y menos aún las opciones que me dieron para solucionarlo.

Tras mi paso por el hospital, la poli había empezado a husmear en mis asuntos y ya no querían tenerme cerca. Así que me dieron dos opciones: desaparecer por las buenas o desaparecer por las malas. Eligiera lo que

eligiera tenía que estar fuera de la ciudad la noche siguiente. Ya no querían el dinero, solo que me esfumara.

Mi primera reacción fue pensar en ti, en cómo te tomarías el cambio tan repentino que estaban a punto de dar nuestras vidas. En si sería capaz de pedirte, después de todo, que abandonararas tu vida para seguirme a mí. Me respondí yo solo. Era un egoísta y no podía seguir mi camino sin ti. Te lo pediría y te convencería de hacerlo. Tenía el resto de mi vida para compensarte por pasar tal trago de la noche a la mañana.

Sin embargo, no era tan fácil. Ellos sabían que tenía pareja. Habían estado vigilando el hospital y nos habían visto salir juntos de allí cuando me dieron el alta. La condición de que me fuera por las buenas, solo era posible si me iba solo. Según ellos, llevarte conmigo implicaba que tuviera que contarte los motivos de ello tarde o temprano y no estaban dispuestos a que más gente supiera de sus negocios. Como ves, ignoraban que tú ya lo sabías todo y yo no pensaba sacarles de su error y ponerte en la palestra.

Les juré que no te diría nada jamás y les rogué que me dejaran llevarte conmigo. Que yo no podía irme dejándote a ti atrás. Que eras mi vida. En resumen, me mostré débil y eso es algo que lamento profundamente. Estaba claro desde el principio que las suyas no eran unas condiciones con las que se pudiera negociar. Sin embargo, yo lo intenté. Me desnudé ante ellos porque estaba aterrado ante la sola idea de tener que marcharme sin ti. De dejarte aquí mientras yo me iba lejos a vivir una vida que no iba a serlo ni la mitad si tú no estabas a mi lado.

Mis súplicas solo sirvieron para que su frialdad se volviese furia y acabasen profiriendo la amenaza a la que yo más temía en el mundo. Una amenaza contra ti. O me iba solo o tú sufrirías las consecuencias. Fuésemos a dónde fuésemos ellos estarían allí para hacerte pagar mi desobediencia. Y los creí porque los conocía demasiado bien para no hacerlo. Y tuve que claudicar.

Así que salí de aquel coche prometiéndoles que me iría esa misma noche solo y sin ni siquiera haberme despedido de ti, siempre y cuando, prometieran dejarte en paz y mantenerte al margen de todo esto. Y que, si me enteraba de que te habían hecho algo, tiraría de la manta y dismantelaría toda su puta organización de mierda, aunque en el proceso yo también acabase entre rejas. Creo que se dieron cuenta de que iba en serio, porque accedieron sin más.

Llegué a casa, recogí mis cosas y me largué. Sin despedirme de ti, de mis amigos o siquiera de mi madre. Me monté en el coche y conduje todo lo lejos que pude sin tener que parar a descansar. Sin pensar en nada y sin permitirme volver la vista atrás ni un segundo.

Durante ese tiempo, me convencí a mí mismo que estaba haciendo lo correcto. Tenía que abandonar lo que más había querido en mi vida para poder mantenerlo a salvo. Porque te quería tanto...te quiero tanto, que me hubiese sido imposible vivir sabiendo que algo te pasaba por mi culpa.

El dolor desgarrador que sentí nada más meterme bajo la ducha del primer motel cochambroso que encontré, fue la peor sensación que he tenido que experimentar en toda mi puta vida. Lo había tenido todo y lo había perdido en una tarde, de la manera más dolorosa y ruin posible. Del cielo al infierno en menos de doce horas. Así de jodida había sido la caída. Y en el fondo, sé que dolía incluso más porque, a kilómetros de distancia, podía sentir tu propio dolor.

Tu angustia inicial cuando no apareciese, tu miedo, tu incertidumbre... Y después el golpe de gracia en forma de mensaje cobarde a mi mejor amigo. Tu sensación de pérdida, de abandono, de traición. Tu corazón rompiéndose en mil pedazos al darte cuenta de lo que pasaba. Y ojalá esto solo sean teorías mías y tú nunca me hubieras querido lo suficiente como para pasar por todo ello. Porque te juro que en este momento prefiero eso, a saber, que has sufrido lo mismo que yo.

No sé si lo hice bien o lo hice mal, solo que, tener la certeza de que estuvieras a salvo era mucho más importante que quedarme contigo. Te lo debía y tenía que hacerlo. Aunque eso nos matará un poco a los dos. Solo necesito que entiendas que jamás te dejaría si no me hubiese visto obligado a hacerlo. Y que, aunque me duela, lo haría de nuevo si con eso consigo que tus ojos sigan dando luz a este mundo oscuro. Si consigo que tu sonrisa siga aportando vida a esta puta realidad. Si consigo que vivas, aunque sea lejos de mí.

Te quiero infinito, Ariadna.

Infinito + 1, el resto de mi vida

Hugo.

CAPÍTULO 35: CUMPLIR PROMESAS

Ha amanecido. Los primeros rayos de sol se cuelan entre las cortinas blancas de mi habitación inundándolo todo. El edificio aún está en silencio, pero la ciudad ya empieza a bullir tras el doble cristal de las ventanas. Lenta pero incesante. Ajena a todas las emociones contenidas que en este momento albergan las cuatro paredes de mi cuarto. Fiel a su rutina y sin importarle lo más mínimo el corazón roto que en este momento late desbocado en mi pecho.

No sé cuánto tiempo hace que he terminado de leer el diario, ni tampoco cuanto llevo abrazándolo contra mi pecho mientras miro a un punto fijo en la pared de enfrente. Lo único que sé es que la sensación de dolor y pérdida que siento en este momento me quema las entrañas y me impide pensar con claridad. Tengo el cuerpo entumecido, los ojos hinchados y en mi cabeza solo caben retazos inconexos de todo lo que acabo de leer. Frases que se repiten una y otra vez en mi mente, formando una película caótica y desordenada que me es imposible parar.

Tengo las respuestas. Después de tanto tiempo y tanta incertidumbre, al fin, los interrogantes se han disipado. Y aunque me gustaría decir que con ellos también se han ido el dolor y la agonía que viven en mi estómago, lo cierto, es que siento que lo único que han hecho es alimentarlos y hacerlos más fuertes. Hasta el punto de que no puedo ni reaccionar. Ni siquiera estoy segura de que sea capaz de moverme de decidir hacerlo. Es como si el tiempo se hubiese detenido en mi burbuja particular, ralentizando mi cerebro y desbocando mi corazón. Las lágrimas, hace rato que se han secado en mi rostro y algo en mi cuerpo ha decidido que es mejor permanecer en shock que arriesgarse a enfrentarme a él. Y la sensación me es tan familiar, que siento un miedo atroz a volver de nuevo a un pozo del que no sé si sería capaz de volver a escapar.

Pero es que está claro que las emociones y los sentimientos me han sobrepasado hasta el punto de haberse hecho con el control absoluto de mi cuerpo y de sus reacciones. No sé cómo lidiar con esto. No sé cómo afrontarlo o encararlo sin perderme un poquito más por el camino. Quería respuestas y las tengo. Pero como en su día me dijo Lara, saber la verdad solo podía venir acompañado de un único sentimiento: decepción.

Si se había ido sin motivos, me sentiría decepcionada con él; pero si los había tenido lo estaría conmigo misma por haberme pasado años odiándolo sin razón. Y fuese cual fuese el destinatario de ese sentimiento, lo que estaba claro es que era yo la que iba a padecer el dolor asociado que trae consigo. Y en este momento me cuesta mucho encontrar un dolor más sordo, agudo, devastador y destructivo que el de la decepción hacia uno mismo. Que el de saber que me he pasado años culpando de mi desdicha a alguien que lo único que hizo fue protegerme, aunque en el proceso se dejase atrás una parte importante de sí mismo. Un dolor denso y tremendamente difícil de quitarse de encima. Igual que el olor a pescado cuando lleva días en la nevera y empieza a ponerse malo. Solo, cuando pasa el tiempo, él mismo acaba desapareciendo enmascarándose con el del resto de alimentos que viven allí.

Solo que, algo muy dentro de mí, entre la catarsis en la que estoy sumida, me grita que no es tiempo de esperar. Que no es momento de ser paciente, ni de pasarse los días agonizando sentimentalmente esperando a que esta situación de batalla interna se solucione por sí sola. Que, a veces, el tiempo no es cura, sino verdugo. Y que dejar que pase mientras nos quedamos quietos puede ser nuestra sentencia. ¡Y que hay que luchar, cojones! Que en eso consiste la vida. En pasarnos los días remando contra corriente hasta que somos capaces de llegar a la orilla. En caerse mil veces, pero levantarse mil una y aprender a caminar con las rodillas ensangrentadas. En tomar las riendas de la vida y no soltarlas jamás, aunque esta se desboque y amenace con mandarnos al suelo a cada paso del camino. Porque sin esfuerzo no hay recompensa y sin sacrificio no hay gratificación.

Como si el resorte de la consciencia hubiese saltado en mi mente, mis piernas se ponen en movimiento y mis pasos descalzos empiezan a resonar en el suelo de madera de mi cuarto. Con el corazón en la boca y el estómago del revés, revuelvo sin descanso la estancia buscando mi móvil como la tabla de salvación que en este momento me parece que es. Minutos después y cuando consigo que la sangre me llegue de nuevo al cerebro con normalidad, me doy cuenta de que no está aquí. Así que salgo corriendo hacia el salón derrapando sobre la alfombra y dando con él en mi primer vistazo al sofá. Lo alcanzo rauda y, con manos temblorosas, busco el número en la agenda y lo pulso sin dejar de resollar. Al quinto tono la voz somnolienta de Manu me responde al otro lado.

—¿Ari? Son las seis de la mañana, ¿qué ha...?

—¿Dónde está? — pregunto con voz temblorosa sin dejarle siquiera terminar la frase.

—¿Dónde está qué? Ari, es muy temprano y...

—¿¡Qué dónde cojones está, Manu!? ¡Dímelo, joder! ¡Sé que lo sabes!

Estoy fuera de mí y los gritos que estoy pegando al teléfono son buena prueba de ello. Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos y las piernas me fallan hasta que acabo sentada en el suelo con la espalda pegada al sofá.

—¿Qué sé el qué? Ari ¿qué pasa? — la voz preocupada de Manu se mezcla a través de la línea con los sollozos descontrolados que brotan de mi garganta.

—No sé dónde está, Manu y necesito encontrarle...Necesito que sepa que...que lo sé todo y que lo entiendo. Qué sé por qué lo hizo y que él no tiene la culpa de nada. Qué...qué le quiero. Qué siempre lo he hecho.

Me rompo tanto y tan fuerte tras pronunciar la última frase que temo morirme de pena y de llanto en medio del salón de mi pequeño apartamento. Con cada sollozo desgarrado que brota de mi garganta es como si el corazón estuviese a punto de salirse por la boca hasta caer sin vida a mis pies. Le quiero. Le quiero tanto que duele. Y no sé cómo encontrarle para que él también lo sepa. Y me mata.

—Ari, escúchame. Tienes que tranquilizarte, ¿vale? — ojalá eso fuese posible. — Sólo necesito que me digas dónde estás e iré enseguida ¿de acuerdo?

—No — sorbo por la nariz y trato de tranquilizarme. Quiero mucho a Manu pero ahora mismo lo que menos necesito a mi lado, es alguien dándome palmaditas en la espalda mientras me dice que todo saldrá bien, por muy bienintencionadas que sean sus intenciones. — Yo solo...solo necesito saber donde está, Manu.

—Cielo, lo sé. Lo entiendo, pero yo no puedo ayudarte. Te prometo que si supiera a donde ha ido te lo diría, porque creo que os necesitáis el uno al otro tanto como respirar, pero te juro que no lo sé. — suspira un poco y sé que de verdad no sabe nada. Y el mundo se me hace un poco más cuesta arriba tras esa certeza — Cuando nos despedimos el otro día en su casa, intenté sonsacárselo, pero lo único que me dijo es que debía desconectar y encontrar de nuevo la paz igual que hizo hace años.

¿La paz? ¿Un poco de paz? La frase se forma en mi cabeza tan rápido que por primera vez pienso que quizás mi cerebro me quiera más de lo que realmente pensaba. *«Yo he logrado encontrar un poco de paz en este lugar, y*

sé que tú también lo harías. Sé que te encantaría, rubia»

Como si la luz hubiese vuelto a mi vida en forma de destello dorado, me levanto rauda del suelo y corto la conversación con Manu con un escueto «sé dónde está» y «te llamaré» antes de correr a mi cuarto a buscar el diario. Lo encuentro tirado en el suelo. Abierto y en la misma página que hace dos segundos ha vuelto a mi mente. Mis ojos vuelan sobre ella y se detienen justo sobre lo que buscaba. Sobre ese nombre. «Lekeitio». Y entonces lo sé. Sé que hacer y cómo.

Sin perder ni un segundo me cambio de ropa, me calzo las Converse y salgo por la puerta de casa sin ni siquiera mirar atrás. Ya no. Se acabó el miedo, la angustia y la pasividad. Llevo años viviendo sin riesgos y esperando a que el tiempo pase, solo por el miedo atroz a sufrir de nuevo. Con la vista puesta en el pasado y la coraza erguida a mi alrededor por ese temor absurdo que tenemos los humanos a sentir dolor. El dolor es una putada, sí. Pero es la putada más necesaria que existe. El dolor te hace reaccionar, te hace aprender, te hace vivir. Lo que te paraliza no es el dolor, es el miedo a sentir dolor. A no saber gestionarlo o afrontarlo. A no ser capaz de aprender de él.

Pero si eres inteligente y tienes valor, al final, de los sentimientos duros es de los que más se aprende. Como un niño pequeño que debe descubrir a base de caídas, que no puede correr con los cordones desatados. Puedes avisarlo un millón de veces, que seguirá haciéndolo hasta que se deje las rodillas en el suelo tantas veces como para aprender del dolor. Así es como se madura, como se crece... cayéndose y aprendiendo de la caída.

Por eso, en este momento estoy tan decidida a hacer lo que voy a hacer. Sin miedo al dolor que pueda causarme o a las consecuencias que puede traerme. Mi corazón ha hablado y no pienso volver a dejar que mi cabeza lo silencie ni una sola vez más. Si me equivoco lo habré hecho con la certeza de haberme dejado guiar por lo que siento y no por el miedo a sentir. No sé si esto saldrá bien o si será la madre de todas las caídas de mi vida. Pero si de algo estoy segura es de que, sí me hundo, lo haré a lo grande y recibiendo al mar con los brazos abiertos. Y si eso pasa, aprenderé a nadar y emergeré a la superficie con la seguridad de haber vivido. O al menos de haberme dejado la piel en intentarlo.

Diez minutos después estoy montada en el coche conduciendo en dirección a la AP-7. Son las siete menos cuarto del miércoles y el tráfico de la ciudad empieza a intensificarse a cada minuto que pasa. Yo, tensa y asustada,

me aferro con fuerza al volante tratando de calmar mis nervios y pensando en las seis horas que el navegador me dice que me quedan por delante. Y, aunque estoy convencida de lo que voy a hacer, una parte de mí también sabe que es una locura. No por el hecho de ir a buscarle. Si no por hacerlo sin tener la más remota idea de si se encuentra en el lugar al que me dirijo. Algo me dice que sí, pero no es más que un sentimiento de intuición aleatoria que tiene las mismas posibilidades de acertar que de equivocarse. Y en el caso de que acierte, tampoco sé muy bien cómo lograré encontrarle en un pueblo desconocido de siete mil habitantes.

Y, aun así, no me detengo. Si no que aprieto con más fuerza el volante y me digo a mí misma que seré capaz de hacerlo. Que él estará allí y que el destino, que en algún momento tendrá que ponerse de mi parte, me guiará hasta que dé con él y consiga hacerle entrar en razón. Porque lo hará. Me escuchará y me entenderá. Y entonces se dará cuenta de que él no es culpable de nada más que de protegerme de todo. Incluso de sí mismo. Y en ese momento tendrá que entender que no sé equivocó yéndose hace diez años, si no ocultándome el porqué. Que lo entiendo, lo respeto y lo agradezco. Pero que no pienso permitirle que se vaya de nuevo. No, ahora. No, por esto. Que juntos aprenderemos a lidiar con su culpa y con mis miedos. Y que cumpliremos nuestra promesa. Ser uno. Estar juntos. Siempre.

CAPÍTULO 36: TÚ Y YO.

HUGO

Siempre me ha encantado esta playa. Hace dos años, cuando vivía aquí, solía dar largos paseos por la orilla observando el vaivén de las olas y tratando de encontrar un solo minuto en que mi cabeza dejase de pensar en ella. Sobra decir que no lo solo no lo conseguía, sino que aquí, en este remanso de paz, ella era justo en lo único que podía pensar. En qué estaría haciendo, en qué estaría pensando, si me echaría de menos, si sería feliz. La visión del mar rompiendo en la arena me recordaba demasiado a sus ojos como para que lograra apartarla de mi mente en este lugar. Bueno, en este lugar o en cualquier otro. Porque no fui capaz de alejarla de mi cabeza ni un solo instante del tiempo que permanecemos separados. Sin embargo, sí sentí que en este pequeño pueblo había logrado encontrar un poco de paz en mi caótica vida.

Y es que, en Lekeitio, todo fue siempre muy sencillo. Llegué aquí por casualidad. Conducía sin rumbo, recorriendo la costa cantábrica y con la firme intención de llegar hasta Barcelona. No tenía ningún plan concreto para llevar a cabo allí, pero sentía la necesidad imperiosa de alejarme todo lo posible de casa para así no correr el riesgo de caer en la tentación de regresar. Sin embargo, este humilde pueblo pesquero se cruzó en mi camino y su ambiente me atrapó hasta tal punto que, cuando quise darme cuenta, llevaba más de seis años viviendo aquí. Y os aseguro que, de no haber sido por este lugar, su ambiente y sus gentes, jamás hubiese sido capaz de recomponerme lo suficiente como para continuar viviendo con un mínimo de cordura. Quizá ni siquiera hubiese vivido en absoluto y me hubiese dedicado a, simplemente, ver la vida pasar.

Pero tuve la suerte de llegar aquí. De encontrar un trabajo de camarero muy bien pagado y una casita, pequeña, pero preciosa justo enfrente del mar. De enamorarme de sus playas, de sus calles y de su gente. De aprender un oficio decente que más tarde convertiría en mi modo de vida. Y todo ello me hizo resurgir. Me hizo darme cuenta de que, aunque siempre me sentiría incompleto, eso no era impedimento para seguir luchando.

Al final, años después, todo volvió a cambiar y decidí emprender de nuevo mi rumbo a Barcelona. En ese momento no sabía bien qué era lo que me impulsaba a hacerlo. Me dije que eran mi culo inquieto y mis ganas de conocer el mundo los que tiraban de mí, pero a día de hoy, reconozco que quizá fuesen el propio destino y la propia vida los que trataban de llevarme de nuevo hasta ella. O la casualidad, no lo sé. El caso es que acabé allí y gracias a mis escasos ahorros y las ganas del antiguo dueño de deshacerse de ellos, logré hacerme con los que ahora son mis locales. O eran, ya que en este momento el Infinity es de Ari y el otro lo mal vendí a las carreras a un niño pijo de las Ramblas. Dos años viviendo en la misma ciudad sin saber que, en algún punto del bullicio barcelonés, mi rubia rehacía su vida ajena a mi presencia.

No puedo explicar con palabras lo que sentí aquella noche en el Infinity, cuando sus ojos del color del mar volvieron a cruzarse con los míos. Fue como volver a casa después de muchos años viviendo en el exilio. Como si las piezas resquebrajadas de mi corazón volviesen a unirse con solo una de sus miradas. Me sentí completo, por primera vez en muchos años. Y es una sensación tan mágica que, aunque quisiera, tampoco podría explicársela con palabras. Fue luz cegadora en aquel estrecho y oscuro pasillo.

Lo que vino después ya lo sabéis. Los dos pasamos por muchas fases después de nuestro reencuentro. Ella estaba reticente y yo demasiado desesperado. Y es posible que llegase a agobiarla en exceso durante mi proceso de acercarme de nuevo. Pero es que no era del todo yo, era mi agónica necesidad por tenerla a mi lado, fuese de la forma que fuese. La necesitaba. A todos los niveles a los que se puede necesitar a una persona. No sé si es sano. Pero es que a veces los sentimientos no lo son. Y el que sea capaz de controlar ese tipo de emociones, que dé un paso al frente y haga el favor de explicarnos a los demás cómo hacerlo. Porque sinceramente a mí me parece imposible. Por lo menos en lo que a ella respecta.

El caso es que, tras todos nuestros vaivenes, nuestras idas y venidas, al final, solo conseguí regresar a la casilla de salida. Esa en la que las cosas se tuercen y yo tengo que salir por patas alejándome de nuevo de la única persona en el mundo que puede hacerme rozar las estrellas, aunque es evidente que la situación no es la misma. La primera vez me fui para protegerla y pensando solo en ella. Ahora lo he hecho, por mucho que me joda admitirlo, única y exclusivamente pensando en mí. En el sentimiento de culpa y dolor que me brota de la entrañas y amenaza con devorarlas cada vez que me permito pensar en lo que pasó. O más bien en lo que le pasó a ella. En lo que le

sucedió por mi culpa. Y no creo que pueda deshacerme de esta sensación de angustia que me oprime el estómago, jamás. La imagen de su espalda marcada a dolor me perseguirá mientras viva, porque sé que está así por mi culpa. Por mi mala cabeza, mi escasa responsabilidad y mi marcha.

No puedo evitar pensar que, de no haberme ido o de habérmela llevado, eso nunca le hubiese pasado. Estoy seguro de que hubiésemos corrido mucho más peligro de ese modo, pero también lo estoy de que yo jamás hubiese permitido que eso le pasara. La hubiese protegido con mi propia vida de ser necesario. Por eso he tenido que irme esta vez. Porque no sé cómo lidiar con lo que siento y no soporto mirarla a la cara tras todo eso. Mirar a sus ojos y ver su perdón, me duele mucho más que si hubiese decidido no volver a hablarme durante el resto de su vida. Es inverosímil, pero es la verdad. El dolor de saber lo que le pasó solo es comparable con el que sentí cuando me dijo que no me hacía responsable de ello. Porque no me lo merezco y nunca podré merecerlo. Aunque eso me provoque un dolor insoportable en el pecho con cada latido que emite mi corazón.

Me levanto de la arena húmeda y me sacudo los pantalones con ambas manos antes de emprender el camino de vuelta. Son las dos de la tarde y, a juzgar por el sonido de mis tripas, diría que mi estómago necesita algo de comer. No es de extrañar, llevo dos días sin apenas probar bocado. Así que, atravieso la playa y me encamino hacia las escaleras que conducen al paseo marítimo. El cielo está encapotado y, aunque aún hace buena temperatura, la playa está prácticamente desierta. Solo un par jóvenes compartiendo risas y dos familias disfrutando con los niños, han sucumbido a la tentación de bajar, a pesar de las nubes negras que cubren el cielo.

Por un segundo, me quedo embobado observando a uno de los niños que corretea por la arena persiguiendo una pelota. Es rubio y tiene los ojos azules, y eso, inevitablemente, me lleva de nuevo a ella. A lo mucho que me hubiese gustado tener juntos nuestra propia familia. Nuestros propios hijos. Alguna vez he dejado que mi mente divague tanto sobre ese tema que hasta me los he imaginado. Allí, en las profundidades de mi ser, siempre los he visto rubios, de piel clara, y con los mismos ojos de su madre. Ese azul inescrutable en el que podría perderme de la misma forma que lo hago en los de Ari.

Cuando otra oleada de dolor vuelve golpeándome de pleno el estómago, aparto la vista del crío y sigo mi camino hacia el paseo. Camino despacio por él, de nuevo en mí mundo, pensando en lo duro que será todo a partir de ahora,

otra vez. Aprender de nuevo a vivir sin ella y sin su sonrisa. Sin su voz y sin sus ojos. Sin toda ella. Aprender a lidiar con mis remordimientos y mi pena en el más absoluto vacío y en la más absoluta soledad. Aprender a ser yo de nuevo, cuando ya ni siquiera sepa si quiero serlo.

ARI

Entro en Lekeitio cuando casi son las dos de la tarde. Y es que, aunque el camino hacia aquí solo debía llevarme algo más de seis horas, en mitad del trayecto una idea irrefrenable se cruzó en mi mente y tuve que llevarla a cabo antes de llegar. Tenía que hacerlo. Algo dentro de mí me decía que era una pieza clave para demostrarle, cuando le encuentre, que de verdad quiero estar con él. Que de creerle culpable de algo jamás hubiese venido a buscarle habiendo hecho antes algo así. Y si me conoce, aunque solo sea un poco, sabrá que es verdad.

Conduzco despacio por las calles del pueblo, sin tener la más remota idea de a dónde me dirijo. Pero, por primera vez en años, dejo que mi intuición y mi corazón me guíen, confiando en que sepan a donde tienen que llevarme. Quizá ni siquiera esté en el lugar correcto, pero no pienso rendirme hasta que lo averigüe. No me importa si he de recorrerme cada maldito metro de cada maldito pueblo del país. No importa si tengo que coger mil aviones y visitar mil países para dar con él. No me importa nada, porque lo único que me importa es encontrarle. Y lo haré. Hoy o dentro de tres años, pero lo haré. Porque sé que en algún momento la vida me llevará de nuevo hasta él, como hace casi un año lo llevo a él hasta mí. Me niego a pensar que este es el final definitivo para nosotros. Me niego.

Giro a la izquierda en la siguiente calle y me encuentro de pleno con el mar. Así que, sin pensarlo demasiado, decido girar de nuevo e incorporarme a la carretera que discurre justo al lado del paseo marítimo. Un paseo sencillo y precioso que hace de marco perfecto para la playa pequeña que discurre a sus pies. Hugo tenía razón, este sitio es mágico y me encanta. Se respira paz en él.

Sin saber muy bien porqué, mis ojos se pasean por todo el recorrido y acaban desembocando, en la distancia, en algo que llama mi atención. Una persona vestida de negro camina con aire desgarrado casi al final del paseo. Y aunque soy medio miope y a lo lejos no veo una mierda, reconocería esa silueta en cualquier lugar. Mi corazón bombea en mi pecho y siento que estoy a punto de desmayarme sobre el volante de la impresión. La impresión de haber estado en lo cierto sobre su paradero y la impresión de haberlo encontrado

casi a la primera. Así que, dejándome llevar por la anticipación, acelero a fondo y lo alcanzo antes de que tenga tiempo a escabullirse de mi vista en cualquiera de mis parpadeos. Freno en seco, pongo el freno de mano y me bajo del coche sin ni siquiera apagar el contacto. En este momento ni pienso ni quiero pensar. Solo quiero que me mire y volver a perderme en el inmenso bosque que son sus ojos.

Corro por la acera tras él y su nombre sale de mis labios en un grito desesperado y ahogado que corta el aire.

—¡Hugo! — la figura se para en seco y, como si todo discurriese a cámara lenta, se da la vuelta y me mira. Su rostro estupefacto demuestra que jamás se esperaría verme aquí.

—¿Ari? — pregunta como si no pudiera creerse realmente lo que ven sus ojos. — ¿Eres tú?

Asiento lentamente y acorto la distancia entre nosotros sin dejar de clavar mi mirada en la suya. Las manos me tiemblan y a mis pulmones les cuesta horrores respirar con normalidad. Pero esta vez no es miedo lo que siento, sino deseo. Un deseo incontrolable de lanzarme a sus brazos y besarle hasta que su aliento sea el mío y nuestras lenguas se confundan en nuestras bocas. Aferrarme fuerte a su cintura y no soltarle hasta que ambos cuerpos se conviertan en uno y ya no podamos separarnos jamás. Pero sé que no puedo hacerlo, aún no.

—¿Qué...qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—El diario.

—¿Lo has leído? — asiento — ¿Todo?

—Todo.

—¿Pero cómo has sabido que...?

—¿Qué estarías aquí? — termino la pregunta mientras ahora el que asiente es él — En tu diario hablabas sobre este lugar. Sobre la paz que conseguiste encontrar aquí hace años. Manu me contó que, cuando te despediste el lunes, le dijiste que debías intentar encontrarla de nuevo. Así que imaginé que podías estar aquí. No lo sabía seguro, pero tenía que arriesgarme.

Sus ojos me miran fijamente y puedo ver como la nuez de su garganta se balancea arriba y abajo cuando trata de tragar saliva, nervioso. Y sé, solo con ese gesto, que está perdido. Que esta situación le ha pillado tan desprevenido que no tiene ni idea de cómo reaccionar ante ella. Por eso decido tomar las riendas y empezar a hablar yo. De todas formas, para eso he venido hasta aquí.

—Hugo, sé cómo te sientes. La culpabilidad que te comprime el estómago y el dolor que te desgarran las entrañas. Y también sé porque necesitabas irte de nuevo después de todo. ¿Y sabes por qué lo sé? — él niega en silencio y yo sigo hablando — Porque te conozco. Te conozco casi tanto como me conozco a mí misma. O incluso más. Por eso entiendo cómo te sientes. Pero no tienes por qué sentirte así. Tu no tuviste la...

—Si has venido a decirme que yo no tuve la culpa de nada pierdes el tiempo — me corta. Y puedo ver reflejado en sus ojos todo el dolor que habita en él. — La tuve. Y nada lo que digas me hará cambiar de opinión porque no se puede cambiar la verdad.

—La verdad tiene muchas caras, Hugo. No existe la verdad absoluta, porque esta vive en los ojos del que mira. — suavizo el tono y me acerco un poco más a él — En mi verdad, tu no tuviste la culpa. Creo que, incluso antes de saber tus motivos para irte, cuando te odiaba y te detestaba por ello y por lo que pasó, en el fondo, sabía que no había sido culpa tuya. Pero reconozco que me pasé años aferrándome a la liberación que suponía tener a alguien a quien cargar con la responsabilidad. Pero ya no.

Hugo se tensa y en ese momento soy consciente de lo que pasa. Él necesita esa culpa. Necesita pasar un tiempo con ella para mitigar el dolor que le produce el hecho de que alguien me haya hecho daño y él no estuviera para protegerme. Se siente culpable y necesita sentirse así durante una temporada para ser capaz de gestionar sus otros sentimientos. Porque con la culpa no hay que lidiar, simplemente la sientes y no hay manera de tratar con ella. Con los demás sí, y él no está preparado para enfrentarse a ellos ahora. Así que cambio de estrategia, si eso es lo que necesita puedo dárselo. Sé que, si esto sale bien, juntos podremos trabajar en todo eso más tarde. Así que vuelvo a hablar.

—De acuerdo, escúchame. ¿Necesitas sentirte culpable? Está bien, siéntete culpable todo cuanto quieras. Pero a mi lado. — él abre los ojos sorprendido ante mi abrupta confesión y yo ni siquiera le doy la opción de que abra la boca. Ahora no. Es mi momento — Hemos pasado por mucho, Hugo. Miedos, dolor, incertidumbre, rencor, odio...hemos vivido un montón de cosas malas desde que nos conocemos. Y casi siempre lo hemos hecho por separado. ¿No crees que ha llegado el momento de empezar a luchar juntos? ¿De qué se acaben las huidas, los secretos y las mierdas varias que siempre nos han acompañado desde los dieciocho años? Yo te quiero, y te quiero a mi lado. Luchando juntos contra tu culpa, mis miedos y nuestro dolor. Lidiando con

todo ello, pero juntos.

Elimino la pequeña separación que existe entre nosotros hasta que nuestros torsos se tocan y mis manos se aferran a sus brazos. Su cuerpo está tenso y su mirada no es capaz de expresar nada que me permita saber que está pensado. Así que cojo aire y continúo.

—Desde que nos conocemos es la segunda vez que la vida nos junta casi por casualidad, Hugo. Y eso tiene que significar algo. Y ahora qué sé tus motivos para irte, sé por qué lo hizo la primera vez. Porque tu sacrificio por mí debía ser recompensado con otra oportunidad. Aunque no supimos aprovecharla muy bien ¿no? — le sonrío un poco y casi puedo ver como él hace lo mismo, aunque se contenga — Pero ahora quiero hacerlo. Quiero aprovechar cada segundo a tu lado como si fuese el último de mi vida. Quiero que vivamos juntos todo eso que siempre soñamos pero que nunca pudimos. Te quiero a ti, y si tú aún me quieres a mí, sé que podemos hacerlo. Sé que podemos ser ese nosotros que siempre quisimos ser.

Él se pasa las manos por el pelo nervioso y suelta el aire con fuerza antes de hablar. Y su desesperación es tal que empiezo a sentir miedo de que no lo consiga.

—Pero... Yo no puedo mirarte sabiendo lo que te pasó, Ari. Sintiendo la culpa que siento cada vez que te veo. Me destroza el alma cada vez que pienso que, una parte de ti, también me considera culpable, porque es la verdad.

—La culpa se irá, Hugo porque lo que no existe al final acaba por desvanecerse. Sé que ahora no lo entiendes, pero también sé que acabarás por hacerlo. Sé que algún día lo veras como lo veo yo, y entonces los demonios, el dolor y la culpa se irán. Porque yo no te hago responsable de nada. Lo que pasó, pasó y solo tienes que intentar afrontarlo y superarlo como yo lo hice. Sé que podrás hacerlo. Solo tienes que intentarlo. A mi lado. Si quieres.

Dejo la pelota en su tejado y me quedo en silencio mirando el verde de sus ojos. Él no dice nada y, cuando llevamos así un par de minutos, realmente empiezo a pensar que quizá no sea capaz de hacerlo. Que no pueda lidiar con lo que siente y que ni siquiera nos dé la oportunidad de intentarlo. Que su dolor le impida hacerlo. Y es entonces cuando siento un miedo atroz corriéndome por las venas de que, al final, el resultado sea el mismo de siempre. Que nuestro destino sea no estar juntos y que, como siempre dicen en los libros, al final, quererse no sea suficiente. No al menos cuando las dos partes arrastran tanto a sus espaldas como arrastramos nosotros.

Estoy a punto de tirar la toalla cuando lo recuerdo. Mi baza final. Mi as

en la manga, y nunca mejor dicho.

—Hoy he hecho una locura — empiezo citando sus propias palabras escritas en el diario — Creo que la locura más cuerda de toda mi vida. Pero es que, después de todo este tiempo, necesitaba algo que me asegurara que siempre llevaría una pequeña parte de ti, conmigo. Y ahora lo tengo. Te tengo a ti y a nuestro símbolo para siempre en mi piel.

Termino remangándome el jersey del brazo derecho hasta el codo dejando al descubierto los trazos finos y aún rojos de un tatuaje. Está cubierto por un papel transparente, pero a través de él se puede ver a la perfección el símbolo que dibuja. Los ojos de Hugo se abren de par en par incapaces de creer lo que están viendo. La cara se le desencaja y, aunque tiene la boca entreabierta, no es capaz de articular ni una sola palabra. Yo lo miro fijamente y espero paciente a que se decida a decir algo. Al final lo hace en un susurro apenas audible que denota claramente el estado de estupefacción en el que se encuentra.

—¿Cuándo...?

—Antes de venir. Necesitaba sentir que, pasase lo que pasase, al menos siempre tendríamos esto en común. Y quería hacerte ver que realmente estoy aquí por ti, que te quiero conmigo y que no te culpo de absolutamente nada de lo que pasó. Sabes lo importante que era esto para mí, y sabes que nunca lo habría hecho de no tener el convencimiento pleno de ello. De lo que siento y de lo que quiero. Ahora solo tienes que decidir qué quieres tú, Hugo.

Los segundos son mucho más largos cuando tienes que quedarte quieta y en silencio mirando a la persona que quieres y esperando a que esta decida si te quiere o no de la misma manera que tú a él. Es como si todo fuese más despacio y más agónico en ese momento. Las manos te sudan, las piernas te tiemblan, el corazón te bombea fuerte y estás a punto de llorar. Todo a la vez y en unos segundos. Si implosionase en este momento, de puro colapso emocional, me parecería lo más lógico. Sin embargo, no es necesario llegar a tanto cuando unas manos grandes y frías me enmarcan la cara acariciando con mimo mis pómulos con los pulgares.

—Te quiero a ti. Siempre y a todas horas. Igual que llevo haciéndolo desde que tengo veinte años. Desde aquel verano del 2007 donde todo esto comenzó sin fecha de caducidad. Da igual dónde haya estado todo este tiempo, Ari, porque tú siempre has estado conmigo. En mi mente, en mi alma, en mi corazón, haciéndolo latir desbocado cada vez que tus ojos, tu sonrisa o tus labios se me aparecían en sueños. Siempre has sido tú y siempre serás tú.

Hasta el final. Y no sé en qué momento podré superar esta culpa y volver a ser realmente yo, pero te prometo que quiero averiguarlo a tu lado. Quedarme contigo y que me ayudes a espantar a mis demonios con tu mirada de luz y tu sonrisa de vida.

Sin poder contenerme más, dos lágrimas resbalan por mis mejillas mientras yo me lanzo a sus brazos enterrando mi cara en su cuello y abrazándolo con fuerza como si temiese que fuera a desvanecerse. Él imita mi gesto y me estrecha contra su pecho apoyando su cabeza en la mía y soltando con fuerza todo el aire que estaba reteniendo. Y se relaja. Noto como lo hace alrededor de mí. Como si de repente hubiese encontrado su hogar. Al menos eso es lo que yo siento ahora mismo. Qué acabo de encontrar el mío.

Un tiempo después, no sé cuánto en realidad. Se separa lentamente y volviendo a posar sus manos en mis mejillas se inclina sobre mí hasta que nuestras bocas se unen. Es un beso tierno pero ansioso, como si fuese la primera vez que nos besamos y necesitáramos conocer el uno la boca del otro. Como si, el hecho de no hacerlo así, lo volviese todo menos real. Poseyéndonos, queriéndonos. Ninguno de los dos quiere parar, pero al final lo hacemos quedándonos con las frentes juntas y nuestras narices rozándose. Sonriéndonos el uno al otro y diciéndonos más con nuestras miradas que con cualquier palabra que lograra salir de nuestras bocas.

—Deberíamos irnos — dice, al fin, cerrando los ojos mientras sus manos recorren mi torso en dirección a mi cintura. — Tu coche está mal aparcado.

—No quiero irme — protesto — No quiero separarme de ti. Temo que, si lo hago, volverás a escapárteme entre los dedos.

—Ari... Mírame.

Lo hago. Mis ojos vuelven a encontrar los suyos y, de pronto, me asalta un miedo atroz a que realmente sí vuelva a irse. A que un día algo vaya mal y él acabe en la otra maldita punta del país huyendo de mí. Y, sinceramente, me asusta pensar que no estoy preparada para lidiar con ese sentimiento de nuevo.

—No voy a volver a irme. — Afirma muy serio. — No sin ti.

Sonríe y yo sonrío con él a pesar de las lágrimas que bañan mis mejillas.

—Estoy harto de pasarme la vida dando bandazos por el mundo buscando una felicidad y una calma que solo tus ojos sobre los míos me pueden proporcionar. Y ya sé que, ahora mismo, no puedes confiar del todo en mí. Pero te prometo, que dedicaré el resto de mis días a demostrártelo. Somos tú y yo, rubia. Siempre lo hemos sido.

CAPÍTULO 37: INFINITO MÁS UNO

Me abalanzo sobre él y lo estrecho con fuerza mientras hundo mi cara en su firme pecho. Ese pecho que siempre ha sido cobijo de mis miedos y de mis anhelos y al que he echado mucho más de menos de lo que me habría imaginado. Porque aquí, en este momento y en este lugar, es como si todo, al fin, encajara. Como si cada una de las minúsculas piezas de nuestro intrincado puzle hubieran encontrado definitivamente, el lugar que les corresponde. Como si nosotros, hubiésemos logrado encontrar el lugar que nos corresponde. Y no tengo ninguna duda de que mi sitio está a su lado de la misma forma que el suyo está conmigo. Yo no soy sin él, y él no es sin mí. Y esa certeza me abrumba de la misma forma en la que me hace feliz.

Cuando al fin consigue que mi cuerpo se separe del suyo sin entrar en pánico, nos dirigimos al coche y nos montamos en él. Yo en el lado del copiloto y Hugo al volante. No sé a dónde nos dirigimos pero está claro que él conoce el pueblo y yo no, así que prefiero que conduzca él. En cuanto arranca el coche, no puedo evitar alargar la mano y cubrir la suya sobre la palanca de cambios. Un gesto que he deseado hacer desde hace meses, cuando nos fuimos de viaje a Galicia y me pasé cuatro horas a su lado mirando como conducía. Su tacto, como siempre, es frío. Pero un frío que a mí me enciende el alma, porque es señal inequívoca de que al fin es él. Nuestros dedos se unen y es como si nosotros mismos también estuviésemos firmando esta unión. Su pulgar acaricia con mimo mi piel y no podemos evitar mirarnos y sonreír como dos auténticos bobos que acaban de enamorarse por primera vez.

Tras cinco minutos deambulando por las preciosas calles de la ciudad, nos detenemos justo enfrente de una pequeña casita de dos plantas que supongo que es dónde se está alojando. Aparca, apaga el motor y se gira para mirarme con una ternura que nos desborda a ambos.

—Aquí es. — dice.

—Tú refugio. — respondo.

—Mi refugio eres tú, Ari. Este solo es el lugar al que huyo cuando no soy capaz de afrontar lo que siento. — su mano acaricia mi mejilla y sus palabras hacen lo propio con mi corazón — Pero eso se ha acabado, ¿de

acuerdo? Si te parece bien podríamos pasar un par de días aquí y luego regresar a casa... juntos.

—Me encantaría. — él sonríe y, tras depositar un casto beso en mis labios que me sabe a poco, se baja del coche y yo le sigo.

Cuando entramos en la casa apenas soy capaz de observar nada a mí alrededor. Lo único que puedo ver es lo tremendamente impersonal que parece todo y lo poco de Hugo que hay aquí. Como si no quisiera que nada en este lugar se pareciera a él. Como si en realidad sí que fuera solo eso, un mero refugio al que huir cuando todo en su vida se tuerce. No hay fotos, cuadros o cualquier tipo de decoración que haga imaginar que aquí vive alguien. Si bien es cierto, que Hugo lleva aquí solo una semana, así que quizá ni siquiera ha tenido tiempo de desempaquetar sus cosas.

Avanzamos por las estancias y acabamos desembocando en un pequeño dormitorio angosto y con muy poca luz que solo goza de una cama al fondo y una escueta cómoda en un rincón. Como el resto de la casa, también es impersonal y sencillo. Recorro la pequeña estancia con calma y, cuando me doy la vuelta, Hugo se encuentra a mi espalda recorriendo mi cuerpo con extrema avidez.

Ambos sabemos porque hemos acabado aquí pero ninguno de los dos dice nada. Es evidente que entre nosotros empiezan a sobrnarnos las palabras y a faltarnos las caricias. Sin embargo, nos contentamos con observamos mutuamente como si tratásemos de retener en nuestra memoria cada maldito ápice de la anatomía del otro. Pero para mí es insuficiente. Hace años que deseo estar así con él (el polvo de borrachera de hace meses no cuenta) y la brutal anticipación que crece en mi pecho amenaza con robarme la escasa cordura que me queda. Así que, con paso firme aunque lento, poco a poco, me voy acercando hasta que mis manos se posan en su pecho y las suyas alcanzan mi cintura. Nos miramos de nuevo a los ojos y puedo ver en los suyos que no soy la única a punto de hiperventilar ante lo que está por venir.

Mis dedos, ávidos de él y de todo lo que pueda ofrecerme, descienden lentamente de su pecho a su abdomen hasta alcanzar el bajo de su camiseta que acaba desapareciendo en cuestión de segundos. Observo su piel. Su abdomen marcado, sus oblicuos en forma de V, el escaso vello que le salpica el pecho y el tatuaje. Ese tatuaje tan suyo como mío, que pone el broche perfecto a su espectacular torso. Ahí, sobre su corazón. Marcando el ritmo de una vida que me muero por empezar a vivir.

HUGO

Mientras sus ojos siguen recorriéndome la piel y quemándome como si de cera caliente se tratase, yo no puedo evitar pensar en lo nervioso que estoy. En lo frenético y completamente desquiciado que me pone saber qué está a punto de pasar. Tras todo este tiempo, tener a Ari así, mirándome como lo hacía antaño y devorándome como siempre he querido que lo hiciera, solo tenía cabida en alguno de mis mejores sueños. De esos vívidos y completamente reales que, cuando te despiertas, acaban dejándote incluso más roto de lo que estabas antes de dormir. Por que deseas que sea real. Deseas que toda esa maldita escena no sea, únicamente, parte de la creatividad de tu subconsciente, basada en tus anhelos. Deseas vivir allí en un continuo e infinito Día de la marmota.

Por eso, ver sus ojos brillar ante mí mientras sus suaves dedos recorren de nuevo el contorno de nuestro tatuaje sobre mi piel, me vuelve loco. Tan loco que lo único que quiero hacer es arrancarle la ropa y hacerla mía hasta que no me quede ni un puto soplo de aire en el cuerpo. Hacerla gritar mi nombre, gritar yo el suyo y prometerle que jamás volveré a alejarme de ella. Antes me corto los huevos, que pasar un solo día más de mi vida sin estar a su lado.

Su mar vuelve a inundar mi bosque dos segundos antes de que mi boca encuentre la suya y mis manos la alcen en volandas. La pego a mí todo lo que puedo y camino hasta sentarme con cuidado en la cama con Ari todavía en mi regazo y sus piernas alrededor de mi cintura. Nos besamos. Nos besamos mucho más tiempo del que podría calcular pero mucho menos de lo que en realidad me gustaría. Al final, cuando nuestras bocas se separan, mis manos buscan la tela de su camiseta y empiezan a ascender al tiempo que la arrastran consigo. El balcón de sus pechos aparece ante mis ojos y yo creo que es la imagen más jodidamente sugerente que he visto en mi vida. Los recorro con los dedos mientras mis ojos se enfocan en los suyos esta vez más inseguros que hace unos minutos. Como si pudiera tener alguna duda de que es la chica más perfecta del mundo y de que yo me siento el hombre más afortunado de la tierra por tenerla así para mí.

Vuelvo a atrapar su boca una vez más, mientras me aventuro hasta su espalda donde busco el broche del sujetador. Aparto su pelo a un lado y cuando vuelvo a buscar la abertura, Ari se separa de mí haciendo que un pánico abrupto y salvaje se apodere de mis entrañas.

—Ari ¿qué pasa? — me fijo en sus ojos y puedo ver lo intenso que es

ahora su brillo de inseguridad.

Ella no contesta. Su única respuesta es clavar la vista en sus manos apoyadas en mi pecho y callar. Y no soporto que haga eso. Que cuando algo no va bien siempre trate de esconder su mirada a la mía, matándome un poquito en el proceso porque ya no sé vivir sin su mar. Sin embargo, no puedo reprochárselo. Mi manera de afrontar los problemas es huir de ella sin tener si quiera los cojones de luchar contra lo que me pasa. Como podría echarle en cara que me desgarrar por dentro que trate de esconderse así de mí.

—Rubia, mírame — alzo su barbilla con un dedo y la obligo a mirarme — ¿Qué pasa?

—Nada, es solo que...

Titubea un poco y vuelve a callarse. Creo que está tan nerviosa que ahora mismo le es imposible hilar una simple frase. Agacha de nuevo la cabeza y esta vez la hunde en mi pecho abrazándome como si su propia vida se le fuera en ello.

—Eh, escúchame, Ari. No tenemos que hacer nada si no quieres. Tenemos toda la vida por delante para estar juntos, cariño.

—No. Yo...yo quiero hacerlo, pero...mi espalda...yo... — en este punto es evidente que no hace falta que diga nada más.

Su espalda. Esas horribles marcas de su espalda le están provocando el mismo miedo a ella que a mí, ahora que recuerdo su existencia. Aunque, conociéndola, creo que por motivos diferentes. A ella le aterra que yo las vea. A mí me aterra recordar que están ahí por mi causa. Y aunque la culpa acaba de volver golpeándome, igual que las olas sobre un acantilado, sé que, en este momento, el fuerte debo ser yo. Debo mantener la calma por ambos y hacerle entender, por todos los medios, que sigue siendo la mujer más especial que ha parido madre. Que nada va a cambiar eso para mí y que, aunque me llevará su tiempo, acabaré amando esas marcas del mismo modo incondicional que la amo a ella. Sin reservas.

Me dejo caer sobre la cama y giro a Ari sobre sí misma hasta que termina dándome la espalda. Acaricio sus hombros, los beso, los mimo. Y, con mucho cuidado, voy apartando poco a poco su pelo hasta depositarlo de nuevo suavemente sobre uno de sus hombros. Paseo mi mano a través de la tira de su sujetador y con un certero movimiento lo desabrocho hasta hacerlo caer al suelo. Ari no deja de temblar y mis ansias por hacerlo con ella crecen a pasos agigantados en medio de mi corazón. Pero no puedo hacerlo, en este momento debo sostener todo el peso de su dolor como no tuve la oportunidad de hacerlo

hace años. Y aunque por dentro la culpa me esté rasgando las tripas, esta vez, no dejaré que ella caiga.

ARI

Sigo conteniendo el aliento cuando, con cuidado, Hugo alarga la mano, y empieza a recorrer suavemente todos y cada uno de los surcos de mi espalda. Los recorre con miedo, pero con la firme intención de convertirlos, aunque solo sea un poquito, en algo que no duela tanto recordar. Los marca y los sigue, como si la yema de su dedo fuese una pequeña varita mágica capaz de eliminar de mi piel todo lo que esas cicatrices significan. Y sé que le duele. Lo siento en cada uno de sus músculos contraídos a mi espalda. En cada suspiro ahogado que no se permite dejar salir. En cada caricia. Y aun así, sigue su recorrido hasta el fin de mi espalda y empieza de nuevo una y otra vez, hasta que sustituye sus dedos por sus labios. Hasta que emprende una cruzada salvaje y brutal que pretende sanar mis lastres con sus besos. Mis miedos con sus caricias. Mi dolor con su amor.

Sollozo un poco en silencio mientras él continúa, antes de que sus manos se anclen a mi cintura y consigan darme la vuelta. En cuanto lo hace, su boca se apodera de la mía y la ternura y el dolor van dejando paso a una pasión desmedida que siento que está a punto de volvernos locos.

La poca ropa que nos queda vuela, mi corazón enloquece y antes de que pueda darme cuenta Hugo está sobre mí dirigiendo su enorme erección hacia el centro de mi deseo. Con cautela y mucho más lento de lo que a mis hormonas revolucionadas les parecería bien, va empujando entre mis piernas hasta que consigue que me abra para él. Y me supone tan poco esfuerzo hacerlo, que tengo la sensación de que mi propio cuerpo consigue reconocer al suyo facilitándole la tarea. Arqueo la espalda y cuando al fin está dentro del todo, mis pensamientos se desconectan y solo soy capaz de sentir. Sentirlo a él. A sus caderas rozando las mías. A sus labios es mis pechos. A sus dedos en mi piel. Solo a él. Todo él. Y mentiría si no dijera, que es la mayor sensación de plenitud que he logrado experimentar en toda mi jodida vida. Me siento viva y radiante. Me siento guapa y perfecta. Me siento plena, al fin.

Ambos alcanzamos el orgasmo a la vez mientras su nombre se escapa de mis labios y un gemido de puro placer muere en los suyos. Su cuerpo se desploma con cuidado sobre el mío y su respiración agitada me acaricia el cuello. Nos quedamos así un tiempo. Un tiempo que, cada vez, me cuesta más identificar, porque en este momento es como si se hubiese parado. Como si los

relojes del mundo hubiesen dejado de marcar los minutos y las horas porque nosotros ya no los necesitamos. Nuestro amor siempre ha estado por encima incluso del maldito Cronos.

Al final, Hugo sale de mí despacio hasta dejarse caer en la cama mirándome a mí. Su mano me acaricia la mejilla y sus labios buscan los míos antes de que las palabras salgan de mi boca sin que pueda ni quiera evitarlo.

—Te quiero infinito, Hugo — digo.

Sonríe con ternura instantes antes de sentenciar (me).

—Y yo infinito más uno, rubia.

Porque, al final, el amor, sí que podía ser infinito.

EPÍLOGO

Cinco meses después...

—¡Ari vamos a llegar tarde!

—¡Ya voy! — grito desde la habitación mientras corro de un lado a otro metiendo todo lo que necesito en el bolso. Tarea complicada, dado el estado de caos que reina en el cuarto. Cajas y cajas de cartón cubren el suelo haciendo de la estancia, para la gente patosa como yo, una yincana digna de humor amarillo.

Cuando creo tenerlo todo me acerco al espejo y repaso, por última vez, mi aspecto. Mi vestido ceñido negro de escote en uve, mi pelo rubio cayéndome en ondas sobre los hombros, mis ojos ahumados en un sutil gris y mis labios color burdeos. Y aunque en realidad nada en mi aspecto físico ha cambiado en los últimos meses, lo cierto es que todo en mí es diferente ahora. Especialmente el brillo de felicidad que reflejan mis ojos cada vez que su imagen se proyecta en el espejo. Es como si por fuera todo fuese igual, pero por dentro todo fuese maravillosamente nuevo.

Me gustaría poder decir que, tras mi viaje a tierras vascas y después de nuestra apasionada reconciliación en aquella casita impersonal y angosta de Lekeitio, Hugo y yo regresamos a casa con todo completamente solucionado. Que volvimos juntos, amándonos y con las cosas totalmente aclaradas entre los dos. Pero no puedo hacerlo. Cuando alguien arrastra un bagaje tan denso y extenso como el que nosotros arrastramos, es imposible que logre superarlo solo por el simple hecho de haber decidido hacerlo. Está claro que esos dos días sentaron las bases de lo que sería el inicio de nuestra lucha juntos, pero en realidad, no fue más que eso, una base. La antesala de lo que estaba por venir y del montón de conversaciones que aún nos debíamos el uno al otro. Cara a cara y abriéndonos en canal.

Las tuvimos. Tuvimos tantas y nos dijimos tantas cosas que es como si los últimos diez años no hubiesen existido y nosotros nunca nos hubiésemos separado. Y es que ambos pusimos mucho empeño en contar al otro hasta el más mínimo detalle de lo que vivimos durante ese tiempo. Qué hicimos, donde

fuimos y como nos sentimos. Y reconozco que revivir mis meses de letargo y depresión en los que no podía, ni quería salir de mi agujero fue doloroso para los dos. Para mí recordarlo, para él tener conocimiento de ello y aumentar su carga de culpa.

Tengo que reconocer lo poco inteligente que fue contarle todo eso a un Hugo devastado por los remordimientos y completamente perdido en las turbias aguas de su culpabilidad. Fue como recetar drogas a un ex drogadicto en pleno proceso de desintoxicación. Y sí, lo más inteligente hubiese sido trabajar toda esa parte de culpabilidad antes para que mi relato de esos meses fuese menos dañino para él. Pero nuestro afán por saberlo todo del otro rápidamente nos pudo hasta el extremo de no ser capaces de controlar nuestros impulsos. Acrecentando así su sentimiento de culpa. Culpa con la que, a día de hoy, aún seguimos lidiando. Es verdad que ha mejorado mucho, pero también lo es que aún nos queda un largo camino que recorrer en ese terreno. Los demonios que lo asolan son fuertes y han echado raíces, pero con trabajo y esfuerzo sé que seremos capaces de derrotarlos algún día.

—¡Cariño, enserio, vamos a llegar muy tarde! — su voz impaciente me saca de mi ensimismamiento haciendo que mi reflejo de un respingo ante mis ojos.

—¡Que ya voy! — grito encaminándome hacia la puerta esquivando algunas cajas en el proceso. No tengo tanta suerte con la que está junto a la puerta y que me hace trastabillar cuando intento sortearla saltándola por encima.

«¡Maldita sea!» siseo recuperando el equilibrio y saliendo del cuarto. Llego al salón con cara de pocos amigos y dispuesta a cagarme en todo lo cagable cuando la visión con la que me encuentro me distrae de ello. Pero es que no es para menos.

Hugo está junto a la puerta, con las manos en los bolsillos y la chaqueta colgando de uno de sus antebrazos, mirando al suelo en actitud distraída y sin ni siquiera darse cuenta de que le estoy observando. Por eso me recreo un poco más de la cuenta en darle el repaso que su perfecta anatomía requiere en este momento. Con esa camisa blanca remangada hasta los codos, esos pantalones negros que se ajustan en los sitios correctos, el pelo alborotado cayéndole sobre la frente y esa barba de tres días que le confiere el aspecto desaliñado y bohemio que tanto me gusta. Es perfecto. Bueno, es perfecto para mí. Porque sobra decir lo ambiguo que es el concepto de perfección y lo mucho que varía en función de los ojos del que mira. Y a mis ojos él es

perfecto. Perfecto por fuera pero también por dentro, que al final es la parte que consigue que alguien se enamore de ti. La belleza exterior viene y va, pero lo que se esconde dentro siempre está ahí. Haciéndote quien eres y convirtiéndote en la persona que quieres ser. Y yo adoro la persona que es él.

Levanta la vista justo en el momento en que una sonrisa tonta y absurda se instala en mi cara cuando pienso en lo mucho que le quiero y en lo feliz que me hace tenerlo aquí. Y cuando sus ojos verdes se clavan en los míos, siento como todo mi cuerpo se estremece bajo su mirada. Como si aquí, a metros de distancia, pudiese acariciarme solo con ese simple gesto. Es esa mágica conexión que siempre nos une, aunque estemos lejos.

—¿Cómo es posible que siempre llegemos tarde a todos lados por tu culpa? — pregunta divertido con su preciosa sonrisa adornándole la cara mientras empieza a estirarse la camisa y a ponerse la chaqueta.

—A lo mejor si hubieses colocado ya tus cosas y no tuviésemos la habitación repleta de cajas, iría más rápido. — respondo yo muy digna, al tiempo que empiezo a caminar en su dirección.

Su sonrisa se ensancha y en cuanto estoy a su altura sus brazos fuertes me rodean la cintura atrayéndome hacia él hasta que nuestros torsos se tocan. Yo no me resisto, estar entre sus brazos es una de mis sensaciones preferidas en el mundo. Sería absurdo hacerlo.

—Sabes que eres una impuntual nata, rubia. Las cajas solo son tu excusa perfecta para seguir siéndolo.

—No es verdad. Había mejorado mucho mi puntualidad hasta que todas tus cosas empezaron a estar esparcidas por cada rincón de mi hogar. — eso no es del todo cierto, pero me da igual porque me encanta pincharle.

El responde a mi afirmación reforzando su agarre y acercando su cara a la mira hasta que puedo sentir su aliento estrellándose en mi boca.

—Ya, si tú lo dices— contesta divertido sin dejar de sonreír.

—Lo digo porque es verdad. — contraataco.

—Ya

—Deja de decir «ya»

—Ya — me pincha.

Así que haciéndome la ofendida, forcejeo un poco con él con una intención muy pobre de escabullirme de sus brazos. Sobra decir, que no solo no lo consigo si no que al final acabo con sus labios estrellándose en los míos en un beso tan natural como especial. Y es que todos los que nos damos lo son. Como si el destino de nuestras bocas y nuestros cuerpos siempre hubiese sido

estar unidos de esta forma. Fundiéndose en uno, siendo uno.

Por pura inercia, mis labios se separan y su lengua se aventura en las profundidades de mi boca. Atacándola y explorándola como si jamás hubiese estado en semejante lugar y quisiese memorizar hasta el último detalle de él. Yo le correspondo pasando mis brazos por su nuca y enterrando una de mis manos en su basto y revuelto pelo. Lo atraigo hacia mí todo lo que puedo y pienso en que ojalá pudiésemos quedarnos toda la noche haciendo esto sin tener que ir a ninguna parte.

Y es que, aunque hace ya cinco meses que ha vuelto, siento que todo el tiempo es poco cuando se trata de estar a su lado. Descubriéndole a él y a su cuerpo como si jamás hubiese tenido la oportunidad de hacerlo. Lo sé, tenemos mucho tiempo para hacerlo (sobre todo ahora que hemos decidido vivir juntos), pero la sensación de que pueda desaparecer de nuevo de un momento a otro aún pervive en mi interior. Espero hacerla desaparecer algún día, pero de momento tengo que aprender a vivir con ella.

Cuando llevamos un rato fundidos el uno en el otro, Hugo se separa despacio apoyando su frente en la mía y acariciando despacio mi espalda con los dedos. Cuando habla lo hace en un susurro tan jodidamente erótico que se me eriza la piel y siento un agradable cosquilleo ascendiendo por mi vientre.

—Dime que podemos pasar de la fiesta y quedarnos el resto de la noche en casa. Solos, desnudos. Dibujando cada parte de tu cuerpo con mis manos y viendo cómo te estremeces con cada una de mis caricias. Dímelo, rubia y no saldremos de la cama hasta que amanezca.

Sus palabras me aceleran el corazón haciéndolo bombear con fuerza contra mis costillas como si quisiese encontrar un hueco por el que salir al exterior. Su respiración entrecortada y la prominente erección que se me clava en el estómago son tentación suficiente para que, por un segundo, sopese su oferta y esté tentada de aceptarla. Pero no podemos hacerlo. Tenemos que ser adultos y responsables. Y siempre podemos escaquearnos temprano y cumplir todas esas promesas que tan apetecibles me parecen en este momento.

—No podemos hacerlo, Hugo. — digo en voz baja y con los ojos cerrados. — Es nuestra fiesta, la reapertura del *Infinity* como copropietarios. Tenemos que estar allí.

Se queda unos segundos callado y al final, con resignación, suspira un poco y me da un beso en la frente mientras se aleja de mí, musitando un inaudible «de acuerdo». En cuanto su cuerpo se separa del mío, es como si el frío me calase los huesos haciéndome temblar un poco ante su marcha.

Recobro el aliento y me recompongo un poco mientras él termina de ponerse la chaqueta y se alisa la camisa. Cuando ambos nos hemos tranquilizado lo suficiente, Hugo coge mi mano y la envuelve con fuerza mirándome a los ojos.

—Estás preciosa, ¿lo sabías?

—Ahora lo sé — digo sonriendo.

—Bien — él me devuelve la sonrisa y acaricia mi mano con la suya fría y suave. — ¿Vamos?

—Vamos.

HUGO

Entramos en el *Infinity* diez minutos más tarde de lo que deberíamos y, aunque la puntualidad ha sido siempre una de mis obsesiones, en este caso puedo decir que la tardanza ha merecido la pena. De hecho, y si la rubia hubiese sucumbido a mi petición, me habría importado más bien poco no haber aparecido por aquí. Quedarme en la cama venerando su cuerpo desnudo y haciéndola gemir mi nombre, se me antoja una razón de peso para saltarme la inauguración de mi propio local. Y es que no hay nada más importante en este momento que pasar todo el tiempo posible al lado de Ari. Redescubriendo su piel y grabando cada poro de ella en mi mente. Recuperando el tiempo perdido y haciendo desaparecer los sentimientos que aún nos atormentan a los dos.

Lo sé, ninguno de nuestros demonios va a irse de buenas a primeras y sin presentar batalla, pero tengo la absurda sensación de que si estamos juntos (físicamente juntos, me refiero) sus fuerzas se debilitan y las nuestras aumentan. Como si mi presencia mantuviese a raya sus monstruos y la suya los míos. No sé, es de locos. Pero siento que mi culpa se esfuma un poco más con cada mirada y sonrisa que Ari me dedica. Con el sonido de su respiración mientras duerme y su manera de refunfuñar cuando tiene que madrugar. Supongo que el amor consigue cosas que ningún otro sentimiento es capaz de alcanzar.

El local nos recibe cálido y silencioso cuando traspasamos la puerta de entrada a las once y diez de la noche. Aún no ha llegado nadie y solo el parloteo animado del personal rompe la completa armonía del ambiente. Con Ari sujetándome la mano, nos encaminamos a la barra y saludamos a los

camareros antes de pedir algo de beber. Rocío nos pone nuestras copas justo cuando el DJ baja las luces y *Titanium* de David Guetta empieza a sonar a través de los altavoces. La penumbra nos envuelve y Ari empieza a moverse al ritmo que marca la música. Y es tan jodidamente sexy que estoy tentado de cargármela en el hombro y encerrarla en el almacén hasta que mi cuerpo se sacie del suyo. Allá por el dos mil cuarenta y cinco, más o menos. Sin embargo, me contengo cuando sus ojos se clavan en la puerta más allá de mi espalda.

Me giro y descubro a nuestros amigos entrando con paso firme en el local. Delante vienen Manu y Yanira, a la par, pero manteniendo cierta distancia con la que pretenden hacer creer al resto del mundo que no son nada más que amigos. Puede que eso les funcione con la gente que no los conoce, pero todos aquí sabemos que entre ellos hay mucho más de lo que ambos están dispuestos a admitir públicamente. Miro a mi amigo y sonrío un poco al notar las miradas fugaces que lanza a su preciosa acompañante a cada paso que dan. Ojalá sea capaz de hacerlo funcionar, porque no podría encontrar a nadie que se lo merezca más que él. Que lo da todo por todos sin esperar, nunca, nada a cambio.

Un grito ahogado a mi derecha me hace apartar la vista de Manu y centrarla de lleno en las dos personas que vienen justo detrás. Lara y Carlos caminan hacia nosotros cogidos de la mano y a paso lento. Y cuando la miro a ella entiendo perfectamente la reacción que acaba de tener Ari a mi lado. Los ojos se me abren como platos y temo enormemente que la mandíbula acabe de llegarme al suelo.

—¡Está enorme! — digo para mí mismo pero lo suficiente alto como para que a la aludida me oiga, sin pararme a pensar en que podía hacerlo.

—Gracias Hugo, yo también me alegro de verte — me espeta sarcástica cuando nos alcanzan mientras yo le pongo mi mejor carita de pena. Lo mío es el tacto, eso ha quedado claro.

—Lo siento Lara, es que... ¡Joder! Desde la última vez que te vimos estás... A ver, que nos has mandado fotos y tal, pero... ¡madre mía, estás gigante! — ella me mira mal y yo me doy cuenta de que acabo de cagarla otra vez, así que intento salir del berenjenal como puedo — Vamos, que estás guapísima y tal, pero que has engordado mucho y...

La cara de Lara es un poema y yo ya no sé cómo salvar los muebles. A la desesperada trato de buscar apoyo en el resto de mis amigos, pero lo único que descubro es a Manu a punto de darle un ictus por tratar de aguantarse la

risa y a Carlos mirándome con una sonrisa socarrona en la cara. Qué bonita es la amistad, oye.

—Cariño, cuando veas te vas callando — dice Ari poniéndome una mano en el hombro y sonriéndome divertida — Cuando tú lo veas ¿vale?

—Ya. Eh...qué estás preciosa Lara — respondo llevándome la copa a los labios y bebiéndome más de mitad de un solo trago.

—Gracias — dice la aludida taladrándome con la mirada.

Ari suelta una carcajada y da un paso adelante para abrazar a su mejor amiga mientras acaricia con deleite su abultada tripa. Porque, por si no había quedado claro, Lara está embarazada. Bueno embarazada no, embarazadísima. De ocho meses y medio, para ser exactos. Y aunque solo hace dos meses que no la vemos y nos ha estado mandando fotos de manera habitual, verla en persona ha sido un poco shock. De ahí mi nulo tacto y mi ataque de verborrea.

Del hecho de que íbamos a ser tíos postizos nos enteramos todos hace cuatro meses, unas cuatro semanas después de que Ari y yo volviéramos de Lekeitio. Carlos y Lara vinieron de visita y, aunque a ella a penas se le notaba nada, nos sorprendieron con la noticia. Noticia que, he de decir, fue alegre y tensa a partes iguales. Alegre obviamente por que dos de nuestros mejores amigos iban a ser padres. Tensa porque, aunque tenían sus motivos, nosotros lo supimos cuatro meses después. Hecho que nos molestó un poco a todos, aunque al final lo entendimos. Lara había tenido riesgo de pérdida desde la primera semana y ambos habían decidido no decir nada a nadie hasta ver cómo se desarrollaban las cosas. A todos nos hubiera gustado que se hubiesen apoyado en nosotros para sobrellevar esos meses, pero también entendimos que quizás ese era un trago que debían afrontar como pareja y al margen de los demás. No puedo ni imaginar lo que han debido de pasar hasta llegar al punto del embarazo en el que se encuentran hoy. Ojalá y yo jamás tenga que enfrentarme a algo así.

Carlos se acerca a mí y me da un par de palmadas mientras observa a su chica con una devoción tal, que es imposible no ver lo feliz que es de tenerla. A ella y a esa preciosa niña que está a punto de desbaratarles la vida en el mejor sentido de la palabra. Cuando Ari y Lara se separan y se ponen a charlar, con Yanira unida a la conversación, los chicos nos acercamos a la barra y pedimos algo de beber para todos. Estamos repartiendo las copas cuando un huracán con cabellera rubia se abalanza sobre mí golpeándome la espalda con el puño.

—¿Has llamado gorda a una embarazada de ocho meses? — inquiera

Bibi, que al parecer acaba de llegar, en tono acusatorio colándose en mi campo de visión — ¿Quieres morir?

—¡Oye! Que ese puñetazo ha dolido — me quejo mirándola a la cara y tratando de esconder mi sonrisa.

—¡Pues no llames gorda a mi amiga!

—Vale, vale — alzo las manos en señal de rendición y ahora sí dejo que se me escape la risa — Lo siento, no volverá a pasar.

—A ver si es verdad, señor Don Tacto. Y ahora ponme algo de beber que tanta conversación sobre potitos me está deprimiendo. Y eso que no hace ni cinco minutos que he llegado

Sonríó un poco y me giro hacia la barra para pedir su copa y la de Mario, que se ha colocado junto a Manu lejos del ataque de furia fingida de su inestable novia. El chiquillo tiene que estar muy enamorado de ella para ser capaz de aguantar a semejante loca más de tres horas seguidas. Yo solo llevo dos semanas viviendo con Ari y ya estoy a un paso de abandonar la casa, cual Gran Hermano, cada vez que ella se presenta allí. Es intensa, está loca y no tiene filtro alguno que le impida soltar siempre cualquier cosa que se le pase por la cabeza. Es como Yanira, pero en rubio. Así que imaginaos el caos que supone darles de beber a las dos juntas. Bueno, a las tres porque Ari tiene lo suyo también.

Sin embargo, y a riesgo de negar que he dicho esto durante el resto de mi vida, esta loca es la mejor amiga que nadie podría soñar. Es sincera y honesta y su sentimiento de lealtad hacia los amigos siempre está por encima de cualquier otra cosa. Pondría la mano en el fuego, sin temor a quemarme, en que jamás traicionaría a su gente. Sus principios se lo impiden y eso es una cualidad escasa en los tiempos que corren.

La noche sigue su curso y cuando nos damos cuenta hemos tenido que retirarnos al reservado porque el local se estaba abarrotando y eso no era nada bueno para el bombo de Lara. No queríamos correr el riesgo de que alguien la bañara en vodka o acabase estampándola contra la barra de un empujón. Así que aquí estamos, los de siempre y como siempre en nuestro rincón privado. Con el alcohol (y los zumos de piña) corriendo a raudales y nosotros riéndonos de cualquier cosa sin sentido y seguramente sin gracia que se nos ocurre. Una noche más que discurre sin problemas hasta que...

—Chicos, no quiero asustaros, pero... — Lara interrumpe la conversación en la que su chico nos cuenta el último recorrido de montaña que

ha hecho en bici y todos nos giramos a mirarla sin entender nada — Creo que Alma no puede esperar más para conocer a sus tíos.

Termina la frase con un grito desgarrador que nos tensa a todos y que hace que Carlos salte como un resorte hasta colocarse a su lado y mirarla con verdadero pánico.

—¿Ya viene? — pregunta asustado y con dos gotas enormes de sudor corriéndole por la frente.

Lara asiente enérgicamente mientras se pone en pie y se agarra la barriga con fuerza. Ari corre a su lado y le sujeta la otra mano acariciándole la espalda con cariño, pero con el rictus serio y especialmente preocupado.

Lo que viene después es un poco caótico. Todos nos ponemos en marcha tratando de organizar el cotarro, pero sin llegar a ningún acuerdo.

Yanira quiere llamar a una ambulancia.

Manu quiere ir a por el coche y llevárnosla al hospital sin tener que esperar, a lo que yo contesto que ni de coña va él a conducir el coche en el que va una embarazada a punto de dar a luz después de las cinco copas que acaba de pimplarse.

El me mira mal, me dice que va perfecto.

Yo le digo que mis cojones treinta y tres.

Ari suscribe mis palabras.

Bibi hiperventila.

Mario le da aire y le acaricia la espalda como si la que estuviese a punto de parir fuese ella.

Y mientras tanto la pobre Lara sigue teniendo contracciones con Carlos sosteniéndola de un lado y Ari del otro. Al final, y por raro que parezca, tiene que ser la propia embarazada la que ponga un poco de cordura y apunte, de forma muy acertada, que Carlos y Ari solo han tomado una copa, y pueden llevarnos a todos al hospital perfectamente.

Así que nos ponemos en marcha y salimos del local haciendo una especie de cordón policial entorno a Lara y Carlos, que va sujetándola. Alcanzamos el exterior y, como bien había organizado Lara, nos repartimos en dos coches para ir al hospital. Uno lo conduce Carlos, con su novia, Bibi y Mario en él. El otro lo lleva Ari, y Yanira, Manu y yo la acompañamos.

En unos quince minutos llegamos a urgencias y una enfermera sale al exterior con una silla de ruedas en la que se llevan a Lara enseguida, con Carlos pisándoles los talones. Nosotros, tras aparcar los dos coches, también entramos en el recinto buscando el pabellón de obstetricia. Tras un par de

vueltas lo encontramos y acampamos, cual comuna hippie en la sala de espera. Todos estamos cansados y nerviosos, pero nada de eso nos impide permanecer al pie del cañón esperando con ansia la llegada del primero de nuestros sobrinos postizos.

Estar en un hospital, esperando a que llegue algo tan especial como un bebé, con Ari resoplando nerviosa y agitando intranquila la puntera de su pie izquierdo, me recuerda mucho a lo que vivimos hace cuatro meses en Galicia. Cuando la pequeña Xiana, la hija del hermano de Ari, nació. Nosotros habíamos ido de visita el fin de semana, y la muy condenada debió de pensar que no había mejor momento para nacer que estando su madrina en la misma ciudad. Y así fue. Esa misma noche, Miriam dio a luz a una preciosa y regordeta niña que nos robó el corazón a ambos en cuanto la vimos. Por eso no puedo evitar pensar que con Alma está sucediendo lo mismo. Que la pequeña ha decidido que prefiere nacer en Barcelona rodeada de sus tíos que hacerlo en Bilbao solo con sus padres. Bendito destino.

Ya ha amanecido cuando Carlos entra en la sala con aspecto cansado, pero con la mayor sonrisa de felicidad del mundo. Lleva el pelo revuelto y se le nota a la legua que ha soltado más de una lagrimilla en los últimos minutos. Todos nos ponemos en pie cuando él comienza a caminar hacia nosotros sonriéndonos de la forma más sincera y plena que yo he visto jamás. Un gesto que se nos contagia a todos a pesar de que, aunque su cara lo dice todo, nosotros necesitamos que él mismo nos confirme que las cosas han ido bien. Que las dos están perfectas y que, oficialmente, somos tíos. Por suerte para el estado de hiperventilación inminente en el que se encuentra Bibi, el orgulloso padre no tarda en hablar.

—Ha ido todo muy bien. El parto ha sido natural y Lara y Alma están perfectamente — sonrío un poco más y abre los brazos en cruz mientras nos mira a todos — Chicos ¡qué soy padre!

—¡Qué eres padre, tío! — dice Manu mientras avanza a grandes zanjadas hasta nuestro amigo y lo abraza.

Lo demás lo imitamos y, por turnos, vamos felicitando al emocionado y pletórico padre que no es capaz de contener más sus lágrimas y acaba llorando como un crío mientras nos abraza a todos. Podría jurar que ahora mismo, Carlos se encuentra en el punto de felicidad más alto que una persona puede alcanzar. Una felicidad que nos contagia a todos solo por el simple hecho de

verlo sonreír a través de las lágrimas. Es un momento mágico que todos recordaremos durante el resto de nuestras vidas.

Al final, Carlos nos ofrece entrar a la habitación para visitar a Lara y conocer a nuestra pequeña Alma. Deberíamos haberlo hecho por turnos para no agobiar a la reciente mamá pero, como en esta pandilla somos más brutos que los arados, acabamos entrando todos en tropel como si se nos fuese la vida en ello. Nos falta darnos de hostias para ver quién entra primero. Menos mal que los padres primerizos ya nos conocen y no se extrañan en absoluto cuando los seis entramos en la habitación de Lara como si fuésemos elefantes en una cacharrería. Y es que lo nuestro no es la calma ni el tacto, somos malditos salvajes que parecen haberse criado en las colinas lejos de cualquier atisbo de civilización. Lo bueno es que todos los somos y nadie se extraña ya de que nos comportemos así. La confianza da asco ¿no?

El caso es, que a pesar de toda la energía y la fuerza con la que entramos en el cuarto, todos nos quedamos quietos e inmóviles en cuanto reparamos en la estampa que nos ofrecen nuestros ojos. La habitación está en penumbra y Lara se encuentra recostada en la cama con el rostro cansado y una enorme sonrisa sosteniendo en brazos un pequeño bulto cubierto por una mantita azul. Lo mira un segundo y luego nos mira a nosotros invitándonos en silencio a acercarnos a la cama. Lo hacemos, unos por un lado y otros por el otro, y cuando estamos lo suficientemente cerca la reciente madre aparta un poco la manta y nos descubre a la niña más guapa del mundo.

—Chicos, os presento a Alma. — dice emocionada mientras nosotros miramos a la pequeña ensimismados y con ternura — Alma, te presento a los locos de tus tíos.

El bebé se mueve un poco emitiendo un precioso sonido como si entendiese a su madre y Bibi deja escapar un sollozo ahogado que trata de disimular con un carraspeo. No cuela, las dos lágrimas enormes que le corren por las mejillas no dejan lugar a dudas, está llorando. La fría, seria y racional Bibiana García llora al contemplar el retoño de su mejor amiga. Es una estampa para inmortalizar, os lo juro.

—¿Estás llorando, cariño? — le pregunta Mario con ternura mientras la estrecha contra su costado.

—¿Yo? No, es solo que... — nos mira a todos y al ver nuestra cara de escepticismo ante la excusa que está a punto de inventarse, sorbe por la nariz y vuelve a mirar a la niña — También soy humana, ¿recordáis?

Todos sonreímos ante su afirmación y Mario la aprieta más con su brazo

dándole un cariñoso beso en el pelo. A mi lado, Ari se encorva sobre la cama y con dedos temblorosos coge la mano de Alma como si temiese que, en el proceso, esta pudiera romperse. Pero no solo no lo hace si no que la pequeña decide que el dedo de su tía es un buen sitio al que agarrarse y cierra su diminuta manita entorno a él. Ari suspira con fuerza y con su mano libre alcanza la mía sujetándola con firmeza. Yo le devuelvo el agarre respondiéndole así a la pregunta implícita que traía asociada su gesto.

«Sí rubia, algún día, quizá no muy lejano, el bebé al que estaremos mirando será el nuestro. Tú estarás tumbada en esa cama, meciéndolo con mimo mientras yo os miro embelesado por la belleza de la familia que acabamos de formar. Y él o ella será mi luz y mis ojos igual que los has sido tu desde que tengo veinte años. Se parecerá a ti, tendrá tu sonrisa, tu pelo rubio y tus ojos. Esos ojos del color del mar que harán naufragar a cualquiera que ose perderse en ellos. Y yo, experto naufrago, velaré siempre para mantener esa mirada viva y llena de felicidad en su cara. Para que nada la borre jamás o para enseñarle a recuperarla si eso sucede. Porque nunca seremos redes de contención para nuestros hijos, si no manos firmes en las que apoyarse tras la caída, para ponerse en pie. Y es que ambos sabemos que se aprende más cayendo al vacío que evitando el agujero que sabes que te llevará allí.

Por eso sé que seremos buenos padres, rubia. Porque unidos somos fuertes y podemos con todo. Y porque si estamos juntos, siempre, siempre, seremos infinitos»

FIN.

AGRADECIMIENTOS

La verdad, es que no tengo ni idea de por dónde empezar a escribir esta página porque temo enormemente olvidarme de alguien en el proceso. Si es así y sientes que deberías aparecer aquí, aunque no lo hagas, GRACIAS. MUCHAS GRACIAS. Y perdón por haberme olvidado. En fin, vamos allá.

Antes de nada, quiero darte las gracias a ti. Lector o lectora que has decidido darle la oportunidad a este libro que ha salido de lo más profundo de mi ser y que deseo con toda el alma que hayas disfrutado. A ti, por apostar por esta humilde autora novel que solamente busca hacer que disfrutes, aunque solo sea un poco, con el fruto de su mayor sueño, escribir. De verdad, de todo corazón, GRACIAS.

GRACIAS a mis padres. A esos dos pilares de mi vida que desde pequeña me han inculcado el valor del trabajo duro y el esfuerzo para alcanzar mis metas. Por interesarse cada día por cómo llevaba el proceso de escritura, primero y el de publicación después. Gracias por estar siempre ahí.

A mi hermano y a mi cuñada. Los mejores consejeros que jamás hubiera podido desear. Por estar cada día de mi vida guiándome hacia el sendero correcto y velando mis pasos a través de él. Por ser fuente de luz constante a la que siempre poder enfocarme.

A mi novio, Julián. Por no rendirse nunca conmigo y no dejar que yo me rindiera. Por confiar y creer en mí, incluso cuando yo misma había dejado de hacerlo. Y por ser ese punto de positivismo y confianza que muchas veces me ha faltado durante el proceso. Sin ti, jamás hubiera logrado hacer esto. TE QUIERO.

No quiero olvidarme de vosotras, lectoras cero. Ni de los consejos y el apoyo que me habéis brindado sin ni siquiera conocerme de nada. A Nieves, del blog Aprovecha la vida cada día, por su sinceridad y cariño para con mi historia. A Ro, de Leer por placer, por su manera autoritaria de obligarme a confiar siempre en mí misma y en mi proyecto. Y a Lorena Pacheco, autora de Mierda en mis zapatos y Mi mierda en mis zapatillas, entre otras por ser referente y apoyo en todo el proceso final de esta novela. Sus consejos han valido oro y jamás podré agradecerse lo suficiente.

A mis chicas de siempre. Las mejores amigas que una pudiera tener, por haberse emocionado con mi novela y haber disfrutado de ella tanto como yo. A Rocío, Nerea, Sty, Sheyla y Paula. Y sobre todo a Lorena y Bego, que no sólo han querido a mis personajes tanto como yo si no que han sido parte de ellos, inspirando a esas dos grandes amigas de Ari que siempre han estado a su lado. Sois luz en la maldita oscuridad.

También a Jesi y a Eli, las mejores primas del mundo. Gracias por haber querido conocer la historia de Ari y Hugo y mil gracias por haberla disfrutado tanto.

A Laura, por interesarse desde el principio por este proyecto y haberlo mimado, tanto a él como a mí.

Y por último y más importante, a ti Berta. Por haber sido mi guía, consejera y apoyo durante todo este proceso. Por aguantar mis idas de olla y mis momentos de flaqueza cuando las cosas no acababan de ir hacia delante. Por ser ese impulso sin el cual, JAMÁS, habría terminado este libro. Gracias mil y una veces, por haber querido a todos los personajes como si fueran tuyos, por haberlos mimado y hasta haberles buscado en personas reales. Por no dejar que me rinda jamás. El mundo blogger me unió a ti, y no sabes lo agradecida que le estoy por ello. Este libro siempre será un poco tuyo y ojalá te sientas orgullosa de él. Y de mí.